

**TRANSNACIONALIZACIÓN**

**Y**

**DESNACIONALIZACIÓN**

**Ensayos sobre el capitalismo contemporáneo**

**Rafael Cervantes Martínez**

**Felipe Gil Chamizo**

**Roberto Regalado Alvarez**

**Rubén Zardoya Loureda**

**A la memoria de Vladimir Ilich Lenin**

## INDICE

**Prólogo a la edición cubana**

**Prólogo a la edición argentina**

**Palabras de los autores**

**Historia universal y globalización capitalista: cómo se presenta y en qué consiste el problema**

**La metamorfosis del capitalismo contemporáneo y el fetichismo científico tecnológico**

**La transnacionalización del capitalismo monopolista de Estado**

- Del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de Estado
- El capitalismo monopolista de Estado y la Revolución socialista
- Del capitalismo monopolista de Estado nacional al capitalismo monopolista transnacional: el imperialismo unicéntrico
- Hacia un sistema transnacional de dominación imperialista

**El capitalismo monopolista transnacional**

- El monopolio transnacional y la ley general de la acumulación capitalista
- Fuerzas productivas y relaciones de producción. Doble carácter del monopolio (transnacional) sobre las fuerzas productivas
- La fuerza de trabajo. Obrero parcial, cretinismo profesional, enajenación y socialización marginadora transnacional
- La especulación financiera transnacional y la crisis integral del modo capitalista de producción

**Transnacionalización, Estado y poder político**

**A modo de conclusión**

**Bibliografía**

## PRÓLOGO A LA EDICIÓN CUBANA

“No cabe duda de que la tendencia del desarrollo es *hacia* un trust único mundial, que absorberá todas las empresas sin excepción y todos los Estados sin excepción”. No son palabras de Bill Gates, en este “globalizado” inicio de milenio, fue Lenin quien las dijo en 1915, un autor que el mercado de las ideas ha declarado obsoleto con premura sospechosa. A Vladimir Ilich Lenin dedican los autores este militante análisis del imperialismo contemporáneo, así, sin titubeos en el uso de palabras que suenan como disparos en los salones marmóreos de la Academia ahora *posmodernizada*, con succulentos premios y ediciones de lujo para los bien portados. Porque el lector, sin dudas, tiene un libro raro y útil en las manos, un libro que no reniega o enmascara su vocación subversiva —o quizás mejor deba decirse, *revolucionaria*—, no como dejación del espíritu científico sino como reafirmación suya: la ciencia, la verdad, al servicio del ser humano, en su expresión concreta e histórica, es decir, en defensa de los *explotados*, de los *condenados* o de los *pobres* de la tierra, con quienes nuestros hombres y mujeres mayores han “echado su suerte”.

Para arribar a conclusiones verdaderamente *científicas* —parecen decir los autores—, hay que cerrar de vez en vez el gabinete abarrotado de libros “nuevos” y pegar el oído a la tierra, leer entre líneas la prensa mundial, visitar las fábricas, la bolsa de valores, escuchar a las madres argentinas de la Plaza de Mayo o asistir a la marcha del pueblo combatiente en la sitiada Habana, y *tomar partido*. Hay que liberarse, como sugería Martí, de la dictadura de las modas con que la seudociencia pretendidamente “pura”, “incontaminada”, intenta seducirnos. Hay que huir de la “ciencia” que enreda la vida en la telaraña de la retórica, hasta hacerla desaparecer, para que el *capital*-araña pueda tranquilamente devorarla. Se trata, como pedía el viejo y siempre joven Marx, de entender el mundo para transformarlo. Entonces su doctrina se revela insuperada y necesaria y puede uno prescindir de todos los eufemismos, de los conceptos de salón, elegantes y comedidos como sus expositores, y llamar al pan, *pan* y al vino, *vino*.

“De modo que ‘globalización’ en modo alguno constituye una *nueva categoría* —escriben los autores de este libro—, una nueva tendencia o forma histórica de organización de las

relaciones sociales de producción material y espiritual, sino apenas una *nueva manera de designar* un proceso histórico de larga data, intuido por la filosofía de la historia de los siglos XVIII y XIX y explicado científicamente por Marx y Engels”. Afirmación que resulta conclusión y premisa desmitificadora en estas páginas: la globalización no existe *en sí o por sí*, sino como “*transnacionalización desnacionalizadora* del capitalismo monopolista de Estado” y sus manifestaciones tecnológicas, culturales, políticas, son apenas momentos de ese proceso, que sólo puede entenderse cabalmente en su unidad.

Mientras el capital financiero *desnacionaliza* y supedita a los estados menores con la ayuda de los mayores, en interés de su ilimitado acrecentamiento y en detrimento de las necesidades materiales y espirituales de los pueblos —la televisión, el cine, la prensa, la literatura y la “ciencia” de salón— nos convencen de que la quiebra de las fronteras y el irrespeto a la soberanía de las naciones es un resultado “natural” e incluso deseable de la tecnología. Confundido ante el alud de términos imprecisos que cercan al hombre común, mi hijo adolescente me comentó un día en ese tono semiinterrogativo de las afirmaciones que esperan ser confirmadas, pero Papá, la *globalización* es inevitable y a fin de cuentas buena, ¿no? Y yo, provocativo, sabiendo que tampoco así me desembarazaba de la trampa terminológica, le pregunté: ¿qué globalización? En efecto, *Internet* convierte en “vecinos de barrio” a *ciertos* hindúes y a *ciertos* japoneses, a *ciertos* australianos y a *ciertos* brasileños. Pero el espejismo se desvanece cuando constatamos las cifras reales: “en el mundo de la fibra óptica y las computadoras de enésima generación —dicen los autores—, casi dos terceras partes de la humanidad nunca ha levantado un teléfono y más del 98% de ella jamás ha visto una de las imágenes de Internet”. Como ha señalado Fidel, 378 ricos poseen hoy tanto dinero como el que ganan en un año 2 600 millones de personas. Vuelvo a preguntar entonces, ¿de qué globalización se nos habla?

Podría argüirse con razón que hoy el mundo es más interdependiente, que las crisis financieras o las guerras locales adquieren en días, en horas, consecuencias mundiales, que tras la caída del socialismo soviético y europeo el Estado imperialista más poderoso del planeta dicta órdenes y organiza cruzadas bélicas para corregir cualquier comportamiento “indebido”, asumiendo de hecho funciones de gendarme mundial de las transnacionales, las que a su vez controlan las inusitadas posibilidades que la tecnología abre a las

comunicaciones e invaden la conciencia de millones de personas con su mensaje manipulador y reductor, pero eso, en buen español, ¿no es la transnacionalización del capital monopolista que debilita o redefine, sí, las funciones clásicas de la mayor parte de los estados del mundo, pero fortalece las de unos pocos, la de los gendarmes?, ¿no es peligroso confundir la “universalización” del más feroz neoliberalismo con el noble concepto de la globalización? ¿aceptaremos la globalización del despojo y de la exclusión como la forma inevitable de integración de la cultura humana?

Situémonos por un instante fuera del alcance de las ondas de radio y de televisión, más allá de cualquier conexión telefónica, en un lugar donde no circulan autos ni periódicos, ni hay caminos, ni instalaciones eléctricas. No es un lugar inventado. Puede ser Cimientos, una aldea ixil situada en la cumbre de una montaña sobre la selva guatemalteca del Quiché a la que sólo se puede llegar tras cinco fatigosas horas de ascenso. Puede ser río Coco arriba o abajo, en alguna de las comunidades misquitas que sobreviven, como hace dos siglos, de la pesca y la caza y de una agricultura de autoconsumo, entre dos países ajenos, Honduras y Nicaragua. Ese lugar puede hallarse en Haití o en Bolivia, y también en las supuestamente ricas (en recursos) Venezuela o Brasil. Es, de cierta forma, la inmensidad territorial del África subsahariana. No son islotes de silencio en el mar de la abundancia. Es más bien lo contrario: por mucho que nos parezca insólito o exagerado, la fastuosidad deslumbrante de las ciudades modernas, simbolizada por París o Nueva York, es el verdadero islote de luz que las transnacionales de la información nos venden como *tierra firme*. ¿Cómo explicar que en un solo barrio de Nueva York, en Manhattan, existan tantos teléfonos como en todo el continente africano?, ¿o que las carreteras de Bélgica estén más iluminadas que muchos países del mundo? Algunas fotos tomadas de noche desde el cosmos a nuestro planeta, revelan una zona de luz en el norte y otra de sombras en el sur. Pero hay también sombras fantasmales en las zonas de luz.

“La economía natural o de autoconsumo (...) es aquella en que la mayor parte de lo producido está destinada al consumo directo —dicen los autores del libro—. Este modo de producción ancestral —cuyas formas clásicas se conservan aún en las tribus indígenas de América y África, y en las comunas patriarcales de Asia— incluye, de forma total o parcial, la actividad económica de cientos de millones de campesinos, poseedores o no de tierra, a

los trabajadores independientes y a los subasalariados, franja de la población mundial esta última que ha ido adquiriendo un singular relieve social”. En esas comunidades indígenas, aparentemente inmóviles en el tiempo, los niños descalzos suelen llevar sobre el vientre inflamado un *pulóver* que dice París, o *Mickey Mouse* o *Rambo*. No se alimentan bien, pero toman *Coca Cola*. Sus habitantes no se enteran de lo que sucede más allá de cinco o seis leguas a la redonda, pero cuelgan en las paredes de bambú o barro de sus chozas, la imagen sonriente y pulcra de algún candidato a senador o a presidente, si un señor de paso les ofrece a cambio algunas libras de carne de res.

Si las transformaciones del mundo son dispares, si la elegante dama de aquel salón parisino nada tiene que ver con la mujer ixil que ahora mismo prepara la masa de maíz para hacer tortillas, rodeada de ocho hijos descalzos y mugrientos en la selva guatemalteca; si el ritual mágico religioso del *vudú* haitiano parece muy distante de la pulcra civilidad del catolicismo que coloca una tabla acolchonada para sostener las finas rodillas blancas de sus creyentes, el *capital* en su movimiento continuo ensarta como aguja mágica todos los segmentos de la vida humana, convenciéndonos no sólo de que la humanidad es una en su diversidad, sino demostrando además que la *modernidad* —viejo eufemismo del modo de producción capitalista— existe como lucha de contrarios. No hay una modernidad capitalista por alcanzar, porque ésta presupone la existencia de dos mundos, el rico y el pobre, la ciudad de las luces y la oscura selva: “El capitalismo —dicen los autores— es incapaz de homogeneizar la economía mundial”. Más aún, “estas formas económicas (naturales o de autoconsumo) no se encuentran, en modo alguno, en vías de extinción, sino se hallan subordinadas orgánicamente al capitalismo monopolista trasnacional y constituyen condiciones de su existencia”. Pero el asunto se torna verdaderamente paradójico si constatamos que el pleno desarrollo de la libre concurrencia acaba por frenar y ahogar... *la libre concurrencia*. “Por su naturaleza concentradora y excluyente, el imperialismo obstaculiza, lastra, desacelera, atrofia, violenta y frena el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, en especial en las antiguas colonias, resulta incapaz de concluir el proceso de acumulación originaria del capital”. En este sentido, la doctrina neoliberal acaba convirtiéndose en la negación del liberalismo primigenio.

Cuando los ideólogos del neoliberalismo reivindican como antecesores suyos a los liberales revolucionarios de los siglos XVIII y XIX, se equivocan. Lo que emparenta a los hombres y mujeres de épocas diferentes no es exactamente la *letra* de sus criterios sociales o políticos, sino el lugar que ocupan en el movimiento histórico de las ideas. De tal forma, los jacobinos franceses están más cerca de los bolcheviques rusos que de los neoliberales de hoy. Que no se nos presenten ahora como defensores del progreso, de la tecnología unificadora, de la llamada *modernidad* o de la *posmodernidad*, como adalides de la eficiencia y del útil pragmatismo que rechaza las quiméricas visiones del espíritu romántico. La ética que reclamamos no es un código del *deber ser*, sino, como quería Martí, del *poder ser*, o más aún, es la expresión de una impostergable necesidad: o somos éticos y salvamos la Naturaleza y con ella, la civilización humana, o nos autodestruimos. Nada más práctico. Los utópicos son aquellos que sueñan con un mundo indefinidamente neoliberal. La verdadera globalización, la única duradera, será la de la solidaridad. Y Cuba, pobre y bloqueada, ha abierto un camino con su ejemplo; miles de sus médicos trabajan gratuitamente en las zonas más oscuras del planeta. Una isla que no sólo ha resistido el embate ideológico y económico del *unipolarismo*, sino que se erige con valentía en proyecto alternativo.

¿Quiénes son los autores de este libro? Pudiera decir que son, en primer lugar, cuatro especialistas formados por la Revolución cubana: economistas, filósofos y politólogos con suficiente aval científico para enfrentar por separado la redacción de un libro. Todos suelen publicar artículos en revistas especializadas cubanas y extranjeras y mantienen una activa vida académica y política. Pero no hablaré individualmente de ellos. Este libro no se propone *trascender* en un sentido elitista y tradicional, no es un ejercicio intelectual narcisista. Los autores saben que el objeto de estudio y la manera en que ha sido abordado lejos de abrir, les cerrará los salones, que la maquinaria desmovilizadora del capital les hará exclamar a muchos: *no deben ser muy inteligentes cuando citan profusamente a Lenin y le dedican el libro*. Ellos se propusieron estudiar y desmitificar el capitalismo contemporáneo para contribuir a su destrucción. No nos entregan el resultado final, imperecedero, de sus vidas; saben que en medio de la confusión ideológica de fin de siglo cualquier reflexión seria, militante, científica y audaz es ya una gran contribución. Pocas veces cuatro autores



logran complementarse y hacerse uno en la elaboración de un texto. Los vi reunirse durante meses y grabar acaloradas discusiones en las que cada cual aportaba su experiencia vital y científica o comentaba un texto. De esas grabaciones, transcritas y vueltas a leer, a discutir y a grabar, fue conformándose un libro. Durante esos meses no dejaron de impartir clases, de asistir a eventos políticos, de vivir la cotidianidad de una Revolución sitiada. Y demostraron que el talento colectivo al servicio de una causa noble, puestos los ojos en la tierra, puede alcanzar insospechadas alturas de vuelo.

Llegue este libro útil a las manos del lector más diverso, entre en el combate de ideas como quería Martí, para triunfar con ideas. Discútase, una y otra vez, con urgencia revolucionaria, porque su dedo acusador apunta como un rifle de caza al corazón del sistema que nos oprime.

**Enrique Ubieta Gómez**

Diciembre de 2001

## PRÓLOGO A LA EDICIÓN ARGENTINA

Estamos en presencia de una obra colectiva que viene a cubrir un enorme vacío en el pensamiento económico y político contemporáneo. En los tiempos que vivimos no es común encontrar un trabajo que, a semejanza del bisturí de un diestro cirujano, penetra en lo más profundo del cuerpo social de la sociedad capitalista, separando lo que considera secundario o accesorio para poner al descubierto la vida humana.

Sin ceñirse a fórmulas y a conceptos que corresponden a diferentes momentos históricos, aplica creativamente las leyes del capitalismo descubiertas genialmente por Carlos Marx y las transformaciones que se operan en el devenir histórico, tal como las descritas por Lenin en su memorable obra sobre el imperialismo, certeramente rescatada del olvido.

En forma ágil y sencilla, pero con rigor científico, introduce al propio lector en la investigación sobre el desarrollo y la metamorfosis del capitalismo contemporáneo, cuyos resultados surgen de los propios hechos y múltiples contradicciones del sistema.

Sin el propósito de simplificar el contenido de la obra, nos permitimos esbozar algunos aspectos sobresalientes del ensayo sin otra intención que enfatizar aspectos generadores de permanentes y apasionados debates en los ámbitos académicos y en la militancia revolucionaria, que no pocas veces se prestan a la confusión y desorientación.

Se trata, entre otros temas, de los siguientes:

- La dialéctica entre estructura y superestructura, relación descuidada o parcializada en no pocos estudios marxistas.
- El papel de la revolución científica y técnica, como así también la revolución informática, de indudable trascendencia, pero también objeto de diversas mistificaciones.
- El singular relieve, para el conocimiento y la militancia, del estudio de las leyes y las contradicciones viejas y nuevas del imperialismo y sus perspectivas.
- El rol fundamental de la clase obrera frente a las más diversas concepciones subestimantes o necrológicas.

- El laberinto endemoniado de la especulación monetaria y financiera y el parasitismo y despilfarro que ha desatado.
- La subestimación de que es objeto la existencia del capital no monopolista, la propiedad privada de los medios productivos basada en el propio trabajo y el peso que aún preserva la economía natural o de autoconsumo.
- Consideraciones acerca de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia y las llamadas “ondas largas” del ciclo económico.
- El entrelazamiento estrecho que existe entre las luchas contra el neoliberalismo y la conquista de la independencia y la soberanía nacional.
- Los objetivos de la ideología dominante, dirigida a inmovilizar las energías populares y a la resignación, mediante la presentación de los fenómenos actuales como inevitables.
- La metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado nacional en capitalismo monopolista transnacional y nuevos elementos para la apreciación de la crisis del sistema capitalista.

Al abordar los aspectos señalados, el ensayo no se circunscribe a la solución de los problemas planteados, sino que abre nuevos interrogantes en un mundo en constante movimiento y cambios inimaginables años atrás. De ahí que, en el campo ideológico, permita aprehender lo que hay detrás de la “globalización obligatoria” de la aldea mundial, del posmodernismo, etc., destacando la trascendencia de un internacionalismo integral y solidario.

Sin embargo, para el lector argentino la obra tiene un valor muy particular. Ha sido frecuente la crítica de que la teoría leninista y trabajos posteriores no abarcaban en forma suficiente el estudio de los países dependientes o ubicados en la esfera de influencia de los grandes centros financieros. Tal es el caso de nuestro país.

La investigación realizada por los autores cubanos tiene el enorme mérito de proporcionarnos una actualización de la base metodológica que nos orienta para un mejor conocimiento de la realidad argentina. Al respecto, debe tenerse en cuenta la magnitud que ha tomado en las últimas décadas la subordinación de nuestra sociedad al capital financiero transnacional que supera cualquier instancia de la historia del país.

Esta dependencia que arrastramos desde los primeros años de la proclamación de nuestra independencia, con la primacía de los intereses del imperio inglés, como se sabe, toma impulso en la segunda mitad de la década del cincuenta, con el protagonismo del capital financiero norteamericano. Continúa ampliándose bajo la dictadura militar de Onganía Krieger Vasena, y se acelera con el terrorismo de Estado bajo Videla - Martínez de Hoz, dónde se echaron nuevas bases para el predominio del capital financiero imperialista que de ninguna manera fueron desmantelados bajo el gobierno de Alfonsín.

Con esos antecedentes a cuesta, recién en los últimos diez años de gobierno de Menem - Cavallo - Rodríguez, la presencia del capitalismo monopolista transnacional adquiere una envergadura y profundidad pocas veces presenciada en nuestra historia, presencia que a seis meses de administración aliancista continúa inamovible.

La desnacionalización, la extranjerización, abarca todos los ámbitos de la sociedad argentina: desde la industria hasta la minería, desde el comercio exterior hasta el agro y los transportes, desde los sistemas de salud y de previsión social hasta el ámbito de la educación, la defensa y la justicia, sin dejar de mencionar los medios masivos de comunicación.

Como dato ilustrativo podemos destacar que, de acuerdo a recientes investigaciones oficiales del INDEC sobre las 500 empresas más grandes del país, si en las que pertenecen a la actividad industrial, el capital extranjero en 1993 participaba con el 67,5% del total del valor agregado, en 1997 se eleva ya al 80%, y continúa en aumento.

Cumpliendo con las recomendaciones de documentos oficiales norteamericanos, entre otros, como el de Santa Fe II, el capital monopolístico transnacional ha tomado posesión directa del aparato del Estado y no se ha circunscrito solamente a influir en la orientación de las políticas económicas de los diferentes gobiernos que han pasado por la Casa Rosada. Por eso, no puede sorprender la presencia directa de destacadas figuras del poder económico en el nuevo gobierno que inicia su labor en el 2000.

Para llevar a cabo una tarea de tal magnitud, y en un plazo brevísimo, no puede soslayarse que la deuda pública y privada externa jugó un papel muy destacado.

Pocas veces en la historia del capitalismo, la deuda pública externa de los países más débiles del sistema se transformó, en los hechos, en un instrumento de extorsión en manos del capital monopólico financiero, succionando el máximo de beneficios de los países deudores, al mismo tiempo que se apoderaba de sus recursos y los sometía a una hipoteca usurera por varias generaciones.

El ensayo que comentamos nos permite desentrañar, para el caso argentino, las diversas formas de usura, extorsión, corrupción, utilizadas por el capitalismo monopolista transnacional que coercitivamente pusieron a su disposición organismos supuestamente internacionales como el FMI, el Banco Mundial o el BID, utilizándolos como celosos guardianes de sus deudas denunciadas como ilegítimas. Además, no vacilaron en invocar el honor, la moral, la ética, para evitar cualquier resistencia de los pueblos. Parafraseando a Shakespeare una parte de la humanidad no solo pagó con una libra de su carne, sino que entregó su propia vida en sacrificio a la honorabilidad del capital financiero.

Vale la pena detenernos un instante sobre la llamada deuda pública externa, cuyo volumen se triplicó en la última década, devengando intereses anuales que superan los presupuestos totales que el Estado destina para la educación, salud, cultura, ciencias y técnica.

El juez federal Jorge Ballesteros estaría por dictar el fallo después de un largo y espinoso trámite que ya lleva 18 años de duración, iniciado en agosto de 1982, entre otros, por Alejandro Olmos —cuyo reciente deceso constituye una sensible baja en el campo popular y nacional— sobre el endeudamiento del país desde 1976 hasta nuestros días. El material reunido está compuesto por 28 cuerpos e incontables anexos.

Entre los hechos delictivos que han trascendido en la investigación realizada se destacan los siguientes:

- Una parte significativa de la deuda externa estimada en más diez mil millones de dólares consistía en préstamos simulados efectuados entre las mismas empresas. O sea, eran autopréstamos.
- Figuraban enormes sumas que ya fueron pagadas, señalando los peritos designados que “de tal modo se desconoce el monto real de la deuda externa”.

- Fueron utilizadas como garantía las empresas públicas, y los dólares obtenidos fueron depositados, en su mayor parte, en los propios bancos acreedores como atesoramiento externo para facilitar la política de apertura, consistente en pagar importaciones de productos generalmente prescindibles. También se utilizaron para la adquisición de armamentos en el exterior.
- El Estado se hizo cargo de un volumen considerable de deuda externa privada con el pretexto de evitar la quiebra de grandes empresas locales debido al aumento especulativo de intereses que había realizado el gobierno norteamericano.
- Los peritos oficiales llegaron a la conclusión de que “la deuda externa privada y pública carece de justificación económica, financiera y administrativa”.

Por su parte, la Asociación Americana de Juristas y la Asociación Internacional de Juristas Demócratas han denunciado la ilegitimidad de la deuda pública externa latinoamericana.

Si el endeudamiento externo, que se ha pretendido legalizar en 1992 a través del Plan Brady, constituye una parte destacada de la política neoliberal, no se quedan atrás, por su enorme incidencia sobre la vida nacional, otras medidas tales como las privatizaciones, la apertura indiscriminada de las importaciones, la flexibilización laboral, la política tributaria, la dolarización de la economía, las desregulaciones practicadas, la transferencia del ahorro nacional a manos del capital financiero transnacional y las condiciones políticas y financieras puestas en ejecución para la libre circulación de los monopolios extranjeros y sus asociados locales.

Cada una de estas y otras disposiciones oficiales se ha traducido en un enajenamiento colosal del patrimonio nacional, en la concentración enorme de la riqueza en pocas manos y en un aumento de la desocupación y extrema pobreza jamás conocida en nuestro país.

Sin entrar en el detalle de este grave problema, de acuerdo a los últimos índices oficiales de desocupación, subestimados en todas las líneas, la tasa de desocupación entre jóvenes entre 15 y 19 años que son considerados parte de la Población Económicamente Activa, en agosto de 1999 alcanzaba el promedio de 35,8% del total. Si se agregara la subocupación — aquellos que trabajan menos de 35 horas semanales—, el índice superaría el 50% en todo el país.

¿Cuánto le cuesta al pueblo argentino su dependencia de los centros financieros?

Una pálida idea de la magnitud del despojo realizado surge de la sola comparación del importe recibido y el valor de los bienes públicos que fueron privatizados. Se estima, según distintas fuentes, que el importe recibido por el gobierno no supera el 10 por ciento del valor de los bienes entregados, al margen de centenares de miles de despedidos y del cierre de centros de investigación de las empresas estatales. Es la expresión más nítida de la corrupción y la especulación generalizada.

En el sistema capitalista todo tiene su precio. Sin embargo, en nuestra sociedad y como resultado de una política deliberada neoliberal, se han producido fenómenos que no tienen precios que alcancen a cubrir su real significado.

¿Puede acaso fijarse un precio a los un millón quinientos mil jóvenes de 15 a 28 años que no trabajan ni estudian ni son amas de casa?

¿Existe alguien que se atreva a tasar el precio de la muerte cada año de decenas de miles de niños hasta dos años de edad, por falta de alimentación o medicamentos?

¿Puede alguien atreverse a justipreciar el daño moral, psíquico, físico, que implica que en 1999, siete millones de compatriotas estén en las filas de desocupados, subocupados o en empleos precarizados?

¿Puede acaso ponerse un precio a un reciente informe de la Secretaría de Ciencias y Técnica, que llega a la conclusión de que sobre un total de 431 áreas de investigación existentes en el país, hay 354 que están pobremente desarrolladas, o sea el 82% del total?

Estos interrogantes no son llovidos del cielo. Se corresponden en sus aspectos fundamentales con el sistema de relaciones sociales de producción imperante en nuestro país.

La desocupación, la pobreza, el desarrollo desigual, el vaciamiento y el atraso de la investigación científica y técnica, constituyen, entre otros hechos, partes esenciales de nuestra estructura económica social. Al respecto, el ensayo que comentamos cuando menciona el papel que se le asigna actualmente a la ciencia y técnica “ora como Dios, ora cómo Diablo”, puntualiza: “De la ciencia y tecnología se habla con independencia de la

reproducción del valor del capital y de las clases sociales en pugna, en una palabra, de su forma capitalista.” Más adelante agrega: “La producción material es la condición básica de la existencia de la ciencia y de la técnica: sus necesidades constituyen la fuerza motriz del desarrollo de éstas.”

Después de ampliar estos conceptos, subraya: “De modo que las relaciones, las instituciones económicas, políticas e ideológicas, no permanecen pasivas frente al desarrollo de las fuerzas productivas, incluidas las renovaciones tecnológicas: las aceleran o las frenan en correspondencia con unos u otros intereses sociales.”

En este sentido, ¿puede entenderse la degradación que hemos sufrido en la investigación científica y técnica al margen de la profundización de las relaciones de dependencia hacia el capital financiero transnacional, al margen, en definitiva, del agravamiento de la crisis estructural de la sociedad argentina?

Cabe destacar que una de las contradicciones básicas que subyace en la crisis estructural argentina es la necesidad de un desarrollo amplio de las fuerzas productivas, con una modernización creciente que asimile en forma racional los grandes adelantos científicos y técnicos.

En nombre de la eficiencia, de la modernización, en la práctica hemos retrocedido en el propio desarrollo capitalista que no es ninguna panacea. En los últimos años disminuyó en un 15% la población ocupada en el sector moderno de la economía.

El país reclama un desarrollo económico que tenga por finalidad el aumento sustancial del bienestar material y cultural del pueblo, (de lo que produce apenas recibe una migaja), que aspira asimismo a la vigencia de una democracia social con protagonismo ciudadano, objetivos éstos que se contraponen con los fines egoístas del actual sistema económico social vigente en nuestro país.

Otro aspecto que nos atañe en forma muy particular y que ha sido manipulado habitualmente por gran parte de los economistas y políticos, es el problema de la estabilidad y convertibilidad monetaria colocada por muchos en el altar de los grandes logros del sistema.



Después de haber vivido un largo período en un proceso inflacionario, el equiparamiento un peso igual a un dólar aparece para muchos como el milagro de los milagros.

La esfera monetaria siempre se ha prestado a las más diversas confusiones y continúan prevaleciendo las opiniones más disparatadas sobre el origen del dinero y el papel que desempeña en el sistema capitalista.

Al hablar, por ejemplo, de “moneda libremente convertible”, el ensayo advierte que cambiar el vocablo dinero por el de moneda, sin tomar en consideración que la moneda es sólo una de las formas de existencia del dinero, implica una visión reduccionista del dinero, que sólo expresa una de sus cinco funciones: la función de medio de circulación. Por consiguiente, omite las restantes: medida de valor, medio de pago, medio de atesoramiento y dinero mundial, función ésta última que resume y engloba las anteriores.

Ya que entramos en la compleja esfera monetaria, donde las mistificaciones, el fetichismo, el dinero ficticio es moneda de todos los días, son necesarias algunas consideraciones generales.

No resulta fácil entender en la vida real que no es la fortaleza y la estabilidad de la moneda lo que proporciona el poderío y el brillo a una economía, sino a la inversa.

La fortaleza de una economía depende del grado de desarrollo de sus fuerzas productivas, del nivel alcanzado en su industrialización, la amplitud del poder de compra de su mercado interno, la armonía existente entre el agro y la ciudad; y el aspecto más sobresaliente lo constituye, sin duda, el mejoramiento constante de la calidad de vida de su población trabajadora que, en definitiva, produce la mayor parte de los bienes.

Si nos remontamos a épocas anteriores, en diversos países del continente, no era común la inflación monetaria. Tenían su moneda local en paridad con el dólar durante largos períodos, en medio de una economía atrasada, con un alto grado de dependencia de los centros financieros del exterior, llevando sobre sus espaldas la pesada carga de la miseria y la pobreza.

En la historia económica argentina también podemos encontrar situaciones similares.

¿Acaso los paraísos financieros, donde rige la paridad con el dólar o éste es la moneda fundamental, brillan por su esplendor económico y elevado bienestar popular o son casinos financieros?

El neoliberalismo ha colocado la esfera monetaria en el centro de la economía como un sol, donde todo gira en su alrededor con el fin de ocultar su real funcionamiento y particularmente la actividad financiera especulativa del capital transnacional como una totalidad contradictoria regida por leyes económicas. El parasitismo del capital, la especulación financiera, es actualmente parte integrante del sistema.

Por ello, para entender el significado de la convertibilidad puesta en práctica en nuestro país, consideramos un buen ejercicio realizar un somero balance de quiénes son sus principales perjudicados y quiénes son sus beneficiarios. Sucintamente, se puede afirmar:

- Desde la vigencia de la convertibilidad —abril de 1991 hasta la fecha— se ha reducido drásticamente el salario real a través de diversos medios: congelación de las remuneraciones, aumento de precios de artículos de primera necesidad en los primeros años del 90 y posteriormente, con una directa reducción de la remuneración y elevación de impuestos y servicios públicos. Se ha estimado, según distintas fuentes, que durante la vigencia de la convertibilidad el salario real, ha disminuido su poder de compra en más del 50%.
- Los índices de desocupación aumentaron entre dos y tres veces. El trabajo inestable precario se ha impuesto, y se ha avasallado la mayor parte de las conquistas obreras logradas tras largos años de lucha.
- Fueron seriamente afectadas la pequeña y mediana empresa local, por la disminución del mercado interno, ingreso de productos del exterior ofrecidos a precios más bajos por las subvenciones y otras ventajas que gozan en los países exportadores.
- Mientras que en el mercado interno los precios mayoristas y minoristas se mantenían a niveles más bajos con relación a los principales países capitalistas con los cuales realiza el comercio nuestro país, y a veces estaban por debajo, la tasa de intereses en el mercado local aumentaba considerablemente, muy por encima de las que rigen en los

principales centros financieros, tornándose inaccesible su acceso a las pequeñas y medianas economías. Entretanto, las grandes empresas de capitales extranjeras o locales tenían el acceso a créditos del exterior con tasas más bajas que las locales, lo que llevó al país a un mayor endeudamiento, además de la salida del mercado de numerosas pequeñas economías.

- Las altas tasas de intereses que rigen en el mercado interno son un aliciente para atraer el ingreso de capitales especulativos por volúmenes considerables, que desestabiliza constantemente nuestra economía ante cualquier crisis financiera en el exterior, como ha sucedido en el caso de países asiáticos, Japón, México, Rusia y Brasil.
- Contadas veces en la historia del país las tasas de ganancias del capital monopólico transnacional llegaron a niveles tan altos, sucediendo lo mismo con la especulación financiera. Las encuestas oficiales sobre ingresos de hogares de las capas más ricas lo revelan claramente, a pesar del ocultamiento generalizado de las grandes ganancias.
- Con el propósito de mantener la circulación monetaria y los medios de pagos en correspondencia con las reservas, se ha renunciado a una política independiente en la esfera monetaria y crediticia, y se ha puesto en inferioridad de condiciones a la mayor parte de entidades del sistema financiero argentino, lo que ha facilitado la liquidación, quiebra y una enorme transferencia de bancos argentinos a manos del capital monopólico financiero transnacional.
- En ese contexto, aumentó considerablemente el endeudamiento público externo, representando anualmente los intereses de la deuda más del 20% del presupuesto anual estatal.
- La convertibilidad como instrumento de la política de ajuste y el propósito de lograr a toda costa el equilibrio fiscal impulsaron las privatizaciones y el remate a precios irrisorios del patrimonio nacional.
- En la misma línea, tuvo lugar la absorción de más de 200 empresas líderes locales por parte del capital financiero transnacional.

En resumen, si la inflación monetaria ha sido uno de los instrumentos utilizados por las clases dominantes para despojar de sus ingresos al pueblo, la deflación de los salarios que corre paralela con la inflación de las ganancias, ha tenido y tiene efectos depredadores, a veces mayores que la inflación monetaria.

Pero, además, cabe hacer la salvedad que con la convertibilidad no se ha detenido el proceso inflacionario, motivado en gran parte por la presencia de los monopolios en la actividad económica y una mayor concentración de la riqueza que se ha operado en el país.

Por otra parte, hablando de alternativas, nos vienen a la memoria algunos datos:

Si en el país quedara solamente entre el 25% y el 30% de las sumas que se llevan al exterior anualmente las transnacionales y sus servidores locales, sería factible disponer de inmediato de fondos suficientes para reducir drásticamente la desocupación con la construcción de un número significativo de viviendas económicas y la ejecución de obras públicas, además alcanzaría el presupuesto estatal para salvar las vidas de decenas de miles de niños condenados a morir por falta de medicamentos o alimentos necesarios, sin mencionar que se podría detener la lenta agonía de los jubilados.

Sucede algo parecido con nuestro aberrante sistema tributario instrumentado con el asesoramiento del FMI; panorama que no se aprecia en los grandes países capitalistas.

Como es sabido, se estima que los trabajadores argentinos destinan de su magro salario más de una cuarta parte para el pago de impuestos, mientras que la recaudación anual por gravámenes a las ganancias capitalistas no supera el 2,66% del PBI.

Entretanto, en Canadá los ingresos estatales por el impuesto a los beneficios llegan al 13 % del PBI; en Australia, al 12 % , en Italia al 11% , y al porcentaje del 8% en los EE. UU., Reino Unido, y en España, respectivamente.

Lo mismo sucede con el funcionamiento del MERCOSUR, que ha entrado en crisis debido a la activa intervención del capital monopólico transnacional y sus asociados locales con asiento en nuestro país y en Brasil.

Si solamente se concretara una parte de los acuerdos y propuestas de integración económica, social, cultural y científica, alcanzaríamos en pocos años un desarrollo y

bienestar inimaginable, transformando en realidad los sueños de los forjadores de nuestra nacionalidad de construir la Patria Grande Latinoamericana y del Caribe.

En caso contrario, se impondrá, de una u otra forma, la presencia hegemónica de los EE.UU., que ya está articulando una división del trabajo en el continente para el año 2005, en función de los objetivos de dominación del capital financiero transnacional.

El valioso trabajo de que dispone hoy el lector permite indagar otros aspectos de enorme relevancia para estos momentos de tanta incertidumbre y confusión.

El pueblo está ávido de alternativas, de propuestas, de donde asirse para enfrentar lo que figuradamente aparece como un sistema inamovible, con un capitalismo que lejos de ir al ocaso, a la descomposición, parece consolidarse cada día más y aun extenderse.

¿Es que ha cambiado la naturaleza del sistema capitalista? ¿Ha podido superar sus contradicciones antagónicas? ¿Es que se parece al Ave Fénix que renace de las cenizas de las crisis y se proyecta al mundo cada vez más fuerte?

Algo está sucediendo en el campo ideológico y en las filas de la militancia revolucionaria.

¿Acaso nos hemos olvidado de que el capitalismo se reproduce cada hora, cada minuto de su existencia, y que el tiempo no detiene nunca su hambre canina sin límites de mayores beneficios y poder?

Su historia no ha transcurrido, como se sabe, sobre un lecho de rosas. Para lograr sus objetivos el capitalismo no ha dejado de acudir a cualquier medio, pisoteando la mayoría de las veces las propias reglas de la ética y de convivencia humana que la burguesía juró obedecer —muchas veces a regañadientes y casi siempre empujada por la acción de las masas— contra la barbarie de los modos de producción que le precedieron.

¿Y cuál es el panorama del otro lado?

¿Qué sucede cuando la militancia revolucionaria se apoltrona sobre los laureles conseguidos y cree que dispone de la varita mágica teórica y práctica que le dará las respuestas necesarias aptas para cualquier situación histórica concreta?

O sucede lo contrario. El vaciamiento ideológico es tan profundo, que ha renunciado en los hechos a la aplicación creadora del marxismo, a la investigación de los problemas y sucesos

nuevos y cambiantes que le plantea la vida, y en el mejor estilo talmúdico se golpea constantemente en el pecho por las culpas propias y ajenas, esperando que aparezca “el nuevo Mesías revolucionario”.

En la tragedia en que estamos sumergidos, uno de los hechos notorios es la amplia difusión que ha tenido el desconocimiento parcial o total del mecanismo actual de funcionamiento de nuestra sociedad, o la desinformación acerca de los fenómenos nuevos, las nociones difusas que se tiene sobre la acción de las leyes económicas, para algunos ya perimidos o inexistentes, no faltando quienes consideran que estamos viviendo en los umbrales de una nueva época y que habría que comenzar todo de nuevo.

Esta visión de las cosas tiene su historia y no surge por generación espontánea, pero cuya indagación escapa de estas líneas de presentación.

Sin el ánimo de simplificar la gran responsabilidad que recae sobre todos nosotros, cabría quizás subrayar que se ha trabajado desde el interior y desde afuera de las filas de la izquierda, sucediendo algo parecido en las fuerzas progresistas, antiimperialistas y patriotas, sembrando con éxito el desconcierto, el renunciamiento, archivándose por parte de algunos los principios y muchas veces lamentándose de los propios sacrificios realizados.

Se ha escuchado con toda buena fe a renombrados intelectuales hablar con desdén y sin perspectivas sobre el futuro inmediato de nuestra patria y del mundo.

A primera vista, considerando los profundos cambios operados en el mapa político y social del mundo, razones no le faltarían. Sin embargo, no se puede borrar o ignorar el conocimiento científico acumulado desde hace un siglo y medio, el salto cualitativo que significa el marxismo para el conocimiento y la lucha por la transformación de la sociedad capitalista y las obras de Lenin sobre el imperialismo e igualmente sobre su labor constructiva.

Decimos todo esto porque en uno de los capítulos de la obra se afirma:

Lo más frecuente en la literatura actual es el intento de dibujar un cuadro teórico del capitalismo contemporáneo que renuncia al método leninista de análisis del imperialismo, es decir, al estudio del proceso de acumulación, concentración, y

monopolización del capital. Más aún, lo habitual de nuestros días es el intento de ofrecer un cuadro teórico del capitalismo que excluya al capital, o en el que, al menos, la relación capital-trabajo no se presenta como relación económica fundamental, a partir de la cual se realice el estudio y se deduzcan las restantes relaciones, leyes y determinaciones de la sociedad capitalista.

En la obra se subraya la importancia estratégica y táctica que significa en la actualidad la toma de conciencia sobre el funcionamiento del imperialismo.

Sabiendo que abusamos de la paciencia del lector, nos permitimos una vez más subrayar las opiniones de los autores:

...la visión estática del imperialismo, que supone que éste vino a la vida con todas sus señas grabadas sobre la frente, apenas merece ser sometida a crítica: en este caso, se pasa por alto la tesis elemental de que la formación económica social capitalista, considerada en su totalidad, constituye un organismo en desarrollo histórico y en incesante transfiguración, que sólo puede existir a través de la transformación permanente de todas sus condiciones de existencia.

El lector encontrará en la obra una valiosa herramienta de gran utilidad en la apasionante lucha en el campo de las ideas y por la transformación revolucionaria de nuestra sociedad.

No se trata de perseguir utopías o sueños irrealizables. La obra nos alienta a mantener encendida la antorcha por la lucha activa —con el protagonismo del pueblo— por la segunda y definitiva independencia económica y política, por la construcción de una sociedad libre de toda explotación imperialista y por la supresión definitiva de la explotación del hombre por el hombre.

**Jaime Fuchs**

Mayo de 2000

## PALABRAS DE LOS AUTORES

Con una celeridad que supera en los hechos toda previsión, la historia ha planteado ante el pensamiento revolucionario la demanda de poner límite al descuartizamiento pasional u oportunista de la experiencia histórica del socialismo, que rayó en el sadismo e, incluso, en el masoquismo, y logró apartar o colocar en un plano secundario el análisis de la historia y la actualidad del imperialismo. No cabe duda de que el tema de la caída del muro de Berlín y el arreo de la bandera roja del Kremlin se impuso por sí mismo con fuerza aplastante sobre la conciencia y el pensamiento teórico de casi todas las corrientes políticas de izquierda, y que, por un tiempo, resultó difícil orientar las energías creadoras hacia otro empeño que no fuera explicar el ignominioso desplome de un orden económico, político y social al que, tanto amigos como enemigos, habían atribuido, al menos, una mayor solidez. Es innegable que el estudio sin cortapisas de la trayectoria y los resultados de los proyectos de construcción del socialismo, y de los errores, desviaciones y fraudes que se cometieron en su nombre, constituye una exigencia ineludible del desarrollo del pensamiento revolucionario. Sin embargo, la tendencia al ensimismamiento autodestructivo que conlleva la absolutización de esta necesidad, ha de ser contrarrestada con lo que, a nuestro juicio, constituye el reto teórico fundamental de nuestros días: *someter a una crítica científica la metamorfosis por la que atraviesa el imperialismo contemporáneo.*

Las fuerzas políticas de izquierda y los movimientos populares no pueden formular su estrategia y sus tácticas de lucha sobre la base del diagnóstico que el imperialismo hace de sí mismo, ni asumir las seudoteorías puestas en boga por los “tanques pensantes” que defienden los intereses de los monopolios transnacionales, o por quienes consideran posible eliminar los males inherentes a la sociedad capitalista sin abolirla. Se hace perentorio emprender un análisis marxista del imperialismo que actualice sus determinaciones esenciales, esclarezca sus rasgos específicos, revele las formas concretas de manifestación de sus leyes inmanentes, identifique los mecanismos de reproducción de sus contradicciones e indique las tendencias previsibles de su movimiento histórico. En esa dirección hemos encaminado nuestros esfuerzos. Para nosotros, el conocimiento científico



del imperialismo contemporáneo sólo tiene sentido si lo vinculamos a la lucha por la transformación revolucionaria de la sociedad.

Los ensayos que sometemos a la consideración del lector son el resultado de un trabajo genuinamente colectivo. La tarea en que nos hemos propuesto participar, sólo puede ser acometida con éxito por intelectuales revolucionarios ajenos a toda pretensión de propiedad privada sobre las ideas, dos veces ridícula cuando se trata de ideas revolucionarias. En correspondencia con su formación profesional, su experiencia y sus habilidades, cada uno de los autores ha hecho su aporte individual a la obra común. Sin embargo, desde la primera hasta la última línea, este texto es fruto de una elaboración colectiva. Ninguno de nosotros por separado hubiera sido capaz de escribir una sola de las ideas fundamentales del trabajo, al menos en su forma actual. Ha sido una experiencia apasionante y enriquecedora ver cómo las fuerzas se multiplican a través de la elaboración conjunta.

El método de investigación que nos ha guiado aparece explícito en el texto; no en la forma de generalidades abstractas, desligadas del objeto de investigación, sino como automovimiento de las determinaciones objetivas del proceso que analizamos. Sobre el trasfondo general de la concepción materialista de la historia, su consustancial dialéctica materialista, la teoría económica y política de Marx y Engels, y la teoría leninista del imperialismo, nuestro propósito ha sido callar y permitir al objeto contar su propia historia y revelar sus determinaciones lógicas e históricas esenciales. Por supuesto, ello no ha sido siempre posible. En reiteradas ocasiones nos hemos visto obligados a repensar, replantear y reelaborar diferentes tópicos, y ha resultado necesario introducir múltiples precisiones, adiciones y modificaciones concernientes, tanto al estilo y al orden de exposición, como al propio contenido. Tras dieciocho meses de trabajo, hemos emborronado muchas páginas con anotaciones empíricas y algunas hipótesis teóricas que aguardan por una reflexión más profunda. Sin embargo, existe una tensión entre el tiempo que requiere una investigación concienzuda, y la urgencia de participar en un debate político e ideológico impaciente que no se resigna a aguardar por la madurez de las ideas científicas. Por esta razón, nos hemos sentido obligados a hacer un corte en la investigación y enviar a imprenta estos ensayos, sin otra pretensión que la de haber puesto en limpio un conjunto de consideraciones que expresan el nivel actual de nuestra propia comprensión de los problemas tratados. Más que

un cuerpo de verdades o ideas acabadas, en este libro proponemos un programa de investigación.

Febrero de 1999

## HISTORIA UNIVERSAL Y GLOBALIZACION CAPITALISTA: CÓMO SE PRESENTA Y EN QUÉ CONSISTE EL PROBLEMA

La literatura al uso desborda en signos de admiración por las trascendentes modificaciones que se operan en la sociedad contemporánea. Una multiplicidad aparentemente inconexa de términos —recién lanzados al mercado, resucitados o beneficiados por la coyuntura— da cuenta de esta admiración: “cambio civilizatorio”, “sociedad posindustrial”, “sociedad posburguesa”, “sociedad del postrabajo”, “era tecnocrática”, “era del vacío”, “postmodernidad”, “fin de la historia”, “mundialización”, “globalización” son algunos de ellos. ¿Qué les confiere unidad y los convierte en momentos unilaterales de una misma concepción? Por lo general, el desplazamiento o eliminación de las determinaciones de clase, modo de producción y formación económico-social; en una palabra, el rechazo a la concepción marxista de la historia.

Con muy diversas acepciones, el término *globalización* —muy discreto antes de la desaparición de la Unión Soviética y los países socialistas de Europa— es el que se utiliza con mayor frecuencia para hacer referencia a la metamorfosis por la que atraviesa el modo de producción capitalista. Aunque es posible clasificar las teorías de la globalización a partir de las diferencias en los criterios analíticos utilizados, no existen explicaciones consensuales de este término; a lo sumo, se encuentran diversas elaboraciones que combinan —y, con frecuencia, confunden— las causas, expresiones y consecuencias del proceso histórico que se intenta designar con su ayuda. No pocos autores renuncian a ofrecer una explicación coherente de la transfiguración del mundo contemporáneo que vaya más allá de calificativos tales como “complejo”, “paradójico” o “contradictorio”. A ello suele asociarse la idea de que nos hallamos ante varias “globalizaciones simultáneas”, lo cual induce a la búsqueda de una “definición general” mediante la combinación ecléctica de “definiciones parciales”. Estas definiciones no sólo ponen el acento sobre un momento unilateral de las transformaciones que tienen lugar a ojos vista en el capitalismo contemporáneo, asociadas al desarrollo de la ciencia y la tecnología, el papel del mercado mundial, los flujos de capitales, la flexibilización del proceso productivo, la erosión del

poder del Estado-nación o la “porosidad” de las fronteras, sino también proyectan la imagen de un proceso inexorable en su forma capitalista, fuera de la comprensión y el control de las naciones, las sociedades y los seres humanos. Si diéramos crédito a buena parte de la literatura contemporánea, tendríamos que llegar a la conclusión de que la civilización de entre milenios se encuentra postrada ante la globalización: le rinde culto como a un dios, o invoca a otros dioses para que protejan de ella a los mortales comunes.

La “globalización”, nos aseguran, ha hecho perder sentido a todos los aparatos categoriales —económico, político, social e ideológico— que articulaban el pasado inmediato, y ha desplazado al ser humano del papel de protagonista de la historia. “El mundo ya no es exclusivamente un conjunto de naciones, sociedades nacionales, estados-naciones, en sus relaciones de interdependencia, dependencia, colonialismo, imperialismo, bilateralismo, multilateralismo”; su centro “ya no es principalmente el individuo, tomado singular y colectivamente, como pueblo, clase, grupo, minoría, mayoría, opinión pública (...) De ahí nacen la sorpresa, el encanto y el susto. De ahí la impresión de que se han roto modos de ser, sentir, actuar, pensar y fabular”. Por lo general, las teorías sobre la “globalización” aluden a ella como a un proceso que comienza con la súbita explosión del desarrollo económico, científico y tecnológico experimentado por el capitalismo durante las últimas décadas. Al comparar esta explosión con “las drásticas rupturas epistemológicas representadas por el descubrimiento de que la Tierra ya no es el centro del universo según Copérnico, el hombre ya no es hijo de Dios según Darwin, el individuo es un laberinto poblado de inconsciente según Freud”,<sup>1</sup> Ianni —y no sólo él— va aún más allá: renuncia de manera explícita a considerar al capitalismo de nuestros días como resultado de un proceso histórico susceptible de ser comprendido por vía científica.

En uno de los estudios más representativos de los puntos de vista predominantes sobre el capitalismo contemporáneo, *Los límites a la competitividad*, publicado por el Grupo de Lisboa, se identifican en la literatura existente siete “tipos de globalización”, con sus correspondientes teorías. Vale la pena enumerarlas: 1) la “*globalización de las finanzas y del capital*”, que supone la desregulación de los mercados financieros, la movilidad internacional del capital y el auge de las fusiones de las empresas multinacionales; 2) la

---

<sup>1</sup> Ver: Octavio Ianni. *Teorías de la globalización*, Siglo Veintiuno Editores, México D. F., 1995, pp. 3-4.

“globalización de los mercados y estrategias, y especialmente de la competencia”, basada en la unificación de actividades empresariales, el establecimiento de operaciones integradas y de alianzas estratégicas a escala mundial; 3) la “globalización de la tecnología, de la investigación y desarrollo y de los conocimientos correspondientes”, a raíz de la expansión de las tecnologías de la información y la comunicación —consideradas como “enzima esencial”— que facilitan el desarrollo de redes mundiales en el seno de una compañía y entre diferentes compañías (la globalización como proceso de universalización del ‘toyotismo’ en la producción); 4) la “globalización de las formas de vida y de los modelos de consumo” (globalización de la cultura), asociada a la transferencia y el trasplante de formas de vida dominantes, la “igualación” de los medios de consumo, la transformación de la cultura en “alimentos culturales” y en “productos culturales”, la aplicación del GATT a los intercambios culturales y la acción planetaria de los medios de comunicación, 5) la “globalización de las competencias reguladoras y de la gobernación”, vinculada a la disminución del papel de los gobiernos y parlamentos nacionales y a los intentos de diseño de una nueva generación de normas e instituciones para el gobierno del mundo; 6) la “globalización de la unificación política del mundo”, asentada en la integración de las sociedades mundiales en un sistema político y económico liderado por un poder central; y 7) la “globalización de las percepciones y la conciencia planetaria”, derivada del desarrollo de procesos culturales centrados en la idea de “una sola Tierra” y de movimientos que promueven el concepto de “ciudadano del mundo”. Como colofón, los autores declaran que “ninguno de los anteriores tipos de globalización ilustra del todo satisfactoriamente la naturaleza del proceso; de ahí que ningún especialista pueda pretender estar más cerca de la verdad que los demás”.<sup>2</sup>

A diferencia de estas visiones insatisfactorias, el Grupo de Lisboa declara que su definición de globalización está muy cerca de la que proponen McGrew y sus colegas:

---

<sup>2</sup> Ver: Grupo de Lisboa (bajo la dirección de Ricardo Petrella). *Los límites a la competitividad*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, p. 52. Con este último criterio coincide Luis Javier Garrido, quien afirma que “las políticas llamadas “de la globalización” han constituido un desafío al que hasta ahora los intelectuales no han sabido responder con claridad, y la confusión sigue prevaleciendo.” Luis Javier Garrido. “Nuevas reflexiones sobre el neoliberalismo realmente existente”, Introducción a *La Sociedad Global*, de Noam Chomsky y Heinz Dieterich, Editora Abril, La Habana, 1997, p. 7.

La globalización hace referencia a la multiplicidad de vínculos e interconexiones entre los Estados y las sociedades que construyen el actual sistema mundial. Describe el proceso a través del cual los acontecimientos, decisiones y actividades en cualquier lugar tienen repercusiones significativas en muy alejados rincones del mundo. La globalización se manifiesta en dos fenómenos diferentes; el del alcance (o extensión) y el de la intensidad (o profundización). Por un lado, define una serie de procesos que abarcan la mayor parte del globo o que operan a escala mundial; el concepto tiene, pues, una connotación espacial. Por otro lado, también implica una intensificación en los niveles de interacción, de interconexión o interdependencia entre los Estados y sociedades que integran la comunidad mundial.<sup>3</sup>

Aunque, según estos autores, la “globalización no significa que el mundo venga a estar políticamente más unido, ni que económicamente se haga más interdependiente o culturalmente más homogéneo”,<sup>4</sup> no cabe duda de que, también en este caso, nos hallamos ante una de las tantas definiciones sincrónicas y asépticas de la globalización “en general”, que hacen caso omiso de la historia del modo capitalista de producción, desligan el proceso en cuestión de las necesidades de la reproducción del capital en cada etapa histórica concreta de su desarrollo y se regodean en consideraciones abstractas acerca de la “interacción”, la “interconexión” y la propia “interdependencia”, con el consiguiente escamoteo de las relaciones de dominación, subordinación y aplastamiento características del proceso de expansión del capitalismo.

Según el Grupo de Lisboa, “un nuevo credo recorre el mundo”: el de la *competitividad*, “un medio convertido en fin y dotado del devastador sentido de confrontación y aniquilación de los rivales”, “una ideología que se instala, aún más allá, en el santuario de lo incuestionable”. La competitividad, se nos dice, es una deformación grotesca y evitable de la *competencia* (capitalista), considerada esta última como “una de las primeras causas de movilización, creatividad e, incluso, de convivencia...”<sup>5</sup> La esencia del problema radica en que la inexorable globalización capitalista de la economía desatará fuerzas destructivas

---

<sup>3</sup> Citado por: Grupo de Lisboa (bajo la dirección de Ricardo Petrella), *Op. cit.*, p. 53.

<sup>4</sup> *Idem.*

<sup>5</sup> *Ibid*, p. 11.

incontrolables hasta tanto la humanidad no sea capaz de construir un “gobierno mundial eficaz” que imponga límites a los desenfrenos de la competitividad. La tarea consiste en alcanzar mediante la negociación, cuatro “contratos sociales globales”<sup>6</sup> entre los representantes de los gobiernos, las empresas transnacionales y la “sociedad civil mundial” (sic!), capaces de sentar las bases de la institucionalidad global por construir, a saber, “el contrato con las necesidades básicas”, que garantice el suministro de agua a 2500 millones de personas, alojamiento a 1500 millones y electricidad a 4000 millones; “el contrato cultural”, que promueva la tolerancia y el diálogo entre las culturas; “el contrato democrático”, que elimine “la creciente discrepancia entre un poder económico organizado a escala mundial mediante redes globales de empresas y un poder político que sigue anclado en el marco nacional”, y “el contrato con la Tierra”, llamado a “acelerar la puesta en marcha de los compromisos y preceptos” adoptados en la Cumbre de la Tierra, celebrada en Río de Janeiro en 1992.<sup>7</sup>

No es nueva en la historia esta postura teórica y práctica que explica el origen de las instituciones sociales a través del establecimiento de “pactos” entre los hombres y apela sin descanso a las buenas voluntades y las buenas razones, sin tomar en cuenta las leyes inmanentes del proceso histórico, en este caso, de la producción capitalista (en particular, la ley de la plusvalía). Los espectros de Hobbes continúan haciendo de las suyas, ahora “de forma globalizada”. En condiciones en que, bajo los efectos de una libertad incontrolada, el hombre continúa siendo “el lobo del hombre” y la vida en sociedad se presenta aún como una “lucha de todos contra todos”, los individuos y grupos sociales no tienen otra opción que la de ceder una porción de su soberanía a una autoridad superior capaz de garantizar, aún a costo de la tiranía, las condiciones indispensables para que los unos no terminen devorando a los otros. El quid del asunto radica en la capacidad de negociación, de lograr un consenso, pactar, suscribir compromisos (tanto más efectivos si son refrendados por las leyes), de modo tal que se pueda alcanzar una forma de organización social en la que, según

---

<sup>6</sup> Por “contrato global” —escriben los autores— “se entiende la definición y promoción de principios, fórmulas institucionales, mecanismos financieros y prácticas conducentes a someter la asignación de los recursos materiales e inmateriales del mundo al interés general y, más concretamente, a la satisfacción de las necesidades esenciales de los pueblos más pobres. El objetivo de cada contrato global “social” es estimular el desarrollo de la riqueza mundial en la forma más aceptable desde el punto de vista humano, social, económico, medioambiental y político”. *Ibid.*, p. 88.

<sup>7</sup> Ver: *Ibid.*, pp. 186-202.

palabras de Lenin, los lobos estén hartos y las ovejas intactas. En el caso que nos ocupa, son aplicables por entero las célebres palabras del *Manifiesto del Partido Comunista* referidas al socialismo burgués:

Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente en ellas. Quieren perpetuar la sociedad actual sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués hace de esta representación consoladora un sistema más o menos completo. Cuando invita al proletariado a llevar a la práctica su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado en ella.<sup>8</sup>

Una idea clave constituye el cimiento de todas estas construcciones: el derrumbe del socialismo eurosoviético ha devuelto a la historia su “cauce natural”: el de la ampliación indetenible —y deseable— del “área geográfica del mercado” o, sin eufemismos, el de la universalización del capitalismo. La globalización, se nos instruye, constituye el fundamento inexorable del “nuevo orden” “poscomunista” mundial. Vivimos en una “aldea global”, vale decir, en una comunidad capitalista mundial en proceso de armonización y homogeneización, poblada por toda suerte de aparatos electrónicos que acortan tiempos y distancias y univertalizan las condiciones de vida y las “fabulaciones” humanas. La aldea global viste, calza, come y sueña las mercancías producidas en una “fábrica global”, un universo de relaciones capitalistas de producción cualitativa y cuantitativamente nuevas, que no conoce departamentos estancos y ha recibido de una deidad ignota el mandato de absorber los restantes modos de producción y organización social. Las economías nacionales y los diversos sectores económicos se convierten en talleres de esta fábrica, se “entrelazan” progresivamente y revelan su carácter “complementario”. Esta interpenetración favorece la “movilidad de hombres y capitales”, con los consecuentes

---

<sup>8</sup> Carlos Marx y Federico Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”, en: *Obras Escogidas en 3 tomos*, t. I, Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 135.



beneficios en términos de “libertad individual”. Supuestamente, la apertura de la competencia internacional es justamente lo que beneficia al mayor número de empresas y de consumidores, con independencia de su procedencia nacional, clasista o de cualquier otra índole. La “interconexión” de los mercados financieros logra, incluso, cubrir el déficit de capital en los países en que existe “un excedente de fuerza laboral”, lo cual —repárese en ello— favorece su desarrollo. La prosperidad y estabilidad del mundo capitalista desarrollado “se derrama” en las economías de los países subdesarrollados que comercian con ellos, con lo cual se confiere un mayor equilibrio al balance económico mundial. La producción y la circulación de la riqueza se libran de las ataduras territoriales y de la soberanía de los Estados nacionales, y un nuevo tipo de soberanía, basada en la “cooperación”, la “interdependencia”, la “reciprocidad”, la “cohesión” y la “solidaridad”, renace bajo la forma de la supranacionalidad. La globalización, en fin, fomenta una significativa ampliación del “área de la modernidad” y un aumento de la “sintonía” entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado. Parecería que el imperialismo —ese sujeto al que debíamos y podíamos derrotar— se ha esfumado y, en su lugar, ha aparecido un sujeto nuevo e invulnerable, “la globalización”. Se trata, insistamos, de un proceso inexorable; todo intento de resistirse a él u orientarlo en un sentido diferente constituye una quimera. Una “nave espacial” sin piloto transporta a los habitantes del planeta hacia un sitio desconocido y perdido en el cosmos.

Las construcciones científico-tecnológicas —basadas en el amontonamiento factográfico de los más inverosímiles descubrimientos e innovaciones— constituyen el fundamento más generalizado de estas explicaciones. Ha llegado a convertirse en un lugar común la deducción de todos los cambios que se producen en la “aldea global” a partir del desarrollo de la ciencia y la tecnología, consideradas, como norma, al margen del análisis de las leyes sociales, en particular, económicas. De ciencia y tecnología se habla con independencia de la reproducción del valor del capital y de las clases sociales en pugna, en una palabra, de su forma capitalista. Parecería que ambas figuras mitológicas van andando con sus propios pies y que asistimos boquiabiertos a una carrera desenfrenada en pos de ellas. Así las cosas, no sólo el individuo común y corriente debe ajustar sus normas de conducta y su vida al

poder impersonal de la ciencia y la tecnología, sino también, y en no menor medida, los grandes dueños de este planeta: los monopolios transnacionales.

A pesar de la noción de inexorabilidad que conlleva este determinismo científico tecnológico, los hombres y mujeres de carne y hueso podemos hacer algo más que cruzarnos de brazos. Si bien es cierto, nos dicen, que la globalización implica un “mayor bienestar generalizado” y entraña un amplio ramillete de “oportunidades”, no cabe duda que también comporta determinados “riesgos” y “retos”, a saber: puede provocar cierta asimetría en los niveles de desarrollo, no procurar a todos las mismas “ventajas”, destruir vetustas redes de solidaridad y lazos sociales y territoriales, provocar pérdidas de seguridad y crisis de identidad por parte de diversos sectores de la población, poner en jaque la cultura y la tradición histórica de los pueblos, conducir al aumento de las migraciones y al resurgimiento de fundamentalismos nacionales y religiosos, dificultar la determinación precisa de los “límites de desigualdad aceptables”. Al nivel de Estado —y aquí comienzan las recetas—, se impone la creación de estructuras “capaces de afrontar la competitividad”, “burocracias eficaces”, el establecimiento de “un rigor financiero muy severo”, “flexibilidad laboral”, “revisión del estado social”. Se impone, asimismo, alcanzar un “pacto de gobernabilidad global”, encontrar normas adecuadas para “gobernar el mundo globalizado”, “reglas legitimadoras” de las decisiones a escala mundial, congruentes con la globalización económica,<sup>9</sup> en cuya formulación participen por igual los “países del Norte” y los “países del Sur”, gobiernos y organizaciones no gubernamentales, comunidades locales e instituciones internacionales. Estos y otros retos y riesgos deben ser afrontados de consuno por todos los “actores” mundiales, so pena de que se reproduzcan las condiciones que provocaron las conocidas “revueltas contra el mercado” que agitaron todo el siglo XX.

En particular, los países del Tercer Mundo han de poner todo su celo en la observancia de un pequeño número de imperativos ineludibles: garantizar la “apertura económica”, privatizar y liberalizar “con espíritu pragmático”, crear espacios económicos sin fronteras capaces de generar riqueza y “amortiguar los riesgos de la globalización”, ingeniárselas

---

<sup>9</sup> “Esa es la gran contradicción que tendremos que enfrentar en el siglo XXI: a la globalización del sistema productivo, del área económica, no le siguió en la misma proporción una definición, también global, en el plano del poder.” Fernando Henrique Cardoso. “Gobernabilidad y democracia: desafíos contemporáneos”, en: *Gobernar la globalización*, Ediciones Demos, México D. F., 1997, p. 19.

para obtener la “colaboración” de socios capaces de asegurarles ganancias; “adaptar” los Estados de forma tal que resulten aptos para la competencia, consolidar las “instituciones democráticas”, promocionar las “libertades fundamentales” y los “derechos humanos”; reanudar el “diálogo” con los países desarrollados e incrementar su “participación” en las organizaciones internacionales; aceptar someterse a “controles de eficacia, de democracia, de competitividad”; renunciar al nacionalismo y a las posturas “antioccidentales”, asumir el modelo de las naciones desarrolladas, sustentado en el espíritu empresarial, la innovación tecnológica y la capacidad de dirección, trabajar “de conjunto” con ellas y ofrecer la misma respuesta que ellas a la globalización. Aprender, en fin, a “medirse con el mundo moderno”. Las “peculiaridades” nacionales y regionales no interfieren con las tendencias generales. Ha terminado la era de un mundo subdesarrollado no homologable con los países del Primer Mundo.<sup>10</sup>

Los teóricos de la globalización neoliberal —que suelen presentarla como un dios caído del cielo en las postrimerías del siglo XX— apenas recuerdan el largo camino de la noción de una historia universal (“global”), asociada por los iluministas franceses y, posteriormente, por el idealismo clásico alemán, a la noción del progreso y de la humanidad como un todo único, con orden, significado, sentido, fuerzas motrices y finalidad —externa o inmanente—, como sucesión de formas que constituyen momentos de un devenir absoluto. En efecto, a diferencia de la concepción medieval clásica de la historia, basada en la idea de una providencia divina que se expresa en ella y la dirige, la Ilustración tenía como una de sus

---

<sup>10</sup> Ver: Lamberto Dini. Conferencia Magistral dictada en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el 10 de junio de 1998 (material repartido entre los asistentes). Un plan de acción “ante la globalización” —más edulcorado e igualmente irrealizable en los marcos del capitalismo— es presentado por los participantes en la “Cumbre Regional para el Desarrollo Político y los Principios Democráticos”, realizada en Brasilia en julio de 1997, quienes también parten del supuesto de la inexorabilidad de la globalización capitalista e intentan reformarla sobre la base de “principios éticos y democráticos”: “Los principios democráticos se expresan hoy como política de la inclusión. Esta exige de nosotros cuando menos ocho compromisos. El primero, desterrar la corrupción de la política. El segundo, resolver los conflictos de intereses dentro de los países, en democracia y por la vía del diálogo y la negociación. El tercero, detener el armamentismo, especialmente de alta tecnología, propiciado por los países productores de armas, y proscribir la guerra como forma de solución de disputas fronterizas. El cuarto, procurar la seguridad y la paz para todos. El quinto, darle prioridad a la infancia y a la juventud en la solución de los problemas sociales (...) El sexto, eliminar la impunidad de las autoridades públicas y de todos los poderes fácticos, y propiciar la capacidad de los ciudadanos para ejercer el debido control del poder. El séptimo, impartir educación para todos a lo largo de toda la vida, garantizando la igual calidad de la misma. El octavo, conservar el medio ambiente, la biodiversidad y la calidad de la vida urbana.” “Plan de Acción de la “Cumbre Regional para el Desarrollo Político y los Principios Democráticos”, Brasilia, 6 de julio de 1997, en: *Gobernar la globalización*, ed. cit., p. 234.

premisas fundamentales la existencia de leyes históricas naturales. A través de la obra de Condorcet, Herder, Voltaire, Montesquieu, Rousseau y otros tantos pensadores del “siglo de las luces”, la historia humana comenzó a ser vista como un progreso único sin desviaciones de lo inferior a lo superior, que no sólo involucra los acontecimientos políticos, sino la cultura toda, entendida en sentido amplio mediante la aplicación temprana del método comparativo. Los idealistas clásicos alemanes —Kant, Fichte, Schelling, Hegel— partían de premisas análogas: en su filosofía, el desarrollo social se presentaba como un proceso necesario y sujeto a leyes, bien que esta necesidad no fuera deducida de la propia historia, considerada como un movimiento de realización paulatina de determinadas ideas abstractas. A pesar de que, por lo general, esta filosofía de la historia se hallaba divorciada de los acontecimientos empíricos y de que, en no pocos casos, subrayaba su desprecio por ellos, partía de la idea de que sólo el estudio de la historia universal hace posible comprender la racionalidad del proceso histórico. No se trataba de meras especulaciones, sino de expresiones parciales y, como norma, unilaterales e hiperbolizadas, de las transformaciones en la vida económica, política y cultural que se iban verificando en la sociedad europea con el desarrollo y el afianzamiento del capitalismo y de su política colonial.

Pero no es este el único olvido en que incurren los cultores del fetiche de la globalización: tampoco constatan que uno de los pilares de la concepción marxista de la historia moderna es la idea de la ruptura necesaria y objetiva de las barreras de todo tipo, incluidas las nacionales, que obstaculizan el libre desarrollo de las relaciones sociales. Frente a esta amnesia, es preciso insistir en que el pensamiento emancipador marxista tiene como premisa el reconocimiento de que, a partir del afianzamiento de las relaciones capitalistas de producción y del surgimiento de la gran industria y del mercado mundial, la historia de la humanidad deviene en *historia universal*, se va constituyendo progresivamente como una totalidad universal con respecto a la cual cada uno de los pueblos y naciones constituyen momentos orgánicos.<sup>11</sup> “Cuanto más se destruye el primitivo encerramiento de las

---

<sup>11</sup> “La unidad de la economía mundial, con la integración de todas sus partes sin excepción en un sistema de relaciones labrado por el capital y colocado bajo la dominación de los países capitalistas centrales, es una realidad desde hace un siglo. El ‘mercado mundial’ ya estaba constituido cuando Marx escribía y había evolucionado en su constitución sistémica cuando aparecieron los escritos clásicos sobre el imperialismo de Rosa Luxemburgo, Rudolf Hilferding, Nicolás Bujarin y Vladimir Lenin”. Francois Chesnais. “Contribución al debate sobre la trayectoria del capitalismo a finales del siglo XX”, en: Renán Vega Cantor (Editor), *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y el socialismo*, Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997, p. 400.

diferentes nacionalidades por el desarrollo del modo de producción, del intercambio y de la división del trabajo que ello hace surgir por vía espontánea entre las diversas naciones — escriben Marx y Engels en *La Ideología Alemana*—, tanto más la historia se convierte en historia universal...”<sup>12</sup> Y en el *Manifiesto del Partido Comunista* consignan con palabras que parecen más bien una premonición:

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual.<sup>13</sup>

A diferencia de la visión que resulta de las geniales especulaciones del pensamiento precedente, Marx y Engels demuestran que la historia universal no existió siempre, sino *constituye un resultado del proceso histórico*, a saber, el proceso de progresiva y necesaria

---

<sup>12</sup> Carlos Marx y Federico Engels. “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista (I Capítulo de *La Ideología Alemana*)”, en *Obras Escogidas en 3 tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 1, p. 36. “La gran industria —escriben más adelante los autores— universalizó la competencia (...), creó los medios de comunicación y el moderno mercado mundial, sometió a su férula el comercio, convirtió todo el capital en capital industrial y engendró, con ello, la rápida circulación (el desarrollo del sistema monetario) y la centralización de los capitales. Por medio de la competencia universal obligó a todos los individuos a poner en tensión sus energías hasta el máximo. (...) Creó por primera vez la historia universal, haciendo que toda nación civilizada y todo individuo, dentro de ella, dependiera del mundo entero para la satisfacción de sus necesidades y acabando con el exclusivismo natural y primitivo de naciones aisladas, que hasta ahora existía. (...) Finalmente, mientras la burguesía de cada nación seguía manteniendo sus intereses nacionales aparte, la gran industria creaba una clase que en todas las naciones se movía por el mismo interés y en la que quedaba ya destruida toda nacionalidad...” *Ibid.*, p. 60.

<sup>13</sup> Carlos Marx y Federico Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”, *ed. cit.*, p. 114.

universalización de las relaciones capitalistas de producción. En los marcos de las formaciones sociales primitiva, esclavista y feudal, la historia de la humanidad se desarrollaba como una serie de procesos locales paralelos; a pesar de que, en su decursar, los nexos e influencias mutuas entre los pueblos (el comercio, las migraciones, y las relaciones culturales), se hacían cada vez más estrechos y estables, éstos tenían un carácter episódico y, lejos de constituir una necesidad interna para su desarrollo, eran destruidos con frecuencia por la influencia de diversas causas externas. Las sociedades precapitalistas se encontraban tan aisladas del resto del mundo que, con frecuencia, al ser barridas por la historia, se llevaban consigo su cultura material y espiritual.<sup>14</sup> Sólo el capitalismo, al crear un mercado mundial único, dio origen a un proceso de universalización de la historia en sentido estricto, es decir, transformó el nexo casual y episódico existente entre los pueblos, en un nexo necesario y constante, llamado a superar el enclaustramiento precedente de las diferentes comunidades humanas.

Desde este punto de vista, la universalización de la historia no constituye una tendencia abstracta —*per se*— hacia la interconexión de los destinos humanos, inscrita en alguna página del libro de la Providencia o en las conclusiones de una doctrina filosófica, política o económica, sino la *forma histórica necesaria en que tiene lugar la formación, la consolidación y la expansión del modo capitalista de producción*. Desde sus propios orígenes, este modo de producción desató el proceso de universalización de las relaciones humanas, al barrer con las trabas de las sociedades anteriores y simplificar la estructura social, suprimir el fraccionamiento de las relaciones económicas, la propiedad y la población. El agente transformador de esta historia fue el capital —no la carabela, la brújula o el astrolabio—, con su inmanente tendencia expansiva y su necesidad de conquistar nuevos territorios. *La formación de la historia universal tiene lugar a través de la creación del sistema colonial del capitalismo y la explotación —en primer término, la esclavización— de la enorme mayoría de la humanidad por la burguesía de un grupo de naciones europeas*. Marx y Engels no sólo destacan la decisiva significación de las colonias para la instauración de la sociedad burguesa, sino establecen un vínculo orgánico entre el proceso

---

<sup>14</sup> Ver: Carlos Marx y Federico Engels. “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista (I Capítulo de *La Ideología Alemana*)”, *ed. cit.*, p. 54.

de acumulación originaria del capital y la consolidación del modo de producción capitalista a escala universal, por una parte, y el surgimiento y desarrollo del sistema colonial, por otra:

La manufactura y, en general, el movimiento de la producción experimentaron un auge enorme gracias a la expansión del trato como consecuencia del descubrimiento de América y de la ruta marítima hacia las Indias orientales. Los nuevos productos importados de estas tierras, y principalmente las masas de oro y plata lanzadas a la circulación, hicieron cambiar totalmente la posición de unas clases con respecto a otras y asestaron un rudo golpe a la propiedad feudal de la tierra y a los trabajadores, al paso que las expediciones de aventureros, la colonización y, sobre todo, la expansión de los mercados hacia el mercado mundial, que ahora se hacía posible y se iba realizando día tras día, daban comienzo a una nueva fase del desarrollo histórico (...) La colonización de los países recién descubiertos sirvió de nuevo incentivo a la lucha comercial entre las naciones y le dio, por tanto, mayor extensión y mayor encono.<sup>15</sup>

Sin embargo, es importante señalar que, según Marx y Engels, la sociedad capitalista sólo es capaz de *crear las condiciones* para una auténtica universalización de las relaciones entre los hombres, identificada por ellos con el proceso de liberación de *cada individuo* concreto en la multiplicidad de sus nexos sociales. En su opinión, la historia sólo puede convertirse *totalmente* en historia universal o, lo que es lo mismo, en verdadera historia humana, bajo las condiciones de una revolución comunista mundial:

Con el derrocamiento del orden social existente por obra de la revolución comunista (...), la liberación de cada individuo se impone en idéntica medida en que la historia

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 56. Ver también: Carlos Marx y Federico Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”, *ed. cit.*, p. 112. Si bien durante el período de la acumulación originaria del capital, el saqueo había sido la característica fundamental de la relación de las metrópolis europeas con sus colonias, ya hacia mediados del siglo XVII estas últimas comenzarían a convertirse también en mercados de consumo y contribuirían a incrementar el comercio exterior de las metrópolis. Con el advenimiento del capitalismo industrial, la importancia del comercio exterior con las colonias alcanza tales proporciones éstas se convierten en eslabones imprescindibles del mercado mundial. Ver: “Prólogo” a Carlos Marx y Federico Engels. *Sobre el sistema colonial del capitalismo*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1964, pp. 7-25. Sustituyendo el término clásico de *historia universal* por el de *globalización*, David Harvey escribe con toda razón: “Ciertamente desde 1492, e incluso desde antes, empezó el proceso de globalización del capitalismo y nunca ha dejado de revestir una profunda importancia en su dinámica. Por eso, la globalización ha sido una parte integral del desarrollo capitalista desde su mismo nacimiento.” David Harvey. “La Globalización en cuestión”, en: Renán Vega Cantor (Editor). *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la Historia y del Socialismo*, *ed. cit.*, p. 420.

se convierte en historia universal (...) Sólo así se liberan los individuos concretos de las diferentes trabas nacionales y locales, se ponen en contacto práctico con la producción (incluyendo la espiritual) del mundo entero y se colocan en condiciones de adquirir la capacidad necesaria para poder disfrutar de esta multiforme y completa producción de toda la tierra (las creaciones de todos los hombres). La dependencia *omnímoda*, forma plasmada espontáneamente de la cooperación *histórico-universal* de los individuos, se convierte, gracias a esta revolución comunista, en el control y la dominación consciente sobre estos poderes, que, nacidos de la acción de unos hombres sobre otros, hasta ahora han venido imponiéndose a ellos, aterrándolos y dominándolos, como potencias absolutamente extrañas.<sup>16</sup>

Esta es exactamente la perspectiva de Lenin, quien asume como punto de partida teórico y práctico el hecho de que Marx y Engels habían demostrado el carácter inexorable del movimiento del capitalismo hacia una totalidad mundial y que este movimiento sólo podría concluir con la superación histórica de esta formación económico social y la construcción de la sociedad comunista. Sobre esta base, su atención se centró en la comprensión de la *forma histórica concreta* en que tenía lugar el proceso de universalización del capitalismo y de las *contradicciones antagónicas* que este proceso engendraba en el período de transición del capitalismo premonopolista al monopolista. En otros términos, *su atención se centró en el estudio del imperialismo, que inauguraba una nueva etapa en el proceso de universalización de la historia*, signada ahora por el imperio del capital monopolista sobre los destinos humanos. El interés de Lenin no era sólo teórico: de las conclusiones a las que arribara dependían la estrategia y las tácticas de lucha del partido bolchevique, orientadas a acelerar la revolución comunista mundial o, lo que es lo mismo, a impulsar por vía comunista la universalización del proceso histórico.

El propósito de Lenin no era constatar de forma abstracta la nueva escalada en el proceso de interconexión de todos los pueblos y naciones, en virtud, digamos, de la generalización del ferrocarril, el automóvil, la incipiente aviación u otras “maravillas” de la ciencia y la tecnología, sino en demostrar que la concentración del capital, el monopolio y, en

---

<sup>16</sup> Carlos Marx y Federico Engels. “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista (I Capítulo de *La Ideología Alemana*)”, *ed. cit.*, pp. 36-37.



consecuencia, la negación de la libre competencia, habían conducido a que la universalización del proceso histórico desde las primeras décadas del siglo XX tuviera lugar a través de la expansión imperial (en “sentido moderno”) de las principales potencias capitalistas y de un nuevo reparto del mundo entre ellas, realizado por la fuerza:

El capitalismo ha desarrollado la concentración hasta tal extremo que ramas enteras de la industria se encuentran en manos de consorcios, trusts, asociaciones de capitalistas multimillonarios; y *casi todo el globo terrestre está repartido entre estos “reyes del capital”, bien en forma de colonias o bien de países envueltos en las tupidas redes de la explotación financiera*. La libertad de comercio y la competencia han sido sustituidas por la tendencia al monopolio, a la conquista de tierras necesarias para invertir en ellas capital, sacar de ellas materias primas, etcétera.<sup>17</sup>

Por supuesto, Lenin no se regodea con palabras incoloras e indeterminadas del tipo “interacción”, “interconexión” e “interdependencia”; su exposición, por el contrario, desborda en términos precisos y “duros”, en correspondencia con la naturaleza objetiva de los procesos históricos que analiza: “opresión”, “saqueo”, “anexión”, “conquista a sangre y fuego”, “maquinaria de exterminio”, “explotación de las colonias”, “explotación de negros, hindúes”, de “indígenas tratados bestialmente”, “conversión del mundo “civilizado” en un parásito que vive sobre el cuerpo de los centenares de millones de hombres de los pueblos no civilizados”, “consolidación de la esclavitud en las colonias

---

<sup>17</sup> Vladimir Ilich Lenin. “El socialismo y la guerra”, en: *O. C.*, t. 26, p. 331-332 (el subrayado es nuestro). “El mundo —puntualiza Lenin— está ya repartido entre un puñado de grandes potencias, es decir, de potencias que prosperan en el gran saqueo y opresión de las naciones. Cuatro grandes potencias de Europa —Inglaterra, Francia, Rusia y Alemania— con una población de 250 a 300 millones de habitantes y con un territorio de unos 7 millones de kilómetros cuadrados, tienen colonias con una población de *casi quinientos millones* de habitantes (494,5 millones) y con un territorio de 64,6 millones de kilómetros cuadrados, es decir, casi la mitad de la superficie del globo (133 millones de kilómetros cuadrados sin la zona polar). A ello hay que añadir tres Estados asiáticos —China, Turquía y Persia—, que en la actualidad están siendo despedazados por los saqueadores que hacen una guerra de “liberación”, a saber, por el Japón, Rusia, Inglaterra y Francia. Estos tres Estados asiáticos, que pueden denominarse semicolonias (en realidad, son ahora colonias en un 90%), cuentan con una población de 360 millones de habitantes y una superficie de 14,5 millones de kilómetros cuadrados (es decir, casi el 50% más que la superficie total de Europa). (...) Así es cómo, en la época del más alto desarrollo del capitalismo, está organizado el saqueo de cerca de mil millones de habitantes de la Tierra por un puñado de grandes potencias. Y en el capitalismo es imposible cualquier otra organización.” Vladimir Ilich Lenin. “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, en: *O. C.*, t. 26, pp. 375-376.

*mediante un reparto más “justo” y una explotación más “aunada” de las mismas”, “prolongación de la esclavitud asalariada”.*<sup>18</sup>

Por otra parte, aunque, como norma, la literatura contemporánea lo ignora o se esfuerza por ignorarlo, desde las primeras décadas del siglo, la eventualidad de una integración supranacional del capitalismo monopolista se había situado en el centro del debate teórico. Al revelar el carácter apologético de la teoría del “ultraimperialismo” de Kautsky y de la concepción del “interimperialismo” de Hobson, según las cuales el desarrollo de los monopolios conduciría a la atenuación de las desigualdades y de las contradicciones de la economía mundial, Lenin resaltaba los hechos económicos, políticos y sociales que evidenciaban la agudización de los conflictos existentes entre las principales potencias imperialistas, y demostraba que la expansión del capital financiero conduce a la acentuación progresiva de las contradicciones en sus ritmos de crecimiento y que las únicas vías — siempre temporales— para la solución de estas contradicciones son la crisis y la guerra. Asimismo, ponía de manifiesto que las mayores conquistas alcanzadas por el naciente imperialismo en materia de concentración económica se verificaban, fundamentalmente, en el plano nacional. Aunque Lenin no descartaba la posibilidad de una transnacionalización del imperialismo, partía del supuesto de que esta tendencia —por cierto, muy abstracta en su época— estaría condicionada por la resistencia y la oposición que éste encontrara en su desarrollo, en especial, por los plazos históricos en que tuviera lugar la revolución mundial contra el capital. La forma y los límites del desarrollo transnacional del capitalismo monopolista de Estado estarían determinados de forma sustancial por los desafíos políticos que logran imponerle las fuerzas del trabajo que, a su pesar, él mismo contribuía a organizar.

No cabe duda —afirma Lenin— de que la tendencia del desarrollo es *hacia* un trust único mundial, que absorberá todas las empresas sin excepción y todos los Estados sin excepción. Pero ese desarrollo se opera en tales circunstancias, con tal ritmo, en medio de tales contradicciones, conflictos y conmociones —no sólo económicos,

---

<sup>18</sup> Ver en la *Obras Completas* de Vladimir Ilich Lenin, por ejemplo: “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, t. 25; “La bancarrota de la II Internacional”, t. 26; “El socialismo y la guerra”, t. 26; “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, t. 26; “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, t. 27; “El programa militar de la revolución proletaria”, t. 30; “El imperialismo y la escisión del socialismo”, t. 30; “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, t. 37.

sino también políticos, nacionales, etc., etc.— que sin duda alguna *antes* de que se llegue a un trust mundial único, a una asociación mundial “ultraimperialista” de los capitales financieros nacionales, el imperialismo deberá inevitablemente estallar y el capitalismo se transformará en su contrario.<sup>19</sup>

Este contrario, por supuesto, es la *revolución comunista* que, en una determinada fase de su desarrollo, tendría a los “Estados Unidos del Mundo” como “forma estatal de unificación y libertad de las naciones”,<sup>20</sup> por oposición a la idea de un Estado Mundial imperialista destinado a garantizar las condiciones políticas necesarias para asegurar el imperio de un eventual monopolio económico universal.

Más adelante nos referiremos a tres procesos históricos que incidieron de manera decisiva en la marcha hacia la universalización de las relaciones humanas: por una parte, la Revolución de Octubre de 1917 y el surgimiento del campo socialista mundial tras el fin de la Segunda Guerra Mundial —que abrieron una oportunidad malograda de facilitar el avance de la humanidad hacia la construcción de una totalidad orgánica universal comunista, por oposición al entonces incipiente proceso de transnacionalización del capital monopolista—; y, por otra, la desaparición de la Unión Soviética y los Estados socialistas europeos, como proceso regresivo que sirvió de catalizador de la metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en capitalismo monopolista transnacional y constituyó el fundamento objetivo de las más recientes apologías del modo capitalista de producción cobijadas bajo la bata esterilizada de “teorías de la globalización”.

De modo que “globalización” en modo alguno constituye una *nueva categoría*, una nueva tendencia o forma histórica de organización de las relaciones sociales de producción material y espiritual, sino apenas una *nueva manera de designar* un proceso histórico de larga data, intuido por la filosofía de la historia de los siglos XVIII y XIX y explicado científicamente por Marx y Engels. En todo caso, la idea de que la humanidad representa un todo único, o bien progresa hacia una totalidad histórica universal, llegó a convertirse en una plaza fuerte e, incluso, en un lugar común para lo más avanzado del pensamiento

---

<sup>19</sup> Vladimir Ilich Lenin. “Prefacio al folleto de Bujarin ‘La economía mundial y el imperialismo’”, en: *O.C.*, t. 27, p.103.

<sup>20</sup> Ver: Vladimir Ilich Lenin. “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, *ed. cit.*, p. 377.

filosófico y social de aquella época. Por consiguiente, la tarea no consiste hoy en demostrar por enésima vez que la humanidad avanza hacia una totalidad mundial, mediante la sustitución del término clásico de *historia universal* por el de *globalización*, *mundialización* o cualquier otro. La reedición en nuestros días de las consideraciones y discusiones abstractas antaño suscitadas al respecto no pasa de ser un divertimento académico o la ejecución de una estrategia diseñada para desviar la atención de uno de los problemas cardinales que se alzan ante el pensamiento revolucionario: el problema de *la forma capitalista, incluida la forma imperialista*, en que ha tenido y tiene lugar la universalización (o, si se quiere, la “globalización”) de la historia, el problema de sus fuerzas motrices y de sus determinaciones y contradicciones históricas concretas — económicas, políticas, sociales e ideológicas. Las teorías actuales de la globalización, como norma, no hacen más que regresar en forma vulgar al nivel de desarrollo conceptual alcanzado por el pensamiento premarxista. La renuncia voluntaria o involuntaria al método marxista de análisis del modo de producción capitalista y su sustitución por un pluralismo metodológico difuso y por una amalgama de datos empíricos y elucubraciones de carácter general conduce, también en este caso, a la volatilización de las determinaciones capitalistas del proceso de universalización de la historia humana, a la hiperbolización e hipertrofia de unos u otros momentos suyos — neutros en apariencia con respecto a toda determinación de formación económico social—, sobre todo de aquellos que presentan el espurio “rostro humano” de los adelantos científico-tecnológicos. El cuadro idílico que resulta de esta maniobra de ilusionista se aviene en grado sumo con los intereses del sector de la burguesía que promueve un “nuevo orden” capitalista transnacional e intenta presentarlo como “el mejor de los mundos posibles”.

Por supuesto, nada hay que objetar a la utilización del término *globalización* en el sentido de la *forma* actual en que tiene lugar el proceso de universalización del desarrollo histórico de la humanidad, salvo que se pasen por alto las sutilezas que se esconden detrás de sus resonancias cabalísticas. Tenemos en cuenta, *primero*, la idea engañosa de que es posible distinguir la “globalización como tal” (en sí o por sí) de la globalización del capitalismo, mediante una abstracción del proceso histórico real de reproducción del capital que constituye su contenido; en tal caso, se supone implícitamente que las abstracciones tienen

una existencia real junto a los objetos o procesos de los cuales constituyen un momento y, en correspondencia, que al lado o por encima del proceso de globalización del capital, existe alguna otra globalización en abstracto (por lo general, la globalización de la ciencia y la tecnología consideradas como sujetos autodeterminados); *segundo*, la representación de que la globalización supone una ruptura radical con la historia precedente del capitalismo (y no únicamente una *metamorfosis* de este modo de producción), de la cual se deriva buena parte de la diversidad infinita de pseudoconceptos iniciados con el prefijo “post” que engalana la literatura de las dos últimas décadas y pretende desvirtuar el aparato categorial elaborado por Marx para el análisis de la sociedad burguesa; *tercero*, la representación difusa de que existen “muchas globalizaciones” yuxtapuestas, destinada a arrojar sombra sobre la determinación esencial de este proceso único: la forma actual en que tiene lugar la reproducción del capital; *cuarto*, la hiperbolización, implícita en imágenes tales como “aldea global” o “sociedad global”, de los niveles reales alcanzados por el proceso de universalización de la historia humana, que contribuye a ocultar o atenuar las contradicciones y conflictos reales que gravan este proceso; *quinto*, la noción desmovilizadora, promovida por el discurso neoliberal, de que la humanidad avanza hacia una totalidad social (capitalista) homogénea de la que todas las naciones y todos los ciudadanos del planeta son o serán beneficiarios; *sexto*, la tendencia a sustituir con el término *globalización* —utilizado con frecuencia en un sentido aséptico— los conceptos de capitalismo, imperialismo, colonialismo, neocolonialismo, dominación y otros que expresan de forma adecuada la esencia de la etapa actual de universalización de la historia humana; *séptimo*, la percepción de que la expansión global de la dominación capitalista ha cerrado toda posibilidad a las luchas de los explotados y los oprimidos contra el capital, o, en otros términos, el reconocimiento implícito o explícito de la impotencia de las fuerzas revolucionarias para transformar el mundo.

La mejor forma de someter a crítica la ideología imperialista de la globalización es ofrecer un estudio del capitalismo contemporáneo en su condición de capitalismo monopolista de Estado que avanza hacia la transnacionalización. No se trata exclusivamente de ofrecer una “respuesta ideológica” —necesaria, sin dudas—, al efecto desmoralizador de semejante ideología, sino también, y ante todo, de *esclarecer las circunstancias históricas concretas*

*en que se desenvuelve la lucha de las fuerzas revolucionarias en la actualidad.* No es indiferente para estas fuerzas la *forma* en que tiene lugar la universalización del capitalismo, sus *contradicciones* inmanentes, las *tendencias* de su desarrollo, los espacios que reproduce y crea para la organización del proletariado y, en general, de los sujetos oprimidos, para la lucha revolucionaria.

En nuestra opinión, la esencia de la metamorfosis histórica que se intenta captar con el término “globalización” puesto de moda tras la bancarrota de la URSS y el campo socialista europeo, se expresa adecuadamente con la idea de la *transnacionalización desnacionalizadora* del capitalismo monopolista de Estado. Se trata de una *transnacionalización* subordinante de la aplastante mayoría de las naciones y pueblos del mundo, no de una *internacionalización* en la que cada pueblo y nación integre su cultura material y espiritual al acervo común de la humanidad, en pie de igualdad con los restantes. El contenido real que se expresa, se encubre o se hiperboliza con el término *globalización* es la *metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en capitalismo monopolista transnacional*,<sup>21</sup> un proceso de ruptura de las barreras nacionales —economías, fronteras geopolíticas, Estados, códigos jurídicos, culturas e identidades— que obstaculizan el libre desarrollo de los monopolios transnacionales, en beneficio de una élite burguesa que ha logrado apropiarse de la mayor parte de las riquezas del mundo. La concentración monopolista transnacional del capital y el poder político, la transnacionalización del monopolio y del Estado imperialista, constituye la esencia de la metamorfosis del

---

<sup>21</sup> La comprensión científica de la formación económico social capitalista es, en importante medida, una conceptualización de sus metamorfosis históricas. *Metamorfosis* es una de las categorías clave de *El Capital*, indispensable para comprender el modo en que se desarrollan sus contenidos, la deducción lógica e histórica que realiza Marx de las diferentes formas económicas, unas a partir de otras. El objeto de la investigación dialéctica —es decir, de la investigación de la sociedad como una totalidad orgánica, como un organismo en desarrollo— se presenta siempre como una *forma*; no como una *forma externa*, sino como una *forma de contenido estructurada*, como una *forma de organización del contenido*. Considerar el objeto de investigación como una forma significa que se le está enfocando en el proceso de su génesis y desarrollo, de su movimiento histórico, no de un simple cambio coyuntural. Este movimiento histórico es el de la metamorfosis (la transformación, la transfiguración). Con la categoría *metamorfosis* se expresa el *proceso de cambio de la forma*, a partir de un mismo *fundamento*, una misma *sustancia*, una misma *esencia*: justamente el *proceso*, no sólo el *resultado*. A nuestro juicio, esta categoría —probablemente la más utilizada por Marx en sus obras económicas, junto con las de *forma* y *forma metamorfoseada*, con ella emparentadas— es la más adecuada para explicar los cambios históricos en la esencia del capitalismo, en particular, el cambio de forma del capitalismo monopolista de Estado al cual asistimos en la actualidad. En relación con esta poderosa categoría del pensamiento dialéctico, las categorías de “reestructuración”, “reorganización”, “reconversión” y otras en boga, no pasan de expresar momentos parciales, unilaterales, aislados, de las modificaciones que se operan en el capitalismo contemporáneo.

capitalismo contemporáneo y es, al mismo tiempo, el hilo conductor que nos permite desentrañar la embrollada madeja de las “globalizaciones”.

Al plantear el problema en estos términos, el énfasis no se pone en la constatación, hoy día trivial, de la creciente interconexión de los destinos históricos de la humanidad contemporánea, sino, en primer lugar, en el hecho de que *el capital ha alcanzado un nivel transnacional de concentración, cuya forma dominante y cuyo sujeto fundamental es el monopolio transnacional, personalizado en una nueva oligarquía, la burguesía financiera transnacional*; y, en segundo lugar, en la *ley del desarrollo desigual* inherente al modo de producción capitalista, en particular, a su fase imperialista, *en la constatación de la forma antagónica en que tiene lugar el proceso de universalización de las relaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas*, es decir, en el reconocimiento de que este proceso transcurre bajo el signo de la explotación del trabajo asalariado y la marginación subordinante de franjas crecientes de la población mundial, y en medio de agudas confrontaciones económicas y políticas entre las diferentes clases y sectores sociales, nacionalidades, naciones y regiones, entre los diversos espacios geoeconómicos y en el interior de ellos, entre los diferentes sectores de las burguesías y en el interior de estos sectores.

Lo anterior supone, en primer término, deshacer el mito de que, desaparecido el campo socialista eurosoviético, el mundo asiste a un proceso inexorable de universalización y homogeneización del capitalismo, a la victoria histórica y a la extensión lógica del sistema de relaciones sociales basado en la compraventa del trabajo asalariado; y consignar, en segundo término, el hecho decisivo de que *la transnacionalización del capitalismo monopolista de Estado no universaliza la relación capital-trabajo, que constituye el fundamento del modo de producción capitalista*, sino, por el contrario, lleva aparejada la acentuación de los efectos sociales de la ley de la población formulada por Marx en *El Capital*, una colosal e insostenible superproducción de población con respecto a las necesidades reales del capitalismo, que no sólo crea la situación paradójica —constatable a partir de estadísticas simples— de que, en el mundo de la fibra óptica y las computadoras de enésima generación, casi dos terceras partes de la humanidad nunca han levantado un teléfono, y más del 98% de ella jamás ha visto una de las imágenes de *internet*, sino

convierte en un *estorbo* a la mayor parte de la población del planeta. Un modo de producción cuya condición de existencia es la destrucción de los modos que le precedieron en la historia, está obligado a perpetuarlos, en un proceso de inclusión excluyente, antinatural y preñado de contradicciones escandalosas.



## **LA METAMORFOSIS DEL CAPITALISMO CONTEMPORANEO Y EL FETICHISMO CIENTIFICO TECNOLOGICO**

En un mundo en que crece día a día la franja de la humanidad que vive enajenada del proceso de producción y aplicación de los conocimientos científicos, la tendencia predominante en la conciencia cotidiana —e, incluso, en muchas construcciones teóricas— es la de deslumbrarse ante los avances tecnológicos que se introducen en un conjunto de ramas privilegiadas de la producción y los servicios. Es habitual encontrar en la bibliografía extensas exposiciones factográficas de los resultados de la “fecundación recíproca entre ciencia, tecnología y producción”, de la “expansión tecnocientífica” o “tecnocientificación”. Los diccionarios asimilan términos que dejarían boquiabiertos a Newton, a Darwin e, incluso, a Einstein: microelectrónica, informática, telemática, química sintética, ingeniería genética y biotecnología, chip de silicio, circuito de integración amplia, banco de datos, video-terminal, red coaxial y de microondas, telex, fax, teléfono celular, fibra óptica, microcomputadora, hormona sintética, clonación, congelación de embriones y gametos, producción de niños con más de dos padres genéticos... Entretanto, lo más habitual es el establecimiento de una conexión lineal entre la llamada Revolución Científico-Técnica y el progreso social: cuantas más innovaciones de este género se pongan en acción, tanto mayor progreso asistirá automáticamente a la humanidad, a una u otra comunidad, pueblo o país.

No son pocos los hechos que generan la ilusión de que el fundamento del desarrollo social se ha desplazado hacia la ciencia y sus objetivaciones técnicas, y de que la humanidad ha arribado a la “sociedad del conocimiento” o a la “era del cambio tecnológico”. Esta creencia parece avalada por el hecho de que la actividad científica se ha convertido en una profesión relativamente masiva, por el papel creciente que juegan en la sociedad los descubrimientos científicos, las investigaciones aplicadas y las innovaciones tecnológicas, por el crecimiento de las instituciones científicas y la publicación de libros y revistas especializadas, por los servicios de internet, por el hecho de que la ciencia se ha convertido en un sector industrial con todas las de la ley, con su correspondiente mercado que, en medida considerable, orienta y regula la actividad de las universidades y centros de investigación, y de que las empresas más eficientes son aquellas que se encuentran en

condiciones de realizar importantes inversiones orientadas a la innovación tecnológica y a la capacitación de una parte de sus trabajadores. A diario escuchamos que el ritmo de producción de conocimientos y nuevas tecnologías crece de forma vertiginosa, y que su rápida obsolescencia se ha convertido en una norma

La ciencia y la tecnología han devenido en objetos de culto por excelencia. Presenciamos —se nos asegura— el advenimiento de un mundo regido por la “tecnociencia” y la tecnocracia: la innovación tecnocientífica —considerada, por lo general, como una fuerza independiente del modo de producción— determina el desarrollo económico, político y social del mundo, al margen de toda clase de interacciones socioculturales, políticas y económicas; los hombres han sido liberados de la dirección del proceso productivo, del control de las máquinas e, incluso, de la necesidad de pensar, una vez que, supuestamente, las funciones lógicas decisivas en la producción se han ido traspasando a las máquinas; en fin, el conocimiento y la técnica ejercen el control y el dominio de nuestras vidas. En tales condiciones, a los mortales comunes sólo les está dado intentar ganarse los favores del inextricable y tiránico fetiche tecnocientífico, o bien exorcizarlo.

Con tintes de euforia o de pánico, según la perspectiva, estas representaciones son compartidas por el “optimismo científico tecnológico” y por el “pesimismo científico tecnológico”, que ven en el progreso de la tecnociencia una especie de panacea universal para todos los males sociales, o bien la caja de Pandora de la humanidad contemporánea. Unos y otros consideran que la ciencia y la tecnología constituyen el factor decisivo del desarrollo social; le hacen culto, ora como Dios, ora como Diablo. Sin embargo, más que la simple fascinación ante un ídolo poderoso, *lo que se asienta en la representación colectiva, de forma más o menos difusa, es la idea de que la ciencia y la tecnología han adquirido vida y racionalidad —o irracionalidad— propia*, y constituyen una suerte de *spiritus rector* o *primus agens* de la civilización. El desarrollo científico tecnológico se habría convertido en el auténtico *sujeto* propulsor de la humanidad, *que asume por sí mismo las más diversas funciones sociales*. Bajo esta cobertura teórica, apenas se someten a crítica las relaciones de producción asentadas sobre la base de la explotación del trabajo asalariado; éstas se conciben, antes bien, como relaciones “flexibles”, en esencia inmutables, capaces de una

autotransformación y un perfeccionamiento permanentes y, en consecuencia, de asimilar cualquier nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

En correspondencia con estas representaciones, la explicación más recurrente de los importantes cambios que se han producido en los últimos veinte-treinta años en el sistema de producción capitalista, se fundamenta en la idea del “agotamiento del paradigma tecnológico”<sup>22</sup> imperante durante la posguerra y en la necesidad de sustituirlo por otro “más productivo”. Supuestamente, en un momento del desarrollo del capitalismo —ubicado entre los años sesenta y setenta del siglo XX—, *las fuerzas productivas del capital quedaron “rezagadas” con respecto a las relaciones capitalistas de producción, lo cual provocó una crisis*. Las contradicciones fundamentales de la “economía de mercado” tendrían su raíz en el “estancamiento científico y tecnológico”; o, si nos expresamos en términos marxistas, *la economía capitalista habría entrado en crisis como consecuencia del “insuficiente” desarrollo de determinadas fuerzas productivas*. Desde este punto de vista, en la historia del capitalismo se verifica de manera periódica un retraso del desarrollo de la productividad y de la tecnología correspondiente con relación a las demandas de la reproducción del capital. En consecuencia, si fuera posible encontrar un “móvil perpetuo” tecnológico, lograr una renovación permanente de la tecnología, el modo de producción capitalista tendría la capacidad de mantener *ad infinitum* el “equilibrio” necesario entre el movimiento de las fuerzas productivas y el reposo de las relaciones de producción, de preservar la posición delantera de aquellas en su infinita carrera de obstáculos con éstas. A partir de estos presupuestos, no es difícil concluir que, en efecto, el capitalismo representa el “fin de la historia”. Las relaciones burguesas de producción son la eterna novia joven a la cual se le envejecen en los brazos, uno tras otro, los “paradigmas tecnológicos”. Todo el problema radica en que llegue a tiempo el pretendiente de relevo.

El “paradigma tecnológico” que, de acuerdo con las formas más recientes de la economía vulgar, se encontró “agotado” durante las últimas décadas es el *fordismo*. En rigor, el fordismo no puede ser considerado más que como una *forma de organización interna de las plantas productivas, determinada por el grado de desarrollo del modo de producción*

---

<sup>22</sup> Si se quiere conservar algún sentido científico en el término difuso de “paradigma tecnológico”, habrá que entender por él *forma de desarrollo de las fuerzas productivas*.

*capitalista*, que recibió su bautismo en los Estados Unidos en los años veinte y se propagó a Europa Occidental y Japón, como consecuencia de la extensión de los tentáculos de la oligarquía financiera norteamericana, a través del proceso de reconstrucción posterior a la Segunda Guerra Mundial. No se trataba de algo nuevo en la historia del capitalismo, sino de un desarrollo ulterior del sistema de maquinaria característico de la gran industria capitalista desde finales del siglo XVIII.<sup>23</sup> Sin embargo, en los últimos años esta forma de organización del proceso productivo ha ido abultándose en la teoría hasta ser presentada sin sonrojos como una “fase histórica del capitalismo”, identificada, incluso, con el llamado “capitalismo tardío”, que sigue supuestamente en la escalera histórica al “capitalismo liberal” y al “imperialismo clásico”.<sup>24</sup> De acuerdo con esta lógica, desde finales de los años sesenta, asistimos a la sustitución del fordismo por un “nuevo paradigma tecnológico”, en ocasiones denominado “*posfordista*”. En esta concepción subyace una forma extrema de fetichismo, que se expresa en la noción errática acerca de la existencia de “modos de producción tecnológicos” —tales como “el mecanizado” y el “automatizado”—, entendidos como modos de “articulación tecnológica de los componentes de las fuerzas productivas”.

Tras cometer el pecado original de atribuirle a un individuo, Henry Ford, la capacidad de haber alterado el curso histórico del modo de producción capitalista, resulta natural que la

---

<sup>23</sup> Vale la pena realizar un nuevo estudio del llamado fordismo en relación con lo que Marx llamaba “verdadero *sistema de maquinaria*”: “...Para que exista verdadero *sistema de maquinaria* y no una serie de *máquinas independientes*, es necesario que el objeto trabajado recorra diversos procesos parciales articulados entre sí como otras tantas etapas y ejecutados por una cadena de máquinas *diferentes*, pero relacionadas las unas con las otras y que se complementan mutuamente. (...) Las herramientas específicas de los diversos obreros especializados (...) se convierten ahora en herramientas de otras tantas máquinas *específicas* de trabajo, cada una de las cuales constituye un órgano especial creado para una función especial dentro del sistema del mecanismo instrumental combinado.(...) Aquí, el proceso total (...) se analiza en las fases que lo integran, y el problema de ejecutar cada uno de los procesos parciales y de articular estos diversos procesos parciales en un todo se resuelve mediante la aplicación técnica de la mecánica, la química, etc., para lo cual, como es lógico, las ideas teóricas han de ser necesariamente corregidas y complementadas, ni más ni menos que antes, en gran escala, por la experiencia práctica acumulada. Cada máquina parcial suministra la materia prima a la que le sigue inmediatamente, y como todas ellas trabajan al mismo tiempo, el producto se encuentra constantemente recorriendo las diversas fases del proceso de fabricación, a la par que en el tránsito de una fase de producción a otra. (...) La máquina de trabajo combinada, que ahora es un sistema orgánico de *diversas* máquinas y *grupos* de máquinas, es tanto más perfecta cuanto más continuo es su proceso total, es decir, cuanto menores son las interrupciones que se deslizan en el tránsito de la materia prima desde la primera fase hasta la última y, por tanto, cuanto menor es la intervención de la mano del hombre en este proceso y mayor la del mismo mecanismo, desde la fase inicial hasta la final. (...) En la *fábrica* ya desarrollada impera el principio de la *continuidad* de los procesos específicos.” Carlos Marx. *El Capital*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. 1, pp. 332-333.

<sup>24</sup> Ver, por ejemplo: Renán Vega Cantor. *¿Fin de la historia o desorden mundial? Crítica a la ideología del progreso y reivindicación del socialismo*. Santafé de Bogotá, Ediciones Antropos Ltda., pp. 156-157.

conceptualización del “patrón tecnológico” que, según se nos dice, surgió a partir de la extensión de la forma de organización introducida por él en su monopolio de la industria automotriz, se presente como una sumatoria de elementos difusos, determinados según criterios arbitrarios de la más diversa naturaleza lógica, tales como el tipo de energía fundamental utilizada, las “ramas motrices” de la economía, el “tipo de empresa dominante”, el lugar que ocupa la empresa en el mercado, los sectores productivos que proliferan, el tipo y el número de trabajadores requeridos, la infraestructura necesaria para su desarrollo, y la “forma de Estado correspondiente”. Así —se nos asevera— en este “paradigma tecnológico basado en la electromecánica”, el petróleo y sus derivados constituyen la principal forma de energía; las ramas motrices de la economía son las empresas petroleras, petroquímicas, automovilísticas, aéreas y productoras de bienes de consumo y de armas; la empresa dominante es la corporación, en la cual se encuentran separadas las actividades administrativas de las labores productivas; su “complemento agrario” es la llamada “revolución verde”, basada en la utilización de productos químicos y biológicos, el regadío, la fumigación aérea y el control técnico; se crean oligopolios en el mercado; el sector de los servicios y el de la construcción alcanzan un notable desarrollo; se requiere una gran cantidad de trabajadores especializados; crecen las ciudades como centros de producción y consumo; predominan las políticas keynesianas; y el capital y el trabajo establecen un “pacto” que se expresa de forma política en el llamado “Estado de Bienestar”, caracterizado por la existencia de contratos laborales permanentes, altos niveles de seguridad social y salarios elevados.<sup>25</sup>

A diferencia de esto, como resultado del “agotamiento del fordismo” en la década de los sesenta, la humanidad se habría topado con un nuevo “paradigma tecnológico industrial”, universal y dominante, caracterizado por una dirección científica del trabajo a escala macro y micro, por el papel creciente de los nuevos conocimientos, las investigaciones aplicadas, las innovaciones tecnológicas y la información, que provocan un aumento significativo de la productividad, con el consecuente restablecimiento de condiciones favorables para la acumulación, el aumento de la tasa de ganancia y el inicio de una nueva “onda expansiva” que pone fin a la “onda depresiva” del capitalismo iniciada en 1967. En abierta

---

<sup>25</sup> Ver: *Ibid.*, pp. 159-161.

contraposición con la teoría de Marx, se llega al extremo de pronosticar que el paso al nuevo paradigma tecnológico redundará en un *aumento de la cuota de ganancia del capitalismo* (sic!) y abrirá una nueva onda larga expansiva.

No es mayor la coherencia lógica de los rasgos con que se presenta el “nuevo (informatizado) paradigma tecnológico”, repetidos de texto en texto de forma acrítica. A diferencia de la noción del “viejo paradigma tecnológico”, en el cual, como hemos visto, el desarrollo económico se hacía depender de la cantidad de energía, los recursos naturales, el trabajo y el capital, en el nuevo paradigma este desarrollo depende, ante todo, de la información y el conocimiento disponible. Así las cosas, tiene lugar una “desmaterialización” del proceso productivo: una disminución relativa de la utilización de materias primas y una incorporación creciente de conocimiento e información (lo cual, a propósito, sugiere la idea peregrina de que la información no es de carácter material y de que el conocimiento puede existir de otra forma que a través de la actividad *material* humana sobre objetos *materiales* mediante la utilización de instrumentos igualmente *materiales*); la riqueza de los pueblos y las naciones se fundamenta en el conocimiento y la información y su asimilación permite a aquellas insertarse con éxito en la “era del cambio tecnológico”. El conocimiento es el “ábrete sésamo” que permite el acceso de la humanidad a la cueva maravillosa donde se guardan las riquezas y el desarrollo.

Por lo general, la caracterización del paradigma posfordista incluye, además, los siguientes tópicos: 1) crisis del uso de la energía fósil, a pesar —cosa curiosa— de que se reconoce que el petróleo continúa siendo la forma fundamental de energía; 2) pérdida de importancia de la tierra, los recursos naturales y el trabajo, a favor del conocimiento técnico, en particular, del conocimiento en la esfera de la microelectrónica, que facilita la constitución del “complejo electrónico”, integrado por las telecomunicaciones, la informática y la automatización; 3) configuración de una nueva forma de organización productiva, que integra la administración, la producción y la comercialización; 4) consolidación de la automatización como “objetivo total de la reestructuración capitalista”, que genera una serie de modificaciones laborales, tales como la estandarización del trabajo a escala universal y la atomización y descentralización de los procesos productivos, asociada esta última a la subcontratación, la aparición y reaparición de empresas familiares y microempresas, a una

permanente inestabilidad laboral y un continuo desplazamiento de los trabajadores de una rama productiva a otra.

El “nuevo paradigma tecnológico” (aquí la apología del capitalismo alcanza su punto culminante), estaría llamado a superar la enajenación, como consecuencia de que el contenido del trabajo conlleva un alto componente intelectual, resulta más interesante y abre amplias posibilidades a la creatividad. Se da por sentado que el trabajador necesario en la era de la “revolución informática” es un obrero nuevo, conocedor de aspectos básicos de la actividad ingenieril y del manejo de tecnología compleja. Las nuevas formas de organización del trabajo suponen un sistema de dirección participativo y ponen de manifiesto una tendencia a la disminución de los obreros. Aumentan los ingresos de los trabajadores, con el consecuente impulso a que éstos se conviertan en clase media. El trabajo se sustituye por máquinas computarizadas, y por la automatización general de la producción capitalista. La llamada descentralización productiva elimina las condiciones que posibilitaron la organización de los trabajadores contra el capital, unidos con anterioridad en el interior de grandes aglomeraciones fabriles. En estas condiciones, no tiene sentido hablar de misión histórica del proletariado, pues, en los términos clásicos, éste ha desaparecido o está en vías de desaparición.

No vale la pena poner en tela de juicio la idea de que, en un momento histórico determinado, la *Ford Motor Co.* encontró la fórmula más efectiva para organizar la producción de forma tal que le permitiera extraer una mayor cuota de plusvalía en las condiciones de un mercado en expansión; ni aquella otra, más reciente, que atribuye a la firma Toyota el carácter de pionera en un “esquema de producción flexible”, “posfordista”, en respuesta a un mercado deprimido. Pongamos el énfasis, en cambio, en la constatación de que en las construcciones teóricas vinculadas a la noción de estos “paradigmas tecnológicos”, el punto de partida y el fundamento de la explicación de las transformaciones ocurridas en el modo de producción capitalista no es el capital y sus contradicciones internas, sino las modificaciones en la forma de organización de las plantas productivas.

A diferencia de estas nociones difusas, una de las premisas fundamentales de la concepción materialista de la historia es el reconocimiento de que, en cualquiera de los peldaños

históricos del capitalismo, la ciencia y la tecnología son, en lo fundamental, fuerzas productivas del capital y, como tales, atraviesan por todas las vicisitudes que imponen sus leyes. Al afirmar el papel determinante de las fuerzas productivas sobre el conjunto de las relaciones sociales de producción material y espiritual, el marxismo no hace concesión alguna al determinismo científico tecnológico que ha inundado la bibliografía, en su nombre o contra su nombre; no se trata de una especulación determinista chata, asentada en la noción de la *causalidad mecánica*, sino de una concepción *dialéctica* que tiene como premisa la idea de que, *en cada forma histórica, el conjunto de relaciones sociales constituye una totalidad, en cuya organicidad las relaciones de producción y las correspondientes leyes sociales condicionan el desarrollo de las fuerzas productivas*. Su punto de partida no es la técnica (o la tecnología) como tales, y ni siquiera un nivel dado de desarrollo de las fuerzas productivas, con respecto a las cuales aquélla constituye un momento (sin perder de vista un segundo que, en todo sistema social de producción, la principal fuerza productiva es la fuerza de trabajo), sino el *modo de producción* que las engloba como una totalidad orgánica. Desde este punto de vista, al emprender el estudio de las fuerzas productivas —incluida la tecnología— en una forma histórica dada, el objetivo que persigue el investigador marxista es, ante todo, explicar el nexo que las une a un sistema determinado de relaciones sociales de producción. La perspectiva de Marx es la del modo de producción, la unidad indisoluble existente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; la “base” del edificio social de la que habla no es simplemente el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, sino el conjunto de las relaciones sociales de producción.

Nada más ajeno al pensamiento marxista que la noción de un modo de producción capitalista estático, inmóvil o estancado.

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales (...) Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las relaciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores.<sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> Carlos Marx y Federico Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*, ed. cit, p. 114.



No obstante, la idea de que las fuerzas productivas del capital quedan “rezagadas” de forma periódica con respecto a las relaciones capitalistas de producción, constituye una inversión directa de la concepción de Marx:

Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación (...) La sociedad posee demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no favorecen ya el régimen burgués de la propiedad; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno.<sup>27</sup>

Es cierto que el capital demanda constantemente fuerzas productivas más poderosas que las existentes, pero ello no constituye una consecuencia del “estancamiento” o “retraso” de éstas, sino, por el contrario, *es un resultado de su propio desarrollo*. Observemos, por ejemplo, cómo analiza Marx el tránsito de la manufactura a la gran industria maquinizada:

Al multiplicarse los inventos y crecer la demanda de máquinas inventadas, fue diferenciándose más y más la fabricación de maquinaria en distintas ramas independientes, de una parte, y de otra la división del trabajo dentro de cada manufactura de construcción de máquinas. La base técnica inmediata de la *gran industria* se halla, pues, como vemos en la *manufactura*. Fue ella la que introdujo la maquinaria con que ésta pudo desplazar a la industria manual y manufacturera, en las ramas de producción de que primero se adueñó. De este modo, la industria de maquinaria se fue elevando de un modo espontáneo hasta *un nivel material desproporcionado* a sus fuerzas. Al llegar a una determinada fase de su desarrollo, esta industria no tuvo más remedio que derribar la base sobre la que se venía

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 116-117.

desenvolviendo, y que había ido perfeccionando dentro de su antigua forma, para conquistarse una nueva base más adecuada a su propio régimen de producción.<sup>28</sup>

No cabe duda de que la tecnología no sólo constituye un momento inseparable del proceso de trabajo, sino una condición básica de todas las formas de existencia de la vida social. Las épocas económicas se diferencian no sólo por lo que se produce, sino también por cómo se produce, con qué medios de trabajo. Por consiguiente, el nivel de desarrollo de estos medios de trabajo determina el nivel de desarrollo general de la sociedad.<sup>29</sup> Sin embargo, desde una perspectiva marxista, *no tiene sentido hablar de ciencia y tecnología, ni de fuerzas productivas en general, al margen de las condiciones históricas concretas que dimanen de un modo de producción dado*. La producción material es la condición básica de la existencia de la ciencia y de la técnica: sus necesidades constituyen la fuerza motriz del desarrollo de éstas. Son factores económicos, en particular, el acicate de un aumento de la producción, los que permiten y exigen la utilización e invención de máquinas y procedimientos nuevos de trabajo. Más aún, las fuerzas productivas no sólo se encuentran determinadas por las relaciones de producción material, sino también, en general, por el sistema de relaciones sociales en su conjunto, por los objetivos immanentes de cada sistema social, por el carácter de la propiedad sobre los medios de producción, por los métodos y la forma de gestión económica, los recursos que se invierten en su desarrollo, el sistema de relaciones políticas, la cultura y la educación. Con otras palabras, entre la ciencia y la técnica, por una parte, y entre esta última y la producción, por otra, median factores económicos, políticos, sociales e ideológicos decisivos. De modo que las relaciones de producción, las instituciones económicas, políticas e ideológicas no permanecen pasivas frente al desarrollo de las fuerzas productivas, incluidas las renovaciones tecnológicas: las aceleran o las frenan, en correspondencia con unos u otros intereses sociales.

Es conocido que la producción capitalista se distingue por un movimiento constante de una forma a otra del proceso de trabajo, ya sea porque el capital ha concluido una rotación

---

<sup>28</sup> Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., pp. 334-335; ver también: p. 336.

<sup>29</sup> “La tecnología —escribe Marx— nos descubre la actitud del hombre ante la naturaleza, el proceso directo de producción de su vida, y, por tanto, de las condiciones de su vida social y de las ideas y representaciones espirituales que de ellas se derivan. Ni siquiera una historia de las religiones que prescindan de esta base material puede ser considerada como una historia crítica”. *Ibid.*, p. 325.

completa y ha logrado amortizar el valor desembolsado en capital fijo, ya sea —en el caso de que este último no se haya amortizado plenamente—, en virtud del desgaste apreciativo y de que el costo individual supera el precio de producción (es decir, la suma de los gastos de producción y de la ganancia media) o de que la relación entre uno y otro no resulte favorable. Sin embargo, el cambio de la tecnología, considerada como valor de uso en el proceso de producción, no determina por sí mismo las tendencias sociales y las leyes de la reproducción del capital. Todo lo contrario, la revolución incesante de los instrumentos y procedimientos de producción (revolución tecnológica) que el capital se ve obligado a realizar de manera periódica y sistemática, no constituye en modo alguno la razón o causa de su movimiento, sino apenas la consecuencia más visible del imperativo categórico que rige su existencia: autovalorizarse de forma permanente. *La velocidad e intensidad de los cambios tecnológicos dependen del hambre de productividad del capital, y están determinadas por los estímulos emitidos por el proceso de valorización.* El espejismo de que el objetivo de la renovación constante del capital productivo es la renovación científico-tecnológica por sí misma se deshace en cuanto se evalúa el significado de esta renovación en la potencia productiva del capital y se comprende que el movimiento tecnológico se encuentra condicionado por las leyes que rigen las peripecias del valor en sus múltiples metamorfosis. En particular, en el *proceso de generalización de la innovación tecnológica*, que constituye uno de los indicadores del crecimiento de la productividad del trabajo social, cobran forma visible las leyes que regulan la reproducción del capital. Justamente la competencia, el nivel de monopolización, las demandas, las tendencias y las leyes de la reproducción del capital son los factores determinantes de la extensión y la intensidad de la generalización de nuevas tecnologías.

A medida que la ciencia se convierte en un factor directo de la producción y revoluciona la productividad del trabajo, agudiza las contradicciones internas del capital social y amenaza la medida en que las fuerzas productivas son capaces de desarrollarse en forma capitalista. *De aliada aparente del capital en su marcha forzada hacia la valorización, la ciencia se convierte en un factor agravante del conflicto existente entre las fuerzas productivas del capital y sus correspondientes relaciones de producción.* Se revela así que el carácter “salvador” de la ciencia y la tecnología con respecto al modo de producción capitalista es

sólo aparente, y se expresa sólo en un grupo limitado de capitales altamente concentrados. Cuando el capitalismo se enfoca en su totalidad, se hace patente la fuerza destructiva de la ciencia y la tecnología con respecto a él.

Así, pues, en el régimen de producción capitalista desarrollado, la ciencia y la tecnología no constituyen realidades independientes con respecto al capital y a su proceso de valorización. No significa esto, por supuesto, que el progreso de la ciencia moderna haya tenido su impulso exclusivamente en razones utilitarias, al margen de las más diversas interacciones políticas, ideológicas y culturales, incluida la necesidad —para la burguesía— de demoler el vetusto edificio de la ideología y la cultura realista clerical que expresaba la concepción del mundo y los intereses de la aristocracia feudal y el clero;<sup>30</sup> significa, antes bien, que a partir del desarrollo del régimen de producción maquinizada y la afirmación social de su cualidad de fuerza productiva, *la producción y reproducción de la ciencia (y de la tecnología) tienen lugar, en lo fundamental, como momentos del movimiento del capital*. En sentido estricto, ello supone que las tres fases de la reproducción de este último —la fase dineraria, la fase productiva y la fase mercantil— se presentan, asimismo, como las tres fases de la reproducción científico-tecnológica. La ciencia y la tecnología constituyen expresiones naturales del valor en las tres fases de la reproducción del capital, y el hecho de que adopten una u otra de sus formas de movimiento depende del lugar que ocupen y las funciones que cumplan en esta reproducción. La ciencia y la tecnología se presentan: 1) como capital dinerario, es decir, como la suma de dinero que se transforma en elementos materiales y personales de la producción de ciencia y tecnología: medios de producción y fuerza de trabajo; 2) como capital productivo o “consumo productivo del capital”, que se transforma en valor y plusvalía (en esta forma tangible de capital productivo, la tecnología —incluida la tecnología que constituye una objetivación del conocimiento científico— se presenta como una forma material, en especie, del capital); y 3) como capital mercantil que se transfigura en capital dinerario incrementado, es decir, que realiza el valor del capital y la

---

<sup>30</sup> “La burguesía —escribe Engels— necesitaba, para el desarrollo de su producción industrial, una ciencia que investigase las propiedades de los cuerpos físicos y el funcionamiento de las fuerzas naturales. Pero, hasta entonces la ciencia no había sido más que la servidora humilde de la Iglesia; en una palabra, había sido cualquier cosa menos una ciencia. Ahora, la ciencia se rebelaba contra la Iglesia; la burguesía necesitaba a la ciencia y se lanzó con ella a la rebelión”. Federico Engels. “Del socialismo utópico al socialismo científico”, en: *Obras Escogidas en 3 tomos*, ed. cit., p. 108.

plusvalía. Al retomar esta forma dineraria, en el capital desaparece toda función tecnológica, lo cual pone de relieve que la tecnología es, ante todo, capital —capital fijo, cuyo valor de uso obra como medio y como agente de transformación de la materia prima en producto—, valor que procura acrecentarse, y que el fin de la producción capitalista de ciencia y tecnología es la valorización del capital. *La ciencia y la tecnología se revelan como medios de obtención de plusvalía.*

Por regla general, la ignorancia de esta determinación esencial de la tecnología en el modo de producción capitalista, conduce a que ésta se presente exclusivamente como tecnología en funciones, es decir, como valor de uso en el proceso de trabajo. Por esta vía, no sólo se esfuman dos fases de su movimiento —su fase dineraria y su fase mercantil— sino desaparecen también su sustancia capitalista y su dimensión social. El movimiento del capital adquiere la forma externa y fantasmagórica de un movimiento de renovación tecnológica perpetua, destinado a incrementar la productividad del trabajo y el bienestar social, que encubre su verdadera naturaleza. Allí donde la economía vulgar se contenta con la apariencia de un proceso perpetuo de renovación tecnológica, Marx pone de relieve las tribulaciones del ciclo productivo del capital.

Desde esta perspectiva, resulta evidente el falseamiento de las determinaciones de la economía capitalista que lleva aparejada la noción de la sustitución de unos paradigmas tecnológicos por otros, a saber: la mezcla de características técnicas con características organizativas en la definición de estos paradigmas; la confusión entre la desvalorización de la fuerza de trabajo simple, no calificada y la “pérdida de importancia” del trabajo como tal; la hiperbolización de los niveles reales de sustitución de las energías fósiles por las llamadas nuevas fuentes de energía; la concepción implícita de las materias primas como “cosas” de la naturaleza sin ningún grado de elaboración, lo cual conduce a que los llamados nuevos materiales no se consideren como materia prima, y, en sus formas extremas, a la idea de que el proceso productivo puede prescindir de ésta;<sup>31</sup> la exageración

---

<sup>31</sup> No cabe duda de que, a medida que aumenta la capacidad productiva del capital, va sobrando cada vez más ciencia, fuerza productiva, capital, materia prima y fuerza de trabajo. Sin embargo, en la literatura contemporánea resulta frecuente encontrar la afirmación de que el trabajo y los recursos naturales han perdido importancia (estos últimos al ser “sustituidos” por “nuevos materiales”). Sin trabajo y sin recursos naturales la vida humana sería imposible, por lo que resulta absurdo que uno u otro “pierda” importancia. En el primer caso, detrás de la forma inadecuada de expresión, se oculta un hecho real: el exceso de *fuerza de trabajo* con relación a las demandas del capital, en especial, el exceso de fuerza de trabajo no calificada. En el segundo

del grado de universalización alcanzado por las fuerzas productivas que conforman el llamado nuevo paradigma tecnológico, en particular, por el proceso de automatización,<sup>32</sup> el desprecio del papel —siempre decisivo— que la información y el conocimiento técnico han tenido en el proceso productivo de épocas anteriores de desarrollo del capitalismo y, en general, de la producción social; la suposición de que el desarrollo de las fuerzas productivas constituye un aliviadero para el capital y de que el incremento de la productividad del trabajo contrarresta la acción de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia;<sup>33</sup> la confusión entre la descentralización y desconcentración de las

---

caso, se pasa por alto que los “nuevos materiales” también provienen de la naturaleza, son, en sentido estricto, *materias primas*, con mayor grado de elaboración previa al proceso productivo. De forma tal que “ganan importancia” unos recursos naturales y materias primas, y la pierden otros. En igual sentido, resulta imprecisa la afirmación habitual de que los países subdesarrollados se ven afectados por “la irrupción mundial de la informática”, ignorando el hecho de que esa forma de tecnología, como cualquier otra de las llamadas “de punta”, constituye una forma de existencia del capital monopolista transnacional. El fundamento de los procesos en curso no es el desarrollo científico tecnológico, sino el parasitismo y la autofagia inherentes al capitalismo monopolista transnacional, en cuya sustancia se deprecia la fuerza de trabajo, el objeto de trabajo y el capital mismo, lo cual se traduce en salarios miserables, en precios bajos de la materia prima y en desenfreno de las bolsas.

<sup>32</sup> En aras de justipreciar la medida en que la automatización constituye un momento realmente nuevo en el desarrollo de la gran industria capitalista, sería necesario realizar un estudio circunstanciado de su desarrollo a partir de mediados del siglo XVIII europeo. Para Marx, no cabe duda de que la automatización plena es la forma más adecuada y perfecta de existencia de la gran producción maquinizada. “Todo sistema de maquinaria (...) constituye de por sí, siempre y cuando esté impulsado por un motor que no reciba la fuerza de otra fuente motriz, *un gran autómeta* [el subrayado es de Marx]. (...) Tan pronto como la máquina puede ejecutar sin ayuda del hombre todos los movimientos necesarios para elaborar la materia prima, aunque el hombre la vigile e intervenga de vez en cuando, tenemos un sistema *automático* de maquinaria, susceptible, sin embargo, como es lógico, de constante perfeccionamiento en sus detalles. (...) Como sistema orgánico de máquinas de trabajo movidas por medio de un mecanismo de transmisión impulsado por un *autómeta central*, la industria maquinizada adquiere aquí su fisonomía más perfecta.” Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., pp. 333-334. Y en otro lugar: “Estando así acogido en el proceso de producción del capital, el instrumento de trabajo sufre todavía numerosas metamorfosis, la última de las cuales es la máquina, o más bien, el *sistema automático de máquinas, movido por un autómeta que es la fuerza motriz poniéndose ella misma en movimiento*. (El sistema de la maquinaria: sólo deviniendo *automática* la maquinaria halla su forma más acabada y más adecuada, y se transforma en un sistema.) Este autómeta se compone de diversos órganos mecánicos e intelectuales, lo cual determina que los obreros no sean más que accesorios conscientes. En la máquina —y aún más en el sistema de máquinas automáticas— el medio de trabajo es transformado, incluso en su valor de uso y su naturaleza física, en un modo de existencia correspondiente al capital fijo y al capital en general.” Carlos Marx. *Fundamentos de la crítica de la Economía Política*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 2, p. 185.

<sup>33</sup> La concepción marxista del papel de la innovación tecnológica en el proceso de producción capitalista, se diferencia de manera radical de la célebre tesis de la economía vulgar, que vincula el crecimiento de la *cuota de ganancia* con el crecimiento de la *productividad del trabajo* y, en general, considera que los factores que promueven el crecimiento de esta última benefician de manera directamente proporcional la reproducción del capital. En realidad, al aumentar la productividad del trabajo, la magnitud del valor creado decrece en la misma proporción en que se incrementa la masa de riqueza material producida. Se trata de magnitudes inversamente proporcionales. Si bien el incremento de la productividad del trabajo favorece de manera transitoria a los capitales individuales que toman la iniciativa en la introducción de una nueva tecnología, su

plantas productivas, por una parte, y la descentralización y desconcentración de la propiedad y el poder, por otro; la omisión de los factores políticos que determinan la aplicación práctica de los adelantos científico tecnológicos; la deducción mecánica de las políticas keynesianas y del Estado de Bienestar a partir del “fordismo”, y de las políticas neoliberales y el desmontaje del Estado de Bienestar, a partir del “posfordismo”; la proyección de una imagen idílica de los obreros portadores de una fuerza de trabajo compleja; la tendencia a hiperbolizar los niveles de desarrollo intelectual de la fuerza de trabajo y a considerar que el capitalismo da pasos acelerados hacia la superación de la contraposición entre el trabajo físico y el trabajo mental; y la exageración de la fragmentación de la clase obrera, concebida como un proceso lineal e irreversible.

Si en las consideraciones que hemos reseñado, sustituimos las noción abstracta y poco determinada de “sociedad” por la más concreta y determinada de *modo de producción capitalista*, se hace evidente que, de forma subrepticia, la llamada tecnociencia se nos presenta como una especie de *deus ex machina* que salva al capitalismo de su bancarrota, como el medio tantas veces buscado para eternizar el capitalismo y superar las confrontaciones de clase; o bien como el chivo expiatorio al cual se pueden achacar todas las aberraciones del sistema de compraventa de la fuerza de trabajo. La anarquía de la producción característica del sistema de extorsión de plusvalía permanece a la sombra. Salta a la vista que la intención explícita o la consecuencia implícita de las seudoteorías promotoras del fetichismo científico tecnológico es afirmar la facultad del modo de producción capitalista de conjurar sus contradicciones antagónicas. El futuro de la humanidad dependería, en tal caso, de su capacidad de poner en práctica un proyecto de desarrollo de la ciencia y la tecnología que ponga coto a sus “efectos negativos”.

Desde el punto de vista marxista, el estancamiento de la economía capitalista verificado en los años setenta no tiene su origen en el agotamiento del “patrón industrial de la consecuencia inevitable es el descenso global de la cuota de ganancia del capital social, que termina por afectar incluso a su promotor. La elevación de la productividad del trabajo constituye, como pensaba Marx, un síntoma de la agudización de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia. Si “partimos del supuesto de que este cambio gradual en cuanto a la composición del capital no se opera simplemente en ramas aisladas de producción, sino que más o menos se da en todas ellas o, cuando menos, en las esferas de producción decisivas y que, por tanto, esos cambios afectan a la composición orgánica media del capital total existente en una determinada sociedad, llegaremos necesariamente a la conclusión de que este incremento gradual del capital constante en proporción al variable tiene como resultado un descenso gradual de la cuota general de ganancia”. Carlos Marx. *El Capital*, t. 3, ed. cit., p. 234.

electromecánica (o metalmecánica)”, ni en la obsolescencia de fuerzas productivas que ya no daban abasto al estímulo para el desarrollo que emite el capital. Por el contrario, como mostraremos más adelante, el paso a un nuevo peldaño en el desarrollo de la tecnología que, en lo fundamental, se avizoraba en ramas estratégicas desde los años sesenta, no podía tener una inmediata y plena irrupción en la escena productiva, precisamente, porque era desestimulado por la amenaza del retorno de la crisis de superproducción de mercancías que, una vez reconstruidas las economías de Europa Occidental y Japón, volvía a enseñorearse de los mercados del mundo. El espectro de la crisis de superproducción, evocado por estas colosales fuerzas productivas, condujo a un considerable enlentecimiento de la inversión productiva, en particular, en las industrias de productos químicos y la metalmecánica, que habían sido los sectores de punta del capitalismo monopolista de Estado nacional. En apariencia, los sectores y ramas de la economía que en la época dorada del “fordismo” habían simbolizado el desarrollo capitalista estaban “agotados” y se hacía necesario “dinamizar” el desarrollo científico tecnológico. Surge aquí el mito de la “innovación tecnológica perpetua” (es decir, en lenguaje marxista, de la introducción permanente de nuevas fuerzas productivas, a contrapelo de la amenaza permanente de superproducción y desempleo). En realidad, lo que “dinamiza” el desarrollo de las fuerzas productivas es la demanda del mercado o de la política, pero los mercados se agotan y el desempleo hace disminuir la demanda política. Se verifica aquí también una contradicción entre la demanda política de desarrollo de las fuerzas productivas para la industria militar y la amenaza de superproducción.

La renovación tecnológica, que sólo encontró una asimilación intensiva en la protegida y encargada producción militar, ha tenido lugar en medio de una gran propaganda en aquellas ramas de la producción y los servicios en que el capital monopolista encuentra espacios para realizar su reproducción ampliada y en la medida que ello le resulta posible sin hacer estallar —siempre por el momento— las contradicciones sociales que ese mismo proceso provoca de manera inevitable. Aún hoy, veinte años después de iniciada, constatamos que la llamada reconversión industrial o “modernización” es un proceso muy contradictorio, que nos habla más de lo que no se ha podido generalizar del desarrollo científico y tecnológico alcanzado por la humanidad, que de lo que se ha incorporado en forma real y



efectiva a la producción masiva. Ello levanta grandes sospechas contra la cacareada generalización de un “nuevo paradigma” tecnológico industrial.

En líneas generales, la causa inmediata de la crisis en los años setenta fue la proverbial lentitud con que el torpe armatoste del sistema productivo del capitalismo monopolista reaccionó al desarrollo desenfrenado de las fuerzas productivas que engendró de sus entrañas. Se requería una reorganización del proceso productivo con vistas a adaptarlo al nuevo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado por el capital monopolista. En apariencia, este capital demandaba un incremento de la productividad del trabajo; en realidad, era todo lo contrario: el capitalismo de Estado nacional, con sus grandes conglomerados “fordistas”, resultaba estrecho para las fuerzas productivas creadas; para los niveles creados de productividad del trabajo, para la falta de mercados para sus productos. No eran las fuerzas productivas las que estaban agotadas, sino, de manera inmediata, los mercados; en esencia, el modo de producción.

## LA TRANSNACIONALIZACION DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO

- **Del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de Estado**

Lo más frecuente en la literatura actual es el intento de dibujar un “cuadro teórico” del capitalismo contemporáneo que renuncia al método leninista de análisis del imperialismo, es decir, al estudio del proceso de *acumulación, concentración y monopolización del capital*. Más aún, lo habitual en nuestros días es el intento de ofrecer un cuadro teórico del capitalismo que excluye al *capital*, o en el que, al menos, la *relación capital-trabajo* no se presenta como la relación económica fundamental, a partir de la cual se realice el estudio y se deduzcan las restantes relaciones, leyes y determinaciones de la sociedad capitalista. Como hemos mostrado, las referencias, que en muchos casos no pasan de ser meras frases, a la “globalización”, “la aldea global”, la “fábrica global”, el “sistema-mundo”, la “moneda global”, el “capitalismo global”, el “mundo sin fronteras”, el “fin de la geografía”, la “nave espacial”, la “nueva Babel”, y otras semejantes,<sup>34</sup> impuestas de manera subrepticia por el discurso neoliberal, apenas toman en consideración la *esencia imperialista* de los procesos reales de transnacionalización de la propiedad y el poder que se designan con tan vagos términos. Por supuesto, sería ingenuo identificar el capitalismo monopolista de nuestros días con la forma específica que adoptó esta fase del desarrollo de la formación económico-social capitalista a inicios del siglo XX, época en que la configuración y consolidación de los monopolios tenía lugar, en lo fundamental, en el plano nacional, y en que ninguna concentración de poder económico, político e ideológico contaba con fuerzas suficientes para alterar de forma sustancial las reglas de la libre competencia a escala internacional. La visión estática del imperialismo, que supone que éste vino a la vida con todas sus señas grabadas sobre la frente, apenas merece ser sometida a crítica: en este caso, se pasa por alto la tesis elemental de que la formación económico social capitalista, considerada en su totalidad, constituye un organismo en desarrollo histórico y en incesante transfiguración, que sólo puede existir a través de la transformación permanente de todas sus condiciones de existencia.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Ver: Octavio Ianni. *Teorías de la globalización*, ed. cit., pp. 3-12.

<sup>35</sup> Ver: Carlos Marx y Federico Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”, ed. cit., p. 114.

Ahora bien, la teoría leninista del capitalismo monopolista no puede ser considerada como una simple expresión teórica del estadio inicial del desarrollo del imperialismo, sino justamente como *la aprehensión conceptual de las determinaciones esenciales del imperialismo en general*, así como la teoría del capitalismo de Marx no se agota en modo alguno en el capitalismo premonopolista, sino expresa la esencia del movimiento del capital en general, de la relación entre el capital y el trabajo en toda la diversidad lógica e histórica de sus formas de existencia, con independencia de sus modos concretos de manifestación.<sup>36</sup> Lenin puso de manifiesto que el rasgo distintivo del capitalismo contemporáneo es la negación progresiva de la libre concurrencia a favor de la concentración monopolista de la propiedad y el poder, hecho que, asociado a su naturaleza parasitaria y en descomposición, crea las condiciones objetivas necesarias para la acción revolucionaria orientada a la superación histórica del modo capitalista de producción.

Según Lenin, *el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo*. “...Lo más fundamental —escribe— de la apreciación teórica del capitalismo moderno, es decir, del imperialismo” radica en que “el capitalismo se transforma en *capitalismo* monopolista.”<sup>37</sup> Con otras palabras, el *atributo* fundamental del imperialismo es su condición de

---

<sup>36</sup> A la interrogante, escolar en apariencia, acerca de si “se cumplen” en la sociedad capitalista contemporánea las leyes formuladas por Marx en *El Capital*, sólo cabe ofrecer una respuesta categóricamente positiva. Esta sería una interrogante innecesaria si existiera un consenso en relación con la validez universal —es decir, la validez para la explicación de *todo capitalismo*— de la obra de Marx. Pero no ocurre así. Lo habitual en nuestros días es la renuncia a su teoría, incluso entre muchos investigadores que de manera subjetiva se consideran marxistas y que, sin embargo, no dejan entrever en sus escritos e intervenciones siquiera una pálida sombra del aparato conceptual y categorial del marxismo. Repárese en que, en este caso, no se pregunta si se cumplen en la actualidad las leyes enunciadas para la explicación del capitalismo de la libre concurrencia. *El Capital* no es la teoría (o una teoría) del capitalismo premonopolista; en él se reproducen de forma conceptual las leyes que rigen y regirán el movimiento del capital hasta el momento de su desaparición histórica. En este sentido, sus potencialidades explicativas resultan *exactamente las mismas* para el estudio del capitalismo de la libre competencia que para el análisis del imperialismo contemporáneo. La ciencia, si pretende desarrollarse como ciencia teórica —y no como mera factografía y amontonamiento difuso de valoraciones contingentes— se ve siempre obligada a operar un conjunto de abstracciones de la más diversa índole en el objeto que somete a estudio —incluida la abstracción de su grado específico de desarrollo—, encaminadas a revelar sus determinaciones esenciales y sus formas necesarias de existencia. No otra cosa hizo Marx al construir su teoría; ello le permitió comprender “al vacío” —como en un laboratorio o en condiciones de ingravidez— las leyes “puras” del modo de producción burgués, aquellas que rigen toda relación histórica entre el capital y el trabajo. En esta capacidad de revelar el ADN de la sociedad burguesa en general a través del estudio del tejido celular del naciente capitalismo inglés, radica su mérito mayor ante la ciencia y el pensamiento revolucionario. En este punto, sin embargo, se revelan los límites cognoscitivos del marxismo vulgar, que no cesa en su empeño de transitar sobre deslizadores lógicos desde las leyes formuladas en los marcos de la teoría clásica, a la realidad del capitalismo contemporáneo, como si la sociedad humana se hubiera convertido, por clonación, en la clásica Inglaterra, y la práctica histórica de los hombres no introdujera múltiples correctivos a su acción.

<sup>37</sup> Vladimir Ilich Lenin. “El Estado y la Revolución”, en: *O.C.*, ed. cit., p. 69.

capitalismo monopolista. En esta determinación radica su especificidad, aquello que lo distingue del capitalismo de la libre competencia. A partir del último tercio del siglo XIX, sobre todo en Europa y en los Estados Unidos de América, tiene lugar un proceso de formación y consolidación de monopolios —es decir, de negación de la libre competencia— en un número cada vez mayor de ramas de la producción, que conduce progresivamente a un auténtico dominio de la oligarquía financiera sobre la rotación *nacional* del capital. En este primer estadio de desarrollo del imperialismo, los monopolios no se han fundido aún con el poder político, si bien los diferentes grupos financieros que van consolidándose procuran la protección de sus correspondientes Estados nacionales y luchan entre sí de forma encarnizada por alcanzar determinadas cuotas de poder en ellos. En la medida en que los Estados burgueses van siendo conquistados por unos u otros grupos financieros, devienen en Estados imperialistas, es decir, en esencia, en funciones del proceso de concentración monopolista de la propiedad y la producción en el seno de las naciones burguesas. Con otras palabras, en el proceso de aparición y consolidación de los monopolios, se constata la existencia de un momento en que la oligarquía financiera *ya* ha logrado negar en lo esencial la libre competencia en el ámbito nacional y *todavía* no se ha fundido plenamente con el Estado: *el capitalismo monopolista no es aún capitalismo monopolista de Estado*.

En el lapso de un año —entre 1916 y 1917—, Lenin, siempre atento a la historia viva y nunca aferrado a fórmulas muertas, fue capaz de constatar que la Primera Guerra Mundial había servido de catalizador de una metamorfosis integral en el desarrollo del capitalismo monopolista, en virtud de la cual éste, impulsado por las propias contradicciones de su desarrollo, *se había metamorfoseado en capitalismo monopolista de Estado*. Baste llamar la atención sobre el hecho de que este último término, que a partir de 1917 no abandonaría el léxico de Lenin, no es utilizado en su obra clásica *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. No se trata de que aún no había aparecido el término adecuado para designar una realidad ya conceptualizada, sino de que el capitalismo monopolista *específicamente de Estado*, en proceso de formación durante la primera década del siglo, no había alcanzado la madurez necesaria para ser conceptualizado. Esta madurez se la conferiría la Primera Guerra Mundial. “La guerra ha acarreado tan increíbles calamidades a los países

beligerantes y, al mismo tiempo, ha acelerado a pasos tan agigantados el desarrollo del capitalismo, transformando el capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, que ni el proletariado ni la democracia pequeñoburguesa pueden limitarse al marco del capitalismo.”<sup>38</sup>

Es menester poner énfasis en esta idea, pues la distinción que lleva implícita entre los dos estadios fundamentales del desarrollo del imperialismo no siempre se toma en cuenta —y con frecuencia es impugnada— en la literatura científica.<sup>39</sup> Sin embargo, esta es la idea de Lenin, quien, en términos generales, vincula el nacimiento del capitalismo monopolista de Estado a la guerra imperialista, y a las crisis económicas, ocasionadas o no por esta guerra.

La Primera Guerra Mundial constituyó una expresión fehaciente de que el proceso de concentración de la producción y centralización del capital, que condujo a la formación del capitalismo monopolista, ya había comenzado a corroer las fronteras económicas, políticas e ideológicas nacionales configuradas en la época de las grandes revoluciones burguesas y redibujadas periódicamente por la fuerza de las armas. Lo que hasta el momento no había pasado de ser un impulso latente en las entrañas del modo de producción capitalista, se convertía, con la consolidación del poder de los monopolios financieros, en una condición indispensable para el acrecentamiento de la plusvalía y el afianzamiento político de la oligarquía financiera: *el espacio histórico de la nación, que había propiciado la acumulación originaria del capital y la conversión de la riqueza social en un “inmenso arsenal de mercancías”, se presentaba ahora como una camisa de fuerza para la carrera esquizofrénica en pos de una concentración cada vez mayor de la propiedad y el poder.*

Sin embargo, una férrea necesidad impulsaba a los monopolios a procurar su unificación con las potencias coercitivas del Estado nacional. La concentración de la producción y la centralización del capital, y el consecuente impulso a un proceso ulterior de socialización, habían puesto límites infranqueables a la espontaneidad del mercado. Desde entonces, toda

<sup>38</sup> Vladimir Ilich Lenin. Epílogo de 1917 a “El programa agrario de la socialdemocracia en la primera Revolución rusa”, en: *O. C.*, t. 16, p. 439. Ver también: “El Estado y la Revolución”, *ed. cit.*, p. 3; “Séptima Conferencia (conferencia de abril) de toda Rusia del POSD (b) R”, en: *O. C.*, t. 31, pp. 372, 470-471; “Un viraje en la política mundial”, en: *Ibid.*, t. 30, pp. 350-351, 197-199; “Revisión del Programa del Partido”, en: *Ibid.*, t. 34, p. 383.

<sup>39</sup> Sobre esta distinción Eduardo del Llano, entre otros autores, llama la atención con particular énfasis. Ver: Eduardo del Llano. *El imperialismo: capitalismo monopolista*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1990, pp. 247-248.

referencia al “libre mercado” no pasaría de ser una narración histórica o un metarrelato ideológico burgués. La lógica interna del desarrollo de los monopolios generaba la necesidad de transfigurar y refuncionalizar las relaciones mercantiles, en consonancia con las necesidades de una rotación cada vez más amplia y omnímoda del capital, que reclamaba seguridad en todas sus fases y la implantación de políticas proyectadas a largo plazo, vinculadas a la forma, las proporciones y los ritmos del crecimiento económico.

La transfiguración necesaria al sistema capitalista sólo podía realizarse con el socorro de una maquinaria de violencia organizada en función de la dominación burguesa: el Estado-nación. Según la precisa caracterización de Lenin, el desarrollo del capitalismo monopolista conduce a “la fusión en un solo mecanismo de la fuerza gigantesca del capitalismo con la fuerza gigantesca del Estado, mecanismo que enrola a decenas de millones de personas en una sola organización del capitalismo de Estado”.<sup>40</sup> Con otras palabras, en una sociedad capitalista dominada por los monopolios, o en la que las ramas fundamentales de la producción están en sus manos, la oligarquía financiera se apropia del aparato del Estado para asegurar su reproducción económica y política, en particular, para proteger el sistema de producción de los efectos destructivos de las crisis económicas y enfrentar las necesidades de la guerra. En las nuevas circunstancias históricas, el aparato estatal asume un número cada vez más amplio de funciones económicas e interviene de forma directa e indirecta en el proceso de reproducción del capital. El Estado de cada burguesía imperialista deviene en un regulador social de la producción y de la distribución *en escala nacional* y en una potencia financiera con un presupuesto colosal y una actividad empresarial y de créditos que no sólo le permite trascender sus tradicionales funciones represivas y sus aisladas aventuras económicas, sino también convertirse en una poderosa maquinaria de guerra enfilada contra la burguesía de las restantes naciones imperialistas y sus correspondientes Estados. A través de la unión personal de los magnates financieros con los burócratas del aparato estatal, el Estado se hace cargo, en interés de los monopolios, de ramas enteras de la producción. La estatización, por una parte, concentra las pequeñas y medianas empresas arruinadas, asegura las ganancias y salva de la ruina los grandes monopolios, y por la otra, responde a la necesidad de movilizar los recursos del Estado con

---

<sup>40</sup> Vladimir Ilich Lenin. “La Guerra y la Revolución”, en: *O. C.*, t. 32, 1985, p. 90.

el objetivo de cofinanciar las gigantescas inversiones en la esfera productiva y en el desarrollo de la infraestructura. Este proceso, acompañado por la intensificación de la explotación de las masas trabajadoras, acentúa el despotismo militar y la utilización de la maquinaria bélica del Estado para asegurar el control exclusivo de los recursos naturales, productos primarios y mercados en el mundo colonial, semicolonial y neocolonial, y al mismo tiempo, conduce a un mayor acrecentamiento de las ganancias de los grandes capitalistas a expensas de todas las demás capas de la población. Las diversas modalidades de financiamiento y exención de impuestos, las garantías a las exportaciones y las compras del gobierno constituyen importantes formas en que la fusión entre el Estado y el monopolio privado funciona en beneficio de este último. En resumen, el Estado se convierte en garante de las condiciones generales de la reproducción ampliada del capital financiero en la economía nacional y de la expansión económica exterior de los monopolios.

Repárese en que por *capitalismo monopolista de Estado*, Lenin no entiende simplemente el proceso de estatización de la propiedad capitalista. No se trata sólo de que la concentración de la producción produzca una fusión, en sentido directo, entre el monopolio y el Estado burgués, por la cual éste último se convierta en propietario. Esta es una de las formas del capitalismo monopolista de Estado, cuyo peso específico varía en la historia.<sup>41</sup> El capitalismo monopolista de Estado constituye una etapa en el desarrollo del imperialismo, cuya característica distintiva es la apropiación por parte de la oligarquía financiera —trátese

---

<sup>41</sup> En las condiciones del capitalismo monopolista de Estado, es posible constatar dos modalidades fundamentales de intervención estatal en los procesos económicos. “La primera de ellas incluye las formas y métodos de influencia estatal que tienen por fundamento la subordinación directa al Estado de unas u otras empresas y, en correspondencia, de unos u otros sectores de la economía. Estas se agrupan bajo el nombre genérico de estatización. Los métodos de subordinación directa de las empresas al Estado son los más diversos: desde la implantación de la propiedad estatal sobre estas empresas (como resultado de la nacionalización de la propiedad privada previamente existente, o bien de la construcción de nuevas empresas con ayuda de inversiones de capital estatal), hasta la regulación estatal directa de la actividad de estas empresas o de ramas aisladas de la economía”. La segunda modalidad “incluye todas aquellas formas y métodos del Estado burgués sobre la economía que no están vinculadas con la subordinación directa de las empresas al Estado, sino que se orientan hacia una influencia indirecta, mediada, a través de la utilización de un sistema de palancas o instrumentos de regulación estatal (...) Entre ellas, juegan un importante papel la política financiera y monetario crediticia, las actividades extraeconómicas y valutarias, la adopción de determinadas medidas legislativas en la esfera de la economía, etc.” Estas modalidades de intervención económica estatal “no existen aisladamente, sino se entrelazan entre sí, aunque en la práctica, en dependencia de las condiciones históricas concretas, pasa con frecuencia a primer plano una de ellas...” N. N. Inozemtsev, V. A. Martinov y S. M. Nikitin y otros. *La teoría leninista del imperialismo y la contemporaneidad*, Editorial Misl, Moscú, 1977, pp. 222-223 (en ruso).

de la oligarquía financiera nacional o, posteriormente, de la oligarquía financiera transnacional— del Estado capitalista o, con otras palabras, la conversión de este Estado en un garante del desarrollo de la oligarquía financiera, de la concentración monopolista de la economía, la propiedad y el poder. En este sentido, a partir del último cuarto del siglo pasado, el capitalismo monopolista, considerado como una totalidad histórica de relaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas, transita de una etapa en la que existe una libre concurrencia entre los distintos sectores de la oligarquía financiera por apoderarse del Estado, a una etapa en la que el Estado constituye una función del desarrollo del conjunto de esta oligarquía, llamada a negar progresivamente la libre competencia en el plano nacional.

Es importante hacer hincapié en el hecho, en apariencia trivial, de que, en época de Lenin, el capitalismo monopolista de Estado sólo podía constituirse como capitalismo de Estado *nacional*.

- **El capitalismo monopolista de Estado y la Revolución socialista**

La sujeción del Estado a los dictados del capital financiero de cada burguesía nacional resultaba incapaz de conjurar la agudización de las contradicciones inherentes al capitalismo monopolista y el desencadenamiento de nuevas crisis económicas, guerras interimperialistas y situaciones revolucionarias. A diferencia, por ejemplo, de un Kaustky que había convertido en fórmulas abstractas los estudios económicos de Marx y que, de espaldas a la realidad, proclamaba que la concentración monopolista del capital y la producción conduciría a la formación de un trust internacional único que excluiría las rivalidades interimperialistas y, consecuentemente, a una forma de desarrollo uniforme y pacífica del capitalismo, Lenin demostró que el desarrollo de esta tendencia, objetiva sin dudas, estaría determinada —y sería obstaculizada— por la agudización de las contradicciones interimperialistas y por los desafíos políticos que lograran imponerle las fuerzas del trabajo que, a su pesar, él mismo contribuía a organizar. La forma y los límites del movimiento del capitalismo monopolista de Estado hacia la configuración de un monopolio mundial (puede leerse: transnacional) de poder económico y político estarían condicionados por la capacidad de resistencia y oposición de las fuerzas revolucionarias.



Lenin elaboró su teoría del imperialismo sobre la base de la concepción del desarrollo desigual, heredera de la más sólida tradición del pensamiento marxista. Esta perspectiva le permitió formular la idea del eslabón más débil de la cadena imperialista, que constituyó uno de los pilares intelectuales más sólidos de la Revolución Bolchevique, cuya originalidad, asentada en la originalidad de la concepción teórica de Lenin, haría afirmar al joven Gramsci, con no poca imprecisión, que se trataba de una revolución realizada en contra de *El Capital*.

En el capitalismo monopolista de Estado nacional configurado por la Primera Guerra Mundial, Lenin vio la “*preparación material* más completa para el socialismo, su *antesala*, un peldaño en la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio*”. “La guerra imperialista —escribió— es la víspera de la revolución socialista.” En efecto, la guerra había acelerado de forma vertiginosa la maduración de las *condiciones objetivas* para la revolución socialista. Por una parte, el “desbarajuste económico” que trajo consigo había originado “increíbles calamidades a los países beligerantes”, los había convertido en “presidios militares para los obreros”; por otra parte, había estimulado la ruina de las pequeñas y medianas empresas y haciendas, la concentración de la producción y la propiedad, la fusión de los monopolios con el Estado nacional y la implantación de la regulación social sobre la producción y la distribución, que en algunos países había alcanzado la forma del trabajo obligatorio para todos.<sup>42</sup> Esta destrucción adquirió dimensiones asoladoras en los países invadidos, sobre todo en Francia, Bélgica, Italia y Rusia.

La Revolución Rusa de 1917, que instituyó un Estado de obreros y campesinos y proclamó abiertamente su vocación de convertirse en detonador de la revolución anticapitalista mundial, representó el más colosal de los desafíos a los que hubo de enfrentarse el imperialismo en las primeras décadas del siglo XX. La urgencia de conjurar el fantasma encarnado del comunismo, que amenazaba la propia existencia del régimen de compraventa de la fuerza de trabajo, operó lo que apenas unos meses atrás hubiera parecido un milagro: la concertación militar —política en general— de Estados representantes de intereses monopolistas antagónicos. Este concubinato obligado, gestor de sucesivas agresiones,

---

<sup>42</sup> Vladimir Ilich Lenin. “El Estado y la Revolución”, en: *O. C.*, t. 33, p. 3.

bloqueo militar y económico y de múltiples formas de subversión interna del poder obrero y campesino, constituyó la primera experiencia histórica universal —circunstancial, transitoria y, en cierto sentido, prematura— de confabulación política entre las potencias imperialistas *en aras de un objetivo global común*. No obstante, a pesar de la injerencia permanente, el acoso sistemático y la gran campaña difamatoria desplegada contra el poder soviético, la contrarrevolución burguesa se subordinaba a las exigencias más apremiantes de una competencia interimperialista que iba adquiriendo un carácter cada vez más violento. El capitalismo monopolista de Estado nacional continuaba siendo la relación económica y política, cargada de contradicciones explosivas, que de la forma más plena correspondía a los intereses inmediatos de las diferentes oligarquías financieras nacionales.

Sin embargo, Lenin también prenunció la posibilidad de que la revolución mundial no triunfara en los plazos históricos previsibles entonces, y de que las contradicciones interimperialistas desataran una nueva guerra mundial como medio de paliar las crisis económicas y de prolongar la vida al cuerpo en descomposición del modo capitalista de producción. “...Ningún socialista, nunca ni en parte alguna, ha garantizado que hayan de ser precisamente la guerra actual (y no la siguiente) y la situación revolucionaria actual (y no la de mañana) las que originen la revolución.”<sup>43</sup> “Si no triunfa el socialismo —sentenció—, la paz entre los Estados capitalistas significará únicamente una tregua, una pausa, la preparación de una nueva matanza entre los pueblos”.<sup>44</sup>

La Segunda Guerra Mundial, que involucró directa o indirectamente a alrededor del 90 % de la población del planeta, fue el holocausto humano de turno que los grupos financieros antagónicos, aunque ya relacionados a escala internacional, ofrecieron ante el altar de una ganancia monopolista menguada por sucesivas crisis de superproducción, desencadenadas justo en el momento en que había comenzado a expandirse el mito compensatorio burgués acerca del próximo advenimiento de un “capitalismo armonioso”, como supuesto resultado de un proceso irreversible de recuperación y crecimiento pacífico.

---

<sup>43</sup> Vladimir Ilich Lenin. “La Bancarrota de la II Internacional”, en: *O. C.*, t. 26, p. 232.

<sup>44</sup> Vladimir Ilich Lenin. “Por el pan y por la paz”, en: *Ibid.*, t. 35, p. 179. “No queremos desconocer —escribe en otro lugar— la triste posibilidad de que la humanidad —en el peor de los casos— pase todavía por una segunda guerra imperialista, si la revolución no surge de la guerra actual, a pesar de las numerosas explosiones de efervescencia y descontento de las masas y a pesar de nuestros esfuerzos”. Vladimir Ilich Lenin. “El programa militar de la revolución proletaria”, en: *Ibid.*, t. 30, pp. 146-147.

Desde los años 20, los países capitalistas europeos comienzan a padecer molestos procesos inflacionarios y recesiones, acompañados de importantes luchas de clase y conflictos sociales. El auge económico experimentado durante el período de reconstrucción de los países participantes en la guerra, proporciona un estímulo desmesurado a la actividad crediticia, que adquiere la forma de un proceso especulativo, con el correspondiente desenfreno de las empresas bursátiles, y el lanzamiento y relanzamiento a la circulación de masas de capital ocioso que destruyen capital o reducen su valor, de masas de desempleados que inducen la caída en picada de los salarios, y de un estancamiento de la producción orientado a la venta gradual de la mercancía sobreproducida.<sup>45</sup> Esta situación adquirió una especial gravedad en Estados Unidos, convertido ya, en esta época, en la principal potencia bancaria del mundo.<sup>46</sup> La crisis de 1929-1933, iniciada con un *crash* estrepitoso de la Bolsa de Nueva York, logró abatir incluso las naciones capitalistas más poderosas y aparentemente inmovibles; echó por tierra, en un abrir y cerrar de ojos, todos los esfuerzos realizados por la burguesía monopolista en la primera postguerra por restablecer un sistema de créditos y un comercio internacional estables; paralizó la mitad de la economía mundial; desató un proceso masivo de absorción monopolista de capitales incompetentes arruinados, que aceleró como nunca antes la concentración de la producción y de la propiedad; y catapultó al poder la forma más agresiva y brutal de transnacionalización desnacionalizadora del imperialismo, el fascismo —identificado con el nacionalismo imperialista—, cuya fortaleza militar daba un desmentido práctico a las falacias del pacifismo burgués y a las construcciones ideológicas que descansaban sobre la posibilidad abstracta de una conciliación interimperialista a largo plazo, y que apenas un lustro después intentaría acelerar, por la vía de la guerra, la concentración transnacional del poder económico y político, crear un monopolio único bajo el amparo de un Estado mundial capitalista.<sup>47</sup> De poco habían servido los esfuerzos de las oligarquías nacionales y

<sup>45</sup> Ver: John Strachey. *Naturaleza de las crisis*, Publicaciones Económicas, La Habana, 1964, p. 281.

<sup>46</sup> Ver: J. A. Lesourd y C. Gérard. *Historia económica mundial*, Editorial Vicens-Vives, Barcelona, 1964, p. 333.

<sup>47</sup> El fascismo, según la conocida expresión de Jorge Dimitrov, es “la dictadura terrorista del capital financiero”. Ya en 1934, antes de desatarse la Segunda Guerra Mundial, John Strachey apuntaba que el fascismo “lejos de ser un movimiento pequeñoburgués (...), es un movimiento controlado y dirigido, comprado y pagado desde el principio hasta el fin, por los grandes capitalistas. (...) La función política del fascismo no es otra que la de servir de instrumento de los más grandes monopolios capitalistas.” John Strachey. *Naturaleza de las crisis*, ed. cit., pp. 353-354.

de sus Estados imperialistas por evitar las crisis a través de la concentración productiva y financiera, el impulso al proceso de monopolización (o “cartelización”) de las empresas capitalistas, tanto de aquellas que operaban en el plano nacional, como de las que sobrepujaban las fronteras de la nación, y la suscripción de acuerdos internacionales sobre la limitación de la producción de acero, rieles, tubos, cobre o potasa.<sup>48</sup> De poco había servido también al imperialismo norteamericano su posición privilegiada durante la Primera Guerra Mundial, el hecho de no haber sufrido destrucciones en su territorio, haberse transformado en el principal abastecedor de material bélico de sus aliados y en su principal acreedor, y los excedentes de su balanza comercial durante el llamado “período de prosperidad” de los años 20, que lanzarían al mundo la buena nueva del “milagro americano” (aquejado, sin embargo, por crisis agrarias y ruinas de granjeros, por un movimiento, aunque ascendente, inestable de la producción industrial e, incluso, por el estancamiento crónico en algunos sectores productivos).

En esencia, *el ámbito de la nación resultaba incapaz de ofrecer un marco propicio para el desarrollo ulterior del capitalismo monopolista*, en particular, para evitar las crisis de superproducción que se cernían sobre él como una espada de Damocles. El sistema de respiración artificial más eficaz adaptado al capitalismo monopolista de Estado nacional fue la aplicación de las políticas keynesianas, que procuraban estimular la producción mediante una intervención estatal encaminada a provocar un aumento de la demanda. Sin dudas, la llamada “revolución keynesiana” constituyó una necesidad objetiva para la supervivencia del capitalismo monopolista de Estado, en su búsqueda de “estabilidad” a través del “pleno empleo”, la aplicación de “políticas anticíclicas”, es decir, orientadas a evitar las depresiones y crisis económicas, y la utilización por parte del Estado de palancas presupuestarias y monetario-crediticias como forma de regulación indirecta de la economía. Se trataba, en lo fundamental, de restringir el crecimiento de la demanda en la fase de auge de la actividad económica, limitando con ello la elevación de los precios, y de expandirla en la fase de descenso o de crisis. Su objetivo expreso era sofocar la lucha de clases, a través de la realización de una “revolución menor” en las relaciones entre el proletariado y la burguesía, capaz de evitar una “revolución mayor” que diera al traste con el sistema de

---

<sup>48</sup> Ver: J. A. Lesourd y C. Gérard, op. cit., p. 331.

“gestión privada”. El único resorte con que contaba la oligarquía financiera para ello era la intervención estatal en la economía, la negación radical del *laissez-faire*. En una situación de crisis, solamente el Estado nacional disponía de la capacidad necesaria para 1) intentar fomentar el “pleno empleo” y, a través de una imposición progresiva, redistribuir en determinadas proporciones la renta de los capitalistas entre los trabajadores, con la consecuente elevación de la “propensión media al consumo”; 2) compensar las fluctuaciones y la anarquía de la inversión de capital privado con proyectos de inversión pública; 3) fortalecer la autoridad bancaria y establecer un control riguroso de la masa monetaria (de la cantidad total de dinero) capaz de impulsar a la baja el tipo de interés, y por esta vía, estimular la inversión privada y eludir la depresión económica; y 4) atenuar el predominio de la especulación financiera sobre el “espíritu de empresa” mediante el establecimiento de un fuerte impuesto sobre todas las transacciones de la bolsa de valores. Se partía aquí del supuesto de que la superabundancia de capitales improductivos, la especulación y el rentismo son males ajenos a la esencia de la “industria privada”, morbos que es posible extirpar mediante una cirugía estatal. Aún en esta época, la ilusión de que los especuladores podrían ser maniatados a largo plazo e, incluso, ser expulsados de la escena económica, tenía cierto asidero en la realidad de un capitalismo monopolista que encontraría un estímulo inusitado en la reconstrucción posbélica.

Tras la Gran Depresión, la política económica de Estados Unidos y de los principales países imperialistas de Europa se desarrolló a través de una serie de “experiencias” caracterizadas precisamente por una mayor injerencia de los Estados nacionales en la vida económica,<sup>49</sup> destinadas a superar los efectos calamitosos de la crisis y garantizar el rearme necesario para enfrentar una nueva guerra: es el caso de “Roosevelt, con el llamado New Deal, en Estados Unidos; el Frente Popular en Francia; los ministerios de unión nacional de

---

<sup>49</sup> “Ejemplos de la amplia y creciente aceptación de la filosofía de Keynes acerca de la intervención estatal, la inversión pública y otras formas de política económica ideadas para cubrir las brechas de la economía de empresa privada son: las medidas de la política económica del New Deal, el mensaje económico especial del presidente Truman al Congreso al terminar la Segunda Guerra Mundial, los *libros blancos* inglés, canadiense y australiano sobre la política respecto al paro, el proyecto de ley de Murray sobre el empleo total de 1945 y la Employment Act de 1946 de los Estados Unidos, la disposición de la nueva Constitución francesa, que estatuye un presupuesto anual para combatir el paro; el pensamiento más reciente en el campo de la política fiscal, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo Económico.” Dudley Dillard. *La teoría económica de John Maynard Keynes*, Instituto del Libro, La Habana, 1969, pp. 4-5.

Inglaterra; y los regímenes fascistas de Mussolini en Italia, Hitler en Alemania, etc.”<sup>50</sup> En particular, lo que puede explicar el “Nuevo Trato” de la política económica del imperialismo norteamericano —refrendado, a propósito, con gran oposición y resistencia por parte de diferentes sectores financieros y políticos— es la presión de las luchas obreras, la toma de conciencia de la gravedad de la amenaza —para la propia existencia del capitalismo— representada por las crisis de superproducción en la época del imperio de los monopolios y, en alguna medida, ya en esta época, la existencia de la Unión Soviética: la intervención estatal de los bancos, las disposiciones encaminadas a castigar el fraude en la venta de valores y en la especulación, el fomento de obras públicas a gran escala, la promulgación de una ley que estipulaba alguna ayuda económica a los granjeros, y de otras que autorizaban la existencia de sindicatos y reconocían el derecho de los obreros a contar con organizaciones propias, a realizar huelgas y firmar contratos colectivos, exigían pensiones para ancianos y desempleados, la destrucción de barrios pobres y la construcción de viviendas, la prohibición del trabajo infantil, la disminución de la jornada de trabajo, etc. Sin embargo,

la legislación antimonopolista de la administración Roosevelt no había invertido la tendencia hacia el monopolio, sino que simplemente hizo más lento su crecimiento. En la década del cincuenta el limitado efecto práctico de estas leyes fue anulado por un gobierno hostil a sus objetivos. La concentración aumentó, en cinco años, casi el doble de lo que había aumentado durante los quince años anteriores.<sup>51</sup>

---

<sup>50</sup> Osvaldo Sunkel y Pedro Paz. *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1973, p. 229. “Aun cuando estas experiencias —continúan los autores— representan una diversidad de aspectos en función de las características estructurales de cada economía y de las doctrinas políticas predominantes en cada una de ellas, pueden observarse algunos elementos comunes; el principal es la mayor participación del Estado en la vida económica del país. Las personas y las empresas, duramente afectadas por la crisis, estaban dispuestas a aceptar una mayor injerencia estatal en la vida económica y social, aun cuando de este modo se limitara, en mayor o menor medida, el capitalismo liberal.” *Idem*.

<sup>51</sup> Víctor Perlo. *El imperio de las altas finanzas*, Editorial Platina, Buenos Aires, 1974, p. 20. “La participación de las 200 corporaciones manufactureras más grandes en las ventas totales de artículos fabriles —constata el autor— se elevó, del 37,7 % en 1935 al 40,5 % en 1950 y al 45,5 % en 1955.” Si en 1900 los bancos, las compañías de seguros y otras instituciones financieras participaban del 21 % de la riqueza nacional estadounidense, en 1929 participaban del 35 % y en 1949 del 48 %. “Los banqueros aumentaron su poderío, no sólo durante el período de manipulaciones abiertas, de fusiones y de acumulación en pirámide de fortunas que culminaron la caída del mercado de valores en 1929. ¡Lo aumentaron aun más rápidamente después, cuando un “gobierno hostil” y la “revolución de los administradores” minaban supuestamente sus fuerzas!” “Las ganancias de las corporaciones financieras, después de pagados los impuestos (incluidas las corporaciones de bienes raíces), aumentaron, de 900 millones de dólares en 1925 a 4 700 millones en 1952, y del 14 % de las ganancias de todas las corporaciones, al 24 % del total. (...) La capacidad de las

Con el fin de la Gran Depresión, los monopolios agigantados por la crisis y engalanados con una ideología nacionalista, se convertirían en el motor fundamental que impulsaría un proceso —tímido al inicio, impúdico después— de transnacionalización del poder económico, político, militar e ideológico del imperialismo, que ya entonces perfilaba su carácter en extremo contradictorio.

La contradicción entre una tendencia a la competencia antagónica y otra al refrendo de acuerdos con vistas a sobrevivir en la selva del mercado mundial; entre la objetividad del movimiento hacia una socialización transnacional de la producción, y las barreras económicas, políticas e ideológicas que este movimiento engendra de sí mismo como obstáculos a su propio despliegue; entre el necesario concierto interimperialista en el reparto del mundo y las “zonas de influencia”, y la lucha de cada monopolio y cada Estado imperialista nacional por dejar fuera de este reparto a todo posible adversario; la contradicción, en fin, entre la atracción y la repulsión mutuas crecientes que compelen a los monopolios a una competencia feroz y a una fusión a escala supranacional, constituye el fundamento, establecido ya con solidez en el intenso intervalo histórico comprendido entre las dos guerras mundiales, que determinaría la lógica del movimiento del imperialismo desde el fin de la segunda de estas guerras hasta nuestros días.

No cabe duda de que sólo una “fuerza mayor”, a la vez interna y externa al mundo del capital —interna, en tanto generada por los conflictos económicos, políticos y sociales de este mundo; externa, en la medida en que constituye su límite y, en perspectiva, su negación histórica radical—, fue capaz de contener durante largos decenios las potencias devastadoras contenidas en el polo negativo de esta contradicción. Esta fuerza, recién estrenada en la historia, fue el proceso de internacionalización del socialismo, impulsado por la emergencia del campo socialista europeo y el triunfo ulterior de las revoluciones china, coreana, vietnamita y cubana, que constituyeron el más poderoso estímulo para la aceleración del proceso de acumulación de fuerzas en el seno de la clase obrera y de los movimientos por los derechos civiles en los países imperialistas, contribuyeron de forma significativa a la expansión de las luchas por la liberación nacional y, en general, del

---

corporaciones financieras para extraer una parte cada vez mayor de ganancias constituye un signo seguro de la dependencia de la industria, y de la sociedad capitalista en general, respecto del poder financiero, ha aumentado y no disminuido.” *Ibid.*, pp. 23-24.

movimiento anticapitalista mundial, y crearon la posibilidad real de conformar desde mediados de siglo un sólido polo internacional del trabajo capaz de borrar de la faz de la tierra, con su pujanza juvenil, la explotación del hombre por el hombre.

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, el proceso de transnacionalización del capitalismo monopolista no sólo constituyó una expresión de sus necesidades internas, sino también, y en igual medida, un resultado de la adecuación de sus intereses políticos e ideológicos universales y, en primer término, de la subordinación objetiva de su lógica immanente de desarrollo a la lógica mayor de su enfrentamiento con el naciente —y entonces cohesionado— campo socialista mundial. Sólo una justa comprensión del papel jugado en la arena internacional por las fuerzas de la revolución y el socialismo, puede arrojar luz sobre el desarrollo ulterior del capitalismo y de sus políticas económicas y sociales, y sobre la evidente transfiguración de las relaciones económicas, políticas e ideológicas interimperialistas que se verificó desde el inicio de la “Guerra Fría”.

Si en 1945 e, incluso, en 1946, la Unión Soviética y los países imperialistas que junto a ella habían integrado la coalición antifascista aún podían concertar acuerdos de alcance internacional —la desmilitarización y desnazificación de Alemania, los tratados de paz con los países derrotados en la guerra, la fundación de la Organización de las Naciones Unidas — ya en este último año, tras el célebre discurso pronunciado en Fulton por Winston Churchill, la historia dispó toda apariencia de una posible conciliación entre el capitalismo y el socialismo y los situó claramente como polos opuestos de una contradicción antagónica que determinaría, desde su raíz, todo el desarrollo de la humanidad a partir de la segunda mitad del siglo. En particular, la incipiente transnacionalización de la concentración del capital en los años iniciales de la postguerra se vio acompañada por una transnacionalización política e ideológica acelerada que, aunque en última instancia obedecía a los mandatos imperiosos del capital monopolista, de manera inmediata se subordinaba a la urgencia de concertar una suerte de alianza interimperialista global, capaz de enfrentar de forma multilateral y efectiva la creciente influencia de las ideas comunistas y los éxitos indiscutibles del socialismo en su guerra de posiciones contra el capitalismo en general, con independencia de su filiación nacional. La expansión del capital monopolista tiene lugar sobre la base de una paz a regañadientes entre las potencias capitalistas,



obligadas a solucionar sus conflictos (o, con más exactitud, a aplazar la solución violenta de sus contradicciones) sin recurrir a guerras interimperialistas y a articular un frente internacional único, bajo la égida de los Estados Unidos de América, contra los países socialistas y, en general, contra el movimiento revolucionario mundial. Nos encontramos ante un caso típico de “determinación por sí y por su contrario”.

Sin esta comprensión, en particular, no es posible explicar plenamente las razones por las cuales el capitalismo monopolista de Estado se vio compelido en la posguerra a redistribuir una parte, significativa en ocasiones, de la plusvalía global —es decir, una parte del valor producido que se le roba al conjunto de los obreros— y poner en práctica “generosas” políticas orientadas a elevar la calificación de la fuerza de trabajo y los niveles de empleo, seguridad social, educación y salud. De conjunto con la elevación de la demanda de fuerza de trabajo y, en correspondencia, de su precio, resultantes de la expansión económica de la posguerra, y con la creciente organización y beligerancia del proletariado en los países imperialistas, la urgencia de contrarrestar la influencia en expansión de las ideas socialistas constituye el fundamento real de las modificaciones objetivas operadas en las formas de distribución de la riqueza en la sociedad burguesa y de la célebre construcción ideológica —cuyo resquebrajamiento tanto lamenta en nuestros días la izquierda política de orientación reformista— conocida desde la segunda posguerra mundial con el nombre melifluido de “Estado de Bienestar”, mediante la cual las conquistas sociales de la clase obrera y de los movimientos por los derechos civiles son presentadas como bondades y beneficios ofrecidos voluntariamente por el capital o como atributos de un “capitalismo con rostro humano”. De acuerdo con este ideograma, la regulación estatal, es decir, la intervención del Estado-nación de los “países capitalistas desarrollados” (léase: los países imperialistas) en el funcionamiento total de la economía, reduce el peso específico y la rapacería del capital financiero en la economía, suprime la explotación del trabajo por el capital, garantiza la abundancia de bienes materiales y espirituales, los derechos humanos y las libertades políticas fundamentales de los ciudadanos con independencia de su origen social, y crea las bases para una “paz justa y duradera entre las clases” en el seno maternal de la nación. Junto con las barreras aduanales y el principio de la soberanía nacional, la evolución ulterior del capitalismo monopolista echaría por tierra todos estos paralogismos,

y sus nuevos teóricos a sueldo se encargarían de adaptarlos a las nuevas circunstancias históricas y, en no pocos casos, de “deconstruirlos” con la misma solemnidad y presteza con que habían sido construidos por sus predecesores.

- **Del capitalismo monopolista de Estado nacional al capitalismo monopolista transnacional: el imperialismo unicéntrico**

No es preciso insistir en las causas que originaron el traslado del centro de gravedad económico, político e ideológico del capitalismo monopolista mundial al capitalismo monopolista de Estado norteamericano, tras el descalabro militar del imperialismo en Alemania, Japón e Italia y la extenuación temporal de sus fuerzas en Inglaterra y Francia. Lo cierto es que, finalizada la guerra, el imperialismo de Estado norteamericano se convirtió en el principal exportador de capitales y en el mayor acreedor a escala mundial, en líder indiscutible de la renovación tecnológica y en la potencia bélica más poderosa del planeta, con la posesión exclusiva del arma atómica.<sup>52</sup> Los sueños de hegemonía mundial absoluta que había acariciado el capitalismo en Estados Unidos desde finales del siglo XIX, habían comenzado a parecer reales, o de próximo cumplimiento, a la oligarquía financiera norteamericana, situada ahora en una posición privilegiada para beneficiarse de cualquier nuevo reparto territorial, penetrar en los dominios coloniales, semicoloniales y neocoloniales de sus aliados, imponer sus condiciones y trasladar sus flaquezas a las restantes oligarquías financieras, disciplinar al mundo con un control policial y la implantación de una *pax americana*, y devenir en el principal motor de la transnacionalización del capitalismo monopolista. De hecho, el imperialismo del dólar se convirtió en el auténtico depositario de las pretensiones de dominación ecuménica del fascismo y de su consustancial ideología de la “superioridad nacional”. La humanidad habría de entrar en el “siglo americano” bajo la conducción de los oligarcas del capital financiero de Estados Unidos, dispuestos, en consonancia con las viejas quimeras del cosmopolitismo burgués —edificado sobre los cimientos del nacionalismo y el chovinismo

---

<sup>52</sup> “Terminada la contienda el Estado burgués prestó la más generosa ayuda a los monopolios: devolución de los impuestos sobre las ganancias de guerra, rebaja de impuestos a las corporaciones; abolición del control de los precios, que provocó la subida de éstos; venta a precios irrisorios de las empresas estatales y del material de guerra, y ofensiva contra la clase obrera a fin de sofocar el movimiento de los trabajadores.” Y. F. Avdakov, F. Y. Polanski y otros. *Historia económica de los países capitalistas*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1972, p. 418.

de las naciones opresoras— a formar un “gobierno mundial” con los auspicios de la divina Providencia. Es la época del florecimiento de la ideología de la llamada “ciudadanía mundial” que, enfilada contra los movimientos de liberación nacional, declara obsoleto el principio de la soberanía estatal y nacional e intenta fundamentar la idea de una economía capitalista mundial controlada por organizaciones monopolistas supraestatales, de una integración política y un sistema jurídico universal, llamados a fundir las naciones en un todo único a través de la asimilación violenta o “voluntaria” y el sojuzgamiento de los pueblos.

Los ímpetus transnacionalizadores de este *imperialismo mundial unicéntrico* (es decir, la proyección transnacional del capitalismo monopolista de Estado norteamericano) pronto tomarían cuerpo en la llamada “doctrina Truman”, en virtud de la cual el gobierno de Estados Unidos se arrogaba el derecho de injerencia en los asuntos internos de otros países, y en el lanzamiento del “Plan Marshall”, cuya misión era organizar a los capitalistas europeos en torno al liderazgo norteamericano, implementar un severo control sobre su comercio exterior y sus finanzas, y contener el avance del socialismo y de los movimientos obreros y de liberación nacional. Las inversiones de capital en la reconstrucción económica de los dieciocho países “beneficiarios” del Plan Marshall, concebidas y realizadas como una forma de expansión de los monopolios norteamericanos y de consolidación de sus posiciones en el capitalismo europeo —en su doble condición de principal socio comercial y de primera línea en la “defensa contra la expansión del comunismo”— contribuyeron a la aceleración del proceso de fusión y concentración de la producción iniciado durante la Gran Depresión, con la consiguiente configuración de gigantescos monopolios, cuya propiedad, predominantemente norteamericana, anunciaba de forma cada vez más acentuada su carácter transnacional. La reconstrucción de Europa y Japón y la carrera armamentista estimularon un incremento sin precedentes de la productividad del trabajo, y dieron un formidable impulso a la reorientación de los flujos de capitales, dirigidos antes al mundo colonial y semicolonial, hacia los propios países capitalistas desarrollados; flujos de capitales que, de forma hipotética, hubieran podido contribuir a un desarrollo extensivo mayor del capitalismo. A partir de las décadas de los cincuenta y los sesenta, comienzan a hacerse evidentes los resultados de esta nueva escalada en el proceso de centralización del

capital, que entrañaría una modificación sustancial en la propia naturaleza de los monopolios.

Hitos en este movimiento hacia la transnacionalización económica son el establecimiento del sistema monetario de Bretton Woods y la creación del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, conocido con el nombre de Banco Mundial (BM), y del Fondo Monetario Internacional (FMI). En la Conferencia de Bretton Woods, celebrada en 1944, el poderío económico y político del imperialismo norteamericano le permite imponer al mundo del capital un sistema monetario con un patrón fijo de cambio del dólar con relación al oro que significó un *salto cualitativo en el proceso, gradual hasta entonces, de incremento del uso del dinero como medio de explotación y de subordinación nacional*, y constituyó una importante premisa histórica para la configuración del esquema actual de reproducción del capital monopolista, articulado, en medida considerable, en torno al control de la masa de dinero mundial. A su vez, el BM y el FMI, creados a partir del concurso multinacional de enormes masas de capital con la finalidad expresa de promover la reconstrucción del capitalismo en Europa y de estimular, a través del crédito, el desarrollo económico capitalista, coronaron la hegemonía financiera planetaria de los monopolios estadounidenses, convertidos, en virtud de su condición de accionistas principales, en poderhabientes virtuales del capital total de estas instituciones bancarias y en instancia última de decisión sobre su destino. Este sistema comercial y monetario internacional capitalista fue abandonado en sus etapas iniciales por la Unión Soviética y por otros países de la naciente comunidad socialista, ante la evidencia de que estaba diseñado con arreglo a los intereses del imperialismo norteamericano.<sup>53</sup>

En dirección análoga se orienta la *formación de bloques militares en diferentes zonas del planeta bajo la hegemonía y el dictado de Estados Unidos*, en particular, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el Bloque del Pacífico (ANSUS), el Tratado de la Organización del Asia Sudoriental (SEATO), el Pacto de Bagdad, posteriormente denominado Organización del Tratado Central (CENTO) y el Tratado Interamericano de

---

<sup>53</sup> Ver: Holly Sklar. "Trilateralism: managing dependence and democracy –an overview", en: Holly Sklar (editor) *Trilateralism: The Trilateral Commission and Elite Planning for World Management*, South End Press, Boston, 1980, p. 5.

Asistencia Recíproca (TIAR);<sup>54</sup> instituciones todas que contribuyeron a la consolidación del poderío transnacional de los Estados Unidos, y dieron un desenfrenado impulso a la carrera armamentista, a la exacerbación de la “mentalidad de guerra fría” y a las conocidas persecuciones y represiones contra los comunistas y, en general, contra todo asomo de disidencia o simple reparo a los dogmas del emergente capitalismo monopolista transnacional, disfrazado con diversos ropajes ideológicos.

A esta avalancha de fuerza corresponde un proceso de progresiva universalización de una producción ideológica que avanza desde la forma refinada y elitista de la filosofía, hasta las historietas infantiles y la propaganda de más tosca factura, orientada a desacreditar los ideales y la experiencia práctica internacional del socialismo, a desvirtuar la acción del movimiento revolucionario en general y a presentar el modo de vida burgués —identificado en lo fundamental, desde los años 50, con el *american way of life*— como modelo supremo de bienestar humano y de organización de las relaciones sociales. En esta aventura de irradiación planetaria de los “valores” de la civilización capitalista, el imperialismo se sirve de su producción artística y literaria, traducida a todos los idiomas, de sus centros culturales en todos los continentes, sus monopolios discográficos y cinematográficos, sus poderosas agencias publicitarias y de noticias, su gigantesca maquinaria de radiodifusión y, sobre todo, del pequeño gran dictador de la llamada “conciencia de masas” de la postguerra, la televisión, criatura genuina y símbolo por excelencia de la nueva etapa de dominación ideológica del capital monopolista.

A partir de los años cincuenta —momento en que alcanza su punto máximo la tasa general de ganancia de la industria norteamericana—, bajo la sombrilla protectora de su poderío económico y militar, el imperialismo desata una auténtica guerra de imágenes, destinada a cubrir con una sólida corteza ideológica las potencias destructivas que este poderío engendra, a conquistar con mitos y promesas el pensamiento y los sentimientos de hombres y mujeres, a sustituir la prosaica realidad por la ficción de un mundo compatible con los

---

<sup>54</sup> En fecha tan temprana como 1948, el gobierno de Estados Unidos organiza la Alianza Occidental, de conjunto con los gobiernos de Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo que, con la ulterior incorporación de Italia, Canadá, Noruega, Dinamarca, Islandia y Portugal, se transfiguraría en Organización del Tratado del Atlántico Norte, ampliada en 1952 con la incorporación de Grecia y Turquía y, en 1955, de la República Federal Alemana. La mayoría de los restantes bloques militares fueron constituidos en la década de los años cincuenta.

intereses del capital monopolista, a entronizar en la conciencia de los dominados, como ideales propios, los ídolos del hombre burgués —ante todo, los ídolos del mercado, el dinero y la fuerza bruta—, hasta configurar una “cultura de masas”, en cuya viscosidad los seres humanos construyan su vida —actúen, compren, vendan, voten, tomen las armas—, con arreglo a los esquemas, categorías, ilusiones y falacias que dimanen de los centros mundiales de poder. La hegemonía ideológica y cultural del capital monopolista, asentada en la multiplicación del “efecto de la cámara oscura” y amenazada por los espectros vivos de Marx, descansa en la agudización progresiva de la *contradicción entre el carácter cada vez más exclusivo, homogéneo y nivelador de la producción de ideas y la virtual universalización de su difusión y su consumo en calidad de mercancías*.

La compraventa del talento, que ya en la fase del capitalismo de la libre competencia había logrado anotar en su honorable cuenta la conversión del médico, el jurisconsulto, el sacerdote, el poeta y el hombre de ciencia en servidores asalariados del capital,<sup>55</sup> alcanza una plena universalidad en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Particular importancia adquiere la mercancía científica —la fuerza de trabajo del científico y los productos de su actividad intelectual— convertida ya, con los fragores de ambas guerras mundiales, en la principal fuerza productiva y destructiva de la humanidad y en la más importante fuente de ganancia de los monopolios transnacionales. Ya los años cincuenta y sesenta son testigos de una auténtica trata transnacional de científicos —conocida en el argot periodístico como “robo de cerebros”—, con puerto predilecto en el centro del imperio: Estados Unidos de América.<sup>56</sup> Mediante la concesión de créditos millonarios, que aumentan de forma proporcional a los gastos militares, los gobiernos de los países imperialistas y, en particular, el gobierno estadounidense, dan un enorme impulso a aquellas ramas de la investigación científica que, de forma más o menos directa, resultan capaces de contribuir al incremento de la ganancia monopolista y a la consecución de los objetivos políticos del capital financiero. En una etapa inicial, estas investigaciones, unidas por el cordón umbilical a la carrera armamentista, se vinculan en lo fundamental a la electrónica, las telecomunicaciones, la aviación y la fabricación de cohetes. A partir de los años 70, a

---

<sup>55</sup> Ver: Carlos Marx y Federico Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”, *ed. cit.*, p. 113.

<sup>56</sup> Ver: Claude Julien. *El imperio norteamericano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, pp. 291-296.

ellas se suman, entre otras, la informática, la biotecnología, la robótica, la industria de nuevos materiales, la microelectrónica y el *software*. Aunque la aplicación tecnológica de los conocimientos científicos en estas industrias privilegiadas constituye una suerte de resorte que los impulsa hacia los sectores orientados al comercio a gran escala, y se extiende incluso a las medianas y pequeñas empresas, las potencialidades y los límites de esta extensión quedan fijados por las condiciones que imponen los ciclos de rotación de un capital monopolista obligado a transnacionalizar la producción, el comercio, los servicios, las inversiones y las finanzas y a subordinar a su movimiento toda forma de propiedad y de producción nacional, regional o local que se interponga en su camino. Huelga insistir en que esta lógica fría que preside el movimiento de la producción de conocimientos científicos y de su aplicación tecnológica no para mientes —se haya, en esencia, pese a las construcciones ideológicas que la envuelven, imposibilitada de hacerlo— en sus implicaciones ecológicas, sociales y culturales, ni en los problemas reales que enfrenta la humanidad. En el recuadro del capitalismo monopolista, la ciencia y la tecnología no sólo se convierten en instrumentos de dominación económica, política e ideológica transnacional, sino también —y esto es lo más importante— *constituyen un factor fundamental del agravamiento de la contradicción existente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones capitalistas de producción.*

El capitalismo monopolista transnacional que había comenzado a gestarse en las entrañas del capitalismo monopolista de Estado norteamericano como una forma —la única forma no socialista posible— de solución transitoria de sus contradicciones inmanentes, no sólo reportaría a este último privilegios y beneficios y lo colocaría a la vanguardia de la explotación con rostro humano de la fuerza de trabajo internacional, sino también acentuaría en él la tendencia al parasitismo y la descomposición característica de todo imperialismo, y lo obligaría a cargar con los colosales costos del enfrentamiento al socialismo y a las luchas obreras y de liberación nacional. Hacia mediados de los años 40, los Estados Unidos habían logrado duplicar el volumen de producción industrial alcanzado antes de la Segunda Guerra Mundial, en tanto las ganancias netas de sus corporaciones había ascendido al triple y la tasa general de ganancia, a poco menos del doble de la obtenida entonces. Excitados por estos resultados, los grandes monopolios realizaron

gigantescas inversiones en la renovación de los medios de producción, en particular, del capital fijo (maquinaria pesada y transporte de carga), que incluyó la mecanización y automatización de muchas plantas productivas, y dieron un considerable impulso a la industria automovilística y de bienes de consumo.<sup>57</sup> Sin embargo, la expansión de los capitales norteamericanos hacia Europa Occidental y Japón, que había creado las condiciones necesarias para el fortalecimiento y la transnacionalización de la oligarquía financiera estadounidense, tendría como contrapartida el establecimiento de una política que privilegiaba el acceso fácil de las mercancías de estos países al mercado norteamericano y admitía ciertas dosis de proteccionismo europeo y japonés frente a las exportaciones de la industria estadounidense, y la creación de diversas protoformas de integración regional (la Comunidad Europea de Pagos, la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, la Asociación Europea de Libre Comercio, la Comunidad Económica Europea, y otras). Por una parte, los flujos de capitales de la oligarquía financiera norteamericana gozaban de plena libertad; por otra, la pujante expansión del mercado estadounidense resultaba capaz de asimilar tanto la producción de la industria nacional como las importaciones irrestrictas de productos europeos y japoneses. No pasaría mucho tiempo antes de que los sectores exportadores estadounidenses sufrieran las consecuencias de este tratamiento excepcional brindado por el imperialismo norteamericano a sus socios comerciales venidos a menos durante la guerra. Aunque, entre 1948 y 1970, las inversiones de los monopolios financieros norteamericanos en Europa Occidental crecieron de 1.7 mil millones en 1950 a 16.2 mil millones en 1966 y a 30.7 mil millones en 1972, la participación de los capitalistas norteamericanos “en el comercio del ‘mundo libre’ cayó del 23.3 por ciento en 1948 al 13.5 por ciento en 1970”, mientras “las exportaciones de Europa Occidental hacia los Estados Unidos crecieron cuatro veces más que las exportaciones de los Estados Unidos hacia Europa.”<sup>58</sup> En el último de estos años, la economía

---

<sup>57</sup> Ver: “Lo que anunció la caída de la bolsa de valores de 1987” (Resolución aprobada por el congreso de 1988 del Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos), en: *Nueva Internacional*, N° 4, 1995, pp. 124-126.

<sup>58</sup> “Seis rondas de negociaciones del Acuerdo General de Comercio y Aranceles (GATT), de 1947 a 1967, por ejemplo, bajaron las tarifas de todos los productos sujetos a aranceles en los Estados Unidos de su punto máximo del 59 por ciento, en 1932, a 9.9 por ciento en 1970”. Jeff Frieden. “The Trilateral Commission: economics and politics in the 1970s”, en: Holly Sklar (editor) *Trilateralism: The Trilateral Commission and Elite Planning for World Management*, South End Press, Boston, 1980, pp. 61-64.



norteamericana había caído en un franco proceso de desaceleración de la acumulación de capital.

No sólo comenzaron a caer más rápidamente las tasas generales de ganancia, sino que comenzó a estancarse el crecimiento de la masa de ganancias acumulada por los capitalistas. En Estados Unidos, la tasa de ganancia neta para las inversiones en fábricas y maquinaria cayó desde un promedio de 8 por ciento a mediados de los años sesenta hasta un poco más del 4 por ciento en la actualidad [1988].<sup>59</sup>

La erosión del poderío imperialista a partir de la década de los sesenta tuvo significativas implicaciones políticas. El propio territorio de los Estados Unidos fue escenario de profundas contradicciones económicas y sociales que tomaron cuerpo en el movimiento por los derechos civiles y las protestas estudiantiles masivas contra la guerra en Viet Nam — cuyo desenlace minaría la eficacia del imperialismo norteamericano como gendarme transnacional del capitalismo—, el servicio militar obligatorio, los programas de entrenamiento de oficiales de la reserva, la utilización de los centros de investigación de las universidades para el desarrollo de nuevos armamentos, la discriminación racial y de género, la alienación y la moral decadente del capitalismo —que inspiró la herejía de la “contracultura” y que tuvo su símbolo político en el escándalo de Watergate—, acompañados por la proliferación de movimientos de solidaridad con las luchas revolucionarias y de liberación nacional en las colonias y de movimientos ambientalistas, que comenzaban a tomar conciencia de los límites de los recursos renovables y no renovables de la Tierra. Del otro lado del Atlántico, en mayo de 1968, las luchas obreras, campesinas y, sobre todo, estudiantiles, que sacudían buena parte de Europa Occidental, pusieron a Francia al borde de una revolución.

- **Transnacionalización, especulación financiera y neoliberalismo**

A finales de la década de los 60, agotado el período de crecimiento expansivo abierto por la destrucción de fuerzas productivas ocasionada por la Segunda Guerra Mundial -cuya prolongación por dos décadas, a semejanza de lo ocurrido en el período previo al cuatrienio

---

<sup>59</sup> “Lo que anunció la caída de la bolsa de valores de 1987” (Resolución aprobada por el congreso de 1988 del Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos), *ed. cit.*, p. 126.

comprendido entre 1929 y 1933, fomentó la ilusión de que el capital había logrado conjurar las crisis económicas-, el sistema capitalista mundial se enfrenta nuevamente al fantasma de la superproducción, invocado en esta oportunidad por la contradicción desatada entre el vertiginoso desarrollo de la capacidad productiva del trabajo alcanzada por las principales potencias industrializadas y el limitado ensanchamiento del mercado mundial, asociado a la incapacidad de Asia, Africa y América Latina de asimilar los excedentes de mercancías y capitales que desbordaban el llamado Primer Mundo. A pesar de la grave amenaza representada por la superproducción de capitales y mercancías, la existencia del Pacto de Varsovia, el poder destructivo acumulado en armas nucleares y la creación progresiva de un espacio económico transnacional que enlazaba en un todo único el capitalismo norteamericano, europeo y japonés, determinaron que ninguno de los países imperialistas se atreviera a acudir, por tercera vez, al recurso de la fuerza militar como paliativo económico. En lontananza, pues, se avizoraban nuevas crisis de superproducción.

La industria estadounidense había continuado produciendo a ritmo acelerado durante la década del sesenta, sin tomar en consideración que la recuperación de la capacidad industrial de Europa Occidental y Japón, ya evidente desde los años 50, contribuía a saturar los mercados y determinaba una nueva correlación de fuerzas entre las principales potencias imperialistas. El sistema capitalista mundial comenzó a experimentar un malestar, previsto por Marx, que en alguna medida ya aquejaba la economía burguesa desde la segunda mitad del siglo pasado: la *superproducción de capitales*. Ante las crecientes dificultades para valorizar el capital sobreacumulado en la esfera productiva, los monopolios se vieron obligados a intentarlo de forma artificial en la circulación, en especial, a través de la especulación financiera, con lo cual intensificaron el traslado a esta esfera de las contradicciones inherentes al proceso de producción, y agravaron las contradicciones propias de la circulación. Las depresiones y movimientos descendentes del ciclo económico (Estados Unidos, 1957-58, 1966-67, 1969-71; Inglaterra, 1951-52, 1962-63; Francia, 1951-52, 1962-65; RFA, 1957-58; Japón, 1962-63) amenazaban con convertirse en crisis de magnitudes imprevisibles. La creciente interdependencia de las economías del llamado Primer Mundo, el desarrollo de formas de división capitalista del trabajo y de especialización de la producción genuinamente transnacionales -derivadas de la

concentración y transnacionalización del capital monopolista-, condujeron en 1974 a que estas economías entraran de forma simultánea en la fase de crisis. Aunque esta simultaneidad se ha revelado hasta el presente como una especificidad de esta crisis, no cabe duda que nos hallamos ante *convulsiones globales de un mismo capitalismo transnacional en proceso de consolidación histórica*. Lo que entonces mostraba la apariencia real de una “sincronización” de ciclos capitalistas diferentes (los ciclos de los principales países imperialistas),<sup>60</sup> se revelaría luego como un proceso de configuración de un mismo capitalismo monopolista transnacional -con un mismo ciclo económico- llamado a arrastrar en su torbellino las restantes formas de la economía mundial. En las nuevas circunstancias, las crisis, aunque vinculadas en su génesis con el proceso de producción y circulación mercantil, ya no tendrían su alfa y su omega en los altibajos de la economía real, sino en las veleidades de las finanzas y de la circulación del dinero.

El control de la masa de dinero mundial, el cobro de los créditos otorgados durante la guerra y la reconstrucción económica de Europa y Japón, junto con las utilidades producidas por la exportación de capitales en general, habían contribuido a provocar en Estados Unidos niveles de consumo por encima de los resultados de la producción nacional y bajos niveles de ahorro interno, al tiempo que la economía debía asumir los gastos ocasionados por la carrera armamentista y la Guerra de Viet Nam. Estos factores ocasionan los gigantescos déficits presupuestarios del gobierno de los Estados Unidos, compensados mediante el crecimiento de la emisión inorgánica de dólares y el incremento de las tasas de interés bancario. Ello provocó una avalancha inflacionaria mundial y debilitó la posición del dinero estadounidense en relación con los dineros nacionales del resto de las potencias imperialistas. Los “eurodólares” y los “petrodólares”,<sup>61</sup> invertidos o depositados en los bancos de los países desarrollados, dieron inicio a una nueva y efímera oleada de

---

<sup>60</sup> Ver: por ejemplo: Esteban Morales Domínguez. "USA: la crisis de un liderazgo y el liderazgo de una crisis". *Temas Económicos*, Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1980, p. 2.

<sup>61</sup> “En realidad, *más de las tres cuartas partes de los excedentes obtenidos por la OPEP se reciclaron a los países capitalistas desarrollados*. En general, esta tendencia se mantuvo en 1981 y 1982. La OCDE estima que los países miembros de la OPEP invirtieron financieramente 13,3 miles de millones de dólares en los Estados Unidos en 1981, y durante los seis primeros meses de 1982 ya habían invertido 11,5 miles de millones de dólares en ese país. (...) La mayoría de los países con grandes excedentes financieros desviaron estos recursos hacia los mercados financieros internacionales y la economía de los países capitalistas más desarrollados, en busca de altas tasas de ganancia en las esferas más rentables...” Fidel Castro Ruz. *La Crisis económica y social del mundo*, Ediciones del Consejo de Estado, 1983, p. 159.

exportación de capitales hacia el mundo subdesarrollado, que más tarde se convertiría en una de las causas fundamentales de la crisis de la deuda externa.

Los años setenta constituyen un período crítico de desafío a la supremacía absoluta adquirida por la oligarquía financiera transnacional norteamericana a raíz de la Segunda Guerra Mundial, aquejada por la pérdida del monopolio virtualmente absoluto del que antes disfrutaba como conglomerado de grupos financieros transnacionales y por una baja considerable de la tasa general de ganancia industrial, que debilita su posición en la competencia interimperialista en la esfera de la producción y los servicios.<sup>62</sup> Entre los efectos de la superproducción relativa de mercancías con relación a la capacidad del mercado mundial —incluido el propio mercado de los Estados Unidos—, resalta el incremento de las presiones proteccionistas de un conjunto de industrias norteamericanas —acero, textiles, calzado—, incapaces de competir con éxito en la arena internacional y orientadas, en lo fundamental, al mercado nacional estadounidense, que, sin embargo —es importante subrayarlo—, constituye el espacio más vasto y significativo del mercado mundial. Los beneficios perdidos por los cambios en la correlación de fuerzas en el terreno de la producción y la distribución, habrían de ser compensados, cada vez de forma más acentuada, por la aplicación de sutiles mecanismos financieros de redistribución.<sup>63</sup> A ello se

---

<sup>62</sup> “...Para fines de los años sesenta, la posición monopolista de los capitalistas estadounidenses había sido desafiada en una industria tras otra: la siderúrgica, la automotriz, la de maquinaria agrícola, la electrónica, la aeroespacial, la de tecnología de computadoras, la de ropa y textiles. Al principio los gobernantes norteamericanos enfrentaron mayor competencia en el mercado mundial principalmente de Japón, Alemania Occidental y otros aliados imperialistas. Para los años sesenta la competencia de precios ya comenzaba a crecer incluso con un sector de capitalistas industriales en un puñado de países semicoloniales como Corea del Sur, Hong Kong, Singapur y Taiwan. (...) Esta competencia ha forzado a los capitalistas de Estados Unidos y otros países a reducir los precios de las mercancías manufacturadas y agrícolas, aumentando la presión sobre las tasas de ganancia.” “Lo que anunció la caída de la bolsa de valores de 1987” (Resolución aprobada por el congreso de 1988 del Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos), *ed. cit.*, p. 131.

<sup>63</sup> “...El orden económico del período posterior a la Segunda Guerra Mundial comenzó a desintegrarse incluso antes de que la OPEP y Viet Nam quebraran la armadura del imperialismo occidental. La nueva amenaza de la ‘estagflación’ -lento crecimiento económico conjugado con desempleo masivo e inflación galopante- demostró ser inmune a la moderna medicina económica, y puso de relieve la profundización de la crisis económica del capitalismo mundial. (...) Alemania Occidental y Japón se convertían rápidamente en naciones Frankenstein, que desafiaban la hegemonía de Estados Unidos sobre el sistema capitalista internacional. Ya hacia mediados de los sesenta, se había comenzado a reducir el tradicional excedente comercial de Estados Unidos; en 1971, este país ya presentaba déficits comerciales (...) La masiva acumulación de dólares fuera de los Estados Unidos (...) se convirtió en un factor perturbador de las relaciones monetarias internacionales. A través de la inflación y la especulación, el dólar se debilitó frente al yen japonés y el marco alemán federal. Se necesitaba una reforma económica internacional. Pero el 15 de agosto de 1971, antes de que se diera inicio a una reforma aceptable para las partes involucradas, el presidente Nixon y el secretario del Tesoro John Connally demolieron unilateralmente el deteriorado sistema de Bretton Woods (...) e intentaron reafirmar la

vincula el exabrupto de “nacionalismo económico” asociado a los llamados *shocks de Nixon*, a saber, la decisión unilateral de cancelar la paridad dólar-oro establecida en Bretton Woods, la imposición, en abierta violación de los acuerdos del Acuerdo General de Comercio y Aranceles (GATT), de un 10% adicional de impuestos a todas las exportaciones al mercado estadounidense y las presiones directas ejercidas sobre el capitalismo asiático para limitar sus exportaciones de productos textiles. A estas medidas siguieron las devaluaciones del dólar ocurridas en 1971 y 1973, encaminadas a encarecer las importaciones y abaratar las exportaciones de los monopolios estadounidenses. El nuevo sistema monetario, basado en la llamada “cotización flotante”, es decir, sujeta a las veleidades del mercado, fue proclamado oficialmente en 1976, a través del “Acuerdo de Kingston”, en vigor a partir de 1978.

Es indiscutible que la ruptura unilateral de la paridad dólar-oro constituyó una acción de fuerza del imperialismo norteamericano, en circunstancias en que sus competidores intentaban cambiar sus reservas de dólares devaluados por oro contante y sonante de las arcas maltrechas del Departamento del Tesoro. Se trata, sin embargo, de la fuerza cerril de la fiera herida: esta imposición fue el resultado de la toma de conciencia por parte del capitalismo monopolista norteamericano de su propia debilidad, es decir, de su incapacidad para mantener el respaldo del dólar en oro establecido en los acuerdos de Bretton Woods, vinculada a la desaceleración del proceso de acumulación de capital, la rápida caída de las tasas generales de ganancia y el relativo estancamiento del incremento de la masa de ganancia, el crecimiento económico intermitente, el aumento de las presiones inflacionarias y del desempleo, y la acumulación del déficit presupuestario. Tras el nuevo acto de prepotencia imperial, se revela un hecho más sustantivo: los monopolios norteamericanos se veían obligados a compartir con sus principales socios-competidores imperialistas el control que venían ejerciendo de manera virtualmente exclusiva sobre la masa de dinero mundial, control que constituía la palanca fundamental de su poderío económico transnacional. Hoy podemos apreciar con nitidez que tal “imposición” marcó un hito importante en el proceso de erosión del dominio financiero ejercido por los monopolios norteamericanos desde finales de la Segunda Guerra Mundial, en cuyo desarrollo se

---

supremacía de los Estados Unidos con una ‘Nueva Política Económica’ fuertemente proteccionista”. Holly Sklar. “Trilateralism: managing dependency and democracy –an overview”, *ed. cit.*, p. 7.

inscriben en la actualidad la creación de un dinero común europeo e intentos análogos en países de Asia y América Latina, aún tímidos y de dudosas perspectivas.

Como nunca antes en la historia del imperialismo, la oligarquía financiera, en particular, estadounidense -agobiada por tasas de crecimiento decrecientes, la caída sostenida del dinero estadounidense frente al japonés y los europeos, tasas de inflación superiores al 10%, y aumentos continuados del desempleo y los precios-, se veía necesitada de ejercer el mando sobre la masa de dinero mundial, las bolsas de valores, las tasas de cambio, los intereses y las transacciones bancarias y bursátiles, sobre los presupuestos de los Estados nacionales y sobre las más importantes fuentes de información económica y financiera. Las recetas de regulación monopolista estatal directa aplicadas durante la posguerra -orientadas a mantener un balance entre la producción y el consumo, y restringidas al ámbito nacional- estaban agotadas.

La doctrina *neoliberal* constituye la precaria tabla de salvación con ayuda de la cual la oligarquía financiera transnacional intenta sobrevivir el naufragio de la rotación inconclusa del capital. En sus orígenes, el *neoliberalismo*, con la mirada puesta en la reconstrucción de Europa —de Gran Bretaña en particular—, había sido una reelaboración de la teoría liberal clásica destinada a adecuarla al desarrollo experimentado por la sociedad capitalista, en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial. Su texto original, *Camino de servidumbre*, escrito por Friedrich Hayek en 1944, es una apología desenfadada de la concentración del capital dirigida a contrarrestar las luchas populares en lo que se anticipaba como un difícil “reajuste posbélico”.<sup>64</sup> Sin embargo, no fue el neoliberalismo, sino la teoría del llamado Estado de Bienestar, la que respondió a las necesidades del capitalismo monopolista de

---

<sup>64</sup> “Nuestras esperanzas de evitar el destino que nos amenaza tienen ciertamente que descansar en gran parte sobre la idea de que podemos reanudar un rápido progreso económico, el cual, por bajo que pueda ser nuestro punto de partida, continuará elevándonos. Y la principal condición para este progreso es que todos debemos estar dispuestos a adaptarnos rápidamente a un mundo muy cambiado, que no debe permitirse que el respeto al nivel habitual de grupos particulares obstruya esa adaptación, y que debemos aprender a dirigir otra vez todos nuestros recursos a donde mejor contribuyan a que todos seamos ricos. Los ajustes que necesitaremos para recobrar y sobrepasar nuestros antiguos niveles de vida serán mayores que cualesquiera otros realizados en el pasado, y sólo si cada uno de nosotros está dispuesto individualmente a obedecer a las necesidades de este reajuste, seremos capaces de atravesar por un período difícil como hombres libres que puedan elegir su propia forma de vida. Asegúrese por cualquier medio un mínimo uniforme a todos; pero a la vez admitamos que con esta seguridad de un mínimo básico tienen que cesar todas las pretensiones de una seguridad privilegiada para particulares grupos y desaparecer todas las excusas que permitan a cualquier grupo excluir de la participación en su relativa prosperidad a los recién llegados, a fin de mantener para sí mismo un nivel especial”. Friedrich Hayek. *Camino de servidumbre*. Alianza Editorial, Madrid, 1978, pp. 251-252.

Estado en las condiciones de la posguerra. No es casual que, durante un largo período, el neoliberalismo se mantuviera confinado en los círculos de políticos y economistas ultraconservadores, hasta que el retorno de las crisis recreó el escenario previsto por Hayek, quien en la década de los setenta, en los tres tomos de *Ley, Legislación y Libertad*, desarrolla las ideas generales que había apenas esbozado tres décadas atrás.

La aplicación tardía del neoliberalismo obedece a la maduración de las contradicciones antagónicas del capitalismo monopolista de Estado, atenuadas durante la reconstrucción europea y, en particular, a la necesidad intrínseca del capital de garantizar su reproducción ampliada independientemente del agravamiento de los costos sociales de este proceso, costos que Hayek se había dado a la tarea de legitimar.<sup>65</sup> La implantación del neoliberalismo responde a una necesidad orgánica del desarrollo del capitalismo transnacional, asociada a la contracción global del capital productivo; es la vía natural que encuentra la oligarquía financiera para destruir, absorber y centralizar capitales medianos y pequeños, a través de una utilización más directa del Estado con fines intervencionistas, es decir, con fines de creación de las condiciones políticas necesarias para el libre desarrollo de los monopolios transnacionales. Aunque sus promotores se proclaman defensores máximos de la libre concurrencia —e incluso se autotitulan “enemigos” del monopolio, estatal o privado—, el neoliberalismo representa un nuevo grado de libertad alcanzado por los monopolios en detrimento de la libre concurrencia. Sus pilares —la privatización, el “libre mercado” y la exaltación de lo individual frente a lo colectivo— son otras tantas formas de garantizar el dominio irrestricto de los monopolios transnacionales sobre cualquier otra relación social de producción. El notorio retroceso de los niveles de estatización de la propiedad en algunos sectores económicos que lleva aparejado, tiene lugar a favor de un servicio más eficiente a los monopolios por parte del Estado, concentrado ahora en funciones propiamente políticas, en particular, represivas y policíacas.

---

<sup>65</sup> “La desigualdad se soporta, sin duda, mejor y afecta mucho menos a la dignidad de la persona si está determinada por fuerzas impersonales que cuando se debe al designio de alguien. En una sociedad en régimen de competencia no hay menosprecio para una persona, ni ofensa para su dignidad por ser despedida de una empresa particular que ya no necesita sus servicios o que no puede ofrecerle un mejor empleo (...) el paro o la pérdida de renta a que siempre se verá sometido alguien en cualquier sociedad es, sin duda, menos degradante si resulta de la mala suerte y no ha sido impuesto deliberadamente por alguna autoridad”. Friedrich Hayek, op. cit., pp. 141-142.

La dictadura militar de Augusto Pinochet fue la pionera en aplicar la doctrina neoliberal. En condiciones políticas ideales, garantizadas por el régimen de terror, asesinatos, torturas y desapariciones, Pinochet había desarticulado la oposición de izquierda y el sindicalismo, lo cual “facilitó” la desregulación, el desempleo masivo, la redistribución de la renta en favor de los ricos y la privatización de las empresas estatales. Sin embargo, no fue hasta los triunfos electorales de Margaret Thatcher (1979) y Ronald Reagan (1980) que el dogma neoliberal se afianzó en las principales potencias capitalistas. A través de la acción transnacional de los Estados imperialistas y de las instituciones financieras y políticas internacionales, el neoliberalismo fue impuesto a la inmensa mayoría de las naciones del planeta. La oleada neoliberal se expandió hacia la República Federal Alemana en 1982, Dinamarca en 1983 y luego hacia todo el resto de Europa Occidental —con excepción de Suecia y Austria, países que, al igual que Japón, se han resistido a sus imperativos—, donde los gobiernos demócratacristianos lo aplicaban de forma más cautelosa y matizada que en Estados Unidos y Gran Bretaña, con mayor énfasis en las restricciones en la circulación del dinero que en la drástica reducción de los programas sociales o la aplicación de una política abiertamente antisindical, aunque con una tendencia a la progresiva disminución de las “generosas” políticas del “Estado de Bienestar” que la propia Democracia Cristiana había impulsado en los primeros años de la posguerra y a las que la socialdemocracia se había encargado de dar continuidad. No fueron sólo los gobiernos de derecha del Norte de Europa los que pusieron en práctica diversas variantes del esquema neoliberal. En el Sur del continente, los gobiernos socialdemócratas de Francia, España, Portugal, Italia y Grecia veían frustradas sus intenciones de reformar el capitalismo por un proceso objetivo e incontrolable de contracción, concentración y transnacionalización del capital que restringía las posibilidades de redistribuir una parte de la plusvalía global, en correspondencia con los



preceptos del “Estado de Bienestar.”<sup>66</sup> Con notoria brutalidad, el neoliberalismo alcanzó a Australia, Nueva Zelandia y los países semicoloniales y neocoloniales.

Ahora bien, al tratar de conjurar las crisis de superproducción de mercancías, el neoliberalismo espolea otra formidable amenaza para el capitalismo: las crisis dinerarias y financieras. Las políticas monetaristas que le son consustanciales acentúan la tendencia del capital transnacional a acrecentarse de forma preponderante en la esfera financiera especulativa, sobre la base de una centralización creciente, de las fluctuaciones del valor del dinero, la emisión desmedida de títulos de valor, la manipulación del crédito y las tasas de interés, y otras argucias monopolistas, todo lo cual acentúa los graves desajustes de la economía transnacional, tales como la estagflación —hija pródiga del keynesianismo—, las bruscas oscilaciones en las bolsas de valores y la inestabilidad de las tasas de cambio de las principales monedas del mundo, que han de ser corregidas de forma sistemática para evitar crisis en cadena, agravadas por el pánico de los capitalistas. En condiciones en que la especulación financiera provoca una creciente interconexión entre los momentos fundamentales del ciclo de reproducción del capital, el dinero y las finanzas no sólo constituyen los mecanismos principales de dominación, sino también los puntos más vulnerables del sistema capitalista en su conjunto: los conflictos que tienen lugar en uno de los eslabones del ciclo, repercuten de una u otra forma en los restantes, de manera tanto más devastadora cuanto mayor sea su importancia económica y cuantos menos recursos se encuentren disponibles de inmediato para contrarrestar la crisis.<sup>67</sup> La potencia

<sup>66</sup> Según Perry Anderson, “la experiencia socialdemócrata fue una tentativa de crear un equivalente en el sur de Europa de lo que había sido la socialdemocracia de postguerra en el norte del continente en sus años de oro. Pero el proyecto fracasó, y ya en 1982 y 1983 el gobierno socialista en Francia se vio forzado por los mercados financieros internacionales a cambiar su curso dramáticamente y reorientarse para hacer una política mucho más próxima a la ortodoxia neoliberal, con prioridad para la estabilidad monetaria, la contención presupuestaria, las concesiones fiscales a los capitalistas y el abandono del pleno empleo. A finales de la década, el nivel de desempleo en Francia, era más alto que en la Inglaterra conservadora (...) En España, el gobierno de González jamás trató de realizar una política keynesiana o redistributiva. Al contrario, desde el inicio de su régimen se mostró firmemente monetarista en su política económica: gran amigo del capital financiero, favorable al principio de la privatización y sereno cuando el desempleo en España alcanzó rápidamente el récord europeo del 20% de la población activa”. Perry Anderson. “El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la izquierda”, en: Renán Vega (Editor). *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y el socialismo*, Ediciones Pensamiento Crítico, Santafé de Bogotá, 1997, pp. 355-359.

<sup>67</sup> La comprensión del sistema capitalista como una totalidad contradictoria, cuyo núcleo esencial es el capitalismo monopolista transnacional, deshace los espejismos ideológicos de todo monetarismo, en particular la idea de que la permanente revalorización monetaria, la contracción del capital productivo y la reproducción ampliada del capital por vía especulativa. El pensamiento revolucionario está urgido de un análisis profundo del proceso de reproducción del capital global contemporáneo, que le permita diseñar una estrategia

desestabilizadora de estos conflictos y desajustes contribuye a crear situaciones políticas y sociales explosivas en los más distantes puntos del planeta —incluidos algunos países del mundo neocolonial, tales como México, Brasil, Argentina y los “tigres asiáticos”—, capaces de convertirse en detonantes de la crisis universal del sistema capitalista.

En 1974-1975 tiene lugar una recesión transnacional de la economía capitalista. Sin embargo, el anuncio más importante del nuevo género de cataclismos que aguardaba al modo capitalista de producción fue la caída de la bolsa de valores de Nueva York el 19 de octubre de 1987, “más grande y más rápida que la que en 1929 anunció la Gran Depresión,” que reveló “la vulnerabilidad del mundo capitalista a la enorme montaña de deudas gubernamentales y privadas que se ha acumulado a paso acelerado en el mundo desde principios de los años setenta”<sup>68</sup> A ello seguiría la crisis financiera de 1995, desencadenada en México justo en el momento en que este país acababa de vencer el examen de ingreso al Primer Mundo, y las prolongadas convulsiones que experimenta en nuestros días la economía transnacional, iniciadas en el ámbito financiero asiático. Una y otras no pasan de ser un amago de las sacudidas potenciales que podrían aquejar, e inevitablemente aquejarán, al capitalismo monopolista transnacional.

---

encaminada a agudizar sus contradicciones y a acelerar su bancarrota. En este sentido, la iniciativa de no pagar la Deuda Externa lanzada al mundo subdesarrollado en 1985 por el presidente de Cuba, Fidel Castro Ruz, constituyó el primer dardo político internacional lanzado contra el corazón del imperialismo contemporáneo.

<sup>68</sup> “El 19 de octubre, entre la apertura y el cierre de las operaciones de Wall Street, el precio promedio de las acciones se desplomó en un 23 por ciento, causando aproximadamente 500 mil millones de dólares de pérdidas. En Chicago, el mercado de futuros cayó más bruscamente aún, bajando en un 36 por ciento en diez horas a lo largo de dos días. La caída fue la culminación de una baja del mercado de acciones que había comenzado a fines de agosto; en total, los precios de las acciones cayeron más de un tercio en ese lapso. Esto se añadió a un colapso del mercado de obligaciones, en que los precios de los títulos del gobierno estadounidense habían bajado en un 26 por ciento entre fines de marzo y el 19 de octubre. A diferencia de la caída de 1929, el bajón abrupto de Wall Street no se detuvo en las fronteras de Estados Unidos. Con una explosiva velocidad computarizada, se propagó a todos los mercados bursátiles del mundo durante las siguientes 24 horas. Se destruyeron títulos valorados en cientos de miles de millones de dólares.” “El descenso más devastador ocurrió en las bolsas de los países semicoloniales. La bolsa de valores en Hong Kong cesó todas sus operaciones por una semana. En la bolsa de Ciudad de México las acciones cayeron en un 75 por ciento en octubre; precipitando una pérdida de casi la tercera parte del valor del peso mexicano y una fuga de capital al exterior de más de dos mil millones de dólares en los dos meses que siguieron.” Se trató de un auténtico “derretimiento” de los mercados bursátiles, que “hizo peligrar la red bancaria internacional del capitalismo.” “Para impedir un desastre, el gobierno norteamericano intervino directamente, (...) inundó el sistema bancario con dinero e impidió que se cerraran las líneas de crédito.” “Lo que anunció la caída de la bolsa de valores de 1987” (Resolución aprobada por el congreso de 1988 del Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos), *ed. cit.*, pp. 109-112.

- **Hacia un sistema transnacional de dominación imperialista**

El deterioro del poder económico dictaba al imperialismo estadounidense la necesidad de apuntalar la dominación mundial por medios aún más represivos. El renovado impulso a la carrera armamentista, convertida en un eslabón decisivo de la reproducción del capital monopolista, constituyó una respuesta obligada a la necesidad de mantener la superioridad militar sobre la Unión Soviética y los países integrantes del Pacto de Varsovia, asegurar la capacidad de intervenir militarmente en varios “conflictos regionales” a la vez y encabezar la cruzada contra los movimientos revolucionarios en América Latina, las luchas anticolonialistas y de liberación nacional en África y Asia y los intentos de las oligarquías nacionales de los países exportadores de petróleo, materias primas y productos primarios de establecer sus propios monopolios, con el objetivo de contrarrestar el predominio absoluto de los monopolios transnacionales de los países imperialistas. En particular, la llamada crisis de los precios del petróleo, desencadenada a raíz de la decisión de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) de recibir una mayor tajada de los beneficios que percibían los monopolios financieros del llamado Primer Mundo, causó un profundo impacto político y psicológico en los centros de poder del capitalismo mundial.

Como resultado del debilitamiento de las posiciones del imperialismo norteamericano en la arena internacional, Henry Kissinger, desde la Secretaría de Estado de los gobiernos de Richard Nixon y Gerard Ford, repartía los “costos” y las “responsabilidades” de la “defensa de Occidente” entre sus aliados y, sobre la base de la “Doctrina de la Contención del Comunismo”, proponía a la propia Unión Soviética y a China una suerte de “pactos” de respeto de sus respectivas “esferas de influencia”, con el objetivo de exacerbar las agudas contradicciones existentes entre ambas naciones socialistas. A los “socios menores” en las diversas regiones del llamado Tercer Mundo, el imperialismo norteamericano había asignado con anterioridad una participación cada vez mayor en los conflictos regionales, como consecuencia del rechazo mayoritario de la población a la intervención directa de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos en guerras en el exterior, conocido como “síndrome de Viet Nam”. El objetivo de la política de Kissinger era establecer un *statu quo* respetado por todos, que diera un respiro al imperialismo norteamericano: la suscripción de acuerdos de limitación de armas estratégicas con la URSS, la intención de agudizar el

“conflicto chino-soviético y el esfuerzo por distribuir de forma “más balanceada” los “costos y responsabilidades” de los aliados, se combinaban con la política de “vietnamización” de las guerras locales, destinada a hacer recaer el peso de las bajas militares en las fuerzas represivas de las entonces denominadas “potencias regionales” dependientes.

En líneas generales, esta tendencia a la “conciliación” con la URSS y China —nunca con los movimientos revolucionarios en el llamado Tercer Mundo— predominó en el período comprendido entre el inicio de las Conversaciones de París, que concluyeron con el fin de la Guerra de Viet Nam (1973) y el triunfo de la Revolución Popular Sandinista, al que siguió la entrada de las tropas soviéticas en Afganistán (1979), aunque ya desde los primeros meses de la Administración Carter había comenzado a resquebrajarse como resultado de la influencia creciente de los grupos de presión ultraconservadores.

La transfiguración de la orientación general de la política del imperialismo norteamericano se produjo a través de feroces luchas libradas, de forma simultánea, en dos campos fundamentales: primero, el de la determinación de la forma —*aparentemente conciliadora* o *abiertamente agresiva*— de revertir la erosión del poderío político y económico imperial, tanto a escala mundial como dentro de la propia sociedad norteamericana; y, segundo, el de la doctrina acerca del tipo de relaciones políticas y económicas que habrían de establecerse con el resto del mundo: el *nacionalismo proteccionista*, impulsado por los capitalistas menos competitivos, establecidos principalmente en el mercado nacional, el *regionalismo panamericanista* que daba prioridad a la afirmación de un sistema de dominación hemisférico como punta de lanza para desafiar los mercados del resto del mundo, o el *panglobalismo*, que expresaba de la forma más plena el proyecto transnacionalizador de la oligarquía financiera. Los bandos contendientes sobre la forma de enfrentar los desafíos lanzados a la supremacía absoluta del imperialismo norteamericano, no guardaban una relación unívoca con los bandos agrupados alrededor de uno u otro proyecto de relaciones económicas y políticas de los monopolios estadounidenses con el resto del mundo.

Los *shocks de Nixon* habían constituido un desafío abierto para los monopolios transnacionales de matriz estadounidense, dispuestos por naturaleza a sacrificar los sectores productivos orientados al mercado interno y las ramas exportadoras menos competitivas de

su propia nación, a cambio de fomentar un orden favorable a sus intereses en el mercado mundial. El “proteccionismo nacionalista” desató una dura campaña desestabilizadora contra Nixon, capitalizada por la oligarquía financiera estadounidense, que se había nucleado en torno a la *Brooklings Institution*, el Consejo de Relaciones Exteriores (*Council on Foreign Relations*) de Nueva York y —junto a sus contrapartes europea y japonesa— la llamada Comisión Trilateral.<sup>69</sup>

Fundada en 1973 por el banquero David Rockefeller, la Comisión Trilateral —que llegó a contar con alrededor de 300 representantes de corporaciones transnacionales de los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón— se convirtió en el máximo exponente de la ideología y la política de la llamada “corporación global”, considerada por ellos como la expresión más avanzada del desarrollo capitalista, a la cual era necesario subordinar toda otra forma de organización económica, política y social. El fuerte y sistemático ataque contra Nixon de las fuerzas monopolistas agrupadas en esta comisión se mantuvo hasta el momento mismo en que éste se vio obligado a renunciar a la presidencia, como consecuencia del escándalo de *Watergate*.<sup>70</sup>

La presidencia de James Carter supuestamente constituiría el “reinado” de las concepciones globalizadoras que cobrarían luego un extraordinario auge con la desaparición de la Unión Soviética y el resto de los países socialistas de Europa, aunque ya para entonces se vieran matizadas por una tozuda realidad: más allá de la retórica utilizada para convencer al mundo de la ineluctabilidad de un proceso de globalización regido por —y desarrollado para— las compañías transnacionales, la reducción del espacio para la reproducción

---

<sup>69</sup> “Por lo general se aceptaba que las heridas causadas por los *shocks* de Nixon no se curarían por sí mismas y que los intereses transnacionales tendrían que ser defendidos más vigorosamente a escala internacional. (...) Las políticas económicas de Nixon, la distensión, un escenario africano crecientemente convulso, la emergencia de la OPEP y la crisis de 1973-74 habían complicado y cambiado irreversiblemente el mundo capitalista. Pero los intereses financieros y corporativos internacionales estaban resueltos a garantizar que estos cambios fuesen enfrentados de forma tal que no afectaran los intereses económicos transnacionales”. Jeff Frieden. “The Trilateral Commission: Economics and Politics in the 1970s”, *ed. cit.* pp. 68-69.

<sup>70</sup> “...Envueltos o no en ella —escribe Jeff Frieden—, los financistas internacionales vieron con alivio el tambaleo y la febril caída de Richard Nixon. La administración Ford fue mucho más razonable, aunque poco comprometida, y la designación el 19 de agosto de 1974 de Nelson Rockefeller como vicepresidente de Ford puso fin a los turbulentos *shocks* de Nixon y a la amenaza de un nuevo proteccionismo (...) Pero era apreciable que el Partido Republicano estaba muerto, especialmente con la posible victoria en la convención de Ronald Reagan —quien se había manifestado en favor de todo aquello que los imperialistas transnacionales habían tratado de eliminar. Había señales evidentes de que la Comisión puso su mano en el extraño ascenso al poder de Jimmy Carter.” *Ibid*, pp. 69-70 (las cursivas son nuestras).

ampliada del capital a escala “global”, y la presión hacia la baja de las tasas de ganancia, exacerbaba la competencia interimperialista y obstaculizaba la marcha hacia el “trust” único y el “Estado capitalista global”. La propia administración Carter se vio obligada en innumerables ocasiones a ignorar los postulados de la Comisión Trilateral. En la política económica interna, tanto el combate al desempleo como la reforma fiscal “orientada al consumidor”, reflejaban la tendencia original de su gobierno a promover la reanimación económica a través del método tradicional keynesiano de estimulación de la demanda. En 1978, la ofensiva de los partidarios del monetarismo le obligó a abandonar los postulados iniciales de su programa de gobierno y a sustituir al Secretario de Hacienda y al Presidente del Banco de la Reserva Federal por figuras aceptables para aquellos. Sin embargo, tales “correcciones” fueron vanas, pues la política de Carter resultaba incompatible con las tendencias ya dominantes: lo que urgía al capital no era combatir el desempleo ni reducir impuestos, sino realizar una reforma fiscal capaz de convertirse en un factor contrarrestante de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia de los monopolios. Aunque la agresiva campaña desatada por la administración Carter contra los países socialistas, con el argumento de una supuesta defensa de la democracia y los derechos humanos, significaba una ruptura con la concepción de Kissinger acerca de la necesidad de “respetar” la “esfera de influencia” de la URSS, esa política resultaba, sin embargo, muy insuficiente para una “nueva derecha” que demandaba una ofensiva abierta contra el socialismo mundial. Esta presión condujo al endurecimiento de las posiciones del gobierno estadounidense en las negociaciones de limitación de armas estratégicas con la URSS, al incremento del presupuesto militar y a la introducción de nuevos sistemas de armamentos. Por su parte, la hegemonía alcanzada por la concepción globalizadora de la Comisión Trilateral durante los primeros dos años del mandato de Carter, no resistiría los embates de una realidad caracterizada por la superproducción de mercancías y capitales, que intensificaban la competencia interimperialista e impedían continuar “abandonando” el mercado propio a la penetración europea, japonesa y de los llamados Tigres Asiáticos.

La transnacionalización del capital tendría lugar a través de un delicado equilibrio entre el acceso indispensable que los monopolios se veían obligados a brindar a sus rivales en el mercado propio y el máximo de penetración posible en el de sus competidores. Ello explica

que el siguiente mandatario de los Estados Unidos, Ronald Reagan —conocido por su oposición al panglobalismo— se viera obligado a buscar una posición de compromiso, simbolizada por la selección de George Bush como candidato a la vicepresidencia y por la incorporación de un número elevado de otros miembros de la Comisión Trilateral a su administración. Una angustiada sensación de vulnerabilidad, ya olvidada por la principal potencia imperialista del planeta, desató en los monopolios el ansia de desarrollar nuevos mecanismos transnacionales de dominación totalitaria. En estas andanzas, quedarían enterrados el keynesianismo —expresión política y económica acabada del capitalismo monopolista de Estado nacional— y la efímera tendencia a la conciliación en política exterior. Su lugar lo ocuparían la doctrina neoliberal, en realidad neoconservadora —emanación directa y de corto aliento de un imperialismo transnacional que enfrenta colosales dificultades para su expansión y se haya imposibilitado de continuar aplicando políticas mínimamente redistributivas— y el recrudecimiento de la agresividad imperialista, el retorno de la fiera acorralada a su propio redil. En los círculos políticos y económicos dominantes del imperialismo norteamericano se imponía una tendencia, más que temeraria, desesperada, que veía en la ostentación de fuerza y el enfrentamiento directo los medios más efectivos para “disciplinar” a su propia sociedad y reafirmar su “liderazgo mundial”. Con el triunfo de Ronald Reagan y de su programa neoliberal en las elecciones presidenciales de 1980, la revitalización de la política imperialista basada en la fuerza y la represión, tanto interna como internacional, se impuso por igual entre “panglobalistas”, “regionalistas” y “nacionalistas proteccionistas”. Apuntemos, a propósito, que el enfrentamiento entre estos últimos tres bandos no ha concluido, sino constituye aún el eje en torno al cual gira la fluctuante correlación de fuerzas de los distintos sectores de la alta burguesía estadounidense en su accidentada marcha hacia la transnacionalización.

El ascenso de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos rompió con las nociones hasta entonces prevalecientes acerca de que el sistema político norteamericano contaba con balances y contrapesos que hacían imposible alcanzar la primera magistratura a un candidato en extremo conservador o liberal. Reagan triunfó de forma arrasadora en las elecciones. No se escuchaban entonces, como había sucedido con anterioridad y como ocurre con frecuencia en nuestros días, voces desafiantes en el Congreso ni en los círculos

políticos del país. Una unidad virtualmente monolítica —impensable siquiera en torno a muchos otros temas de política interna o exterior— cuajó en torno al programa neoliberal de un mediocre actor de películas de *cowboys* devenido en Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

A diferencia del neoliberalismo puro de Margaret Thatcher (contracción de la emisión monetaria, elevación de las tasas de interés, reducción de los impuestos a los altos ingresos, aumento del desempleo masivo, represión antisindical, reducción de los gastos sociales y privatizaciones), el programa aplicado por Ronald Reagan en los Estados Unidos —país en el que habían alcanzado un escaso desarrollo el “Estado de Bienestar” y la estatización directa de la economía— puso un mayor énfasis relativo en sus aspectos ideológicos, en la rebaja de los impuestos a los ricos y en el aumento de las tasas de interés. Dos hechos simbolizan la utilización de la fuerza del Estado imperialista norteamericano: la represión, en 1981, de la huelga de los controladores de tráfico aéreo, grupo relativamente reducido de profesionales que fueron sustituidos por especialistas de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, despedidos de sus empleos y sancionados a no volver a ocupar empleos en el Gobierno Federal; y la intervención militar en la pequeña isla de Granada, proyectada a escala nacional e internacional como la “vindicación” del imperio más poderoso del mundo, que había sido derrotado por el pueblo vietnamita. El guerrero Aquiles recuperaba el *areté* dañado por la muerte de su amigo Patroclo. Sin embargo, el neoliberalismo de Reagan ignoró una de las normativas fundamentales de la doctrina: la *disciplina fiscal*, cuya aplicación hubiese afectado los intereses de la poderosa industria bélica norteamericana y obstaculizado el desarrollo de la carrera armamentista, destinada a erosionar la economía de la URSS. Esto lo llevó, en abierto desafío a la “lógica pura” de la doctrina de Hayek, a acumular el mayor déficit presupuestarios en la historia de Estados Unidos.

En los años noventa, una vez liberado del colosal reto que entrañaba la existencia de la Unión Soviética y el sistema de países socialistas europeos que pugnaba por constituirse en una totalidad histórica universal, el imperialismo encuentra condiciones favorables en la arena internacional para hacer avanzar su proyecto de transnacionalización y desnacionalización subordinante. En términos económicos, el capital monopolista se veía tentado a derribar de una vez por todas las barreras de los Estados nacionales que



obstaculizaban su reproducción ampliada en el ámbito planetario; en términos políticos, le resultaba imprescindible asumir de forma directa las decisiones fundamentales que facilitarían su concentración transnacional; y, en términos militares, precisaba colocar bajo control imperialista las funciones represivas de los Estados nacionales dependientes, con el propósito de contrarrestar las luchas populares, debilitar a las burguesías nacionalistas desafiantes y, en general, anular toda capacidad de oposición a su dominio. Por último, en el plano ideológico, el capital requería incluir en sus ciclos de reproducción todas las naciones y comunidades humanas, convertirlas en consumidoras acríticas de su fantasmagoría política y ejercer sobre ellas una férrea dictadura espiritual. Moldeados con una misma arcilla transnacionalizadora, los momentos económico, político, militar e ideológico del nuevo sistema de dominación transnacional ponen de manifiesto su interconexión y mutua dependencia: los acuerdos comerciales y financieros incluyen cláusulas obligatorias de condicionalidad política; la subordinación política es requisito fundamental para el establecimiento de acuerdos comerciales y financieros, los tratados militares constituyen la garantía del cumplimiento estricto del nuevo “pacto neocolonial”, y la superchería ideológica que invierte todos estos términos, les confiere legitimidad y los cubre con una aureola de santidad, constituye una condición *sine qua non* para la hegemonía económica, política y militar. Entre otras maniobras y argucias, son expresiones de esta proyección transnacional la invasión militar de las fuerzas armadas de Estados Unidos a Panamá y la Guerra del Golfo Árabe Pérsico, la imposición de “pautas democráticas” y de directrices para la lucha contra la corrupción y el narcotráfico a todas las naciones del mundo, el papel de juez y parte que se abroga el imperialismo en la solución “negociada” de los conflictos regionales y locales, la fiscalización “internacional” de procesos electorales en países del Tercer Mundo y la promoción de la ideología de la “governabilidad” como argamasa mágica capaz de tapar las profundas grietas de su sistema de dominación. En apariencia, la historia había tocado a su fin.

## EL CAPITALISMO MONOPOLISTA TRANSNACIONAL

- **El monopolio transnacional y la ley general de la acumulación capitalista**

Las categorías clave en la tarea de aprehender conceptualmente la metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado son las de *transnacionalización* y *desnacionalización*: la esencia de las transformaciones que tienen lugar en el imperialismo contemporáneo se encierra por entero en el rompimiento de las barreras nacionales —económicas, políticas, ideológicas y culturales— establecidas desde la constitución histórica del capitalismo de la libre concurrencia, que obstaculizan el libre —y esclavizante— desarrollo de los monopolios y de una oligarquía financiera capaz de ejercer un férreo control sobre los hilos que mueven la economía mundial, de tomar decisiones económicas y políticas de universal acatamiento, a través de la constitución de una maquinaria de poder transnacional. No se trata propiamente de un proceso de internacionalización, sino de una transnacionalización desnacionalizadora, que excluye u obstaculiza el enriquecimiento de la cultura material y espiritual universal con el concurso de las culturas nacionales.

Como hemos mostrado, con el fin de la Primera Guerra Mundial comienzan a gestarse las premisas de lo que, apenas seis décadas después, se presentaría como una metamorfosis del modo de producción capitalista, tras medio siglo de sucesivas crisis económicas, la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, una segunda y más devastadora guerra mundial, el desplazamiento del centro de gravedad del imperialismo de Europa a los Estados Unidos de América, la internacionalización del socialismo, la desaparición de los imperios coloniales y su sustitución por un sistema de avasallamiento neocolonial, el nacimiento de más de cien Estados nacionales, y el agravamiento de la crisis integral del capitalismo, que fuerza a los monopolios a trascender las fronteras del Estado-nación en su búsqueda irracional de fórmulas capaces de contrarrestar la acción de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia.

Fidel Castro ha llamado la atención, con toda razón, sobre el hecho de que los monopolios transnacionales

representan la síntesis más perfecta, la expresión más desarrollada del capitalismo monopolista en esta fase de su crisis general. Por tanto, las empresas transnacionales son las portadoras internacionales de todas las leyes que rigen el modo de producción capitalista en su fase imperialista actual, de todas sus contradicciones, y son el mecanismo más eficiente con que cuenta el imperialismo para el desarrollo e intensificación del proceso de supeditación del trabajo al capital, a escala mundial.<sup>71</sup>

El monopolio transnacional es el sujeto fundamental de la metamorfosis integral por la cual atraviesa el modo de producción capitalista. Decimos *transnacional* y no *multinacional* porque este último término encubre la esencia de la metamorfosis en curso del capitalismo monopolista de Estado, trasmite la idea de la “firmeza” de las naciones e, incluso, de la cooperación entre ellas en el proceso de concentración y centralización del capital. Tradicionalmente, en la literatura se ha distinguido los monopolios multinacionales de los monopolios transnacionales. Por lo general, por *monopolio transnacional* se entiende aquel monopolio que es nacional por su capital, pero cuya esfera de actividad, mediante la exportación de capitales, lo convierte en internacional. En cambio, el monopolio multinacional se concibe como aquel que es internacional tanto por su capital como por su esfera de actividad.<sup>72</sup> Según Eduardo del Llano, los monopolios multinacionales,

pueden surgir mediante la fusión completa y directa de los bienes de compañías de diversos países, o bien por acuerdos entre ellas que les permiten conservar su independencia formal, pero responden a un centro común Otra vía la constituye la creación por monopolios de varios países, de compañías que existan independientemente como trust o consorcios y que son propiedad de sus creadores.<sup>73</sup>

En cambio, las corporaciones transnacionales son “aquellos monopolios que partiendo de un centro situado en determinado país, extienden sus operaciones a otros donde crean empresas o amplían las ya existentes y establecen acuerdos con capitalistas locales para participación conjunta, con lo que incrementan su poder económico.”<sup>74</sup>

---

<sup>71</sup> Fidel Castro Ruz. *Op. cit.*, p.153.

<sup>72</sup> Ver: *Economía Política. Diccionario*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, pp. 266-268.

<sup>73</sup> Eduardo del Llano. *El imperialismo: capitalismo monopolista*, Editorial ORBE, La Habana, 1976, p. 209.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 210.

A nuestro juicio, una correcta comprensión de la naturaleza y el lugar que ocupan hoy estos gigantes capitalistas en la economía mundial exige un enfoque histórico. No cabe duda de la pertinencia de distinguir los monopolios multinacionales de los transnacionales *en el proceso de formación y consolidación del capitalismo monopolista*. Entonces la nación era una realidad firme, aunque ya “estremecida” por las guerras y las crisis económicas; los capitales concentrados se presentaban como nacionales, como transnacionales o como multinacionales (en los sentidos consignados) y, en virtud de la exportación de capitales, tenían todos una actividad propiamente *internacional*. No obstante, las definiciones apuntadas, correctas en relación con la época en la que el monopolio nacional constituía la relación económica dominante de la economía mundial, necesitan importantes correctivos en virtud de la forma histórica en que ha tenido lugar el proceso de concentración económica, sobre todo tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Como apunta el propio Del Llano, “los monopolios que anteriormente denominamos como multinacionales por ser propiedad de grupos de más de un país, también poseen empresas en varios y, por ello, además de multinacionales (...) son transnacionales...”<sup>75</sup> Con el objetivo de comprender la forma actual en que tiene lugar el desarrollo de los monopolios, lo importante no es determinar la procedencia nacional o multinacional del capital según las divisiones políticas convencionales, sino constatar el hecho incontrovertible de que la fuerza expansiva del monopolio lo ha hecho trascender las naciones, subordinar lo nacional a su movimiento. Tampoco favorece el cumplimiento de este objetivo la idea de que la actividad de estos monopolios tiene un carácter *internacional*, con lo cual, una vez más, *lo nacional se afirma*. Fundidos con los poderes igualmente transnacionales de los Estados imperialistas, los monopolios son portadores de un poderoso impulso hacia la superación de las naciones.

El capitalismo monopolista de Estado nacional había logrado llevar a cabo una división económica del mundo entre las diferentes asociaciones de capitalistas, sin necesidad de derribar las fronteras nacionales. El capitalismo monopolista transnacional demanda espacios inconmensurablemente mayores para sus operaciones monetarias, financieras y comerciales. En la nueva división económica del mundo, a ambos lados de las múltiples

---

<sup>75</sup> Hecha esta salvedad, el autor evita las diferenciaciones e incluye “ambos tipos en el concepto más amplio” de monopolio transnacional, cuyo rasgo distintivo “radica en que todo el proceso de circulación del capital a través de sus distintas fases, se realiza a nivel internacional. Ello representa un grado más elevado de socialización de la producción y al mismo tiempo de monopolización de ésta.” *Ibid.*, p. 210, 211.

fronteras históricas existentes entre las naciones, funcionan los eslabones de una economía transnacional que entra en una relación antagónica con las regulaciones institucionales del Estado-nación. La tendencia fundamental del imperialismo transnacional es la de destruir, modificar y reformar todas aquellas regulaciones nacionales que entorpecen su reproducción y obstaculizan el establecimiento de un código de normas económicas, políticas y jurídicas que le permitan subordinar a su movimiento todos los tipos de economía existentes. No se trata sólo de reducir la eficacia de las medidas de regulación monopolista-estatal de la economía nacional y de las relaciones económicas internacionales, sino de someter e, incluso, destruir las naciones como comunidades históricas humanas. Estos monopolios son, en esencia, antinacionales, constituyen una potente fuerza desnacionalizadora.

Es cierto que diversas protoformas de esta relación económica transnacional habían sido engendradas desde finales del siglo XIX en los marcos de un proceso esencialmente nacional de reproducción del capital, lo cual, a propósito, había sido señalado por Engels en sus conocidos apuntes sobre la Bolsa.<sup>76</sup> Desde la primera década de este siglo, sobre todo en Europa, se contaban por centenares las asociaciones monopolistas *internacionales* llamadas a la vida por la interconexión de los intereses del capital en diversos países. Durante el primer cuarto de siglo, habían comenzado a constituirse los primeros monopolios propiamente *transnacionales*, varios de ellos conformados por capital procedente de naciones diferentes, como los célebres consorcios anglo-holandeses “*Royal Dutch-Shell* (petrolero) y *Unilever* (químico alimentario). Impulsados por el hambre insaciable de valorización del capital y, asociado a ello, por el afán de apoderarse de las fuentes de materias primas a escala internacional, estos y otros pioneros de la transnacionalización imperialista, pronto comenzaron a crear filiales de producción extranjeras y a realizar algunas de las etapas o fases del proceso de reproducción de su capital de forma transnacional, en una fiera competencia con todo un océano de monopolios nacionales protegidos por sus correspondientes Estados. No obstante, *antes de la Segunda Guerra Mundial, ninguno de estos gigantes había logrado el nivel de concentración y centralización del capital necesario para negar la libre competencia más allá de las*

---

<sup>76</sup> Ver: Federico Engels. “La Bolsa” (Observaciones complementarias al tomo 3 de *El Capital*), en: Carlos Marx. *El Capital*, t. 3, ed. cit.

*fronteras de sus naciones de origen*. Sólo en un punto determinado del desarrollo del capitalismo, este proceso de concentración y centralización alcanza la maduración que permite negar la libre competencia *a escala internacional*, quebrantar las bases de la producción mercantil en la economía mundial y ensamblar un ciclo transnacional integral de reproducción económica que constituye una nueva etapa, cualitativamente diferenciada de la anterior, en el desarrollo de la tendencia histórica de la acumulación capitalista bosquejada por Marx en *El Capital*.<sup>77</sup> El salto histórico que supone la negación de la libre competencia a escala internacional y marca la ruptura en el movimiento del capitalismo monopolista de Estado hacia la transnacionalización, se verifica entre mediados de los años cuarenta y los años setenta del presente siglo, con el agotamiento de la fase expansiva de desarrollo capitalista iniciada al finalizar la Segunda Guerra Mundial, que había provocado una significativa profundización de la división capitalista internacional del trabajo y una expansión sin precedentes del mercado mundial.

El proceso de expansión de los monopolios transnacionales fue muy intenso en la década de los sesenta.

...La producción de empresas pertenecientes a estas corporaciones alcanzó los 240 000 000 000 de dólares en 1966, más de 300 000 millones en 1969 y 450 000 000 000 a comienzos de 1972” Ya a inicios de los años setenta, “Standard Oil of New Jersey” (Exxon) dispone de filiales en 25 países y la mitad de sus operaciones comerciales las realiza en el extranjero. “International Telegraph and Telephone Co.” (ITT), cuenta con empresas en 70 países. “Ford Motors” posee 20 fábricas fuera de los Estados Unidos y en los años 1951-1970, las dos terceras partes de las nuevas inversiones de capital las colocó en sus secciones en el extranjero. “International Bussines Machines” (IBM) posee 40 fábricas y 15 centros de investigación científica en 15 países. “British Petroleum Company” tiene filiales en 52 y “Royal Dutch-Shell”, en 82 países.<sup>78</sup>

Aún en estos años, los monopolios transnacionales, en particular los de procedencia multinacional —tanto los que habían surgido mediante la fusión plena de los capitales de empresas de diversos países, como los que surgieron a través de la concertación de acuerdos

---

<sup>77</sup> Ver: Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., pp. 698-700.

<sup>78</sup> Eduardo del Llano. *Op. cit.*, pp. 210, 212.

entre ellas que les permitían conservar una independencia formal— enfrentaban obstáculos de la más diversa índole para su desarrollo, tales como la doble carga impositiva y las diferencias jurisdiccionales. Una década después, estos obstáculos habían comenzado a ser derribados por la fuerza expansiva del propio proceso de concentración y centralización transnacional del capital. Ello, a su vez, imprimiría un fuerte impulso a este proceso, y contribuiría a la proliferación y el robustecimiento de los monopolios transnacionales, a una ulterior complejización de su estructura multiramal y al incremento de sus filiales y unidades productivas subordinadas.

En lo esencial, en la década del setenta ya estaban creadas las premisas económicas, políticas, ideológicas y científico-técnicas que estimularían el avance sin riendas del imperialismo hacia lo que, con toda propiedad, podemos considerar un nuevo estadio de su desarrollo: *el capitalismo monopolista transnacional*. Las relaciones internacionales de producción capitalista, que en época de Marx constituían “hechos secundarios, terciarios”, “relaciones de producción derivadas, transmitidas, no originales”,<sup>79</sup> y en época de Lenin se presentaban como *funciones exteriores de monopolios nacionales*, se convierten progresivamente en *relaciones primarias, esenciales, determinantes, consustanciales a la nueva forma —transnacional— de reproducción económica*. La regulación económica del Estado-nación, que antes agotaba íntegramente el universo de la rotación nacional del capital, va cediendo terreno a una regulación transnacional, hasta convertirse en una regulación subordinada, parcial, fragmentaria, de ciertas fases de una rotación transnacional, especulativa en esencia, que escapa a su control y se presenta como una fuerza hostil que lo acota desde fuera. El fundamento de este proceso es la vertiginosa aceleración de la concentración de la propiedad en la forma de monopolios transnacionales, que tiene lugar, principalmente, por la vía de la fusión de capitales cada vez mayores, provenientes de diferentes matrices nacionales imperialistas, aunque también mediante la explotación intensiva del mercado mundial, el uso de mecanismos financieros orientados a perfeccionar y potenciar el proceso de extorsión de plusvalía, la transformación de los Estados atrapados en la red de la deuda externa en proveedores netos de capital en relación

---

<sup>79</sup> Carlos Marx. *Contribución a la crítica de la Economía Política*. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970, p. 270.

con los centros mundiales de poder económico,<sup>80</sup> la privatización de empresas públicas devaluadas de manera artificial y la fuga profusa de capitales. No es pequeño, en este sentido, el aporte monetario proveniente de las ventas ilícitas de armas, las drogas y la industria del sexo, síntomas evidentes de un elevado grado de descomposición moral, y social en general, del sistema capitalista.

Ahora bien, la transnacionalización del monopolio no significa, en modo alguno, que éste haya perdido toda base nacional y haya adquirido una total independencia con respecto a las naciones. Incluso aquellos monopolios transnacionales que pueden prescindir virtualmente de sus naciones de origen y de la “protección” de sus Estados nacionales,<sup>81</sup> permanecen fundidos con la fuerza política de éstos —en los cuales radica su “casa matriz” — y, en medida variable, de los restantes Estados en cuyos límites geográficos tienen invertido su capital. Los monopolios mantienen su fusión plena con los Estados imperialistas, pero ahora se trata, en esencia, de *monopolios transnacionales*, y esta fusión se realiza justamente como un momento del proceso de transnacionalización y desnacionalización, que engloba a unos y otros y les otorga una nueva determinación histórica específica.

En nuestros días, los monopolios transnacionales constituyen la expresión de niveles tan elevados de acumulación y concentración de capital, que su ciclo de producción y reproducción *se encuentra obligado* a trascender las fronteras nacionales y afianzarse sobre vastos espacios económicos y políticos universales. Las grandes masas de capital

---

<sup>80</sup> En fecha temprana, Rosa Luxemburgo llama la atención sobre los efectos de los empréstitos de los monopolios capitalistas y sus correspondientes Estados a los países “que aspiran a ser capitalistas”: “Las contradicciones de la fase imperialista se manifiestan tangiblemente en las contradicciones del sistema moderno de empréstitos exteriores. Estos son indispensables para la emancipación de los estados que aspiran a ser capitalistas y son, al propio tiempo, el medio más seguro para que los estados capitalistas antiguos ejerzan su tutela sobre los modernos, controlen su hacienda y hagan presión sobre su política exterior y sobre su política aduanera y comercial. Son el medio principal para abrir al capital acumulado de los países antiguos nuevas esferas de inversión, y al mismo tiempo, crean, en aquellos países, nuevos competidores; aumentan en general el espacio de que dispone la acumulación del capital y al propio tiempo lo estrechan.” Rosa Luxemburgo. *La acumulación del capital*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 367.

<sup>81</sup> “La resultante correlación de fuerzas en lo económico —escribe Heinz Dieterich— se revela en el siguiente comentario del embajador sueco ante la Unión Europea, Lars Anell, sobre la amenaza de las empresas Volvo y Ericson, de invertir 50 mil millones de coronas en el próximo lustro fuera de Suecia, si el país no se integra a la Unión Europea. “Qué podemos hacer”, dijo Anell: “Suecia necesita a Ericson. Ericson no necesita a Suecia”. Noam Chomsky y Heinz Dieterich. *La Sociedad Global*. Casa Editora Abril, La Habana, 1997, p. 73. De suyo se entiende, sin embargo, que Ericson no podría prescindir *de todo poder estatal*, sin cuya salvaguarda política y jurídica no puede arreglárselas ningún monopolio, menos aún un monopolio transnacional.



acumuladas por ellos los compelen a diversificar su actividad y, como nunca antes, a extender su dominio a todas las ramas de la economía, incluso a los sectores terciarios e improductivos. Esta diversificación llega a integrar el más amplio espectro de actividades en los más alejados rincones del mundo, conectadas de una u otra forma por una estrategia general de reproducción. Los monopolios transnacionales controlan de forma directa la mayor parte de la economía mundial, tanto sus fuentes de materias primas, como el proceso de producción y de comercialización. Por ejemplo, el sector de las telecomunicaciones está dominado por 25 monopolios transnacionales, y hacia el año 2010, se pronostica su reducción a 6 ó 7. Ramas como la automovilística y la industria aeroespacial constituyen un monopolio exclusivo de las empresas transnacionales. Los principales bancos transnacionales del mundo manejan activos de cientos de miles de millones, y en muchos casos se aproximan a la cifra del billón de dólares.

De las alrededor de 7,000 empresas transnacionales que había en los años sesenta —apunta Heinz Dieterich—, el número ha crecido a 37, 000 en la actualidad [1997]. Sus ventas combinadas superan la totalidad del comercio mundial que en 1992 alcanzaba la suma de 5.8 billones de dólares. En los Estados Unidos, que tiene la mayor parte de las transnacionales, el 80 por ciento de las mercancías facturadas en dólares fuera del país no son exportaciones, sino ventas de empresas afiliadas, comercio intra-empresas (*intrafirm trade*), productos licenciados o vendidos a través de acuerdos de franquicias. A nivel del mercado mundial se calcula que alrededor del 40 por ciento del comercio mundial no se realiza a través de un mercado libre sino como comercio intraempresarial. En la última década, el número de países donde se cotizan acciones de las diez principales transnacionales ha aumentado de 58 a 70. Pero las transnacionales han dejado de ser meros exportadores de mercancías y servicios para crear una infraestructura mundial de producción y distribución cuyo valor se calcula superior a los 2.1 billones de dólares, es decir, dos veces mayor que el Producto Interno Bruto latinoamericano.<sup>82</sup>

---

<sup>82</sup> Noam Chomsky y Heinz Dieterich. *Op. cit.*, p. 53. “Sólo la Ford Motor es más rica que Noruega, las ventas de Philip Morris son mayores que el PNB de Nueva Zelanda (...) Las ganancias del banco norteamericano Goldman Sach son similares a las “ganancias” de un país como Tanzania (con la diferencia que los 2.2 billones de dólares del país se reparten entre 25 millones de habitantes, mientras que los 2.6 billones de la empresa se distribuyen sólo entre 160 accionistas).” Roberto Rubio Fabián. “Globalización, tecnología y

Este colosal capital financiero aplica las ventajas de la economía de escala y, al inveterado proceso de fusión de los capitales de la industria, los bancos, el comercio, el transporte y las construcciones, añade el capital invertido en la investigación y el desarrollo tecnológico. El poder que ejercen los monopolios transnacionales sobre la economía mundial, no sólo se sustenta en su condición de accionistas principales del capital global y en la centralización y concentración de las fuerzas productivas —incluida la investigación científica y los adelantos tecnológicos—, sino también y ante todo, en el dominio sobre los flujos financieros globales y la masa de dinero mundial, sobre las instituciones económicas y políticas supranacionales y sobre las economías y los Estados nacionales —incluidos los de los propios países imperialistas.

La *ley general de la acumulación capitalista* expuesta por Marx como ley exclusiva del movimiento del capital, hoy se verifica en una escala mayor que en su época. La polarización de la riqueza y la pobreza que el capital provoca de forma natural en las sociedades donde se asienta como relación económica dominante, se manifiesta con igual o mayor relieve en aquellas sociedades en las que predominan otros sistemas económicos. Lo característico del capitalismo monopolista transnacional es su incapacidad para incorporar *orgánicamente* a su movimiento la diversidad de formas económicas precedentes.

Bajo la férula del capitalismo monopolista transnacional se encuentran todas las formas de actividad económica existentes en el mundo capitalista. El énfasis que, con toda razón, puso Lenin en la fundamentación del carácter monopolista del imperialismo y del papel del monopolio como sujeto dominante del modo de producción, condujo en el pensamiento marxista posterior al afianzamiento de cierta tendencia a proyectar de forma esquemática a escala planetaria las determinaciones específicas de la economía monopolista y, por consiguiente, a desvalorizar u omitir el estudio de los restantes tipos de economía, que si bien se subordinan al monopolio, funcionan con una dinámica propia y tienen una importancia social, política, cultural e ideológica que supera con creces su papel en la reproducción económica mundial. Esta omisión, cabe recordar, no se deriva de la propia concepción de Lenin, quien formuló en su forma clásica la ley del desarrollo económico y político desigual del capitalismo, y la convirtió en fundamento, tanto de los análisis que le

---

maldesarrollo”, en *Realidad*, N° 43, 1995, p. 216.

condujeron a identificar a Rusia como “el eslabón más débil de la cadena imperialista”, como de sus estudios de los *tipos de economía* que funcionaban al interior de ese país,<sup>83</sup> de los cuales se deriva, entre otras, su célebre concepción de la alianza obrero campesina.

Un análisis integral del modo de reproducción del capitalismo contemporáneo está obligado a tomar en consideración las formas económicas en que se realiza la economía mundial, considerada como una totalidad. El monopolio transnacional constituye la relación de producción dominante del capitalismo, en un mundo en el que se reproducen y se entrelazan diversos *tipos de economía* en correspondencia con las diferentes *formas de propiedad* existentes, a saber: el capitalismo privado, el capitalismo de propiedad estatal, la economía basada en el trabajo propio (o pequeña producción mercantil) y la economía natural o de autoconsumo.<sup>84</sup> En este contexto, importa destacar que el grado de monopolización de la propiedad y el tipo de dinero en que funciona la economía constituyen criterios decisivos para una correcta comprensión de las diferentes formas del capitalismo contemporáneo. En correspondencia con estos criterios, el universo del capital se presenta como: 1) capitalismo monopolista transnacional, que funciona en dinero mundial (privado y estatal), 2) capitalismo no monopolista que funciona en dinero mundial (también privado y estatal) y capitalismo (monopolista y no monopolista, privado y estatal) que funciona en dineros locales.<sup>85</sup>

---

<sup>83</sup> También Rosa Luxemburgo, en referencia al capitalismo nacional, llamaba la atención sobre el hecho de que “la producción capitalista no es, ni mucho menos, régimen único exclusivo, (...) como el propio Marx recalca de vez en cuando en su obra. En todos los países capitalistas, aún en aquellos de industria más desarrollada, quedan todavía, junto a las empresas agrícolas e industriales, numerosas manifestaciones de tipo artesano y campesino, basadas en el régimen de la producción simple de mercancías. En la misma Europa existen todavía, al lado de los viejos países capitalistas, otros en que predominan aún de un modo muy considerable, como acontece en Rusia, los países balcánicos y escandinavos y España, este tipo de producción artesana y campesina. Y, finalmente, junto a los países capitalistas de Europa y Norteamérica, quedan todavía continentes enormes en los que la producción capitalista sólo empieza a manifestarse en unos cuantos centros dispersos, presentando en la inmensidad de su superficie las más diversas formas económicas, desde el comunismo primitivo hasta el régimen feudal, campesino y artesano.” Rosa Luxemburgo. *La acumulación del capital*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 428.

<sup>84</sup> A estos tipos de economía habría que agregar el *socialismo*, en toda la diversidad de sus formas de existencia. Su análisis, sin embargo, rebasa los propósitos de la presente investigación.

<sup>85</sup> En correspondencia con la tradición marxista, por *dinero mundial (money of the world)*, entendemos la *expresión universalmente reconocida del valor*, que funciona en el mercado mundial como “*medio general de pago*, como *medio general de compra* y como *materialización social absoluta de la riqueza en general (universal wealth)*”. Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., p. 107. A esta expresión auténticamente universal del valor se alude por lo común con el término “moneda libremente convertible”, sustituyendo el vocablo *dinero* por el de *moneda*, sin tomar en consideración que la moneda es sólo una de las formas de existencia del dinero (en este caso, aparece implícita una visión reduccionista del dinero, que sólo expresa una de sus

El capitalismo monopolista transnacional se desarrolla, ante todo, en los países imperialistas. Sin embargo, es importante poner énfasis en que *ni éste, ni ninguno de los tipos económicos en que se estructura la economía mundial, tiene límites territoriales estrictamente definidos*. En el caso que nos ocupa, ello supone, primero, que el capitalismo monopolista transnacional coexiste (y subordina) *en el interior* de los países imperialistas, con el capitalismo no monopolista que funciona en dinero mundial, con la economía basada en el trabajo propio e, incluso, con determinadas formas de economía de autoconsumo; segundo, que el capitalismo monopolista transnacional incorpora a su rotación diversos “bolsones” del mundo subdesarrollado, es decir, sectores, ramas, regiones (recursos naturales, instituciones financieras, industrias, redes de acopio y distribución, comunicaciones, reservas de mano de obra barata, mercados, etc.) que por esta vía quedan virtualmente desconectados del funcionamiento de la economía —y, de manera creciente, de la política— de las naciones a las que “pertenecen” desde el punto de vista político-jurídico; y, tercero —caso poco frecuente—, que también existen capitales transnacionales cuyo país de origen y casa matriz se encuentran ubicados en el llamado Tercer Mundo, como ocurre, por citar sólo un ejemplo, con el emporio de *Televisa* en México.

El capitalismo no monopolista que funciona en dinero mundial también se ubica, en lo fundamental, en los países imperialistas, aunque puede hacerlo, de manera parcial, en el resto del mundo. Se trata de un considerable universo de capitales pequeños y medianos que logran sobrevivir en los intersticios del capitalismo transnacional. Tan numerosas son las pequeñas y medianas empresas capitalistas, que resulta oportuno deshacer la apariencia de que, en nuestros días, se está produciendo una restauración del “reino de los pequeños”, de que el monopolio va siendo sustituido por la pequeña y la mediana propiedad. En primer lugar, muchas de estas empresas que parecen existir por cuenta propia, no pasan de ser apéndices, prolongaciones y unidades técnicas de los monopolios transnacionales. Esta capilarización del monopolio se asemeja a la capilarización angiogenética: la cantidad de

---

cinco funciones —la función de medio de circulación— y, por consiguiente, omite las restantes: medida del valor, medio de pago, medio de atesoramiento y dinero mundial; función esta última que resume y engloba las anteriores). Atendiendo a consideraciones análogas, por *dinero local* entendemos las formas equivalenciales del valor reconocidas exclusivamente en los límites de una u otra comunidad, incluido el Estado-nación y que, por consiguiente, sólo funcionan como medios *locales* de pago, como medios *locales* de compra y como materialización social *relativa* de la riqueza en general.

vasos sanguíneos por los que circula la sangre no altera la magnitud total del torrente. El hecho de que, desde el punto de vista técnico y organizativo, los monopolios contemporáneos funcionen en un importante grupo de ramas productivas a través de unidades económicas cuyo “tamaño óptimo” ha disminuido de forma considerable, no modifica un ápice su naturaleza monopolista. En segundo lugar (con relación a las empresas capitalistas realmente autónomas desde el punto de vista económico), es preciso tomar en consideración que el capitalismo no monopolista que funciona en dinero mundial está integrado por un universo de capitales que no han sido absorbidos o destruidos *aún* por el capital monopolista transnacional; bien ocupan espacios en la reproducción del capital que por su limitada magnitud, o por otras razones, no son del interés de los monopolios; bien, por último, mantienen su autonomía en interés de los propios monopolios. Cuanto más se atiza la competencia, más rápida es la concentración monopolista.

Algo análogo puede decirse del capitalismo que funciona en dineros locales —y que, por consiguiente, está obligado a expresar el valor de sus mercancías en dinero mundial—, ubicado en los países subdesarrollados, que si bien aporta un valor exiguo al Producto Bruto Global, en virtud de su atraso tecnológico y de la consiguiente falta de productividad, se ve forzado a incorporar un número mucho mayor de trabajadores que los empleados en los dos tipos económicos anteriores. El carácter antagonico de las contradicciones internas del capital se pone de relieve con particular fuerza cuando se examina la relación existente entre el capital monopolista transnacional y el capital que funciona en dineros locales: una parte significativa de este último es absorbida por los monopolios transnacionales y pasa a ocupar una posición subordinada y dependiente con respecto a ellos, mientras el resto se ve obligado a luchar en desventaja por su supervivencia, tanto mediante fusiones como a través de un desplazamiento hacia las ramas de la industria y los servicios, cada vez más escasas, que aún no son objeto de la codicia inmediata del capital monopolista transnacional. La idea de la precariedad de este tipo de economía aparece explícita en la crítica de Fidel Castro al injusto orden económico desigual, y se puede resumir en la expresión: “insume monedas fuertes para producir monedas débiles”. Este capital, que

encuentra dificultades crecientes para penetrar en los diferentes sectores de la economía transnacional, constituye un pasto fácil para los monopolios transnacionales.<sup>86</sup>

La pequeña producción mercantil y la economía de autoconsumo son los tipos económicos más numerosos. Su existencia está vinculada al hecho de que el capital resulta incapaz de concluir la misión que Marx constatará al revelar la tendencia histórica de la acumulación capitalista: destruir los modos de producción precedentes. En particular, el proceso de disolución del sistema de producción mercantil simple —la llamada acumulación originaria del capital—, que constituye la prehistoria inmediata del capitalismo, ha quedado trunco; su subsistencia se explica por la actuación de la ley de la población bajo el capitalismo y por la acción marginadora del capitalismo monopolista, en especial, del capitalismo monopolista transnacional. El sistema de producción mercantil simple, padre legítimo del capital, se ha convertido en su hijo bastardo. En medida significativa, este tipo de economía se encuentra conectado con el capitalismo que funciona en dineros locales e, incluso, con el que lo hace en dinero mundial, pues, a menudo, los trabajadores se ven obligados a completar su salario con una actividad por cuenta propia. A su vez, también se entrelaza con la economía natural o de autoconsumo, porque parte del producto o servicio realizado se destina de manera directa a satisfacer las necesidades del trabajador independiente, no se convierte en mercancía. Las fronteras existentes entre unos y otros son relativas.

La economía natural o de autoconsumo, cuya magnitud actual no ha sido estudiada con profundidad, es aquella en que la mayor parte de lo producido está destinada al consumo directo. Este modo de producción ancestral —cuyas formas clásicas se conservan aún en tribus indígenas de América y África, y en las comunas patriarcales de Asia— incluye, de forma total o parcial, la actividad económica de cientos de millones de campesinos,

---

<sup>86</sup> La industria automotriz argentina constituye un ejemplo fehaciente de la tendencia a la absorción o la destrucción de capitales relativamente importantes del ciclo del capital no-monopolista que funciona en monedas débiles. Con el establecimiento del MERCOSUR, la supresión de las barreras arancelarias crea un mercado de automóviles con un potencial de venta de 10 millones de unidades anuales (similar al de la República Federal Alemana). Este mercado, que permite la introducción de la llamada economía a escala, despierta el interés de los principales monopolios productores de automóviles del mundo, algunos de los cuales se contentaban previamente con vender patentes de modelos atrasados a las armadoras locales, que resultaron completamente desplazadas de la competencia. Ver: Eduardo Sartelli. “MERCOSUR y clase obrera”, ponencia distribuida en el Seminario Internacional “Crisis del neoliberalismo y vigencia de las utopías”, organizado por la revista *América Libre* y la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1996.

poseedores o no de tierra, a los trabajadores independientes y a los subasalariados, franja de la población mundial esta última que ha ido adquiriendo un singular relieve social.

Los tipos de economía que funcionan en nuestros días sobre la base de la compraventa de la fuerza de trabajo, constituyen un resultado histórico de la acumulación capitalista en la etapa del dominio del capital financiero transnacional. Su existencia constituye la demostración palpable de que el capitalismo resulta incapaz de homogeneizar la economía mundial. El proceso de concentración de la propiedad y la producción excluye crecientes masas de población del proceso de valorización del capital, obligadas a procurarse las condiciones indispensables para la reproducción de su vida material en formas económicas remanentes de etapas anteriores. Estas formas económicas no se encuentran, en modo alguno, en vías de extinción, sino se hallan subordinadas orgánicamente al capitalismo monopolista transnacional y constituyen condiciones de su existencia.

Como consecuencia de la actuación de la *ley del desarrollo económico y político desigual*, el capitalismo va creando en su seno un abismo creciente entre las potencias imperialistas y el mundo subdesarrollado. “En 1980 —escribe el Grupo de Lisboa—, la parte de los 102 países más pobres en las exportaciones mundiales era de 7.9% y en las importaciones del 9%. Diez años más tarde, los porcentajes respectivos eran del 1.4% y del 4.9%.”<sup>87</sup> Por su parte, Fidel Castro, apunta que “a sus tasas actuales de crecimiento, los países más pobres necesitarían de dos mil a cuatro mil años, o más, en algunos casos, para eliminar la brecha que los separa del nivel actual de los países capitalistas más desarrollados.”<sup>88</sup> Estos simples datos hacen evidente la falacia de las construcciones ideológicas burguesas que lanzan al consumo masivo la idea de una “globalización” capitalista —es decir, de una economía capitalista global y de un fin imperialista de la historia— a la que sólo restaría expandir al resto del planeta irredento el sagrado mandamiento de la compraventa de la fuerza de trabajo, alias “libre mercado”, “democracia representativa” y “derechos humanos”. Por su naturaleza concentradora y excluyente, el imperialismo obstaculiza, lastra, desacelera, atrofia, violenta y frena el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, en especial en las antiguas colonias, resulta incapaz de concluir el proceso de acumulación

---

<sup>87</sup> Grupo de Lisboa. *Op. cit.*, p. 120.

<sup>88</sup> Fidel Castro Ruz. *Op. cit.*, p. 186.

originaria del capital, es decir, de incorporar a toda la población del mundo a la relación capital-trabajo asalariado y, por consiguiente, de destruir los remanentes de los modos de producción que le precedieron y construir sobre sus ruinas nuevos aliviaderos capitalistas para sus excesos productivos y sus orgías especulativas. La “aldea global” no pasa de ser un lugar de fantasía.

El predominio del capital especulativo y el horror congénito que experimenta todo capital ante la ausencia de ganancia, operan una transfiguración en la exportación de capitales necesaria a todo imperialismo. Desde hace varias décadas el movimiento geográfico de los capitales se ha venido realizando de forma mayoritaria dentro del propio ciclo de reproducción del capital transnacional, aunque algunos, muy selectivos, se colocan en determinadas plazas del mundo neocolonial, capaces de garantizar infraestructura, tecnología, fuerza de trabajo y mercado.

Desde 1980 —constata el Grupo de Lisboa—, el nuevo “mundo global” creado y alimentado por las corrientes internacionales de capital ignora a los países menos desarrollados. En aquel año, alrededor del 55% de las corrientes de capital del mundo aún tenían como destino a alguno de aquellos países, el conjunto de los cuales generaba el 14% de dichas corrientes. Diez años más tarde, ambas cuotas habían caído al 2%.<sup>89</sup>

Escarmentados por los efectos desestabilizadores de la *crisis de la deuda externa* —que puso de manifiesto el grave peligro que entraña para el imperialismo la inclusión de los restantes tipos de economía en los circuitos principales de los flujos del capital transnacional—, los monopolios parecen haber renunciado definitivamente a reproducirse, al menos en medida considerable, mediante la conquista de nuevos espacios marginados de

---

<sup>89</sup> Grupo de Lisboa. *Op. cit.*, p. 59. Resulta interesante en este sentido, la siguiente opinión de Marie-France Baud: “...Las inversiones directas en el extranjero han progresado considerablemente, pero se circunscriben al interior de las tres regiones más desarrolladas del mundo: sudeste asiático con el Japón, Estados Unidos, Europa. En cuanto a los mercados, tienden a integrarse dentro de cada zona, más que entre zonas diferentes. Por ejemplo, en 1993 la industria japonesa había invertido en Asia (su primer destino) \$65 000 millones, o sea, más que Estados Unidos y Europa reunidos. No obstante, la permeabilidad aumenta: en 1995 Estados Unidos fue el primer beneficiario de la corriente neta de inversiones directas francesas en el extranjero”. Por otra parte, la autora señala que, si bien entre 1970 y 1994, el monto de las inversiones privadas en los países subdesarrollados pasó de 5000 a 173 000 millones de dólares, las tres cuartas partes de ellas se efectuaron en sólo diez países situados en el sudeste asiático y América Latina.” Ver: Marie-France Baud. “La mundialización de los mercados”. *El Correo de la UNESCO*, noviembre de 1996.



la rotación transnacional del capital. Por otra parte, es importante tomar en consideración el hecho de que, del 3% al que se reducen las inversiones de los países desarrollados en el llamado Tercer Mundo, la mayor parte corresponde al capital especulativo. Se trata de un capital rentista que no se invierte en la creación de nuevas plantas productivas, sino que participa en operaciones de bolsa y se retira en cuando husmea el menor peligro. (De forma análoga, la mayor parte del capital que se invierte en el Primer Mundo es de naturaleza especulativa.) Resulta significativo también el hecho de que sólo alrededor de diez países (entre ellos Brasil, Argentina, México, Hong Kong y Taiwán) sean los receptores de la absoluta mayoría de las inversiones que se realizan en el Tercer Mundo. El imperialismo ha experimentado la necesidad de trasladar hacia estos países, cuya mano de obra es barata, determinadas ramas de la producción, con el objetivo de convertirlos en plataformas exportadoras y de apoderarse de sus mercados internos. La exportación de capitales de las naciones imperialistas al mundo subdesarrollado es tan exigua, que el capitalismo monopolista transnacional la ha convertido en una “manzana de la discordia”. El reverso de esta medalla es el significativo incremento de la fuga de capitales a las metrópolis imperialistas, cuyo monto, por la forma en que se produce, es prácticamente imposible de calcular. Este retorno de los galeones a su puerto de origen tiene lugar en virtud de que los capitales sobreacumulados en los países neocoloniales tampoco encuentran una forma rentable de inversión en su patria adoptiva y se ven atraídos por el imán de las tasas de interés, la estabilidad monetaria y de otras posibilidades de acrecentamiento que ofrece el ciclo de reproducción del capital transnacional.

Hoy asistimos a un reparto del mundo sobre nuevas bases. Durante el período de formación del capital monopolista y de fusión de este capital con los aparatos estatales nacionales, el dominio de las colonias y las neocolonias tenía como fundamento la conquista económica y política de la mayor cantidad posible de territorio, con el objetivo de garantizar el control sobre los recursos naturales y la fuerza de trabajo barata. La voracidad monopolista se extendía incluso a zonas cuya explotación no era aún rentable, pero que constituían reservas para una posible futura expansión. A diferencia de esto, aunque el imperialismo transnacional necesita extender y mantener su dominación sobre todo el planeta, la competencia económica intermonopolista se desarrolla, en lo fundamental, por el control de

los mercados de los propios países imperialistas y de las zonas del mundo subdesarrollado que forman parte del capitalismo transnacional, tales como los llamados “paraísos fiscales” y “plataformas exportadoras”, los territorios con importantes reservas de materias primas y con recursos naturales estratégicos, y los mercados regionales relativamente grandes.

Los gigantescos procesos integradores promovidos por la gran oligarquía financiera transnacional y a ella subordinados, constituyen claras expresiones de la obsolescencia de la división económica del mundo característica de la época del predominio del capitalismo monopolista de Estado nacional. Estos procesos se realizan mediante complejas legislaciones integradoras, caracterizadas por la desregulación “hacia dentro” —favorable a los capitales fuertes— y el proteccionismo “hacia fuera” —destinado a evitar la competencia de otros bloques económicos. Las nuevas unidades geoeconómicas en gestación procuran forjar vastos mercados para el capital transnacional, en cuyo espacio una masa importante de competidores débiles, que hasta el momento sobrevivían a la sombra del proteccionismo del Estado nacional, van quedando desplazados de la competencia, mientras unos pocos monopolios tienden a convertirse en proveedores privilegiados de mercancías de las extensas zonas económicas emergentes.

El principal proceso integracionista del mundo es, sin duda, la Unión Europea, que avanza hacia la integración, en un solo ciclo transnacional, del capital dinerario, productivo, mercantil y ficticio de varias órbitas imperialistas nacionales, cuya finalidad es contrarrestar el poderío del imperialismo norteamericano. Este último, por su parte, tras la suscripción del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), intenta forzar el establecimiento de una Zona Hemisférica de Libre Comercio de las Américas, con el objetivo de crear un coto cerrado para la reproducción privilegiada del capital financiero estadounidense. Por su parte, los proyectos de integración de las economías que funcionan en dineros locales, característicos de los países subdesarrollados, constituyen espacios de resistencia frente al peligro de absorción por alguno de los bloques económicos dominantes; sin embargo, en la medida que no logran eludir las normas impuestas por el capital financiero transnacional, generan condiciones objetivas para esta absorción. El MERCOSUR, por ejemplo, crea un vasto mercado, codiciado por los monopolios transnacionales, que absorben o destruyen los capitales locales, al tiempo que estimulan la

competencia entre los Estados nacionales de los países miembros, en una carrera frenética hacia la desregulación económica y laboral que persigue hacerlos “atractivos” para los flujos de capitales externos.

El proceso de redistribución de las “zonas de influencia”, destinado a crear espacios mayores de integración, agudiza las contradicciones interimperialistas y las contradicciones existentes entre los capitales monopolistas transnacionales y los capitales no monopolistas a él subordinados. El desarrollo de estas contradicciones conduce inevitablemente a la agudización del enfrentamiento económico y político entre los países imperialistas, por una parte, y entre éstos y las neocolonias del capital transnacional, por otra. En la puja existente entre el proyecto estadounidense de creación de la Zona Hemisférica de Libre Comercio de las Américas y los intereses de la Unión Europea —que ya suscribió un acuerdo con el MERCOSUR—, por ejemplo, se manifiestan muchas de estas contradicciones. El resto del mundo subdesarrollado —poblaciones, ramas económicas, regiones, países y hasta continentes— queda marginado de la rotación del capital monopolista, pero sigue subordinado a él por una madeja de mecanismos de dominación económica, política, militar e ideológica. Entre ellos es necesario destacar, en este contexto, el *intercambio desigual*, asentado, en lo fundamental, sobre el control de la masa de dinero mundial. Justamente el intercambio de la mercancía dinero constituye la forma más importante en que se manifiesta la ley del intercambio desigual: hoy día resulta imposible asegurar que el valor de cambio de una moneda corresponde en rigor con las determinaciones económicas del valor. Algo análogo ocurre con el resto de las mercancías, incluso con aquellas que son producidas en los países subdesarrollados. Al exigir la convertibilidad de las “monedas débiles” como condición para “insertar” las economías que funcionan en dineros locales en la economía transnacional, la oligarquía financiera amplía su dominio sobre la masa dineraria mundial y crea un mecanismo más rígido de dominación económica, que le permite anular o desvalorizar los esfuerzos de los países subdesarrollados encaminados a alcanzar una mayor eficiencia y productividad de manera independiente.

- **Fuerzas productivas y relaciones de producción. Doble carácter del monopolio (transnacional) sobre las fuerzas productivas**

En un modo de producción caracterizado por el incremento constante de la concentración de la propiedad y la producción, uno de los rasgos definatorios del desarrollo de las fuerzas productivas es el *creciente grado de monopolización de las innovaciones científicas y tecnológicas*.

Según Marx, la aplicación de la ciencia a la producción inmediata se convierte en uno de sus momentos determinantes y estimulantes “sólo cuando la industria ha alcanzado ya un nivel muy elevado, cuando el capital ha puesto todas las ciencias a su servicio y cuando, además, la maquinaria disponible le procura ya apreciables recursos.”<sup>90</sup> *Tales condiciones se crean con el desarrollo de la tendencia a la negación de la libre competencia y de la correspondiente formación de monopolios, que constituyen la relación económica capaz de concentrar y centralizar los recursos necesarios para conducir la gran industria capitalista a su nivel superior de desarrollo.*

Los primeros elementos científicos y técnicos de la gran industria habían comenzado a introducirse en el período manufacturero de desarrollo del capitalismo. Si en los albores de la Revolución Industrial, la tecnología se desarrollaba, en esencia, de forma paralela a un conocimiento científico que apenas iniciaba su institucionalización a través de academias y sociedades científicas, y no se veía influenciada por éste en sus resultados fundamentales,<sup>91</sup> en la época de consolidación del capitalismo de la libre competencia, *la ciencia comienza a jugar un papel auxiliar con respecto a la producción*. Es el período de tránsito del sistema de producción manufacturera a la gran producción maquinizada, que se inicia en Inglaterra y en otros países capitalistas europeos a partir del último tercio del siglo XVIII.

“En la manufactura —escribe Marx— la revolución operada en el régimen de producción tiene como punto de partida la *fuerza de trabajo*; en la gran industria, el *instrumento de trabajo*.”<sup>92</sup> La empresa capitalista manufacturera imprimió un impulso sustancial al

---

<sup>90</sup> Carlos Marx y Federico Engels. *Obras*, t. 46, parte 2, Editora estatal de literatura política, Moscú, 1963, p. 212 (en ruso).

<sup>91</sup> Ver: John D. Bernal. *Historia social de la ciencia. La ciencia en la Historia*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1986, pp. 372-373; y Paul Bairoch. *Revolución industrial y subdesarrollo*, Siglo XXI Editores, S. A., México D. F., 1967, pp. 12-25.

<sup>92</sup> Carlos Marx, *El Capital*, t. 1, ed. cit., p. 324. “En la manufactura —precisa Marx—, la división y articulación del proceso social de trabajo es *puramente subjetiva*, una simple *combinación* de obreros

desarrollo de la productividad en virtud del cambio fundamental operado en la *cualidad de la fuerza de trabajo*. A diferencia de la cooperación capitalista simple, que supone la concentración de obreros asalariados que ejecutan un trabajo homogéneo bajo el mando del capitalista, el sistema manufacturero, sin provocar cambio sustancial alguno en los instrumentos de trabajo, logra potenciar la productividad como consecuencia de una profundización de la división del trabajo en el taller y de la especialización de los obreros. El desarrollo de la productividad, en este caso, va de la mano de la fragmentación del trabajo en un conjunto de funciones productivas, vinculadas entre sí, pero relativamente independientes. Con el advenimiento de la manufactura, el trabajador se convierte en un obrero parcial, portador de una fuerza de trabajo desarrollada de forma unilateral en relación con el proceso de trabajo íntegro en el taller.

La consolidación de la gran industria en las postrimerías del siglo XVIII, en cambio, supone una revolución en los medios de producción, en particular, en los medios de trabajo. Según Marx, el fundamento tecnológico de la Revolución Industrial fue la invención de la máquina-herramienta (o máquina de trabajo)<sup>93</sup>, que resultó capaz de suplir el trabajo directo del obrero, realizado con los más diversos instrumentos artesanales, por un engranaje mecánico único y permitió aumentar en cuarenta veces la productividad del trabajo en Inglaterra. Sólo sobre sus cimientos fue posible asentar la gran producción maquinizada y la gran industria, base del naciente capitalismo que cumpliría la misión de demoler la vieja manufactura. Con relación al capitalismo manufacturero, tiene lugar un salto cualitativo, centrado en el desarrollo de la técnica maquinizada: “el *número* de herramientas con que puede funcionar simultáneamente la misma máquina de trabajo salta desde el primer instante esa barrera orgánica que se alza ante el trabajo manual del obrero.”<sup>94</sup> En cambio, parciales; en el sistema basado en la maquinaria, la gran industria posee un organismo perfectamente *objetivo* de producción con que el obrero se *encuentra* como una condición material de producción lista y acabada.” *Ibid.*, p. 338.

<sup>93</sup> “La máquina de que arranca la revolución industrial sustituye al obrero que maneja una sola herramienta por un mecanismo que opera con una *masa* de herramientas iguales o parecidas a la vez y movida por una sola fuerza motriz, cualquiera que sea la forma de ésta. En esto consiste la *máquina*, con la que nos encontramos aquí como elemento simple de la producción maquinizada.” *Ibid.*, p. 328.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 326. En otro lugar leemos: “La máquina ya no tiene nada de común con el instrumento de trabajo individual. Se distingue enteramente de la herramienta que trasmite la actividad del trabajador al objeto. En efecto, la actividad se manifiesta más bien como el único acto de la máquina, supervisando el obrero la acción transmitida por la máquina a las materias primas y asegurando su buen funcionamiento. Con la herramienta sucedía todo lo contrario: el trabajador la animaba con su arte y habilidad propios, pues el manejo del

este último no experimenta cambio cualitativo alguno, a pesar de las significativas modificaciones que en él se verifican. La máquina herramienta sustituye el trabajo del hombre como fuerza física acoplada con la herramienta en un sistema único; en otros términos, sustituye el trabajo manual por el trabajo mecanizado, con lo cual acentúa la tendencia a la fragmentación del trabajo. El obrero se convierte en un simple accesorio o, según la conocida expresión, en un apéndice de la máquina, que apenas vigila su funcionamiento, corrige sus errores, cada vez más esporádicos y, en ocasiones, sirve de fuerza motriz. Con relación a la fuerza de trabajo, nos hallamos ante el desarrollo cuantitativo de una misma cualidad.

Ahora bien, “al convertirse en maquinaria —constata Marx—, los instrumentos de trabajo adquieren una modalidad material de existencia que exige la sustitución de la fuerza humana por las fuerzas de la naturaleza y de la rutina nacida de la experiencia por una aplicación consciente de las ciencias naturales.”<sup>95</sup> La gran industria sienta las bases materiales y técnicas del capitalismo y transforma la ciencia en una fuerza productiva directa del capital, en una *función productiva* integrada orgánicamente al proceso de producción capitalista.

Si el proceso de producción se convierte en esfera de aplicación de la ciencia, la ciencia, por el contrario, se convierte en un factor, en una función, por así decirlo, del proceso de producción. (...) Por primera vez, el modo de producción capitalista coloca las ciencias naturales al servicio del proceso de producción directo, en tanto que, desde el ángulo opuesto, el desarrollo de la producción ofrece los medios para la conquista teórica de la naturaleza.<sup>96</sup>

---

instrumento dependía de su virtuosidad. En cambio, la máquina, que posee habilidad y fuerza en lugar del obrero, es ella misma en adelante la virtuosa, pues las leyes de la mecánica que obran en ella la han dotado de un alma. Para estar en movimiento constante, debe consumir por ejemplo carbón y aceite (materias instrumentales), de la misma manera que el obrero consume productos alimenticios.” Carlos Marx. *Fundamentos de la crítica de la Economía Política*, t. 2, ed. cit., p. 185.

<sup>95</sup> Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., p. 338.

<sup>96</sup> “De la herencia manuscrita de Carlos Marx”, *Kommunist*, 1958, No. 7, p. 22 (en ruso). “El conjunto del proceso de producción no está entonces subordinado a la habilidad del obrero; se ha convertido en una aplicación tecnológica de la ciencia.” Carlos Marx. *Fundamentos de la crítica de la Economía Política*, t. 2, ed. cit., p. 187.

En otros términos, con el desarrollo de la gran industria, la producción capitalista va convirtiéndose paulatinamente en un proceso de objetivación del conocimiento científico, en ciencia objetivada, se transforma de trabajo simple en un proceso científico.<sup>97</sup> En estas condiciones, la ciencia deviene en “la forma más sólida de la riqueza”, en producto y productora de riqueza, en “riqueza a la vez ideal y práctica”, en “un aspecto y una forma del desarrollo de las fuerzas productivas humanas, es decir de la riqueza”.<sup>98</sup> Más aún,

a medida que la gran industria se desarrolla, la creación de riquezas depende cada vez menos del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo utilizado, y cada vez más de la potencia de los agente mecánicos que son puestos en movimiento durante la duración del trabajo. La enorme eficiencia de estos agentes no tiene, a su vez, relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción. Depende más bien del nivel general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción.<sup>99</sup>

Ante todo, son razones económicas las que impulsan este proceso de imbricación de la ciencia con el régimen de producción maquinizada, a saber, la perspectiva objetiva de un considerable incremento de la productividad del trabajo y, como consecuencia, de las ganancias capitalistas: el espacio y los límites de la introducción de técnica maquinizada por el capitalista están determinados de forma rígida por su capacidad de acortar el tiempo de trabajo necesario del obrero y, por consiguiente, de alargar el tiempo de trabajo adicional. Con palabras de Marx, la apropiación del trabajo vivo por el capital adquiere en la maquinaria “una realidad inmediata”. Lo que permite a las máquinas ejecutar el mismo trabajo que antes efectuaba el obrero es la aplicación al proceso productivo de leyes naturales puestas al descubierto por la ciencia. En estas circunstancias, las invenciones e innovaciones tecnológicas se convierten en una rama de la actividad económica y la

---

<sup>97</sup> Ver: Carlos Marx. *Fundamentos de la crítica de la Economía Política*, t. 1, ed. cit., p. 188. “Con el desarrollo del régimen fabril y la transformación de la agricultura, que este régimen lleva aparejada —escribe Marx en *El Capital*—, no sólo se extiende la *escala de la producción en todas las demás ramas industriales*, sino que *cambia también su carácter*. El principio de la industria mecanizada, consistente en analizar el proceso de producción en las fases que la integran, y en resolver los problemas así planteados por la aplicación de la mecánica, la química, etc., es decir, de las ciencias naturales, da el tono en todas las industrias.” Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., p. 412.

<sup>98</sup> Carlos Marx. *Fundamentos de la crítica de la Economía Política*, t. 1, ed. cit., p. 36.

<sup>99</sup> *Ibid.*, t. 2, p. 192.

aplicación de la ciencia a la producción se torna en un criterio que determina e incita a ésta.<sup>100</sup>

El conocimiento necesario para la producción —siempre vital y decisivo en todo modo de producción—, hasta entonces entrelazado de forma directa con el proceso de trabajo y transmitido celosamente de una generación a otra de productores, comienza a desligarse de aquél y deviene en una forma específica de actividad productiva, en una profesión particular, en el proceso y el producto del trabajo especializado de destacamentos peculiares de asalariados del capital, a saber, científicos e ingenieros, poseedores de una mercancía que, en lo adelante y de manera cada vez más acentuada, despertará la codicia del capital: su fuerza de trabajo compleja. La ciencia, así, comienza a perder el carácter esotérico que la había caracterizado desde sus albores, abandona los salones aristocráticos en los que, bajo el nombre de academias o sociedades científicas, la habían recluido hasta entonces las clases dominantes en la sociedad, y se transforma en una premisa y en un producto del desarrollo industrial capitalista. Ya no bastan al proceso de valorización del capital las fórmulas y prescripciones tradicionales para la navegación, la fundición de metales, la elaboración del vino, el curtido de la piel o el hilado de seda; no bastan tampoco el conocimiento ancestral de las fuerzas naturales —y de la propia fuerza física del trabajador— que pueden ser empleadas como fuentes de energía en el proceso productivo. El hambre de plusvalía del capital industrial hace necesario el conocimiento más exacto posible de las *leyes de la naturaleza* en toda su riqueza y diversidad, con vistas a convertirlo, a través del sistema de máquinas, en un momento orgánico del proceso de valorización del capital. En lo adelante, el sistema maquinizado sólo podría desarrollarse en virtud de la asimilación y la acumulación capitalista del conocimiento científico, contrapuesto al trabajador como una fuerza ajena y hostil. En la sociedad capitalista, escribe Marx, “la ciencia y sus aplicaciones se separan realmente del arte del trabajador aislado y se su conocimiento del asunto, y aunque éstos —si seguimos sus huellas hasta su propia fuente— constituyen también productos del trabajo, dondequiera que entren en el proceso de trabajo, se presentan como insertados en la composición del capital.”<sup>101</sup>

---

<sup>100</sup> Ver: *Ibid.*, pp. 191-192.

<sup>101</sup> Carlos Marx y Federico Engels. *Obras*, t. 26, parte 1, Editora estatal de literatura política, Moscú, 1960, p. 399 (en ruso). “La actividad del obrero, reducida a una pura abstracción, está determinada en todo sentido por



De esta forma comienza a consolidarse una nueva cualidad en el desarrollo de las fuerzas productivas sociales: la ciencia se convierte en un momento necesario del proceso de producción capitalista, en una forma específica de movimiento del capital, destinada a garantizar su valorización a través del incremento de la productividad del trabajo. “...*En la máquina*, la propia ciencia realizada se contrapone a los obreros en calidad de *capital*.”<sup>102</sup> El *capital fijo*, es decir, el capital invertido en la adquisición de medios de trabajo “es el *monstruo animado que materializa el pensamiento científico* y domina prácticamente todo el proceso” de producción;<sup>103</sup> la máquina constituye su forma más adecuada de existencia como valor de uso en el proceso productivo. En estas condiciones, “la acumulación del saber, de la habilidad, así como de todas las fuerzas productivas generales del cerebro social son (...) absorbidas en el capital que se opone al trabajo: aparecen en adelante como una propiedad del capital, o más exactamente del *capital fijo*, en la medida en que entra en el proceso de trabajo como un medio de producción efectivo.”<sup>104</sup> Incluso desde el punto de vista de su valor de uso, la máquina se presenta como un modo peculiar de existencia del capital fijo, determinado por la totalidad del proceso de producción capitalista. El desarrollo de este capital deviene en el índice fundamental del grado de desarrollo de la gran industria capitalista, del grado en que la ciencia y, en general, el saber, son convertidos en fuerzas productivas sociales, e indica “hasta qué punto las condiciones del proceso vital de la sociedad son sometidas al control del conocimiento general y llevan su sello; hasta qué punto las fuerzas productivas sociales no son producidas únicamente bajo la forma del saber, sino también como órganos inmediatos de la praxis social, del proceso vital real.”<sup>105</sup>

---

el movimiento de conjunto de las máquinas; lo inverso ya no es el caso. La ciencia obliga, como resultado de su construcción, a los elementos inanimados de la máquina a funcionar como autómatas útiles. Esta ciencia no existe ya en el cerebro de los trabajadores: a través de la máquina, obra más bien sobre ellos como una fuerza extraña, como la potencia misma de la máquina.” Carlos Marx. *Fundamentos de la crítica de la Economía Política*, t. 2, ed. cit., p. 185.

<sup>102</sup> Carlos Marx y Federico Engels. *Obras*, t. 26, parte 1, ed. cit., p. 399.

<sup>103</sup> Carlos Marx. *Fundamentos de la crítica de la Economía Política*, ed. cit., t. 1, p. 360. “...La fuerza productiva social del trabajo —precisa Marx— se manifiesta, en el *capital fijo*, como una propiedad inherente al capital. Ella engloba tanto las fuerzas científicas como la asociación de las fuerzas productivas sociales en el seno del proceso de producción, y a fin de cuentas la destreza extraída del trabajo inmediato y traspuesta en la máquina, en la fuerza productiva en potencia.” *Ibid.*, t. 2, p. 203.

<sup>104</sup> *Ibid.*, pp. 186-187.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 194.

La separación definitiva de las potencias intelectuales (científicas) del proceso de producción y su subordinación a las necesidades de acrecentamiento del capital, se verifica cuando esta concentración adquiere la forma de monopolio, es decir, con el advenimiento del imperialismo. En otros términos, al consolidarse el monopolio como relación económica determinante del desarrollo capitalista, tiene lugar la consumación del proceso, iniciado con el desarrollo de la gran producción industrial, de diferenciación de las potencias espirituales del proceso productivo o, lo que es lo mismo, de desarrollo de la fuerza productiva intelectual del trabajo como una fuerza extraña al propio trabajo, a saber, como conocimiento científico producido por y al servicio del capital, fuera de la comprensión y el alcance del trabajador directo. Ingenieros, técnicos, obreros, personal auxiliar, que hasta entonces ocupaban un lugar determinado en el proceso de producción material directa, comienzan a ocuparse de producir ideas científicas aptas para convertirse en tecnología e impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. La oligarquía financiera incorpora la investigación científica y el desarrollo de nuevas tecnologías como un momento particular y necesario del movimiento del capital monopolista. La ciencia se convierte en *la principal* fuerza productiva del capital. Es el monopolio el que realiza esta conversión, a través de la creación de laboratorios en las industrias destinados a producir conocimientos capaces de devenir en fuerzas productivas. En las condiciones del capitalismo monopolista, el monopolio del conocimiento científico se pone en función de acrecentar las ganancias de los monopolios; y la tecnología se presenta como ciencia producida y materializada en calidad de fuerza productiva del capital monopolista.

En la época clásica del capitalismo de la libre concurrencia, el capital no invierte aún en la obtención de conocimientos científicos.<sup>106</sup> En cambio, el desarrollo del proceso de

---

<sup>106</sup> “...Las fuerzas productivas que brotan de la cooperación y de la división del trabajo —subraya Marx— no le cuestan nada al capital. Son *fuerzas naturales del trabajo social*. Tampoco cuestan nada las fuerzas naturales de que se apropia para los procesos productivos: el vapor, el agua, etc. Y lo mismo que con las fuerzas naturales, acontece con la ciencia. Una vez descubierta, la ley sobre las desviaciones de la aguja magnética dentro del radio de acción de la corriente eléctrica (...) no cuesta un céntimo. (...) La ciencia no le cuesta al capitalista absolutamente “nada”, pero ello no impide que la explote. El capital se apropia la ciencia “ajena”, ni más ni menos que se apropia del trabajo de los demás. Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., pp. 338-339. ¿Qué costaba entonces al capital? La aplicación tecnológica del conocimiento científico. “...Así como necesita un pulmón para respirar, el hombre, para poder consumir productivamente las fuerzas de la naturaleza, necesita también algún artefacto “hecho por su mano”. (...) Para poder explotar estas leyes [las leyes descubiertas por la ciencia —los autores] al servicio de la telegrafía, etc., hace falta un aparato complicado y costosísimo.” *Ibid.*, p. 338.

concentración del capital monopolista exige que una parte creciente del capital se invierta en la investigación científica y en sus aplicaciones tecnológicas.<sup>107</sup> Las inversiones en investigaciones científicas y desarrollo de nuevas tecnologías (I + D), presentadas con frecuencia en la literatura como independientes de las determinaciones del capital o como vinculadas con él de forma externa, constituyen inversiones en las fuerzas productivas del capital, y por consiguiente, se insertan plenamente en su fórmula general:  $D - M - D'$ . Se trata de un momento, como cualquier otro —el transporte, la agricultura o el comercio— en el proceso de valorización capitalista: considerado desde el ángulo de su composición en valor, el capital invertido en I + D se desdobra en capital variable (es decir, invertido en la fuerza de trabajo del científico y el ingeniero, en una peculiar fuerza de trabajo compleja) y en capital constante (invertido en el equipamiento para la investigación). En otros términos, la inversión en la fuerza de trabajo de los científicos e ingenieros se presenta como una parte de la inversión en fuerza de trabajo; a su vez, la inversión en equipamiento para la investigación constituye una parte de la inversión en medios de producción.

La constatación del crecimiento galopante de la inversión de capital en el desarrollo de la ciencia y la tecnología desde comienzos de siglo constituye un hecho trivial en nuestros días. Lo que no resulta en modo alguno trivial es la comprensión del carácter monopolista de este proceso y de sus consecuencias para el modo de producción capitalista en su conjunto y para el sistema de relaciones económicas internacionales en el que aquél constituye la forma dominante. Justamente la creciente concentración de la propiedad y la producción es lo que permite sustituir paso a paso el trabajo manual por el trabajo maquinizado —incluido el automatizado— en las funciones decisivas del proceso productivo, invertir cantidades colosales de capital en el desarrollo de nuevas tecnologías y

---

<sup>107</sup> “Los primeros laboratorios de investigación radicados en las industrias surgen en el encuentro de los dos siglos: la General Electric lo funda en 1890 y la Kodak en 1893. Es a fines del siglo XIX que la ciencia, especialmente la química, empieza a tener una relación sistemática con la industria, sobre todo a través de la fabricación de tintes, en Alemania. En la primera década del siglo XX los laboratorios de la General Electric y American Telephone and Telegraph (ATT) dejaron de hacer trabajos de rutina y se convirtieron en laboratorios dedicados a tareas de investigación y desarrollo (Sánchez Ron, 1995). La General Electric (G. E.) se dedicó a hacer lámparas de wolframio y ATT a desarrollar nuevas lámparas de vacío. El resultado fue ejemplar: en 1914 la G. E. Pasó a dominar el 71% del mercado (antes tenía el 25%). La ATT creció en su plantilla de trabajadores de laboratorio de 23 a 106 entre 1913 y 1916; en igual período su presupuesto pasó de 71000 USD a 249000 USD. Este ‘efecto demostración’ condujo a que veinte años después 500 empresas norteamericanas tuvieran centros de investigación”. Jorge Nuñez Jover. *Conocimiento, educación y sociedad*, Universidad de La Habana, 1998, p. 5 (inédito).

garantizar la exclusividad de su uso, poner al servicio del capital contingentes de científicos e ingenieros especializados en la creación de nuevos procedimientos productivos y en la experimentación de las innovaciones técnicas.

A partir de mediados de los años cuarenta, con la aceleración del proceso de transnacionalización del capitalismo monopolista de Estado, la ciencia y la tecnología de punta se consolidan de manera definitiva como *fuerzas productivas del capital transnacional*. Lo que caracteriza la “nueva era” de la ciencia es su monopolización por parte de las corporaciones transnacionales, su conversión en tecnología monopolizada por estas corporaciones, en un sector (o esfera) de la actividad industrial de los monopolios transnacionales, en un momento necesario del proceso de transnacionalización. La transnacionalización del monopolio hace que éste se convierta en el principal productor de conocimiento científico. Las inversiones en investigaciones científicas y desarrollo de nuevas tecnologías (I + D) devienen en una esfera de la actividad industrial de los monopolios transnacionales. La concentración monopolista del capital transnacional es el factor determinante del desarrollo —y del freno a este desarrollo— de las fuerzas productivas en la sociedad capitalista contemporánea. Con otras palabras, en la actualidad, el desarrollo de las fuerzas productivas constituye un producto de la concentración del capital transnacional, que eleva la inversión en la fuerza de trabajo de los científicos e ingenieros y en equipamiento para la investigación hasta magnitudes de dinero hasta entonces inconcebibles.

La apropiación por parte de la oligarquía financiera de la maquinaria del Estado capitalista, crea las bases para la utilización de sus enormes recursos en el desarrollo de la ciencia y la tecnología en beneficio exclusivo de los monopolios. Este proceso —que avanzó con lentitud hasta el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial— recibió un impulso colosal durante el período de posguerra, en virtud de la reconstrucción de Europa Occidental y Japón, y del incremento de la competencia entre el capitalismo y el naciente sistema de países socialistas, con particular énfasis en la esfera militar.<sup>108</sup> La carrera

---

<sup>108</sup> “En 1916 aparecen el National Research Council (NRC) en EUA y Canadá y el Department of Industrial Research en Gran Bretaña. En 1923 se crea el Consiglio Nazionale delle Ricerche de Italia y así sucesivamente en otros países. Este dato es importante para comprender los inicios de lo que poco a poco se convertiría en uno de los motores primordiales del desarrollo científico y tecnológico del siglo XX: la intervención gubernamental.” “También después de la I Guerra Mundial se crearon en muchos países

armamentista desatada por el imperialismo funcionó como un poderoso estímulo a la concentración de gastos en el llamado complejo militar industrial, convertido desde entonces en el lugar obligado para la reposición del capital fijo de los monopolios,<sup>109</sup> y en la “locomotora” de la economía de la principal potencia imperialista del planeta: los Estados Unidos de América.”<sup>110</sup> La industria bélica norteamericana se convierte en el sector de punta del capitalismo transnacional, en el gran centro de concentración de las fuerzas productivas, en el foco irradiador de aquellas fuerzas productivas que pueden incrementar la ganancia monopolista en la esfera civil, y en la aventura capitalista que produce más ganancias. En este sentido, la industria militar es el símbolo más genuino de la “nueva era”: no es sólo la más dinámica, sino constituye también la principal garantía del mantenimiento de las condiciones políticas de la dominación del capital financiero transnacional.

La fuerza gigante del Estado imperialista y de los monopolios, compelidos por la carrera armamentista y la competencia, crea una poderosa red en la que el potencial de desarrollo científico técnico de los monopolios y el de las agencias gubernamentales, se funde con el de las universidades y centros de investigación públicos y privados. En interés de los monopolios, el Estado imperialista juega el papel decisivo en la promoción de I + D, a través de diferentes modalidades de transferencia de recursos y garantías a la valorización del capital, tales como la cobertura de los costos de infraestructura básica, el financiamiento de la formación profesional en universidades y el desarrollo de proyectos en centros de investigación, la concesión de incentivos fiscales, las compras estatales, el otorgamiento de

---

capitalistas las primeras organizaciones gubernamentales para la difusión, coordinación y desarrollo de la investigación científica”. Jorge Nuñez Jover. *Op. cit.*, pp. 5-6. Precisamente esa intervención se consolidará alrededor de la Segunda Guerra Mundial y, en lo adelante, durante toda la llamada Guerra Fría.

<sup>109</sup> El surgimiento y desarrollo de la microelectrónica, por ejemplo, fue producto de las necesidades del complejo militar industrial del imperialismo —en particular, del Pentágono—, del desarrollo de la aeronáutica militar, las armas nucleares y otros sistemas de destrucción masiva. Sin embargo, por grande que sea la demanda de armamentos, sólo aquellas tecnologías que encuentran aplicación en la economía civil permiten una ampliación significativa de los mercados. Sólo una pequeña parte de las tecnologías implementadas en la industria militar pueden ser introducidas en gran escala en las esferas de la producción civil y los servicios.

<sup>110</sup> A partir de la segunda mitad de la década del cuarenta, la Unión Soviética no sólo emprende la reconstrucción y el desarrollo del naciente campo socialista, sino neutraliza la incomparable ventaja militar con la que el imperialismo concluye la Segunda Guerra Mundial, a saber, la posesión exclusiva del arma atómica. Sin embargo, a la URSS le faltaba aún construir vehículos portadores de largo alcance, capaces de llegar rápidamente al territorio de Estados Unidos. Por este motivo, el lanzamiento del Sputnik en 1957 —que ponía de manifiesto la capacidad soviética de desarrollar este tipo de tecnología— creó pánico en el mundo del capital.

contratos públicos, la preservación del control monopolista del mercado doméstico y el respaldo político, tanto en el plano nacional como internacional. Con un desarrollo científico y técnico en gran medida subsidiado y garantizado por el Estado y, una vez aseguradas las ganancias con el propio encargo estatal, los monopolios transnacionales amplían la utilización de las nuevas fuerzas productivas para abarcar segmentos más amplios del mercado. No hay sombra aquí de una “convergencia” de intereses gubernamentales, empresariales y académicos, con el supuesto objetivo de acelerar el desarrollo económico de las naciones capitalistas en general, mediante la integración, la difusión y la introducción de los nuevos conocimientos en la producción. La red propulsora de I + D en las potencias imperialistas constituye una evidencia de la subordinación del poder estatal, las universidades y los centros de investigación al poderío financiero de los monopolios transnacionales. Se produce, así, algo análogo a lo que los físicos llaman “efecto láser”: la emisión concentrada de radiaciones luminosas sobre un cristal de rubí origina una cualidad nueva en la luz, de extraordinaria intensidad. Sin la colosal concentración de recursos, instituciones y esfuerzos a través del rubí de los monopolios transnacionales y los Estados imperialistas, no hubiera sido posible alcanzar el nivel actual de desarrollo productivo. Como consecuencia, las fuerzas productivas recibieron un impulso que sobrepujo la capacidad de asimilación por parte de la forma que habían adquirido las relaciones capitalistas de producción en la posguerra. Ello se hizo evidente con el retorno de la amenaza de crisis de superproducción de mercancías en la década de los sesenta.

Así, pues, en su proceso de formación histórica, el monopolio transnacional arrastró el desarrollo de las fuerzas productivas hacia su forma actual y, por esta vía, creó nuevos medios para la valorización del capital. *La concentración y centralización de la producción de ciencia y tecnología en las industrias monopolistas auspiciadas por los Estados imperialistas deviene en un imperativo para el capital transnacional.* Este imperativo conduce a una lucha encarnizada entre las diferentes oligarquías financieras por el monopolio de la ciencia y la tecnología a escala transnacional, y en consecuencia, a su concentración monopolista sin precedentes. El *monopolio transnacional de la ciencia y la tecnología* (es decir, la concentración creciente de la producción, la distribución y la

realización de los conocimientos científicos y tecnológicos en los monopolios transnacionales) provoca una importante transformación en los *factores simples del proceso de trabajo* —la fuerza de trabajo, los instrumentos de trabajo y el objeto de trabajo— y en el *proceso de su organización* (en el proceso de trabajo concreto); da lugar a una transformación de la cooperación en la división del trabajo y a una redistribución transnacional de los medios de producción (los llamados procesos de “relocalización” y “dislocación” de los procesos productivos); contribuye a la modificación de la estructura profesional y ramal de la industria; provoca una aceleración en el crecimiento de la desproporción de la productividad del trabajo en los diferentes tipos de la economía mundial, y ejerce una influencia, decisiva en muchos casos, sobre todos los aspectos de la vida social, incluida la cultura, la psicología, las relaciones entre la sociedad y la naturaleza y la comunicación social. Se trata de un proceso de desarrollo desmedido de las fuerzas productivas que sacude desde sus cimientos todo el conjunto de las relaciones capitalistas de producción. En apariencia, el ostensible salto que se verifica en este desarrollo se deriva del agotamiento *per se* del llamado paradigma de la electromecánica y su sustitución por el llamado nuevo paradigma informatizado. En esencia, de lo que se trata es de que *el colosal poder económico, político, militar y científico tecnológico del nuevo capital financiero transnacional ha creado nuevas fuerzas productivas, cualitativamente superiores a las fuerzas productivas en las que se sustentó el capitalismo monopolista de Estado nacional. Es decir, no sólo el monopolio transita hacia una nueva forma de su desarrollo, sino el modo de producción en su totalidad.*

No cabe duda de que en virtud de su enorme potencial económico, y espoleados por la competencia y el afán de plusvalía extraordinaria, *los monopolios contribuyen de manera poderosa al desarrollo de las fuerzas productivas*. El monopolio —escribe Lenin— “garantiza beneficios gigantescos y conduce a la creación de unidades técnicas de producción de proporciones inmensas.”<sup>111</sup> Su superioridad sobre las empresas capitalistas

---

<sup>111</sup> Vladimir Ilich Lenin. “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, *ed cit.*, p. 333. Otro tanto puede decirse de los grandes bancos, característicos del período imperialista de desarrollo del capitalismo. “Es evidente que, disponiendo como disponen de miles de millones, los grandes bancos pueden también hacer avanzar el progreso técnico valiéndose de medios incomparablemente superiores. Los bancos crean, por ejemplo, sociedades especiales de investigación técnica, de cuyos resultados se aprovechan, naturalmente, sólo las empresas industriales “amigas”. Entre ellas figuran la Sociedad para el Estudio del Problema de los Ferrocarriles Eléctricos, la Oficina Central de Investigaciones Científicas y Técnicas, etc.” *Ibid.*, pp. 357-358.

no monopolistas descansa, en considerable medida, en su superioridad científico-tecnológica, en su capacidad de invertir colosales sumas de capital en la sustitución del trabajo manual del obrero por el trabajo mecánico y automático, en comprar la mano de obra compleja y cara de los mejores científicos e ingenieros y dedicarla a tiempo completo al perfeccionamiento técnico, a la invención y experimentación de nuevas tecnologías.

Del proceso de mecanización y semiautomatización de la industria, característico de etapas anteriores, se avanza en determinadas ramas hacia la automatización plena, con lo cual se crean las condiciones necesarias para transformar de raíz todo el proceso de producción capitalista, tanto en su carácter de proceso de valorización, como en su carácter de proceso de trabajo. Al mismo tiempo, se produce una transformación sustancial en los medios de trabajo, condicionada, ante todo, por la utilización de novedosas tecnologías de la información, la ingeniería genética y las nuevas fuentes de energía, que potencian la productividad como nunca antes. Con respecto al objeto de trabajo, se verifica una tendencia a la reducción del volumen de las materias primas y los materiales auxiliares de reserva, incluida la llamada miniaturización, que reduce cuantiosamente el consumo material por unidad de producto (lo cual ha sido denominado con el término peregrino de “desmaterialización”) y, por consiguiente, del tiempo de producción de los medios de producción. La revolución asociada a la utilización de nuevas materias primas (“nuevos materiales”) produce un fuerte impacto en la división internacional del trabajo y disminuye la importancia económica de ramas y países enteros.<sup>112</sup> Ello constituye el fundamento real sobre el cual se erige el mito del fin de la dependencia del hombre con respecto a las materias primas e, incluso, a la tierra en general.

---

<sup>112</sup> Como es conocido, la sustitución de materias primas tiene un efecto muy negativo para los países subdesarrollados, pues disminuye considerablemente su peso específico en la economía mundial. “Más del 60% de los ingresos por exportaciones de los países subdesarrollados —escribe Fidel Castro—, proceden de la comercialización de productos básicos. A ellos les corresponde la peor suerte en el comercio internacional (...) Si se considera que los países del Tercer Mundo con significativas exportaciones de manufacturas son unos pocos (no más de 10) y que los exportadores de petróleo también constituyen un grupo reducido, aparece con nitidez la imagen económica de unos 100 países subdesarrollados que dependen principalmente de las exportaciones de productos básicos (...) En América Latina, la región más industrializada del Tercer Mundo, las exportaciones de productos básicos alcanzan casi el 50% de las exportaciones totales. Si se excluye a los países exportadores de petróleo, la participación de los productos básicos alcanza alrededor del 80% del total de las exportaciones regionales (...) Numerosos estudios han puesto de manifiesto cómo (...) la sustitución de productos básicos naturales por productos sintéticos (...) constituye una permanente amenaza para nuestras economías “. Fidel Castro Ruz, op. cit., 60-61.



La gran industria concentrada en el espacio cede lugar a la industria transnacional, que, a través de la producción flexible y la relocalización industrial, opera una transformación de la cooperación en la división del trabajo hasta el nivel de empresa, brigada y puesto de trabajo. Como consecuencia de las innovaciones tecnológicas que tienen lugar en la organización de la producción, el proceso de trabajo sufre significativas modificaciones en el interior de las empresas capitalistas, de los ciclos de producción e, incluso, en la rotación global del capital. Los procesos productivos se intensifican en virtud de su organización científica, sobre todo en las industrias del capital monopolista transnacional (aunque también lo hacen en las del capital no monopolista que funciona en dinero mundial). Es esto lo que se ha dado en llamar reconversión —o modernización— industrial.

No son pocas las implicaciones productivas de estos procesos impulsados por el monopolio transnacional. En primer lugar, la formación de una unidad técnica transnacional y el establecimiento de una proporcionalidad interna de los medios de producción que la integran, permiten el acortamiento del período de trabajo, mediante la racionalización de los actos de producción. En segundo lugar, se acorta el exceso de tiempo de producción en general con relación al tiempo de trabajo, es decir, se reduce el tiempo durante el cual el capital figura como capital productivo (el tiempo de permanencia de los medios de producción en calidad de reserva productiva, el período de trabajo, el tiempo de interrupciones en el trabajo, y el tiempo en que los objetos de trabajo son sometidos a la influencia de procesos naturales o artificiales). Esta reducción del tiempo de producción permite acelerar la rotación del capital y, con ello, elevar la eficiencia en la utilización de los medios de producción y de la fuerza de trabajo. En tercer lugar, las fuerzas productivas del capitalismo monopolista transnacional contribuyen a satisfacer la tendencia del capital a la reducción del tiempo de circulación. En particular, el desarrollo de la informatización permite hacer radiografías de los mercados, de sus locaciones y segmentos, lo cual, por una parte, disminuye el tiempo de venta (que consume la mayor parte del tiempo de circulación) y, por otra, reduce la producción a “lo vendible”, con la consecuente disminución de las dilaciones comerciales que provocan las mercancías invendibles. En cuarto lugar, se verifica una disminución del despilfarro de las fuerzas productivas *de los capitales individuales* en su proceso de producción, en virtud del perfeccionamiento de la proyección,

el diseño y la simulación de procesos, del establecimiento de una optimización de la proporcionalidad técnica entre los medios de producción y la fuerza de trabajo, y del control automático de los procesos productivos. Anotemos, sin embargo, que el trabajo que el capital individual logra ahorrar con la informatización de su proceso de producción *lo despilfarra la sociedad* con creces en gastos de promoción y competencia, en parasitismo institucional, en inversiones en la esfera militar, en consumos enajenantes y en corrupción. En quinto lugar, el monopolio del desarrollo de las fuerzas productivas da lugar a un proceso de transnacionalización de la plusvalía extraordinaria, es decir, de la plusvalía que se obtiene como resultado de una productividad del trabajo superior a la media social. Por último, en sexto lugar, la informatización permite la creación de un nuevo soporte material del dinero: el soporte electrónico, que agiliza de manera extraordinaria las operaciones financieras y facilita la conversión de la especulación en la forma dominante de la reproducción del capital. Al mismo tiempo, contribuye al perfeccionamiento de la contabilidad, a la disminución de los gastos de almacenamiento y a la reducción de las mediaciones burocráticas del proceso productivo.

Así las cosas, el *monopolio de la ciencia y la tecnología* (no estas últimas por sí mismas) ha sido uno de los instrumentos fundamentales con cuyo concurso el capital financiero ha logrado ir posponiendo la solución violenta de sus contradicciones, y establecer nuevas formas de dominación. *Este es el lado más visible del asunto*. Si nos atuviésemos a esta apreciación, cierta pero unilateral, parecería que sólo un selenita podría intentar reivindicar la célebre tesis del marxismo clásico, según la cual, desde mediados del siglo XIX, las relaciones capitalistas de producción constituyen un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas que albergan en su seno. Sin embargo, como demuestra Lenin, el imperio de los monopolios no sólo promueve el desarrollo de las fuerzas productivas, sino también provoca el estancamiento de este desarrollo:

En la medida en que se fijan, aunque sea temporalmente, precios monopolistas, desaparecen hasta cierto punto las causas estimulantes del progreso técnico y, por consiguiente, de todo progreso, de todo avance, surgiendo así, además, la posibilidad *económica* de contener artificialmente el progreso técnico. (...) Desde luego, la posibilidad de disminuir los gastos de producción y de aumentar los

beneficios, haciendo mejoras técnicas, obra a favor de las modificaciones. Pero *la tendencia* al estancamiento y a la descomposición, inherente al monopolio, sigue obrando a su vez; y en ciertas ramas de la industria y en ciertos países hay períodos en que llega a imponerse.<sup>113</sup>

Lejos de lo que puede parecer a primera vista, el capitalismo monopolista potencia la tendencia, immanente a todo capitalismo, a poner límites rígidos a la utilización de la maquinaria y, en general, a la sustitución de la fuerza de trabajo directa del obrero por tecnología.<sup>114</sup> El doble —y contradictorio— carácter del monopolio con relación a las fuerzas productivas tiene una explicación sencilla. El monopolio está colocado entre la espada y la pared. *El estancamiento del desarrollo de las fuerzas productivas le impediría cumplir con su principal cometido, garantizar la reproducción ampliada del capital: por esta razón, se ve obligado a desarrollarlas de forma constante. Sin embargo, el desarrollo*

---

<sup>113</sup> Vladimir Ilich Lenin. “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, *ed. cit.*, p. 417.

<sup>114</sup> Esta tendencia es inherente al modo capitalista de producción en su conjunto: “Considerada exclusivamente como *medio de abaratamiento del producto*, el límite de aplicación de la maquinaria reside allí donde su propia producción cuesta menos trabajo que el trabajo que su empleo viene a suplir. Sin embargo, para el *capital*, este límite es más estricto. Como el capital no paga el *trabajo invertido*, sino el valor de la fuerza de trabajo aplicada, para él el empleo de la maquinaria tiene su límite en la *diferencia entre el valor de la máquina y el valor de la fuerza de trabajo suplida por ella*. Como la división de la jornada de trabajo en trabajo necesario y trabajo excedente varía en los distintos países y, dentro de cada país, en las distintas épocas o según las distintas ramas industriales, dentro de cada época; y como, además, el salario real del obrero oscila, siendo unas veces inferior y otras veces superior al valor de su fuerza de trabajo, *la diferencia entre el precio de la maquinaria y el precio de la fuerza de trabajo suplida por ella* puede variar considerablemente, aun cuando *la diferencia entre la cantidad de trabajo necesaria para producir la máquina y la cantidad global de trabajo suplida por éste sea la misma*. Ahora bien, es la primera diferencia, exclusivamente, la que determina el costo de producción de la mercancía *para* el propio capitalista y la que actúa sobre él, mediante las leyes coactivas de la concurrencia. (...) Así se explica que hoy se produzcan en Inglaterra máquinas que sólo se emplean en Norteamérica, del mismo modo que Alemania inventó, en los siglos XVI y XVII, máquinas que sólo tenían salida en Holanda y que Francia, en el siglo XVIII, aportó ciertos inventos explotados solamente en Inglaterra. En países desarrollados ya de antiguo, la aplicación de las máquinas a ciertas ramas industriales provoca en otras ramas una superabundancia tal de trabajo (*redundancy of labour*, la llama Ricardo), que, al descender el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo, *impide* el uso de maquinaria en estas industrias, llegando incluso, no pocas veces, a hacerlo *imposible*, desde el punto de vista del capital, ya que las ganancias de éste no provienen precisamente de la disminución de trabajo *aplicado*, sino de la del trabajo *retribuido*. (...) Los yanquis han inventado máquinas para picar piedra. Los ingleses no las utilizan porque al “desdichado” (...) que ejecuta este trabajo se le paga una parte tan insignificante de su labor, que la maquinaria no haría más que *encarecer* la producción para el capitalista. En Inglaterra se emplean todavía, de vez en cuando, por ejemplo, para sirgar los botes de los canales, *mujeres* en vez de caballos, porque el trabajo necesario para la producción de caballos y máquinas representa una cantidad matemáticamente dada y, en cambio, el sostenimiento de esas mujeres que forman parte de la población sobrante está por debajo de todos los cálculos. Por eso en ningún país del mundo se advierte un derroche más descarado de fuerza humana para trabajos ínfimos que en Inglaterra, que es el país de la maquinaria.” Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., pp. 343-346. Ver también: Carlos Marx. *Fundamentos de la crítica de la Economía Política*, t. 2, ed. cit., p. 189.

*de las fuerzas productivas agrava inevitablemente su contradicción con las relaciones capitalistas de producción, y ello le obliga a frenarlas.* En realidad, como potencias negadoras de la competencia, y atemorizados por la amenaza latente de superproducción de mercancías, *los monopolios frenan el desarrollo de las fuerzas productivas, a saber, limitan la producción de conocimientos científicos, obstaculizan la conversión de los conocimientos científicos producidos en nuevas tecnologías, y frenan la introducción de nuevas tecnologías en la producción.*<sup>115</sup> Este es el lado menos visible del asunto. En el desarrollo de esta contradicción, la tendencia esencial y dominante es la que conduce al freno del desarrollo de las fuerzas productivas e, incluso, a su estancamiento.

Cuando la ciencia y la tecnología se conciben como un objeto de investigación *válido por sí mismo*, la determinación monopolista de su desarrollo permanece a la sombra o se constata simplemente como un momento apendicular. Ello impide reparar en el poderoso freno que el sistema capitalista de producción representa para el desarrollo de las fuerzas productivas. Con otras palabras, en la relación contradictoria existente entre el desarrollo de los monopolios capitalistas y el desarrollo de las fuerzas productivas del capital, el determinismo tecnológico absolutiza uno de los dos momentos, sólo es capaz de revelar la esencia a través de la apariencia: la promoción del desarrollo de las fuerzas productivas. Constata un descubrimiento, una invención, una nueva tecnología, la introducción de un adelanto científico tecnológico. Sin embargo, resulta incapaz de reparar en la cantidad indeterminada de descubrimientos e invenciones posibles que no son realizados, en la cantidad indeterminada de descubrimientos científicos que no son convertidos en tecnología, en la cantidad indeterminada de innovaciones tecnológicas que no son introducidas en la producción. En esta ignorancia del carácter determinante de las relaciones de producción, en particular, del monopolio, sobre las fuerzas productivas del capital radica la raíz gnoseológica más profunda del determinismo tecnológico. Como resultado, el desarrollo de las fuerzas productivas se considera independiente de las relaciones de producción, de las leyes sociales; se le concibe exclusivamente como causa, y

---

<sup>115</sup> La aplicación industrial de los resultados de la investigación científica es muy puntual. Los monopolios cuentan en la actualidad con la posibilidad de automatizar la mayor parte de su planta productiva y, sin embargo, se resisten a hacerlo. Las leyes norteamericanas, por ejemplo, permiten monopolizar una patente (es decir, impedir su aplicación por una empresa distinta de la que ostenta el monopolio) durante diecisiete años, tiempo más que suficiente para que la correspondiente tecnología pierda todo su valor.

no como efecto. A la concentración monopolista del capital no se le concede fuerza explicativa sobre este proceso.

Apenas será necesario tomar en cuenta los llamados a “relativizar” el antagonismo existente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el capitalismo contemporáneo, sustentados en el argumento de que el propio capital está interesado en desarrollar la capacidad productiva del trabajo para incrementar la plusvalía obtenida y paliar sus contradicciones. Es incuestionable que el desarrollo científico y tecnológico contemporáneo es fruto de las necesidades de desarrollo del capital, pero también ha de estar fuera de duda que este desarrollo, la generalización de sus resultados y el despliegue del potencial productivo están hoy limitados por la forma específicamente capitalista en que tienen lugar. La simple comparación de los indicadores de crecimiento de la producción mundial con las potencialidades productivas que dormitan en el seno de las fuerzas productivas demuestra hasta qué punto estas últimas se encuentran prisioneras de las leyes del capital, mientras la gran mayoría de la humanidad encuentra crecientes dificultades para garantizar la reproducción más elemental de su vida material.

Si el freno al desarrollo de las fuerzas productivas no fuera la tendencia dominante del capitalismo monopolista, la superproducción de mercancías hubiera sido una constante de su desarrollo, con su colosal potencia destructiva para el capitalismo. Este freno se pone de manifiesto con peculiar claridad cuando se somete a análisis el ciclo y las fases del capital. Cada fase del capital —la fase dinero, la fase productiva y la fase mercantil— supone una transformación del valor de un estado a otro desde el punto de vista de las fuerzas productivas. En particular, el capital debe dar un salto mortal desde su forma dineraria a su forma productiva, convertirse en condiciones de producción, es decir, en fuerza de trabajo y medios de producción. Pero no siempre le resulta posible. La inversión de capital —o, en otros términos, la conversión del dinero en condiciones de producción— supone que aquél posea un nivel determinado de concentración, que exista en la forma de una determinada cantidad de dinero, con una cualidad determinada; supone, asimismo, que el capitalista tenga acceso a los medios de producción que necesita, y que encuentre garantías de que su capital se acrecentará. En otros términos, tanto el proceso de renovación tecnológica individual como el proceso de renovación tecnológica social dependen de factores sociales

identificables con facilidad: primero, el desarrollo o adquisición de una nueva tecnología requiere que el capitalista posea dinero; segundo, éste, como norma, debe ser dinero mundial (“moneda libremente convertible”); y, tercero, en la fase dinero-mercancía del movimiento del capital, preparatoria para el proceso de producción, la compra de la nueva tecnología depende de que el monopolio tecnológico lo permita y de las condiciones que éste establezca para su venta —de la cual se genera la *renta tecnológica*. Sin embargo, no todos los medios de producción están a disposición del capitalista en el mercado, pues, en virtud del monopolio, el dinero no se cambia libremente por tecnología; a su vez, el proceso de producción de tecnología depende de condiciones cada vez más rigurosas, y la que es producida no siempre es vendida, es decir, no se realiza en un mercado libre. Es ingenuo presentar la renovación tecnológica como un proceso independiente de los contratiempos a los que se enfrenta todo capital productivo. Cada día resulta más difícil para los capitales individuales, en particular, para los no monopolistas, encontrar una garantía de acrecentamiento en la esfera de la producción material.

La imposibilidad para el capital de liberar sus fuerzas productivas se pone de manifiesto igualmente cuando se considera la *creciente determinación negativa del mercado sobre la producción*. Se produce contra garantía de realización sobre la base del conocimiento, cada vez más fidedigno, de las posibilidades restringidas del mercado. Los “estudios de mercado” se convierten en una necesidad para la producción capitalista. Aunque es cierto que los resultados de estos estudios permiten al capital identificar un abanico de posibilidades productivas existentes, no menos cierto es que conducen a descartar un abanico todavía mayor de posibilidades. El ejemplo clásico de esta determinación del mercado sobre la producción es la llamada producción por encargo para mercado seguro, que constituye una barrera infranqueable para la expansión productiva. Pero, en general, las crecientes dificultades para la realización de la producción en el mercado provocan una subutilización crónica de la capacidad productiva de las empresas, que ya no sólo tiene lugar durante las crisis económicas. El monopolio del mercado impide utilizar plenamente las fuerzas productivas creadas. Las potencialidades de producción de la riqueza material están limitadas por las contradicciones de la reproducción capitalista.

Con fuerza análoga, el freno monopolista al desarrollo de las fuerzas productivas se pone de manifiesto en *la aceleración del proceso de desgaste moral o apreciativo de los medios de trabajo*, del capital fijo. En la actualidad, el envejecimiento tecnológico es ante todo de carácter moral. El vértigo de la competencia en los sectores más rentables de la economía apenas permite poner en funcionamiento determinados medios de producción, cuando ya es preciso sustituirlos. Son incontables las tecnologías sanas, productivas y eficientes que son echadas al basurero por los monopolios, sin parar mientes en su capacidad de crear valores de uso para miles de millones de hombres y mujeres. La pérdida de valor de estas tecnologías no se debe sólo a la elevación de la productividad del trabajo en las ramas que las producen, sino, ante todo, a la competencia intermonopolista y al hambre de plusvalía extraordinaria del capital. Se verifica aquí la misma lógica férrea que ha presidido el movimiento de la sociedad burguesa durante dos largos siglos: sólo tiene derecho a la existencia aquello que contribuye al autoacrecentamiento del capital, y sobre todo, aquello que no lo obstaculiza. A esta ley implacable no escapan siquiera las fuerzas productivas ya creadas.

El monopolio del desarrollo de las fuerzas productivas que ejerce un grupo reducido de empresas capitalistas —fundidas con los Estados nacionales de las principales potencias imperialistas—, implica con fuerza de ley el *monopolio del mercado de la ciencia y la tecnología*. En correspondencia con sus intereses, las empresas monopolistas sólo *venden* un número reducido de tecnologías —por lo general, subproductos del desarrollo científico tecnológico—, y lo hacen en condiciones muy duras y con todo tipo de restricciones para su uso, al tiempo que conservan la exclusividad de aquellas que necesitan para vencer en la competencia. Por otra parte, frente a la idea de que las agencias gubernamentales de ciencia y tecnología tienen como función difundir el conocimiento, es preciso insistir en que esta difusión se rige por parámetros muy estrictos, llamados a garantizar su control monopolista; en rigor, la difusión del conocimiento científico es mínima y se orienta, en lo fundamental, a microproyectos funcionales a la lógica del capitalismo monopolista transnacional. La monopolización de la ciencia y su conversión en la principal fuente de obtención de plusvalía extraordinaria han puesto límites precisos a la circulación del conocimiento científico, lo cual, al igual que en el caso de la tecnología, se pone de relieve con fuerza

peculiar cuando apreciamos las restricciones a la comercialización del nuevo conocimiento (que, en la mayoría de los casos, ni siquiera alcanza el *status* de mercancía, simplemente permanece como un producto para el autoconsumo de los monopolios que lo producen) y, sobre todo, cuando se considera que la vanguardia de la producción científica es el complejo militar industrial del imperialismo, en el cual, por razones obvias, tiene lugar un movimiento cautivo de las fuerzas productivas. No es casual que, con el desarrollo del capitalismo monopolista transnacional, el tema de la propiedad intelectual, los derechos de autor, las patentes, las licencias, el secreto y el espionaje industrial se haya convertido en uno de los más controvertidos en las relaciones internacionales, y en fuente de agudas presiones y sanciones por parte de los gobiernos de los países imperialistas sobre otros países.

En general, la economía mundial se caracteriza por la existencia de un mosaico tecnológico muy abigarrado. A cada uno de los tipos de economía corresponde un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que virtualmente se encuentra separado por siglos de los restantes. Si el capitalismo monopolista transnacional ejerce un control directo sobre la investigación científica y el desarrollo tecnológico, el capitalismo no monopolista que funciona en dinero mundial se presenta como un mero consumidor de las tecnologías a las que el primero le da acceso. Por su parte, las economías no monopolistas que funcionan en dineros locales se caracterizan por la endeblez científica, el atraso y la dependencia tecnológica, y son incapaces de reproducir la llamada tecnología de punta. De este modo, la aplicación de los logros de la ciencia y la técnica en unas ramas de la producción se contraponen al desarrollo extensivo que sigue caracterizando a otras ramas en las cuales predominan las tecnologías tradicionales. Ello nos habla del pragmatismo congénito de la producción capitalista de ciencia y tecnología, y de que la función esencial de una y otra es contribuir a la valorización del capital. Con palabras de Fidel Castro:

el prodigioso salto experimentado por las fuerzas productivas bajo el impulso de esa misma revolución [la llamada Revolución Científico Técnica —los autores] contrasta con el no menos fenomenal atraso científico, técnico y material de pueblos enteros, en



los cuales el concepto de civilización no pasa de representar, en el mejor de los casos, una esperanza más bien remota.<sup>116</sup>

A diferencia de las perspectivas unilaterales que presentan a los “sectores de punta” de la economía como *la realidad económica del mundo*, un estudio objetivo del capitalismo contemporáneo no puede circunscribirse al impacto económico y social que, en efecto, tiene el acelerado desarrollo de las fuerzas productivas en aquellas esferas de la producción y los servicios en que alcanza, siempre de manera relativa, una mayor amplitud, ni mucho menos, otorgarle un carácter universal. Tales construcciones ideológicas hacen referencia al “mundo”, pero este mundo sólo incluye una parte de los trabajadores de veinticuatro países, aquellos que integran la OCDE, donde se ubica la casa matriz de más del 99,5% de los monopolios transnacionales. En realidad, la energía humana, la energía animal y el trabajo mecánico siguen siendo las fuerzas motrices de las que se sirven miles de millones de personas en el mundo que se oculta detrás de los textos apologéticos del capitalismo, y lo seguirán siendo mientras subsista este modo de producción.

Las consideraciones anteriores echan por tierra uno de los mitos propagados por los ideólogos del imperialismo, asociado a la llamada “transferencia tecnológica”: supuestamente, la transferencia de tecnología constituye un puente nivelador entre los diferentes tipos de economía existentes en el mundo. En este caso, se omite el hecho elemental de que la tecnología es capital, y el capital no se “transfiere”, sino *se vende*, como toda mercancía. Es cierto que una parte de la tecnología desarrollada por el capitalismo encuentra un espacio en determinadas ramas de la producción y los servicios de los países del denominado Tercer Mundo. Ello sucede, sin embargo, en interés de los monopolios transnacionales, ya sea porque deciden utilizarla en filiales ubicadas en esos países (en tal caso no es “transferida”, sino permanece en el circuito de la economía transnacional), o porque necesitan venderla, con frecuencia porque se ha hecho obsoleta. (esto fue lo ocurrido, por ejemplo, a inicios de la posguerra, cuando, estimulada por las perspectivas de la reconstrucción y penetración económica en Europa Occidental y Japón, la oligarquía financiera norteamericana vendió a las burguesías latinoamericanas su parque industrial anticuado, utilizado por estas últimas como sostén tecnológico del “esquema desarrollista”

---

<sup>116</sup> Fidel Castro Ruz. Op. cit, p. 18.

o de “sustitución de importaciones”). En ambos casos, una de las razones para la supuesta transferencia tecnológica es la “relocalización de producciones contaminantes”, es decir, la exportación de desechos de los países desarrollados a los subdesarrollados. La adquisición de tecnología por parte de los tipos de economía que funcionan en dineros locales encadena al comprador a las condiciones impuestas por el vendedor y al suministro de piezas de repuesto, y se caracteriza por una gran anarquía. Se compra lo que está disponible en el mercado, de acuerdo al fabricante al que se tenga acceso o a la empresa que ponga en venta sus desechos tecnológicos. Estas economías se desenvuelven sobre la base de una abigarrada mezcla de tecnologías, en muchos casos incompatibles entre sí.

Así, pues, a nuestro juicio, en el curso de su desarrollo, el monopolio de las fuerzas productivas del capital —en particular, el monopolio transnacional— pone de manifiesto tres tendencias fundamentales: *primera*, mientras mayor es el conocimiento científico acumulado capaz de convertirse en tecnología, menor es el por ciento de este conocimiento que lo hace en realidad; *segunda*, en la medida en que se despliega el desarrollo científico tecnológico y, en correspondencia, se incrementa la capacidad productiva, aumenta el coeficiente de subutilización de la ciencia y la tecnología, es decir, el volumen de conocimientos científicos y adelantos tecnológicos que no pueden ser introducidos en el proceso de producción (lo mismo ocurre, a propósito, con el otro elemento de las fuerzas productivas: la fuerza de trabajo); y, *tercera*, cuanto más potentes son las fuerzas productivas del capital, menos posibilidades tiene éste de convertirse en condiciones de producción. El capital transnacional se ha montado en una plataforma tecnológica demasiado potente para su forma de reproducción, y ha ido gestando en su seno fuerzas productivas correspondientes a un nuevo modo de producción, con la circunstancia agravante, entre otras, de que la maduración del capital transnacional presupone el agotamiento de la forma de paliar sus contradicciones a la que el capital ha recurrido históricamente: la exportación de estas contradicciones.

- **La fuerza de trabajo. Obrero parcial, cretinismo profesional, enajenación y socialización marginadora transnacional**

Cabría preguntar cuál sería el guión de una nueva versión de la película *Tiempos Modernos*. Es evidente que, tanto los ingenieros que diseñaron las máquinas que trituraban la fuerza de trabajo de Charlot, como los que diseñan las modernas computadoras y *robots*, no se veían sometidos a un régimen de trabajo tan enajenante como los obreros. No menos evidente es que en el capitalismo contemporáneo se observan nuevas formas de organización del proceso de producción, caracterizadas por el fomento de estímulos que propicien una motivación individual hacia el trabajo, con el fin —es preciso subrayarlo— de intensificar su explotación y aumentar su rendimiento, y que *ciertos grupos de obreros* de las fábricas modernas requieren de una mayor calificación que los de las empresas en que la industrialización apenas daba sus primeros pasos y, en este sentido, su trabajo exige determinadas —en ocasiones, refinadas— capacidades intelectuales. No obstante, ¿han dejado de ser fragmentarias las funciones que realizan? ¿Ha perdido vigencia la tesis de Marx referida a que el capitalismo evidencia una tendencia a convertir al obrero en un *hombre fragmentario, parcial*, con capacidades limitadas y atrofiadas? Por otra parte, ¿se haya el capitalismo contemporáneo en vías de superar la bifurcación y contraposición tajante y antagónica del trabajo social en trabajo material y trabajo espiritual? ¿Es el nuevo obrero de las empresas automatizadas un hombre más rico en términos culturales, o por el contrario, se ve sometido a un proceso ulterior de *cretinización*? ¿Ha dado el capitalismo aunque sea un mínimo paso hacia la desenajenación humana y la configuración de un hombre multifacéticamente desarrollado?

En principio, la automatización supone un cambio cualitativo con relación a la máquina de trabajo y al lugar que ocupa el obrero en el proceso de producción; abre un vasto campo para que el hombre deje de ser un eslabón más en la cadena tecnológica y logre establecer una relación libre con la técnica, para la utilización creadora de las capacidades humanas y la superación de la división entre el trabajo físico y el trabajo intelectual, para el desarrollo multilateral e íntegro de la personalidad del trabajador. Sin embargo, el capitalismo no sólo pone límites rigurosos al desarrollo de la automatización, acosado por los fantasmas de la superproducción de mercancías y de una tasa de desempleo insostenible en términos políticos, sino también confiere formas monstruosas a este proceso, que impulsa espoleado por la competencia. En un sistema de producción automatizada, escribe Marx, la misión del

obrero “no es trabajar directamente, sino vigilar el magnífico trabajo de la máquina. Hoy, esa clase de obreros que dependía exclusivamente de su pericia, ya no tiene razón de ser.”<sup>117</sup>

Dispersos, sometidos al proceso conjunto de la maquinaria, ya ellos no forman más que un elemento del sistema, cuya unidad no reside en los trabajadores vivientes, sino en la maquinaria viviente, (activa) que, respecto a la actividad aislada e insignificante del trabajo vivo, aparece como un organismo gigantesco. En esta etapa, el trabajo objetivado aparece realmente, en el proceso de trabajo, como la fuerza dominante respecto al trabajo vivo...<sup>118</sup>

En estas circunstancias, el trabajo directo del obrero “es reducido, cuantitativamente, a proporciones ínfimas y, cualitativamente, a un papel ciertamente indispensable, pero subalterno en atención a la actividad científica general, a la aplicación tecnológica de las ciencias naturales y a la fuerza productiva que emana de la organización social del conjunto de la producción.”<sup>119</sup> Es cierto que, por la fuerza de las circunstancias y el afán de plusvalía, el capital se ha visto obligado a dar algunos pasos tímidos hacia la humanización de algunas fases del ciclo productivo de los sectores de punta de la economía transnacional, sobre todo en aquellas que demandan una alta proporción de trabajo complejo, las cuales —y es preciso subrayarlo, en vista del gran ruido de latón propagandístico y apologético que las acompaña— no pasan de ser cotos privilegiados en la gran tramoya productiva del capitalismo mundial. Otra cosa es impensable en el sistema de explotación capitalista de la máquina y la fuerza de trabajo:

...La *maquinaria*, de *por sí*, acorta el tiempo de trabajo, mientras que, empleada por el capitalista lo alarga; (...) facilita el trabajo, mientras que aplicada al servicio del capitalismo refuerza más todavía su intensidad; (...) de *por sí* representa un triunfo del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, pero al ser empleada por el capitalista

---

<sup>117</sup> Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., p. 387.

<sup>118</sup> Carlos Marx. *Fundamentos de la crítica de la Economía Política*, t. 2, ed. cit., p. 186. “La actividad del obrero, reducida a una pura abstracción, está determinada en todo sentido por el movimiento de conjunto de las máquinas; lo inverso ya no es el caso. La ciencia obliga, como resultado de su construcción, a los elementos inanimados de la máquina a funcionar como autómatas útiles. Esta ciencia no existe ya en el cerebro de los trabajadores: a través de la máquina, obra más bien sobre ellos como una fuerza extraña, como la potencia misma de la máquina.” *Ibid.*, p. 185.

<sup>119</sup> *Ibid.*, p. 186-187.

hace que el hombre sea sojuzgado por las fuerzas naturales; (...) de por sí incrementa la riqueza del productor, pero dado su empleo capitalista, lo empobrece...<sup>120</sup>

La otra cara de la maquinaria, de la automatización y las innovaciones tecnológicas es el desempleo masivo,<sup>121</sup> los cientos de millones de trabajadores semicalificados y no calificados que apenas conocen el lugar que ocupan las funciones parciales que ejecutan en la cadena laboral de las propias empresas en que han sido contratados, la maquinización más plena de las facultades intelectuales, llevada al absurdo, por ejemplo, en las llamadas industrias maquiladoras, en las que se reproduce y se acentúa, en proporciones hasta el momento insospechadas, la enajenación y deshumanización del trabajo dibujada por Chaplin. “El número de obreros empleados en estas ramas nuevas de producción crece en razón directa a la medida en que se reproduce la necesidad de los trabajos manuales más toscos.”<sup>122</sup>

El desarrollo desigual de las fuerzas productivas alcanza su máxima expresión en el caso de la fuerza de trabajo. Los diferentes tipos de la economía mundial se montan en tres *peldaños tecnológicos* cualitativamente diferentes y, como norma, superpuestos: el *trabajo manual*, el *trabajo mecanizado no automatizado* y el *trabajo automatizado*. Si las economías que ejercen el monopolio del dinero mundial se caracterizan por una relativa extensión del trabajo automatizado, el capitalismo que funciona en dinero local apenas logra niveles significativos de mecanización, en tanto lo típico de la pequeña producción mercantil es el trabajo manual. Sin embargo, esta división dista mucho de ser exacta, pues

---

<sup>120</sup> Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., p. 392-393.

<sup>121</sup> “...Los obreros desplazados por la maquinaria se ven lanzados del taller al mercado de trabajo, donde van a aumentar el censo de las fuerzas de trabajo disponibles para la explotación capitalista. (...) Este efecto de la maquinaria, que se quiere presentar como una compensación para la clase obrera, es, por el contrario, el látigo más cruel que azota a los trabajadores. (...) Mutilados por la división del trabajo, estos pobres diablos expulsados de su esfera de trabajo valen tan poco, que sólo pueden lograr acceso a unas cuantas ramas de trabajo inferiores y, por serlo, constantemente abarrotadas y mal retribuidas.” “...El aumento del censo de obreros fabriles está *condicionado* por el incremento *proporcionalmente* mucho más rápido del capital global invertido en las fábricas, y este proceso sólo se opera dentro de los periodos de calma y de flujo del ciclo industrial. Además, se ve siempre interrumpido por los progresos técnicos, que suplen virtualmente a los obreros o los eliminan de un modo efectivo. (...) De este modo, los obreros se ven constantemente repelidos y atraídos de nuevo a la fábrica, lanzados dentro y fuera de ella, con una serie constante de cambios en cuanto a sexo, edad y pericia de los obreros adquiridos.” *Ibid.*, pp. 391-392. Ver también: *Ibid.*, p. 405.

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 396.

estos tres peldaños del desarrollo tecnológico aparecen entremezclados: los instrumentos de trabajo que utilizan vastos sectores de trabajadores del capitalismo monopolista transnacional (el ejemplo clásico es el de las llamadas industrias maquiladoras) son su mano y las herramientas más simples. Algo análogo puede decirse del nivel de calificación de los obreros. De forma esquemática, éstos pueden ser agrupados en cuatro grupos fundamentales: obreros con una alta calificación y predominio del trabajo mental, obreros con una alta calificación y predominio del trabajo físico, obreros semicalificados, y obreros no calificados. De los límites de la llamada reconversión industrial, nos habla el hecho de que sólo el 25% de los trabajadores norteamericanos, a lo sumo, posee una alta calificación.<sup>123</sup> No obstante, en términos generales, ni siquiera el obrero que vende su fuerza de trabajo a una empresa equipada con las más modernas tecnologías supera el status de hombre fragmentario, de virtuoso con tendencia al cretinismo profesional.<sup>124</sup> La forma capitalista de división social del trabajo y de especialización, que encadena a los hombres a un tipo específico de la actividad social, con exclusión de las restantes, continúa promoviendo la creación de hombres virtuosos en la ejecución de funciones productivas parciales o de otras funciones sociales y, a un tiempo, profundamente incapaces e ignorantes en relación con los restantes aspectos de la cultura material y espiritual humana, “hombres que dependen cada cual de una rama determinada de la producción, están aferrados a ella, son explotados por ella, desarrollan nada más que *un aspecto* de sus aptitudes a cuenta de todos los otros y sólo conocen *una* rama o parte de alguna rama de toda la producción”<sup>125</sup> “Por eso el cretinismo profesional se convierte aquí no sólo en hecho, sino en virtud, en norma, incluso en un ideal peculiar, en el principio de formación de la personalidad, con el cual cada uno se esfuerza en corresponder para no hundirse hasta

---

<sup>123</sup> Ver: Pedro Alfonso Leonard. “Capitalismo desarrollado contemporáneo: transformaciones sociales y tecnológicas”, en: *Tecnología y Sociedad*, Instituto Superior Politécnico “José Antonio Echeverría”, La Habana, 1997, p. 146.

<sup>124</sup> Al hablar de *cretinismo profesional*, no hacemos referencia, en modo alguno, a una “enfermedad mental”, sino a una “enfermedad” de la forma capitalista de división social del trabajo. Por supuesto, no se trata de que todos y cada uno de los trabajadores en la sociedad capitalista se conviertan en cretinos profesionales, sino de que esa es la tendencia, podríamos decir, la ley fundamental que preside el movimiento de la especialización y la profesionalización de la actividad en la sociedad capitalista con respecto al desarrollo de la personalidad.

<sup>125</sup> Federico Engels. “Principios del comunismo”, en Carlos Marx y Federico Engels. *Obras Escogidas en 3 tomos*, t. 1, ed. cit., pp. 94-95.

el fondo de la sociedad, para no convertirse en una simple fuerza de trabajo no calificada”<sup>126</sup>

El capitalismo contemporáneo tiende a agudizar las contradicciones que producen la enajenación, la mutilación y la cretinización de la personalidad características de épocas anteriores. El pancista de la llamada “clase media” de nuestros días afirmará sin ruborizarse que Dinamarca está situada cerca de Corea; a falta de un artefacto mecánico, no será capaz de abrir una lata de conservas; y si es estadounidense, asociará la palabra “Bush” con una famosa firma cervecera antes que con el nombre del expresidente de su propio país.

Frente al mito extendido en la ciencia apologética burguesa, referido a que el capitalismo avanza hacia la creación de “obreros intelectuales”, es importante insistir en que la división entre el trabajo físico y el trabajo mental no ha sido revertida en lo más mínimo por la transnacionalización del capitalismo monopolista de Estado. Lo cierto es que la creación de “obreros intelectuales” como un fenómeno masivo y como norma social y, en correspondencia, la eliminación de la división entre ambas formas de trabajo y la configuración de hombres multifacéticamente desarrollados, constituye, por definición, la negación del modo capitalista de producción, basado en la explotación del trabajo asalariado, la división esclavizante del trabajo y la enajenación de las capacidades universales humanas con respecto a los individuos y los colectivos sociales. Por otra parte, las loas al capitalismo contemporáneo contenidas en la idea de que los progresos en el carácter creador del trabajo de algunos sectores de asalariados están dirigidos a superar la explotación, solapan que el carácter creativo del trabajo concreto no modifica su carácter social abstracto, la forma social capitalista —es decir, explotadora— en que este proceso tiene lugar. El máximo grado de creatividad que pueda ser concebido no elimina en absoluto el carácter social explotador del proceso de producción capitalista.

Es este sentido, cabe apuntar que lo que mueve al capital hacia una reversión puntual de la tendencia al cretinismo profesional y a la pérdida del sentido creador del proceso de trabajo es siempre el afán de plusvalía, la intensificación del proceso de trabajo y la explotación del trabajador. Es la búsqueda de eficiencia capitalista, y sólo ella, lo que conduce a toda forma de reorganización de los procesos productivos. Huelga insistir en que el capital no se preocupa en ningún otro sentido por desarrollar capacidades físicas e intelectuales en sus

---

<sup>126</sup> Evald Iliénkov. “De ídolos e ideales”, en: *Contracorriente*, N° 10, 1997, p. 87.

víctimas asalariadas. ¿Podría acaso introducir la automatización y la creatividad en todos los procesos productivos a escala mundial? ¿Podría hacerlo en todos los procesos productivos dentro de los propios países imperialistas? ¿Podría, si se aventurara a ello, eludir el terremoto de una gigantesca crisis de superproducción de mercancías, y contener la ira de cientos de millones de obreros expulsados de sus puestos de trabajo?

El desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo monopolista transnacional crea las premisas técnico materiales para la superación de la contradicción entre el trabajo físico y el trabajo intelectual, entre la ciudad y el campo, y entre la esfera productiva y la improductiva. Aún más, en la actualidad están creadas todas las condiciones necesarias para que la humanidad pueda cumplir su añejo sueño de ver correr a chorros los manantiales de la riqueza colectiva; no los manantiales emponzoñados de la falsa riqueza, mutiladora de la personalidad e insostenible desde el punto de vista ecológico, asociada a la idea del consumismo, sino de la única y auténtica riqueza humana: la riqueza universal de las capacidades de todos y cada uno de los individuos. Las fuerzas productivas contemporáneas cuentan con potencialidades para impulsar el desarrollo de *individuos totales* y de un auténtico sistema de relaciones solidarias entre los hombres. Sin embargo, estas potencialidades se realizan en la forma de contradicciones que profundizan la anarquía de la producción, y conducen a una ulterior irracionalización de las relaciones sociales y a la fragmentación del desarrollo de las capacidades humanas. El capitalismo monopolista transnacional —al igual que todo capitalismo— resulta incapaz de controlar y encauzar de forma racional las fuerzas gigantescas —naturales y sociales— que pone en movimiento con su desarrollo. Su condición de vida sigue siendo el antagonismo entre los medios y los fines de su propia existencia. En términos económicos, el efecto fundamental de las transformaciones de las fuerzas productivas contemporáneas es el ahorro gigantesco de trabajo humano, en tanto la ley económica fundamental que preside el movimiento de todo capitalismo es la producción de plustrabajo.

Se deshacen así los espejismos creados por el discurso del “nuevo paradigma tecnológico”, que nos lleva de la mano por las más disímiles innovaciones y sólo centra su atención en el ciclo del capital productivo, al cual, en esencia, despoja de su naturaleza de capital. Desde este punto de vista, la tendencia inmanente del proceso de producción capitalista es



desarrollar la tecnología *per se* y “satisfacer al cliente y al consumidor”, como si el cambio tecnológico, es decir, el proceso de producción y generalización de las innovaciones tecnológicas, no constituyera una variable dependiente de las leyes y contradicciones de la reproducción del capital, y la forma social que reviste la tecnología, en tanto medio para producir ganancias, no fuera una insufrible camisa de fuerza para el movimiento científico y tecnológico. En una situación semejante, a la pregunta formulada por John Stuart Mill, acerca de “si todos los inventos mecánicos aplicados hasta el presente han facilitado en algo los esfuerzos cotidianos de algún hombre”, Marx respondía:

...La maquinaria empleada por el capitalismo no persigue ni mucho menos, semejante objetivo. Su finalidad, como la de todo otro desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, es simplemente rasar las mercancías y acortar la parte de la jornada en que el obrero necesita trabajar para sí, y, de ese modo, alargar la parte de la jornada que entrega gratis al capitalista. Es, sencillamente, un medio para la producción de plusvalía.<sup>127</sup>

Por supuesto, el movimiento tecnológico del capital tiene un “impacto social”, contribuye a mejorar el nivel de vida de ciertos sectores de la población (y a empeorar el de otros). No obstante, “todas estas aplicaciones —basadas en el trabajo social— de la ciencia, de las fuerzas de la naturaleza y de masas enormes de productos de trabajo se presentan exclusivamente como *medios de explotación del trabajo*, como medios de asimilación de plustrabajo y, por tanto, como fuerzas pertenecientes al capital y opuestas al trabajo”.<sup>128</sup>

El capital sólo ofrece nuevos productos y servicios para el beneficio de los seres humanos porque éstos son *mercancías* que necesita vender para garantizar su reproducción ampliada; o, por el reverso, el hecho de que sus nuevos productos y servicios constituyan un beneficio para los seres humanos (aquellos seres humanos que pueden pagar por ellos) no es más que un factor contribuyente a su realización como mercancías. Se incluyen aquí las modernas técnicas para la producción de alimentos, los medicamentos —muy caros, por cierto— que

---

<sup>127</sup> Carlos Marx, *El Capital*, t. 1, ed. cit., p. 324. Según Marx, “el volumen de las masas de mercancías creadas por la producción capitalista lo determina la escala de la producción y la necesidad de que ésta se extienda constantemente, y no en un círculo predestinado de oferta y demanda, de necesidades que se trata de satisfacer”. *Ibid.*, t. 2, p. 72.

<sup>128</sup> Carlos Marx y Federico Engels. *Obras*, t. 26, parte 1, ed. cit., p. 399.

permiten curar enfermedades antes fatales, el aumento en la velocidad de los transportes, el incremento de la eficiencia de las comunicaciones, y muchos otros beneficios. No pasamos por alto que muchas de las bondades de los nuevos productos y servicios no pasan de ser un fraude.<sup>129</sup>

No se trata únicamente de llamar la atención sobre el hecho, de por sí significativo, de que las inversiones gigantescas en investigaciones a las que tan abundante referencia hacen los teóricos embrujados por el mago de la tecnología, se realizan al margen de las necesidades de millones de personas que, por ejemplo, no se ven urgidas de adquirir nuevos tipos de *microchips* para computadoras ni teléfonos celulares, sino alimentos, medicinas indispensables y educación primaria. Miradas bien las cosas, las conquistas tecnológicas de la humanidad son míseras en comparación con las potencialidades reales que el capital anula. Mal que parezca a los devotos del determinismo tecnológico, no es gracias a las relaciones capitalistas de producción, sino a pesar de la tendencia fundamental que las alienta, que tiene lugar el desarrollo de las fuerzas productivas.<sup>130</sup> Por cuanto, en la actualidad, la oferta de mercancías, en particular la que proviene de empresas transnacionales, es muy superior a la capacidad de compra de la población, el capital, amenazado por las crisis de superproducción, sólo puede asimilar el potencial científico técnico en determinadas ramas, nunca de forma integral. La llamada reconversión industrial en curso se realiza sobre la base de la incorporación de una parte muy limitada de los avances tecnológicos.

Ahora bien, si se toma en consideración el dominio virtualmente absoluto que ejercen los monopolios transnacionales sobre la economía mundial y el hecho incontrovertible de la creciente internacionalización de los procesos productivos y socializadores a ellos vinculada, resulta comprensible que semejante transfiguración acarree importantes

---

<sup>129</sup> Es conocido que las masivas campañas publicitarias que atiborran los medios de comunicación masiva están destinadas a generar necesidades artificiales en los “consumidores”. De esta manera, se le atribuyen poderes afrodisíacos a los perfumes y alto valor nutritivo a los alimentos mejor empacados, o se sustituyen los ejercicios físicos por pomadas capaces, supuestamente, de hacer adelgazar.

<sup>130</sup> Por supuesto, esta tesis no debe entenderse en el sentido de que es el “hombre en general” quien desarrolla las fuerzas productivas. Este hombre se haya determinado por su condición de premisa y resultado de la sociedad capitalista. De lo que se trata es de fijar una contradicción: el capitalismo monopolista impulsa “al hombre” a desarrollar las fuerzas productivas y, al mismo tiempo, en uno y el mismo sentido, pone freno a este impulso.

mutaciones en el sistema de producción y reproducción de la vida social a escala planetaria. La más importante de estas mutaciones concierne de manera directa a la contradicción que constituye el fundamento universal del modo capitalista de producción: la contradicción entre el capital y el trabajo. Nos referimos a la emergencia de una nueva forma de socialización, la *socialización marginadora transnacional*, caracterizada por la inclusión y, a un tiempo, la exclusión de amplios sectores de la población económicamente activa: inclusión —y subordinación— a la lógica transnacional de la contradicción entre el capital y el trabajo; exclusión —subordinada— del proceso de producción en calidad de asalariados.

No es superfluo insistir en que, al margen de la indiscutible reducción de la cantidad relativa de obreros que el capitalismo es capaz de emplear, y de las abismales diferencias existentes entre las condiciones de vida de los asalariados en los países desarrollados y en los subdesarrollados, el *proletariado* es la clase social que produce la masa fundamental de la riqueza material de la sociedad, la principal fuente de creación de valores, sin los cuales, no sólo se desmoronarían los rascacielos especulativos que posibilitan la reproducción artificial del capital, sino sería imposible la propia vida humana. La *burguesía*, a su vez, sigue siendo la clase dominante en el sistema capitalista, es la dueña de la inmensa mayoría de los medios de producción y se apropia de la mayor parte de la riqueza social producida. Por consiguiente, la contradicción fundamental de la sociedad burguesa contemporánea es —y seguirá siendo— la contradicción entre el capital y el trabajo, de la cual se derivan todas las demás contradicciones que gravan el desarrollo de la humanidad, a saber, las contradicciones entre el capital y la marginación; entre la burguesía y los diversos sectores sociales oprimidos por ella, y las contradicciones internas del propio capital, agudizadas como consecuencia de la desaforada competencia intermonopolista y de la absorción y destrucción de que es objeto el capital no monopolista, en especial el que funciona en dineros locales. En la actualidad, crece la conciencia de que la solución de la contradicción existente entre el capital y el trabajo no garantiza de por sí la supresión de los problemas étnicos, culturales, de género, medioambientales y otros. Por lo general, hoy se acepta que los protagonistas de las luchas obreras no pueden aspirar a recibir un cheque en blanco del resto de los sectores sociales oprimidos y marginados, sin que medie una participación

activa y efectiva de los mismos en la elaboración del programa de las luchas populares. No obstante, la eliminación de las condiciones que generan la opresión, exclusión y marginación de tales sectores sociales, será del todo imposible sin la solución de la contradicción fundamental de la sociedad capitalista

El capitalismo monopolista transnacional conduce a la acentuación de la acción marginadora de la ley de la población, genera una liberación colosal de trabajo humano. Para una misma masa de capital se requieren muchos menos obreros que apenas unos años antes; por ejemplo, en los veinticinco monopolios transnacionales que dominan la esfera de las comunicaciones, por cada millón de dólares invertidos, sólo se generan ocho empleos. Esta es la razón por la cual resulta inevitable el incremento del ejército de los desocupados. Si fuera posible desarrollar el capitalismo en la llamada “periferia”, esta tendencia podría ser contrarrestada. Sin embargo, por cuanto el capitalismo monopolista transnacional supone como condición necesaria el desarrollo atrofiado del capitalismo en los países dependientes, los esfuerzos renovados de la clase dominante por reducir las tasas de desempleo no pasan de ser brazadas en el aire o meras fintas propagandísticas. Fidel Castro ha expresado que una vía para incrementar de forma significativa los niveles de empleo sería la de desplazar las inversiones de capital que se realizan en la industria militar, ascendentes a miles de millones de dólares, hacia esferas productivas capaces de impulsar el desarrollo económico. Sin embargo, la lógica económica —y política— del imperialismo repulsa este hipotético desplazamiento.

Hoy día, una enorme masa de individuos —sujetos potenciales de la revolución— ha sido privada por el sistema capitalista de la posibilidad de enajenarse *de forma directa* en los marcos de la contradicción existente entre el capital y el trabajo. Sin embargo, el sistema productivo capitalista ha devenido en una colosal fuerza transnacional que oprime tanto a los obreros como a los marginados. Estos últimos no tienen siquiera la posibilidad de ser explotados en el proceso de producción y sólo cuentan para su reproducción física y espiritual con valores escamoteados en los intersticios del mundo del capital o en sus franjas sobrantes. El proceso de consolidación y desarrollo del capitalismo había creado hombres y mujeres enajenados de los resultados de su propio trabajo, hombres y mujeres productores de relaciones sociales enajenadas. En su fase imperialista, revela una tendencia

acelerada a privarlos de la posibilidad de participar de manera directa en la producción de estas relaciones sociales, no sólo espirituales, sino también materiales. Para reproducir la enajenación —tan necesaria al capitalismo como el aire a los seres vivos— el imperialismo transnacional sólo necesita comprar y explotar una parte minoritaria de la masa total de fuerza de trabajo. Una pequeña parte de los esclavos que lograron sobrevivir a la construcción de las pirámides de Egipto, gozó del privilegio de continuar de por vida edificando pirámides; la otra fue sacrificada al faraón.

Un mundo basado en la explotación del trabajo asalariado es cada vez más incapaz de ofrecer trabajo. El empleo a tiempo indeterminado y de jornada completa se ha convertido en un auténtico privilegio para los asalariados. En particular, el desarrollo de la llamada reconversión industrial produce continuos desplazamientos de fuerza de trabajo a la esfera de los servicios y, en virtud de la forma capitalista en que dichos desplazamientos tienen lugar, en esta última se produce una saturación, que repercute en el aumento del desempleo estructural y la precarización del trabajo, con la consiguiente constricción del mercado y el agravamiento de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Con su acelerada tendencia a la exclusión y la marginación social, la sociedad capitalista ha alcanzado niveles virtualmente insostenibles de superproducción de población con respecto a las demandas del capital. No se trata sólo de que el capital produce, con fuerza de ley, un desempleo creciente en el mundo del trabajo. A ello se agrega una marginalidad crónica *de carácter transnacional*, que no sólo expulsa de los confines del modo de producción capitalista a masas crecientes de población de unos u otros países capitalistas, desocupados transitoriamente en virtud de las oscilaciones del ciclo del capital, sino también a hombres y mujeres en edad laboral de todos los rincones del mundo, a *comunidades humanas y pueblos enteros*, a quienes los capitalistas no están en condiciones de comprar su fuerza de trabajo. El tradicional ejército de reserva del capitalismo cuenta con una retaguardia cada día mayor, integrada por soldados que jamás vestirán de uniforme: los marginados, a saber, los “pueblos sin historia”, los sin techo, los sin tierra, los sin salud y los sin escuelas, todos aquellos, en fin, para quienes los derechos humanos que les reconoce el capitalismo transnacional no pasan de ser meras consignas enarboladas contra sus intereses. El dramatismo y la explosividad generados por esta

situación se potencian por el hecho de que el incremento de la población tiene lugar en la forma de una progresión geométrica.

- **La especulación financiera transnacional y la crisis integral del modo capitalista de producción**

A lo largo de la historia, la especulación ha sido tan rechazada como venerada, subordinó y fue subordinada. La Edad Media la arrojó de los templos y la Modernidad le erigió un altar. Descendiente de lo que Marx llamaba “arcaica y antediluviana usura”, característica de los modos precapitalistas de producción, la especulación financiera, en su forma madura, es un fenómeno netamente capitalista, una forma de autoacrecentamiento del capital, asociada a la capacidad del dinero (riqueza abstracta) de enajenarse con respecto a la riqueza concreta. Sólo en determinadas circunstancias históricas, la forma capitalista de acumulación de la riqueza promueve el predominio de la especulación sobre la producción.

Existe una manera superficial y, en esencia, apologética del capitalismo monopolista transnacional, de explicar el papel de la especulación en la economía burguesa contemporánea. Supuestamente, los especuladores son *individuos* egoístas, chicos malos, postores inescrupulosos que “ponen en peligro las bases del sistema financiero internacional”, saludable en apariencia. Estos inveterados tramposos, armados con poderosas computadoras, abundante información y cuantiosos recursos, acechan las debilidades de las finanzas mundiales para someterlas a sus ataques especulativos. Así las cosas, si la economía capitalista pudiera librarse de ellos o, al menos, “controlarlos”, no habría que temer las crisis económicas y financieras. Al convertir el problema de la especulación en un asunto de individuos, y presentar a los especuladores como ovejas descarriadas de la manada, no sólo se oculta la relación orgánica existente entre la especulación financiera y el modo específico de reproducción del capital transnacional, sino se esfuma también toda posibilidad de comprender la primera como *una forma necesaria de reproducción de este capital*.

Para aprehender la naturaleza de la superespeculación crónica que caracteriza al capitalismo de nuestros días, es preciso vencer la tentación, tanto de otorgarle vida propia y atribuirle la facultad de crear riqueza, como de descubrir tras todas y cada una de las ficciones y

magnitudes con las que se especula, un correlato directo en la producción de bienes y servicios. La tarea radica en esclarecer el papel de la especulación financiera como una función del modo de producción capitalista en la época del imperialismo, y precisar en qué medida su entronización como forma económica dominante del capitalismo monopolista transnacional, además de constituir una expresión de descomposición, es también el preludeo del tránsito hacia un modo de producción superior.

En la época de la llamada acumulación originaria, a través del capital comercial y la usura, la circulación había sido la esfera dominante de la reproducción del capital. El predominio del capital industrial sobre el comercio y la usura y, con ello, de la producción sobre la circulación, nos habla de que el modo de producción capitalista ha alcanzado su madurez. Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo pasado, el marxismo había constatado la existencia de cambios cualitativos en la creciente influencia de la especulación y de las bolsas en la reproducción del capitalismo. Se partía aquí del presupuesto de que el desarrollo de la especulación constituye una expresión de las tribulaciones de la producción capitalista. Ello compelmía a buscar la explicación de los procesos especulativos en las contradicciones y las limitaciones, las carencias y los excesos de la producción de bienes materiales.<sup>131</sup> Según Engels, a partir de la crisis económica de 1866, la bolsa comienza a impulsar la concentración de capitales, a tal magnitud que éstos no encuentran la posibilidad de realizarse en el proceso de producción de bienes, en la llamada economía real, y se lanzan a un proceso de autoacrecentamiento fuera del proceso de producción. El desarrollo acelerado del sistema monetario y financiero desde mediados del siglo pasado, el surgimiento de las sociedades por acciones, y otros mecanismos económicos, otorgan a la actividad financiera especulativa un papel insustituible en el modo de producción capitalista. Junto al florecimiento de las finanzas, prospera la burguesía financiera, proliferan sus “instrumentos de trabajo” (las bolsas, los bancos, las cajas de ahorro, etc.) y crece la tecnocracia subordinada a ella.

---

<sup>131</sup> “La ley según la cual el desarrollo independiente del capital comercial se halla en razón inversa al grado de desarrollo de la producción capitalista se revela con especial claridad en la historia del comercio intermediario”. Carlos Marx, *El Capital*, t. 3, ed. cit., p. 349. En nuestra opinión, es posible generalizar esta ley con relación a toda situación en la cual la circulación se desarrolle con relativa independencia de la producción.

Comenzaba la era del capital financiero, como resultado de la fusión monopolista de capitales concentrados en la banca y la industria. Con ello, las leyes de la circulación (redistribución) del valor acentúan su relativa independencia —y, en lo sucesivo, adquieren primacía— con respecto a las leyes de la producción de plusvalía. La especulación tiende a convertirse en la relación económica dominante del proceso de “valorización” del capital financiero. Ya en las primeras décadas del presente siglo, el desarrollo del capitalismo ha llegado

a un punto tal que, aunque la producción mercantil sigue ‘reinando’ como antes y es considerada base de toda la economía, en realidad se halla ya quebrantada, y las ganancias principales van a parar a los ‘genios’ de las maquinaciones financieras. Estas maquinaciones y estos chanchullos tienen su asiento en la socialización de la producción; pero el inmenso progreso de la humanidad, que ha llegado a esa socialización, beneficia (...) a los especuladores...<sup>132</sup>

Si la preeminencia de la circulación sobre la producción en los albores del capitalismo había sido un proceso natural y necesario para la acumulación capitalista, el retorno de esta relación en la forma parasitaria del reinado de la especulación financiera sobre los procesos productivos, anuncia una involución en el desarrollo económico general de la sociedad, se verifica como una franca *descapitalización*. Esta involución se convierte en una realidad con la entronización del monopolio financiero transnacional como relación económica dominante de la sociedad capitalista, que potencia y otorga un papel determinante en el desarrollo del capitalismo a la *contradicción entre el capital real, vinculado a la producción y realización de la plusvalía, y el capital ficticio, vinculado a la apropiación de la plusvalía y el capital existente*. La agudización de esta contradicción, que conduce a la expropiación de unos capitalistas por otros, tiene lugar con independencia de que el capital financiero especulativo participe simultáneamente en ambas funciones.<sup>133</sup> Esta contradicción insólita ya había sido anunciada por Marx al bosquejar la tendencia histórica

---

<sup>132</sup> Vladimir Ilich Lenin. “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, en: *O.C.*, ed. cit., p. 338.

<sup>133</sup> La oligarquía financiera transnacional se ve obligada a operar tanto en la esfera productiva como en la especulativa. Incluso los dueños de los más grandes y sofisticados medios de producción participan de la bacanal especulativa, porque se encuentran imposibilitados de convertir todo su capital en condiciones de producción.



de la acumulación capitalista: “la expropiación de los propietarios privados cobra una forma nueva. Ahora ya no se trata de expropiar al trabajador independiente, sino de expropiar al capitalista explotador de numerosos trabajadores.”<sup>134</sup> Con el desarrollo del imperialismo, este proceso de expropiación desplaza su centro de gravedad de la esfera de la competencia entre capitalistas que acuden en igualdad de condiciones al mercado, a la esfera de la especulación financiera, convertida en el medio más efectivo de centralización monopolista de la riqueza social, de absorción de la riqueza por parte de los capitales más concentrados en cualquiera de sus manifestaciones: trabajo vivo, trabajo pretérito, plusvalía, capital en funciones y capital ficticio.

A partir de la década de los setenta, la baja de la tasa general de ganancia industrial, sobre todo en los Estados Unidos, acentúa la tendencia del capital a moverse de las formas productiva y mercantil a la forma dineraria, y conduce a la acumulación de una inmensa masa de dinero sin capacidad de encontrar salida en la esfera de la producción de bienes y servicios. La capacidad productiva potencial sobrepasa con creces la capacidad de absorción del mercado. Con la aceleración de la circulación monetaria, la expansión desmedida del crédito destinado a funciones improductivas, la proliferación de acciones, obligaciones y toda clase de valores falsos, la interconexión transnacional de las bolsas como medio de concentración del capital y el crecimiento incesante de la deuda de los Estados y de sus déficits económicos —en especial, del propio Estado norteamericano—, se crean las condiciones para una transformación definitiva de la relación histórica existente entre el proceso de producción y la especulación financiera, de manera que, en lo sucesivo, la suerte del imperialismo quedaría ligada a la dominación del capital ficticio —simple título para la reclamación de dinero— y a la presión asfíxica de éste sobre el capital productivo. *La especulación se convierte en la forma dominante de la reproducción del capital transnacional*, con su permanente amenaza de derrumbe crediticio y de depresión, sus concomitantes fluctuaciones desestabilizadoras de los precios de las materias primas y los productos agrícolas e industriales, de las monedas, del nivel de vida de la población y de la estabilidad política de los Estados.

---

<sup>134</sup> Carlos Marx. *El Capital*, t. 1, ed. cit., p. 699.

La tendencia a la especulación inherente a todo capital financiero se proyecta como la única posibilidad que se ofrece a este capital para completar su reproducción ampliada. La esfera productiva se contrae en relación con la de la circulación, y desaparece toda proporcionalidad entre una y otra. Estaban agotadas las recetas de regulación monopolista estatal directa aplicadas hasta entonces, orientadas a mantener un balance entre la producción y el consumo, y restringidas al ámbito nacional; en lo adelante, la economía tendría por brújula la especulación financiera y acentuaría su carácter transnacional. No se trataba ya, como en épocas anteriores del desarrollo capitalista, de una simple compenetración del proceso productivo con las transacciones del mercado de acciones y obligaciones, de títulos y valores. Nunca como ahora el capital corría tanto riesgo al aventurarse en la senda tortuosa de la producción; nunca el proceso de producción había sido una maldición tan poderosa para el capital. El vértigo de querer hacer dinero sin la mediación del proceso producción,<sup>135</sup> deviene en condición de vida —y muerte— para el capital.

No son precisamente las políticas monetaristas, como se afirma con frecuencia, las que estimulan el éxodo de los capitales de la esfera productiva. En realidad, estas políticas derivan de la necesidad orgánica de la especulación financiera para el capital transnacional. La valorización real se verifica únicamente en el proceso de producción, esa maldición que pesa sobre el capital, mucho más dispuesto a acrecentarse sin embarrarse de polvo y grasa los dedos y sin enfrentar la fuerza organizada del trabajo. Sin embargo, la acción de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia desestimula la inversión productiva y el incremento de la productividad, pues ambos medios empleados para la valorización capitalista conducen a la disminución del rendimiento relativo de ganancia para una masa dada de capital. Las potencialidades del capital que no se realizan en la producción demandan una forma parasitaria de realización: engullirse una parte cada vez mayor de lo producido, a través de una redistribución especulativa de las ganancias. El capitalismo transnacional acentúa la tendencia del capital a subsistir a través de la autofagia, que progresivamente se convierte en una condición de vida para él; su reproducción tiene lugar

<sup>135</sup> “El proceso de producción —escribe Marx— no es más que el eslabón inevitable, el mal necesario, para poder hacer dinero. Por eso todas las naciones en que impera el sistema capitalista de producción se ven asaltadas periódicamente por la quimera de querer hacer dinero sin utilizar como medio el proceso de producción. Carlos Marx. *El Capital*, t. 2, ed. cit., pp. 54-55.

sobre la base de la absorción de la economía que produce valores por la economía que no los produce.<sup>136</sup> El capital transnacional no sólo se realiza a través de la explotación directa del trabajo vivo, sino también, y en medida creciente, de la redistribución del trabajo muerto, el cual, por esta vía, acentúa su dominio sobre el primero; no sólo se apropia de plusvalía fresca, de nuevos valores, sino también de la riqueza acumulada. Su voracidad no sólo se vuelca sobre la esfera productiva, sino también sobre la masa de valores creados por la humanidad en su historia. Es un círculo vicioso: la especulación financiera devora las posibilidades de reproducción productiva del capital, lo cual, a su vez, contribuye a un mayor incremento de la especulación financiera.

El dominio del capital financiero transnacional sobre la economía mundial se hace más pleno en la medida en que la riqueza social va abandonando su viejo traje productivo y mercantil y se presenta más en su reluciente uniforme de riqueza universal, de dinero, que le facilita concentrar todos los ahorros monetarios de la sociedad. Sin embargo, el predominio de la forma dinero pone al capitalismo en una condición más vulnerable, al estimular las revoluciones en el valor y las crisis de dinero (las llamadas “crisis monetarias”). “Mientras el carácter *social* del trabajo aparezca como la *existencia en dinero* de la mercancía —escribe Marx— y, por tanto, como un objeto situado al margen de la verdadera producción, serán inevitables las crisis de dinero, como crisis independientes o como agudización de las crisis reales.”<sup>137</sup> En tales condiciones, se acentúa la depreciación periódica del capital existente que, según Marx, constituye una necesidad para el régimen capitalista de producción.

A la expansión de la especulación financiera contribuye significativamente la expansión del crédito, calificado por Marx como “el más puro y gigantesco sistema de juego y especulación”,<sup>138</sup> debido a “que los reflujos basados en el crédito sustituyen a los reflujos reales”. Las deudas vencidas que rinden beneficios a perpetuidad, y las que se contraen para pagar deudas, así como la especulación con la deuda en los mercados bursátiles son sólo

---

<sup>136</sup> “La propiedad existe aquí bajo forma de acciones, cuyo movimiento y cuya transferencia son, por tanto, simple resultado del juego de la bolsa, donde los peces chicos son devorados por los tiburones y las ovejas por los lobos bursátiles.” Carlos Marx. *El Capital*, ed. cit., t. 3, p. 460.

<sup>137</sup> *Ibid.*, p. 532.

<sup>138</sup> *Ibid.*, pp. 461, 167.

algunas manifestaciones palmarias de esta previsión de Marx. De estímulo al desarrollo de la producción, el crédito se ha transformado en instrumento de extorsión de riqueza ya producida.

En las condiciones del imperialismo transnacional, la tendencia de la Bolsa, apuntada por Engels, “a concentrar toda la producción, tanto la industrial como la agrícola, y todo el comercio, lo mismo los medios de comunicación que la función del cambio, en manos de los elementos bursátiles”,<sup>139</sup> adquiere la forma de una ley económica férrea. La especulación financiera en la bolsa de valores no sólo se incrementa por la existencia de masas colosales de capital ocioso, sino también de títulos y valores que actúan como signos del capital en funciones (el capital ocupado en la reproducción real y efectiva), y por otro conjunto virtualmente ilimitado de falsos valores incorporados al festín de la redistribución de la riqueza material y espiritual, que funcionan como una suerte de “dinero de bolsa”, es decir, como equivalente del valor sólo en la bolsa.<sup>140</sup> Del divorcio creciente entre la producción y la especulación da fe la desmedida proliferación de formas de capital ficticio, en particular, el desarrollo del llamado mercado de “derivadas”, entendidas como activos o instrumentos financieros que, a través de infinitas mediaciones, representan a otros activos o instrumentos financieros (acciones, bonos, tasas de interés, tipos de cambios, etc.).<sup>141</sup> Las derivadas invaden progresivamente las más diversas esferas de la economía.

En la actualidad, los mercados de productos derivados son más importantes que los tradicionales. Ahora bien, esta forma de economía no produce, apuesta. Corresponde al orden de las apuestas. En ellas no se apuesta a valores materiales o siquiera a transacciones financieras simbólicas (pero valoradas de acuerdo con activos reales, aunque su fuente sea lejana) sino a valores inventados con el solo fin de alimentar

---

<sup>139</sup> Federico Engels. “La Bolsa” (Observaciones complementarias al tomo III de *El Capital*), ed. cit., p. 44.

<sup>140</sup> Es preciso distinguir el capital ficticio “clásico”, que constituye una imagen ideal de la economía real, un representante del valor, de los títulos de valor que proliferan en el mundo, desprovistos de todo correlato en la producción material.

<sup>141</sup> “Además de las acciones, las obligaciones industriales y gubernamentales y los futuros de mercancías, existe toda una serie de títulos de valores que aparecen diariamente en las páginas financieras de la prensa: las llamadas opciones de compra y venta, los mercados de futuros, las obligaciones industriales de alto riesgo conocidas como *junk bonds*, y los nuevos títulos semigubernamentales cuyos fines usureros y cuyo potencial desestabilizador se esconden detrás de graciosos nombres como *Farmer Mac*, *Ginnie Mae* y *Fanny Mae*.” “Lo que anunció la caída de la bolsa de valores de 1987” (Resolución aprobada por el congreso de 1988 del Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos), ed. cit., p. 116.

sus propios juegos. Consiste en apuestas sobre los avatares de negocios que aún no existen y tal vez nunca existirán. Y a partir de ellos, en relación con ellos, se juega con títulos, deudas, tasas de interés y de cambio desprovistas de todo sentido, basadas en proyecciones puramente arbitrarias, próximas a la fantasía más desenfadada y a profecías de orden parapsíquico. Consiste sobre todo en apostar a los resultados de esas apuestas. Y luego a los resultados de las apuestas sobre esos resultados.<sup>142</sup>

Estos “valores” no pasan de ser meros papeles que, sin embargo, cada día acentúan su dominio sobre los procesos productivos y sobre los hombres y mujeres de carne y hueso. La turbulencia de las bolsas es un termómetro que nos indica el cuadro febril del organismo capitalista, el índice fundamental para un diagnóstico efectivo de la salud del capital. El descenso de la cotización en bolsa de las disímiles formas del capital ficticio indica, ante todo, la depreciación general del capital real y efectivo.

Se borra así toda proporcionalidad entre la economía real y efectiva y la economía imaginaria, ilusoria, falsa o ficticia, que comienza a crecer *con relativa independencia de las leyes de la producción de plusvalía*; y desaparece la posibilidad de descubrir detrás de cada forma de la economía especulativa una forma económica real. Los valores falsos de esta economía sólo funcionan como capital en tanto suponen la redistribución de la plusvalía global y del capital acumulado, no porque contribuyan en modo alguno a la creación de riqueza y, ni siquiera, de ganancia capitalista. “La ganancia —escribe Marx haciendo referencia al capital a interés— no se duplica por la doble existencia de la misma

---

<sup>142</sup> “Son transacciones de compra y venta de lo que no existe, en las que no se intercambian activos reales, ni siquiera símbolos de esos activos, sino por ejemplo, los riesgos asumidos por los contratos a mediano o largo plazo que aún no han sido firmados o sólo existen en la imaginación de alguien; se ceden deudas que a su vez serán negociadas, revendidas y recompradas sin límite; se celebran contratos en el aire, a menudo de común acuerdo, sobre valores virtuales aún no creados pero ya garantizados, que suscitarán otros contratos, siempre de común acuerdo, referidos a la negociación de aquellos. El mercado de riesgos y deudas permite a los participantes entregarse con toda falsa seguridad a esas pequeñas locuras. Se negocian interminablemente las garantías de lo virtual y se trafica con esas negociaciones. Son otros tantos negocios imaginarios, especulaciones (...) que constituyen un colosal mercado artificial, acrobático, (...) alejado de toda realidad que no sea la suya, en círculo cerrado, ficticio, imaginado y embrollado sin cesar con hipótesis desenfadadas que sirven de base a otras extrapolaciones. Se especula hasta el infinito sobre la especulación. Un mercado inconstante, ilusorio, basado en simulacros pero arraigado en ellos, delirante, rayano en la poesía de tan alucinado (...) ‘Opciones sobre opciones’, decía entre risas, pero algo asustado (...) el ex canciller Helmut Schmidt (...) Confirmaba que en esos mercados surrealistas se hacen ‘cien veces más transacciones’ que en los otros”. Vivianne Forrester. *El horror económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, pp. 94-96.

suma de dinero como capital para dos personas distintas. Sólo puede funcionar como capital para ambas mediante el reparto de la ganancia”<sup>143</sup> A diferencia del clásico capital a interés, *el capital especulativo no promueve la producción de nueva ganancia* para su posterior distribución, sino *parasita sobre la ganancia y el capital existentes*. “El movimiento independiente desplegado por el valor de estos títulos de propiedad, no sólo el de los títulos de la deuda pública, sino también el de las acciones, viene a confirmar la apariencia de que constituyen un verdadero capital.”<sup>144</sup> Tan pronto enfocamos el asunto desde la perspectiva de la totalidad del capital social, se hace evidente que *estos valores que no producen plusvalor constituyen la antítesis del capital*. El capital especulativo se nutre del capital en funciones sin producir plusvalía y, por consiguiente, sin enfrentarse al trabajo creador de riquezas.<sup>145</sup>

Ello no significa, en absoluto, que la producción de bienes materiales haya perdido su condición de fundamento de todo el sistema de producción y reproducción social. De lo que se trata es de llamar la atención sobre la irracionalidad objetiva de un modo de producción cuyas formas secundarias asfixian y corroen su propio fundamento, obligado ahora a tejer la gran madeja de la especulación financiera como forma fundamental de su existencia. El funcionamiento de la mayor parte del capital social como capital especulativo y no como

---

<sup>143</sup> Carlos Marx, *El Capital*, t. 3, ed. cit. , p. 374.

<sup>144</sup> *Ibid.*, p. 483.

<sup>145</sup> A nuestro juicio, las siguientes consideraciones de Marx con relación al capital a interés son aplicables por entero al capital especulativo: “En la forma de interés se esfuma esta antítesis frente al trabajo asalariado, pues el capital a interés no tiene como término antagónico, en cuanto tal, el trabajo asalariado, sino el capital industrial o comercial; el capitalista prestamista se enfrenta como tal directamente con el capitalista que actúa real y directamente en el proceso de reproducción, no con el obrero asalariado, expropiado precisamente de los medios de producción a base del régimen de producción capitalista. El capital a interés es el capital *como propiedad* frente al capital *como función*. Pero mientras no funciona, el capital no explota a los obreros ni se enfrenta en modo alguno con el trabajo.” “El interés, de por sí, expresa precisamente la existencia capitalista de las condiciones de trabajo en su antítesis social con el trabajo en su transformación de poder personal frente al trabajo y sobre el trabajo. Pero representa este carácter del capital como algo que le corresponde al margen del proceso de producción y que no es, en modo alguno, resultado de la determinación específicamente capitalista de este proceso de producción. No lo representa en contraposición directa con el trabajo, sino al revés, sin relación alguna con el trabajo y como simple relación de un capitalista con otro. Por tanto, como una determinación ajena e indiferente a la relación entre el capital y el trabajo. Por consiguiente, en el interés, en la forma específica de la ganancia en que el carácter antagónico del capital cobra una expresión independiente, la cobra de tal modo que este antagonismo queda completamente esfumado aquí y se prescinde totalmente de él. El interés es una relación entre dos capitalistas y no entre el capitalista y el obrero.” *Ibid.*, pp. 400, 402-403.

capital productor de plusvalía, conduce a una *crisis integral del modo capitalista de producción*.

En este contexto, por *crisis integral del capitalismo* no se entiende simplemente un *período histórico* determinado, a saber, el “período de derrumbamiento revolucionario del capitalismo como régimen social, de descomposición interna y desmoronamiento del sistema capitalista mundial, de desgajamiento de éste de nuevos eslabones y de lucha entre el capitalismo y el socialismo a escala mundial.”<sup>146</sup> No se trata sólo de una determinación histórica, sino, ante todo, de una *determinación lógica*, producto del desarrollo histórico de las contradicciones fundamentales del modo de producción capitalista, en particular, de la contradicción entre el capital y el trabajo, que en un punto determinado, y a través de múltiples mediaciones, adquiere su expresión más irracional en la forma del dominio del capital especulativo sobre el proceso de producción. Por supuesto, el reconocimiento de esta situación no implica que la contradicción capital-trabajo se haya esfumado en el proceso de reproducción del capital especulativo, sino que la contradicción entre éste y el trabajo asalariado se encuentra mediatizada por el capital en funciones: el capital especulativo no sólo es un parásito instalado sobre el cuerpo del trabajo, que potencia el desempleo y la marginación, sino también, de manera directa, sobre el capital en funciones, el capital que se realiza a través de la explotación directa de la fuerza de trabajo. La dedicación de la mayor parte del capital social a la especulación con valores, y no a la producción de plusvalía, nos permite afirmar que, en la actualidad, asistimos a una *crisis de la ley económica fundamental del capitalismo, la ley de la plusvalía* y, por consiguiente, a una *crisis integral del sistema capitalista*, en tanto esta ley atraviesa toda su estructura económica y social y su crisis entorpece la necesaria y vital reproducción ampliada del capital, incapaz ya de evitar la estrangulación de la producción por la especulación. El capital financiero especulativo, asociado al monopolio transnacional —y en modo alguno a la libre competencia— eleva a un nuevo peldaño el carácter parasitario del imperialismo y constituye la expresión fundamental de las contradicciones de la producción capitalista.

La causa última de las crisis capitalistas radica en la incapacidad de sus relaciones de producción de albergar en su seno las fuerzas productivas que desata en su devenir

---

<sup>146</sup> Ver: *Diccionario de Economía Política*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, pp. 94-95.

histórico. Al limitar, con fuerza de ley, el desarrollo de las fuerzas productivas, el monopolio financiero transnacional disminuye el capital invertido en condiciones de producción. La mayor parte del acrecentamiento del capital no se realiza ya a través del desarrollo de sus fuerza productivas, sino de la especulación financiera, y el crecimiento económico no se sustenta de una manera directa o proporcional en el crecimiento de la productividad del trabajo. La contradicción entre las potencialidades del capital y su forma de realización en la producción trae como consecuencia que una importante masa de capital se mantenga en la circulación y no se convierta en condiciones de producción. Pero como la ley imperiosa del capital es autoincrementarse permanentemente, se ve obligado a desatar una desafortada carrera especulativa. De aquí que las crisis se presenten preponderantemente como crisis financieras, y en particular, como crisis de superespeculación. Es decir, no sólo las crisis de superproducción se ven inevitablemente acompañadas de crisis de superespeculación, sino que también el intento de evitar las crisis de superproducción conduce de forma igualmente inevitable a las crisis de superespeculación. Así las cosas, del mismo modo que ocurre con las crisis de superproducción, las crisis de superespeculación no pueden ser eliminadas por medio de políticas dirigidas. Unas y otras van de la mano, son dos caras de una moneda, dos cordeles de una soga atada al cuello del capital financiero. Ello apunta a la descomposición del sistema capitalista, a su estancamiento. En estas condiciones, los poderes establecidos resultan incapaces de poner riendas a los enloquecidos flujos y reflujos de monedas, acciones, obligaciones, créditos y títulos de toda índole.

La crisis integral del capitalismo producida por el monopolio financiero transnacional no es un fenómeno local ni pasajero. El fundamento de la producción capitalista es la producción de plusvalía. Sin embargo, este fundamento ha comenzado a crujir bajo la enorme carga especulativa que, en sus orígenes, había generado como una forma de solucionar sus contradicciones. La especulación financiera, en tanto valorización parasitaria de los capitales individuales en la esfera de la circulación, resulta radicalmente incapaz de satisfacer las exigencias de la ley general de la acumulación capitalista. Su imperio está asociado al límite histórico del capital.



El *verdadero límite* de la producción capitalista es el mismo capital, es el hecho de que, en ella, son el capital y su propia valorización lo que constituye el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producción; el hecho de que aquí sólo es producción para el *capital* y no, a la inversa, los medios de producción simples para ampliar cada vez más la estructura del proceso de vida de la *sociedad* de los productores.<sup>147</sup>

---

<sup>147</sup> Carlos Marx. *El Capital*, t. 3, ed. cit., p. 272.

## TRANSNACIONALIZACION, ESTADO Y PODER POLITICO

Las líneas precedentes ponen en entredicho la capacidad de los Estados nacionales capitalistas para enfrentar el amplio espectro de contradicciones económicas, políticas y sociales engendradas por el proceso de transnacionalización del imperialismo. Mandatarios de países desarrollados y subdesarrollados, dirigentes gubernamentales y partidistas, representantes de monopolios transnacionales, autoridades de instituciones supranacionales, pequeños y medianos empresarios, intelectuales e, incluso, portavoces de corrientes políticas consideradas de izquierda, manifiestan “una gran preocupación por el futuro de la democracia”, emiten diagnósticos que oscilan entre la constatación de una “crisis profunda y amplia de la política como actividad humana” y la referencia a un “mero desencanto de los ciudadanos con la forma de hacer política”. De manera puntual y fragmentaria, algunos de estos diagnósticos se aproximan a problemas objetivos de la sociedad capitalista contemporánea, tales como el “decaimiento de los poderes institucionales electivos y el fortalecimiento de los llamados poderes fácticos”, el “carácter fuertemente concentrador de los procesos productivos”, la “disminución progresiva de las actividades y recursos del Estado”, la “debilitación de las organizaciones populares tradicionales”, las “decisiones que no son tomadas en las instituciones electivas sobre las cuales los ciudadanos pueden influir con su voto”, las “condiciones establecidas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional”, los “cambios recientes en la distribución del poder económico y político y sus consecuencias antidemocráticas”, la “creciente vulnerabilidad de las economías latinoamericanas frente al comportamiento de los mercados financieros, y la inestabilidad política que ello trae aparejado”.<sup>148</sup>

Frente al agravamiento de la crisis económica, política y social, gobiernos imperialistas y de países dependientes, instituciones del sistema de Naciones Unidas como el PNUD y la UNESCO, tanques pensantes de las internacionales conservadora, liberal, demócrata cristiana y socialdemócrata, y grupos *ad hoc* como el Círculo de Montevideo, buscan con afán fórmulas de “*governabilidad*” —ese punto omega inaccesible de la dominación del capital monopolista transnacional—, es decir, técnicas y ordenanzas capaces de evitar el

---

<sup>148</sup> Ver: Memorias del Seminario Partidos Políticos y Gestión Estratégica, ILPES-Dolmen Ediciones, Santiago de Chile, 1997.

estallido de las contradicciones económicas, políticas y sociales que conlleva el proceso de concentración y transnacionalización imperialista de la riqueza y el poder político o, lo que es lo mismo, de garantizar las condiciones políticas necesarias para el desarrollo del proceso de concentración transnacional de la riqueza y el poder a costa de la opresión —la explotación y la marginación— de la mayoría de la humanidad.

Las teorías de la “governabilidad” (*governance*), que en los últimos años han inundado el mercado del libro y acaparado la atención de múltiples foros internacionales, aparecen a partir de los años sesenta como respuesta a la erosión experimentada por el poderío imperialista.<sup>149</sup> No es casual que el “gran diseño” básico que sirve de patrón irrecusable a sus prescripciones prácticas, constituya el fruto de los trabajos realizados en los años setenta por la Comisión Trilateral —exponente de la ideología de las “corporaciones globales” de los Estados Unidos, Europa y Japón—, consternada por el auge alcanzado desde la década precedente por las protestas sociales, las demandas de un Nuevo Orden Económico Internacional y los movimientos de liberación nacional en el “Tercer Mundo”. Sin embargo, aunque el llamado conservadurismo es la corriente de pensamiento político más proclive a estudiar el funcionamiento del sistema de dominación en las “sociedades democráticas”, también el liberalismo, la democracia cristiana y la socialdemocracia, preocupadas a su forma por el mantenimiento del *statu quo*, han asumido el tema como propio.

Los ideogramas fundamentales de las teorías de la gobernabilidad son la *legitimidad* (alcanzada por la fuerza política gobernante a través de elecciones “libres” y “democráticas”) y la *eficacia* (derivada de una gestión de gobierno satisfactoria para los “intereses de la ciudadanía”); su credo está articulado en torno al culto a la *forma política* (la llamada democracia representativa: elecciones “libres”, pluripartidismo, “libertad” de expresión, de asociación, etc.) desprovista de *contenido real* (capacidad efectiva de decisión

---

<sup>149</sup> “*Governabilidad e ingovernabilidad* ocuparon rápidamente un lugar de considerable importancia en el lenguaje de políticos y de científicos sociales (...) Originariamente, una y otra estaban referidas al fenómeno de la estabilidad de la economía, a su funcionamiento fluido, tal como él aparece en el período de entreguerras, según una secuencia inestabilidad monetaria-inestabilidad productiva-inestabilidad social, que exigen un procesamiento mediante las instituciones y los sujetos sociales. En la ciencia social, en cambio, se empleó el término para hacer referencia al control político-institucional del cambio social transformador; ingovernabilidad, a su vez, definía pérdida de control gubernamental de los mecanismos o de las fuerzas objeto de gobierno”. *Ibid.*, pp. 8-9.

sobre los asuntos fundamentales de carácter político, económico y social).<sup>150</sup> Su complemento económico, político e ideológico fundamental es el *neoliberalismo*, a pesar de que, desde fecha muy reciente, éste haya comenzado a recibir el tratamiento público de hijo bastardo por parte de sus propios mecenas y promotores. Si el neoliberalismo promueve la concentración y transnacionalización del poder político y la fragmentación y dispersión de todas las clases y sectores sociales dominados por la aristocracia de las finanzas mundiales, las teorías dominantes de la gobernabilidad construyen el paradigma político que legitima la apariencia de que existe democracia en una organización estatal cada vez más antidemocrática,<sup>151</sup> y proporciona recetas cuyo fin es garantizar “la calidad de la política” (sic!).<sup>152</sup> Las teorías de la gobernabilidad y la doctrina neoliberal no sólo comparten sus orígenes, sino también sus propósitos, constituyen momentos orgánicos de un mismo proceso de profundización del divorcio existente entre el poder real y las mediaciones políticas del Estado burgués, aunque diversas corrientes políticas de centroizquierda se propongan, de manera retórica o utópica, la construcción de un proyecto de “gobernabilidad democrática” no neoliberal e, incluso, antineoliberal en los marcos del capitalismo. La endeblez teórica y el carácter apologético —consciente o inconsciente— inherente a las “teorías de la gobernabilidad” quedan al desnudo en cuanto se comprende que su objetivo es trazar un esquema de dominación global que garantice la subordinación de las clases y sectores sociales oprimidos, al margen de las contradicciones socioeconómicas que genera el proceso de reproducción del capital transnacional; es decir, facilitar el proceso de concentración y transnacionalización del capital que constituye el fundamento objetivo de

---

<sup>150</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>151</sup> “Los trilateralistas —afirma Holly Sklar— ven en el futuro una era supuestamente posnacional en la cual los valores sociales, económicos y políticos originados en las regiones trilaterales se transformen en valores universales. Redes en expansión de funcionarios gubernamentales, hombres de negocios y tecnócratas con un mismo pensamiento —productos élite de la educación occidental— deben ejecutar la formulación de la política interna y exterior. Funcionalmente, instituciones específicas con ‘un mayor enfoque técnico, y *menor conciencia pública*’ son los más capacitados para enfrentar los asuntos internacionales en el modelo trilateral. Los trilateralistas llaman a este proceso de toma de decisiones ‘funcionalismo por partes’ (*piecemeal functionalism*). Ello significa no presentar o debatir ninguna propuesta integral, sino dejar que el diseño trilateral general vaya tomando forma poco a poco. Sus componentes ‘funcionales’ deben ser adoptados en mayor o menor medida, de manera parcial, por partes, de forma que se limite la posibilidad de que la gente pueda captar el diseño completo y organizar la resistencia (...) En el plano internacional, los líderes trilaterales estarían responsabilizados de la *elaboración de las reglas...*” Holly Sklar. “Trilateralism: managing dependence and democracy –an overview”, *ed. cit.* pp. 21-22.

<sup>152</sup> Ver: *Partidos políticos y gestión estratégica*, ed. cit., pp. 15-16.

la llamada *crisis de gobernabilidad* en la que están inmersos todos los Estados nacionales, en especial los del mundo subdesarrollado, mediante la puesta en práctica de proyectos de “gobernabilidad democrática”, y modelos de “control social” capaces de neutralizar los efectos políticos de la crisis socioeconómica.

Si partimos del supuesto de que el poder político en la sociedad burguesa constituye la forma por excelencia en que se manifiesta la fuerza del capital, resulta evidente que la comprensión científica del proceso de *transnacionalización política* al que asiste la humanidad contemporánea sólo es posible si se le concibe como el momento decisivo del despliegue de una *metamorfosis integral* en las relaciones de poder, vinculada a la *nueva forma histórica* en que se realiza la reproducción económica del imperialismo. En el curso de esta metamorfosis, acelerada por el desplome de la Unión Soviética y el campo socialista europeo, se van perfilando progresivamente los rasgos específicos de un sector emergente de la burguesía financiera y de nuevos mecanismos de dominación y subordinación, cuyos componentes fundamentales son los propios Estados nacionales y las instituciones supranacionales que representan y defienden los intereses del imperialismo.

La fuerza social dominante en la sociedad capitalista contemporánea es la *oligarquía financiera transnacional*.<sup>153</sup> Se trata de una burguesía que encarrila su capital por los rieles de la concentración transnacional, para la cual constituye una cuestión de vida o muerte ocupar todos los espacios, cada vez más reducidos en el ámbito planetario, en los cuales pueda garantizar la reproducción de sus condiciones materiales y espirituales de existencia. Esta élite, que constituye un parásito de pura cepa en el cuerpo orgánico de la división social del trabajo, en lo fundamental realiza su actividad económica en forma especulativa

---

<sup>153</sup> La oligarquía financiera transnacional es la hija pródiga de lo Marx llamara “los lobos de la Bolsa”, “los reyes de la Banca”, “los acreedores del Estado”, “los rentistas”, “los usureros”. Ver: Carlos Marx. “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”, *Obras Escogidas en 3 tomos*, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, 1973, pp. 222-223. “Por *aristocracia financiera* —escribe— hay que entender aquí no sólo los grandes empresarios de los empréstitos y los especuladores en valores del Estado, cuyos intereses coinciden, por razones bien comprensibles, con los del poder político. Todo el moderno negocio pecuniario, toda la economía bancaria, se halla entretrejida del modo más íntimo con el crédito público. Una parte de su capital activo se invierte, necesariamente, en valores del Estado que dan réditos y son rápidamente convertibles. Sus depósitos, el capital puesto a su disposición y distribuido por ellos entre los comerciantes e industriales, afluye en parte de los dividendos de los rentistas del Estado. Si en todas las épocas la estabilidad del poder público es el alfa y omega para todo el mercado monetario y sus sacerdotes, ¿cómo no ha de serlo hoy, en que todo diluvio amenaza con arrastrar junto a los viejos Estados las viejas deudas del Estado?” Carlos Marx. “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, *Obras Escogidas en 3 tomos*, t. 1, ed. cit., pp. 474-475.

y, en medio de las más enconadas contradicciones con las burguesías nacionales, los trabajadores y los marginados, ha logrado ir configurando un dominio transnacional, en el que se apropia de la mayor parte de la plusvalía mundial, apoyada en un grado tal de concentración del capital que le permite negar la libre competencia en los eslabones decisivos de su reproducción ampliada.

Sobre el plano internacional, —constata Claude Meillassoux— el poder económico tiende a retornar a una fracción limitada de la clase capitalista, la *alta burguesía*, que pretende arrogarse la exclusividad, no solamente contra el proletariado, sino también contra las otras fracciones del capitalismo, ya sea para sacar provecho de éstas, ya sea porque tiene miedo de la competencia (...) Esencialmente, el poder de la clase capitalista se sitúa en esta última fracción ligada al gran capital concentrado, reposa sobre sus capacidades de gestión a muy alto nivel, tanto organizacionales como financieras.<sup>154</sup>

En la medida en que sus intereses se diferencian y entran en una relación antagónica con los intereses de los restantes sectores de la burguesía, la nueva aristocracia de las finanzas va dando pasos importantes hacia la conformación de una identidad propia. La monopolización del Estado-nación burgués por parte de la oligarquía financiera —y, por consiguiente, el control de sus funciones— había acentuado su divorcio de la sociedad en una medida nunca antes conocida. La transnacionalización del monopolio tiende a otorgarle a esta oligarquía un carácter antinacional, aunque, por el momento, esta determinación se vea amortiguada en determinados sectores suyos, en particular, en su sector estadounidense, empeñado en globalizar las prerrogativas de su propio Estado nacional. En la oscuridad de los monopolios transnacionales, todos los gatos capitalistas, cualquiera sea su ciudadanía, son cada vez más pardos: las diferencias nacionales existentes entre ellos ponen de manifiesto una tendencia a integrarse en la sustancia cosmopolita de los monopolios. La contraposición de intereses al interior de esta élite burguesa no obedece, en esencia, a

---

<sup>154</sup> “El volumen del capital privado y su inserción en la economía nacional y mundial —continúa el autor— hace que esta fracción capitalista de estatura internacional incida en forma decisiva en las políticas interiores o exteriores de los Estados, así como en las políticas de las instituciones públicas internacionales (entre las que se encuentran el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Comunidad Económica Europea). El pequeño y mediano capital no dispone de este ascendente político.” Claude Meillassoux. “Clases y cuerpos sociales”, en: *Marx y el siglo XXI. Una Defensa de la historia y del socialismo*, Renán Vega (Editor), ed. cit., p. 57.

diferencias nacionales, sino a contradicciones interimperialistas, intermonopolistas, en el proceso de extorsión y redistribución de la plusvalía. En este sentido, la nación es la gran hoja de parra con que se cubre la oligarquía financiera transnacional en cada país imperialista, el escudo con que se defiende de sus rivales y la lanza con que los acomete. Se trata, insistimos, de una casta social en unidad contradictoria que, aun en medio de las más enconadas batallas internas, se ve obligada a cohesionarse en el enfrentamiento con los otros sectores de la burguesía y con cualquier otra clase, comunidad humana o grupo social que ose obstaculizar su dominación. Ello concierne con fuerza particular a las burguesías de los países neocoloniales.

A lo largo de la historia del neocolonialismo, las burguesías nacionales habían contado con ciertos espacios, no disputados por el imperialismo, para su reproducción como clase social —gracias a su asociación con las potencias financieras dominantes y a su capacidad de encontrar un refugio económico en las lagunas económicas dejadas por éstas—, y detentaban al menos una porción, tampoco disputada, del poder del Estado-nación. La transnacionalización y desnacionalización política tiende a reducir al mínimo estos espacios locales. Hoy día, esas burguesías se encuentran en vías de absorción y destrucción por parte de la oligarquía financiera transnacional y, en consecuencia, se reducen las cuotas de poder político que pueden ejercer. Se trata de un proceso que transcurre en medio de la agudización de la competencia interimperialista por el control de las regiones, subregiones, países, localidades y ramas de la industria y los servicios que reúnen los requisitos indispensables para garantizar la reproducción ampliada del capital monopolista, y cuentan con la infraestructura, la capacidad de asimilación de nuevas tecnologías, la fuerza de trabajo y los mercados necesarios para la obtención de jugosas ganancias. Este impúdico festín, por una parte, agudiza las contradicciones entre la oligarquía financiera y las burguesías nacionales y, por la otra, provoca la estratificación y fragmentación de estas últimas, en la medida en que los restos del banquete resultan cada día menos capaces de garantizar la subsistencia de los capitales locales, obligados a competir contra los monopolios y entre sí.

Así, pues, en la guerra de todos contra todos que supone la producción capitalista, se verifica una tendencia al surgimiento de intereses económicos y políticos comunes, en cuya

defensa la oligarquía financiera transnacional de cada país imperialista coincide de forma mucho más plena con la oligarquía financiera transnacional de los demás países imperialistas que con las restantes capas de la burguesía, clases y sectores sociales de sus propios países. Esta comunidad de intereses, derivada de la necesidad de garantizar la rotación global del capital en condiciones de una acentuada estratificación interna de la burguesía, de una depauperación acelerada del proletariado y el campesinado y de la marginación de una franja creciente de la población mundial —con el consecuente agravamiento de las contradicciones nacionales y sociales—, se expresa de forma política en la necesidad inmanente, conscientemente asumida y con importantes realizaciones prácticas, de construir una maquinaria de violencia, apta para cumplir funciones políticas transnacionales y dirimir las contradicciones interimperialistas. El imperativo categórico de la oligarquía financiera nacional era apoderarse de todas las riendas de un Estado nacional *ya constituido*; el imperativo categórico de la burguesía financiera transnacional es *crear* un Estado transnacional capaz de consolidar su poder político a escala regional y, como tendencia, a escala global.

El afianzamiento de las relaciones capitalistas de producción en Europa y Norteamérica condujo a la unión de las antiguas provincias independientes “en una *sola* nación, bajo un *solo* Gobierno, una *sola* ley, un *solo* interés nacional de clase y una *sola* línea aduanera.”<sup>155</sup> En la medida en que el proceso de concentración de la propiedad y la rotación del capital rebasa la jurisdicción del Estado-nación, la oligarquía financiera transnacional necesita colocar al mundo bajo “un *solo* Gobierno”, “una *sola* ley”, “un *solo* interés” —en este caso, imperialista *transnacional*— y “una *sola* línea aduanera”: la línea que prohíbe a los restantes tipos de la economía mundial acceder a los beneficios de la rotación transnacional del capital. Esta finalidad inmanente constituye una de las leyes fundamentales de su desarrollo histórico; hacia este objetivo supremo están enderezados hoy todos sus esfuerzos como sector de la burguesía emergente en la palestra de la historia. Sin embargo, este designio del imperialismo contemporáneo encuentra obstáculos insalvables en su realización: las contradicciones entre el imperialismo —en primer término, el imperialismo norteamericano— y los países del llamado Tercer Mundo, las contradicciones

---

<sup>155</sup> Carlos Marx y Federico Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”, *ed. cit.*, p. 115.



interimperialistas, las contradicciones entre la oligarquía financiera transnacional y las burguesías nacionales, entre los sectores de estas burguesías asociados al capital transnacional y los que se ven amenazados por él, y entre estos sectores burgueses y el universo de los asalariados —organizados o no— y los marginados, cuya creciente depauperación fomenta la ingobernabilidad y los estallidos sociales, con su capacidad de generar auténticas situaciones revolucionarias. En particular, como hemos apuntado, nada menos que 37 mil empresas transnacionales y un número significativo de grupos financieros se disputan a diario cada milímetro de terreno económico y político, incluidos la fuerza de trabajo, los mercados y las maquinarias estatales nacionales. Estas contradicciones nos hablan de que la burguesía financiera transnacional, aunque se ha propuesto enajenar a la mayoría absoluta de la población mundial —la pequeña y mediana burguesía, el proletariado, el campesinado, los marginados— de toda participación en la toma de decisiones, es incapaz de eliminar la confrontación política en el plano nacional e internacional, en la misma medida en que le resulta imposible crear un monopolio único. En el interior de esta oligarquía existen múltiples contradicciones, cuyas expresiones más importantes son la conformación de bloques regionales rivales y el antagonismo creado entre su sector más poderoso, sobre todo en Estados Unidos, que se orienta hacia una globalización total, y aquellos sectores que necesitan refugiarse en espacios regionales para asegurar sus posiciones económicas y políticas transnacionales. Estos antagonismos explican en buena medida el importante papel que aún desempeñan los Estados nacionales imperialistas en el proceso de transnacionalización del capitalismo monopolista. Son ellos, en particular, el Estado norteamericano y, en menor medida, los Estados japonés, alemán y de otros países europeos, los principales soportes políticos (léase: militares, judiciales y policíacos) de los monopolios transnacionales.

La relación contradictoria —de competencia y cooperación— existente entre los tres agrupamientos fundamentales que conforman la oligarquía financiera transnacional y sus respectivos Estados imperialistas, se encuentra determinada, por una parte, por la necesidad objetiva de establecer mecanismos de dominación política y regulación económica adecuados al nivel transnacional de rotación del capital y, por otra, por los intereses específicos de cada uno de los tres centros imperialistas, a saber: la fluctuante correlación

de fuerzas entre los intereses “panglobalistas”, “regionalistas” y “nacionalistas proteccionistas” de la burguesía estadounidense que, tras la suscripción del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, obstaculiza la ejecución del proyecto de Zona Hemisférica de Libre Comercio de las Américas; la integración imperialista europea occidental, con la República Federal Alemana como centro, destinada a contrarrestar la hegemonía política, económica y militar del imperialismo norteamericano, y la “agresividad exportadora” del imperialismo japonés, caracterizado por una extensión geográfica y una masa poblacional relativamente pequeña, que lo han hecho depender, en mucha mayor medida que sus principales socios-competidores, de la ubicación de sus empresas fuera de sus fronteras nacionales —sobre todo en los territorios de la Cuenca del Pacífico— y de los mercados externos.

Tan poderosa es la tendencia a la constitución de una maquinaria de poder transnacional, que se impone por sí misma la apariencia de que la humanidad contemporánea asiste a un proceso de configuración de un Estado global a partir de los viejos y nuevos mecanismos e instituciones supranacionales que, como hongos después de la lluvia, han surgido y se han consolidado desde el fin de la II Guerra Mundial: en el plano económico, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico y la Organización Mundial del Comercio; en el plano político, el Grupo de los 7 y el Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas; y en el orden militar, la Organización del Tratado del Atlántico Norte y los restantes pactos funcionales a la dominación imperialista.<sup>156</sup> No cabe duda de que, en todos los casos, nos hallamos ante instituciones y mecanismos que administran determinadas —en ocasiones, importantes y hasta decisivas— cuotas de poder político. Así, con el objetivo de ahuyentar las amenazas que acechan al capitalismo contemporáneo, tales como la inflación, el desempleo y las crisis financieras, el Grupo de los Siete cumple la función de establecer pautas para la regulación de la economía y de la masa dineraria a escala internacional y actúa como un mecanismo de conciliación y negociación de las rivalidades interimperialistas;<sup>157</sup> el Fondo

---

<sup>156</sup> Cfr.: Noam Chomsky y Heinz Dieterich. *La sociedad global*, ed. cit., pp. 53-91.

<sup>157</sup> “Existen también organizaciones privadas, poderosos grupos de presión con abundantes recursos, que tratan de incidir en la marcha de las sociedades, tanto a nivel mundial como para Estados específicos. Entre ellos cabe mencionar, entre otras, instituciones como la Trilateral —en este momento algo más a la sombra que en el período del presidente Carter, pero no menos activa—, las grandes fundaciones mundiales como la

Monetario Internacional y el Banco Mundial constituyen mecanismos destinados a garantizar la libre rotación del capital transnacional y a convertir la renegociación permanente de la deuda externa de los países subdesarrollados en un instrumento de absorción y destrucción de sus capitales nacionales. Por su parte, el Consejo de Seguridad de la ONU se revela como un medio para legitimar la injerencia del imperialismo y la intervención de sus “fuerzas de paz” en los asuntos internos de las naciones, función que también ejecutan la OTAN y los pactos militares regionales, con o sin aprobación de esa entidad de la ONU. Tampoco cabe duda de que entre todas estas instituciones y organizaciones existe cierta organicidad en el ejercicio de sus funciones, que ha llegado a conferirle el aspecto de una estructura estatal, en este caso, de una estructura estatal supranacional. Sin embargo, se trata de una semejanza externa, vinculada a la representación de que un eventual Estado mundial habría de poseer una organización análoga y contar con instituciones similares a las de un Estado nacional. A nuestro juicio, por el contrario, el elemento fundamental de la maquinaria de poder político transnacional lo constituyen los propios Estados nacionales, tanto los Estados imperialistas, que asumen atributos transnacionales, como los Estados dependientes, a los que los primeros intentan convertir en simples correas de transmisión de la voluntad de la oligarquía financiera transnacional dentro de sus respectivas naciones.

Es importante insistir en este punto: la burguesía transnacional no puede aún, en modo alguno, prescindir de los servicios de los Estados nacionales, por débiles que éstos sean, como no puede un caballero prescindir de sus lacayos. “...Los intereses económicos de los grandes grupos transnacionales —escribe Miren Etxezarreta— no coinciden necesariamente con los de los capitales de su Estado de origen. Pero por otro lado, los Estados son necesarios para vehicular el poder de las instancias transnacionales en aquellos aspectos en que los grandes conglomerados empresariales no pueden ejercerlo directamente.”<sup>158</sup> Las

Rockefeller o la Ford, o instituciones como el Club de Roma...” Miren Etxezarreta. “Globalización e intervención pública”, en: Manuel Monereo (Coordinador). *Propuestas desde la izquierda. Los desafíos de la izquierda transformadora para el próximo siglo*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1998, p. 185.

<sup>158</sup> *Idem.* Por otra parte, “mientras determinados aspectos —los mercantiles, monetarios y financieros— se supranacionalizan, los políticos y fiscales permanecen en el estricto ámbito de los Estados-nación, impotentes ya para limitar y compensar el poder económico y corregir los fallos y las enormes desigualdades que se generan en los mercados cuando se les abandona a sus propias leyes.” Juan Francisco Martín Seco. “Economía y democracia”, en: *Ibid.*

gigantescas operaciones financieras de estos conglomerados demandan la intervención de las instituciones estatales nacionales y de su aparato militar, policial y jurídico, en aras de garantizar una libertad plena de movimientos y, sobre todo, el control político de los trabajadores, los marginados, las minorías étnicas y sociales e, incluso, de las burguesías nacionales.<sup>159</sup> No es despreciable el apoyo de los Estados nacionales en la legitimación ideológica de los capitales transnacionales. Desde esta perspectiva, las instituciones supranacionales a las que hemos hecho referencia no pasan de realizar funciones estatales complementarias a las ejecutadas por los Estados imperialistas y los Estados nacionales subordinados. *Todo el acertijo consiste en determinar en qué medida la metamorfosis política fortalece el poder del capital monopolista transnacional y en qué medida crea nuevas y más agudas contradicciones internacionales y socioclasistas que socavan las bases del sistema de dominación imperialista considerado como una totalidad*; es preciso identificar con claridad qué funciones de los Estados imperialistas se transnacionalizan; qué funciones de los Estados dependientes se atrofian y cuáles permanecen atadas a sus menguadas instituciones; cuáles han sido asumidas por entidades supranacionales, tanto por las que constituyen remanentes de la Guerra Fría, como por las hijas legítimas de la época de predominio del capital monopolista transnacional; qué funciones políticas supranacionales “andan en busca” de nuevas estructuras, y cuáles no pueden ser estructuradas como consecuencia de las colosales contradicciones que desata el proceso de transnacionalización del imperialismo.

La megamaquinaria imperialista en proceso de ensamblaje histórico se caracteriza por el incremento de la capacidad coercitiva directa de la economía y, en particular, de las relaciones monetarias y la especulación financiera; la transnacionalización de las funciones ejecutivas, legislativas y judiciales de los Estados imperialistas y la proyección transnacional de su poder militar y su fuerza pública; la exacerbación del carácter totalitario, avasallador y antidemocrático del modo de producción capitalista; la manera impúdica con que la ideología se pone al servicio de los intereses del capital transnacional; y la agudización —sobre todo a raíz de la desaparición de la Unión Soviética— del

---

<sup>159</sup> La supranacionalidad “va en el plano político-militar y económico-monetario, dejando la *gestión* de la lucha de clases interna entre las manos de cada gobierno nacional.” F. Vercammen. “¿Un Estado supranacional en marcha?”. En: *Viento del Sur*, N° 28, 1996.

antagonismo entre los Estados imperialistas. Todas estas determinaciones del proceso de transnacionalización política presentan el doble carácter de instrumentos de dominación y de fuentes de contradicciones destructivas para el sistema capitalista en general.

El grado descomunal de concentración alcanzado por el capital monopolista transnacional agiganta y potencia la relación político-económica característica de la sociedad capitalista,<sup>160</sup> tanto desde el punto de vista de los mecanismos de dominación económica puestos en marcha, como por la amplitud y la diversidad de las clases, grupos sociales y naciones sobre los que se ejerce la forma de dominación que lleva implícita. El principal instrumento de sujeción política utilizado por la oligarquía transnacional, que la convierte en un gigante con pies de barro, es la *especulación financiera*, asentada en el control de la masa de dinero mundial, la deuda pública y privada, el crédito público y privado y la redistribución global del patrimonio nacional. A ello se añade la sujeción a las imposiciones de la banca transnacional, el proteccionismo, el intercambio desigual, el pago de la deuda externa,<sup>161</sup> y la forma en que tiene lugar la división transnacional del trabajo, que coloca en una condición de inferioridad a los tipos de economía que funcionan en dineros locales. Las recetas del Fondo Monetario Internacional, las condiciones establecidas por el Banco Mundial para otorgar sus préstamos, los términos leoninos impuestos por el Club de París para la renegociación de la deuda externa,<sup>162</sup> las regulaciones de la Organización Mundial

<sup>160</sup> Desde la época del nacimiento de la formación económico-social capitalista, el poder económico se presenta, sin otros afeites que los de naturaleza ideológica, como el contenido inmediato de todas las formas políticas. Esta peculiar interacción orgánica entre las potencias económicas y políticas de la sociedad, característica de la civilización burguesa, alcanza su madurez en la época de formación y consolidación del capitalismo monopolista de Estado nacional. Ya Lenin constata que “la fuerza del capital lo es todo, la bolsa lo es todo, mientras que el parlamento y las elecciones son marionetas, peleles”. Vladimir Ilich Lenin. “Acercas del Estado”, en: *O.C.*, t. 39, p. 89.

<sup>161</sup> “...En los últimos años —apuntaba Fidel Castro en 1985— se ha venido produciendo una expansión sin precedentes de la banca transnacional en el mundo subdesarrollado. Las causas de esta expansión se relacionan, de una u otra forma, con el propio desarrollo de las empresas transnacionales, con la internacionalización de la producción y, sobre todo, con la crisis económica y sus efectos, tanto en países capitalistas desarrollados como subdesarrollados (...) Ha sido precisamente la banca privada, al actuar ante todo a través de mecanismos relativamente nuevos como el euromercado, la que ha presionado, en concordancia con el FMI, para forzar a los países deudores a la aplicación de medidas de política económica que lesionan los intereses más vitales de los pueblos del Tercer Mundo. Los países subdesarrollados han quedado así atrapados en la red de un mercado de capitales en alto grado especulativo y restrictivo. Este hecho, unido a los déficit de sus transacciones comerciales y de pagos, ha provocado una crítica situación para lograr la compensación de los saldos negativos acumulados”. Fidel Castro Ruz, *Op. cit.*, p. 85.

<sup>162</sup> Un análisis somero, por ejemplo, de la realidad latinoamericana evidencia la actualidad del problema de la deuda, que de premisa para la introducción del esquema de dominación transnacional, ha devenido en uno de los instrumentos fundamentales con que cuenta el imperialismo para mantener e incrementar el flujo de

del Comercio y, en general, los dictados de las instituciones supranacionales que representan los intereses del imperialismo en su conjunto, constituyen un complemento fundamental de las acciones de fuerza ejecutadas de forma directa por los Estados imperialistas. En particular, la dominación de la oligarquía financiera descansa en el mando que ejerce sobre las principales transacciones financieras, en el control de los sistemas bancarios nacionales, el monopolio sobre la captación de activos, el intercambio desigual, la fuga de capitales, la manipulación política de los créditos, la capitalización de la deuda externa, y la exigencia de convertibilidad de los dineros locales. Desde el punto de vista socioclasista, ha adquirido particular importancia el exceso desmedido de fuerza de trabajo con respecto a las demandas del capital variable. Aunque el aumento del desempleo, el subempleo y la precarización del trabajo provoca, en lo inmediato, una debilitación del movimiento sindical, constituye, sin embargo, la manifestación más clara de la agudización de la contradicción entre el capital y el trabajo que, *en términos objetivos*, se ha convertido en un genuino barril de pólvora situado en los propios cimientos del modo de producción capitalista. Por otra parte, el monopolio transnacional acentúa la absorción, destrucción y marginación de la pequeña y la mediana burguesía, y la estratificación y fragmentación de la clase dominante.

La transnacionalización de las funciones legislativas, ejecutivas y judiciales de los Estados imperialistas, en primer lugar, del Estado norteamericano, constituye una auténtica cruzada contra los principios de soberanía, autodeterminación e independencia de los Estados nacionales, a los que se impone un número creciente de normas jurídicas transnacionales y los mecanismos coercitivos correspondientes que garantizan su cumplimiento. Repárese en la diferencia esencial existente entre el Derecho Internacional Público, tal y como ha venido

---

recursos hacia los centros de poder mundial y la subordinación económica y política de los países subdesarrollados. Si en 1970 los “compromisos” del subcontinente ascendían a 60 000 millones de dólares, ya en 1980 el monto de la deuda externa había alcanzado los 222,5 miles de millones de dólares, y en 1996, los 607 330 millones, a pesar de que la región había realizado pagos por 739 900 millones de dólares. Sólo en 1995 y 1996, la deuda de los países del área aumentó en 73 974 millones de dólares. Entre 1986 y 1988, la transferencia anual de recursos por este concepto fue de 53 000 millones, y en el periodo comprendido entre 1991 y 1996 ascendió a la astronómica cifra de 86 000 millones anuales, lo cual comprometió el 30% de los ingresos regionales. Los procesos de renegociación en curso continúan hipotecando el futuro de las naciones latinoamericanas y caribeñas y acentúan la tendencia al cobro de la deuda a partir de los pocos activos nacionales que no han sido privatizados. Ver: “Por una alternativa popular para América Latina” (ponencia presentada por la delegación del Partido Comunista de Cuba en el VII Encuentro del Foro de Sao Paulo). *Cuba Socialista*, N° 7, pp. 46-63.

desarrollándose desde la formación de las naciones burguesas, y el Derecho Transnacional que las potencias imperialistas se esfuerzan por edificar en la época de los monopolios transnacionales. Si en el primer caso nos hallamos ante un conjunto de principios, usos, tratados y convenios llamados a regular las relaciones entre Estados soberanos, por encima de los cuales no se reconoce una instancia suprema, en el segundo caso, se trata de normativas impuestas por los Estados imperialistas a los Estados subordinados, concernientes tanto a las relaciones interestatales, como al funcionamiento interno de estos últimos. En el mundo contemporáneo, de manera cada vez más evidente, la legislación transnacional tiende a suplantar al Derecho Internacional. Merecen ser destacadas, en este sentido, las leyes transnacionales “unilaterales” (con frecuencia llamadas “extraterritoriales”), que incluyen disposiciones para la actuación, también transnacional, de los poderes ejecutivo y judicial del Estado imperialista; las impuestas a través de tratados internacionales e instituciones supranacionales —mundiales y regionales—, acompañadas de mecanismos de “verificación”, control y sanción de los “infractores”; y las que adoptan los parlamentos de las naciones dependientes, como “requisito” para la suscripción de acuerdos políticos, económicos y militares, o como resultado de presiones directas o indirectas de las potencias imperialistas. La oposición internacional a la promulgación por el Estado norteamericano de las leyes Helms-Burton y D’Amato-Kennedy constituye una evidencia de que también este camino está sembrado de escollos y conduce al agravamiento de las contradicciones interimperialistas y a la exacerbación de los sentimientos nacionalistas de los pueblos oprimidos, con su inestimable potencial revolucionario.

Algo análogo se aprecia cuando observamos la relación directa que guardan la magnitud, la sofisticación y la concentración transnacional del poder militar y la fuerza pública con el grado de agudización de las contradicciones económicas y socioclasistas y con el nivel de desarrollo potencial de la lucha antimperialista. Terminada la “Guerra Fría” entre las superpotencias militares, el imperialismo no sólo no ha cesado de invertir colosales recursos en el desarrollo de la tecnología y las doctrinas militares, represivas, de inteligencia y de contrainsurgencia —ocultas con frecuencia bajo la máscara de la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico—, sino también se ha propuesto subordinar de forma directa los ejércitos y la fuerza pública de los Estados neocoloniales. En tales andanzas, se

apoya en los más novedosos sistemas de armamentos, comunicaciones y transporte, en la ampliación y fortalecimiento de su red planetaria de bases y de pactos militares, y en la utilización de los organismos internacionales —en particular, del Consejo de Seguridad de la ONU— como emisores de patentes de curso de sus actos de piratería y de sus agresiones armadas. En este empeño, el imperialismo tropieza con la oposición de los sectores nacionalistas de las fuerzas armadas, alarmados por el propósito de convertir a estas últimas en agencias policíacas al servicio de potencias extranjeras, y por el proceso de privatización de las empresas militares, fuentes tradicionales de obtención de prebendas. No menos importante es la resistencia de determinados sectores castrenses movidos por ideales patrióticos genuinos.

La transnacionalización acentúa el carácter antidemocrático del modo de producción capitalista y la tendencia histórica al divorcio y la enajenación progresiva del Estado con respecto a la sociedad. En la medida en que el poder económico incrementa su fuerza coercitiva directa, se concentra y transnacionaliza el poder político —incluida la maquinaria militar y la fuerza pública—, y masas crecientes de población son marginadas del mercado laboral, *el capitalismo alcanza la forma de organización política más antidemocrática de su historia*. Bajo el pabellón de la lucha contra el “igualitarismo democrático”, que “sobrecarga al Estado” y le obliga a recaudar impuestos y destinar fondos para los más diversos programas sociales que, supuestamente, serían mejor empleados por el “sector privado de la economía”, los poderes transnacionales exigen una “moderación de la democracia” que, por una parte, apunte al gobierno de las élites y, por otra, estimule la apatía del resto de la población, a través de una “reducción de las expectativas” de “los pobres” y las “clases medias”. Detrás de estas exigencias se oculta el reconocimiento —hecho explícito alguna vez por la Comisión Trilateral— de que toda “sociedad democrática” *necesita de una población marginal que no participe en la política de forma activa*. Cuanto más vasta y diversa sea esta población, más efectivo será el funcionamiento de la democracia burguesa. No es casual que la oligarquía financiera, a la que los pueblos tuvieron que arrancar a sangre y fuego el derecho al sufragio universal, sea hoy la gran promotora y defensora del sistema de gobierno basado en “elecciones libres”. Si las principales decisiones políticas se adoptan en los centros de poder transnacional, es



evidente que la mayoría de la humanidad, confinada en espacios territoriales nacionales, se ve privada de la posibilidad de tener una participación política efectiva. Ello se hace evidente, sobre todo, cuando se somete a análisis el funcionamiento de los organismos supranacionales, cuyos altos funcionarios no tienen ninguna vinculación con las poblaciones que se ven sometidas a sus dictados.

En una sociedad donde el poder económico está en manos del capital financiero especulativo, la política burguesa sólo puede ser manejada como una bolsa: se impone una política ficticia, de acciones y apuestas, de sondeos y medios de comunicación, de apariencias y mascaradas, donde, por regla general, triunfan quienes más recursos invierten en construirse una imagen “creíble” a pesar del marcado desprestigio de las instituciones ejecutivas, legislativas y judiciales, el aumento de las contradicciones en el interior de los partidos y las corrientes políticas, la desconfianza galopante en los sistemas electorales, el incremento del abstencionismo, el deslustre acelerado de gobernantes recién nombrados, la proliferación de escándalos por corrupción, y la decadencia de la demagogia como recurso para capitalizar la frustración y la desesperación de la población.

El carácter antidemocrático del sistema capitalista se manifiesta de manera aún más aguda en los países subdesarrollados, cuyos habitantes van dejando de ser meros ciudadanos de uno u otro país y, por consiguiente, súbditos de aristocracias burguesas nacionales, para subordinarse, a través de múltiples mediaciones, a una oligarquía financiera que ejerce su dominio en el espacio de la rotación transnacional del capital, con marcado desdén hacia los símbolos patrios, las lealtades históricas, las tradiciones culturales y la idiosincrasia de los pueblos. En su calidad de testaferros de los poderes transnacionales, los sectores de las oligarquías criollas insertados en el capitalismo monopolista transnacional, desplazan a los grupos políticos y económicos orientados por la vieja lógica del capitalismo nacional y, como justo premio a su fidelidad y a su complicidad en la aplicación de políticas desnacionalizadoras, reciben la encomienda de hacer “atractivos” sus territorios para la inversión del capital transnacional mediante toda suerte de ataques a los derechos de los trabajadores, y de enfrentar la “crisis de gobernabilidad” que provoca el saqueo imperialista. Para cumplir esta misión, sólo cuentan con los espectros de sus antiguos Estados nacionales y con un sistema de partidos que persisten en poner en escena viejas

piezas de teatro vernáculo, en las cuales hacen el papel de representantes de sus electores. Las privatizaciones han dejado al Estado sin los medios de captación de recursos con que contaba para la cooptación y el clientelismo: ya no existen fondos que permitan a los gobernantes mantener los privilegios reservados a las capas medias para que actúen como colchón del sistema y brindar una atención diferenciada a los sindicatos y demás organizaciones oficialistas que servían para dividir a los sectores populares. La progresiva refuncionalización de los Estados nacionales limita la actividad de los parlamentos a la aprobación formal de legislaciones de factura transnacional, en tanto sus órganos ejecutivos y sus tribunales, atados de pies y manos, se empeñan en mantener la “estabilidad macroeconómica” a pesar de los desmanes de la especulación financiera y del pago oneroso de la deuda externa. En tales condiciones, se fraccionan los partidos tradicionales, se rompen los consensos y se desarticulan las alianzas que funcionaron durante la postguerra: grupos políticos y económicos que habían establecido reglas más o menos estables para el reparto del gobierno y la riqueza nacional, se encuentran hoy en bandos opuestos; se acentúa el descrédito y la descomposición de las instituciones del Estado y la disociación entre la política real y los procesos electorales.

Asistido por el control monopolista de los medios de comunicación masiva, y favorecido por la confusión en las filas revolucionarias y el retroceso momentáneo en la conciencia política de las clases y sectores sociales oprimidos, el imperialismo contemporáneo intenta recluir a los explotados por el capital y a los desterrados del reino de su reproducción material en el templo de su reproducción espiritual. Un coro de ídolos paganos rodea el altar del Mercado, Dios único y Padre universal al que la humanidad doliente debe una devoción absoluta. Ideas espurias, imágenes invertidas y valores manipulados, lanzados a los cuatro vientos por los monopolios de la comunicación y vendidos al por mayor en todos los rincones del cielo y la tierra, se superponen con olímpica hipocresía sobre la realidad prosaica: posmodernidad, fin de la historia, civilización tecnocrática, eficiencia, competitividad, valores éticos de la democracia, pluralidad, tolerancia, diálogo, consenso, libertad de prensa, de expresión y de conciencia, desideologización, autonomía cultural, autorrealización individual, prosperidad, ayuda humanitaria, combate a la corrupción, focalización de los programas sociales... El habitante de la polis transnacional, el

ciudadano que compra, vende o remata su fuerza de trabajo, encuentra al alcance de la mano un alimento espiritual prefabricado con estas y otras sustancias encantadas, alimento que se ve obligado a consumir y que pretende modelar su mundo interior, sus aspiraciones y su actividad social. El divorcio creciente entre el capitalismo virtual y el capitalismo real alcanza su *non plus ultra* en la forma peculiar en que todos estos fantasmas son reproducidos y “adaptados” por los ideólogos del capitalismo transnacional en el denominado Tercer Mundo.

Impulsadas y controladas por los monopolios transnacionales, las nuevas tecnologías de la información —ante todo los satélites y la fibra óptica— han facilitado la creación de espacios comunicativos universales y una virtual simultaneidad en la emisión-recepción de las imágenes: filmes, series de televisión, noticias, publicidad, encuestas, series educativas y material de divulgación se articulan en espacios y procesos políticos, religiosos, éticos y artísticos, se funden en una auténtica industria transnacional regida por la ley del valor. Tras la falacia de la “libre circulación de las ideas” y la “libertad de expresión”, la “independencia”, la “neutralidad” y la “objetividad” de la información, se entroniza un auténtico monopolio transnacional de la comunicación de masas, que a través de formas cada vez más sofisticadas de censura, rechaza las informaciones generadas en otros espacios,<sup>163</sup> e impide que en la mayoría de los países del mundo las estrategias comunicativas estén basadas en las relaciones económicas, políticas y culturales nacionales. Las notas distintivas de este proceso transnacionalizador son la banalidad y la manipulación; su resultado más característico es el establecimiento de una genuina tiranía sobre la conciencia planetaria. Cuatro monopolios transnacionales, *United Press International* (UPI), *Associated Press* (AP), *Reuter* y *France Press*, cuyos corresponsales

---

<sup>163</sup> Esta situación —leemos en los documentos de la V Cumbre de Países no Alineados— “lleva a crear una situación de dependencia y dominación en la cual la mayor parte de los países están reducidos a recibir pasivamente una información insuficiente, deformada y llena de prejuicios. Para reconocerse mejor y afirmar su identidad nacional y cultural, es necesario remediar este gran desequilibrio y tomar con toda urgencia medidas que den un impulso más fuerte a la cooperación mutua en este dominio. La emancipación y el desarrollo de los medios de información nacionales son parte integrante de la lucha global de la mayor parte de los pueblos del mundo para adquirir su independencia política en el plano económico y social, y para ello es necesario el derecho a informar y ser informados objetiva y correctamente. La autosuficiencia en fuentes de información es tan importante como la autosuficiencia tecnológica, porque la dependencia en el dominio de la información frena a su vez el desarrollo económico y político.” “Declaraciones aprobadas en la V Cumbre de Jefes de Estado o de Gobierno de los Países No Alineados”, Colombo, 16 a 19 de Agosto de 1976, párrafos 160 a 163 de la Declaración Política.

trabajan en todo el planeta, dan cuenta diaria de los acontecimientos mundiales desde una óptica avasallante y ajena a las culturas locales, nacionales y regionales, y hacen del falseamiento y la omisión una norma. A la multiplicación de los canales comunicativos, de los puntos emisores y los ámbitos de difusión, corresponde una *concentración transnacional de los centros de producción* bajo el mando de los poderes financieros, en especial, de la oligarquía financiera estadounidense. Mediante la fragmentación y la segmentación de la comunicación, se intenta alejar a los consumidores-electores de cualquier acción socialmente significativa, se pretende que los pueblos piensen a sus dominadores y se piensen a sí mismos a través del prisma de las agencias transnacionales de prensa, cine, radio y televisión. Sin embargo, a diferencia de lo que se intenta hacer creer, el plan de dominio ideológico transnacional resulta incapaz de borrar de la faz de la tierra los modos de comunicación alternativos propios de los pueblos y el uso contestatario que éstos hacen de su cultura, sus valores y sus tradiciones, la persistencia en la rebeldía popular a pesar del autoritarismo de las relaciones comunicativas, de las técnicas y estrategias de manipulación y banalización utilizadas, y de las campañas desmovilizadoras desatadas.

En virtud del desarrollo económico y político desigual y del agravamiento de las contradicciones interimperialistas, el proceso de transnacionalización política no transcurre de forma homogénea; para constatarlo, basta echar una ojeada, por ejemplo, a las diferencias existentes en este sentido entre Estados Unidos y la Unión Europea. El Estado norteamericano cuenta con la fuerza necesaria para actuar por sí solo como un poder transnacional, en tanto los Estados europeos se ven obligados a conformar una maquinaria transnacional (regional) que integre sus fuerzas políticas y económicas en aras de preservar los dominios propios y mantenerse erguidos en la competencia interimperialista. En la Unión Europea, es evidente el nacimiento de protoformas de un Estado transnacional regional, al cual los Estados nacionales miembros ceden cuotas de soberanía, a pesar del papel preponderante y la creciente extensión del poder del Estado alemán. En este proceso, a través de la unión económica, monetaria y militar, las estructuras nacionales se van convirtiendo en una instancia mediadora entre los ciudadanos y los poderes transnacionales, tienden a desaparecer e integrarse en una unidad regional —pletórica de contradicciones entre los diferentes grupos financieros y las burocracias de los Estados nacionales—, que se

propone establecer un balance de fuerzas más favorable con relación al poderío del imperialismo norteamericano y a la agresiva competencia económica japonesa. Por su parte, el Estado norteamericano posee una vocación feroz a convertirse, por sí mismo, en un Estado transnacional, en un Estado que pretende institucionalizar su “derecho” a ejercer funciones legislativas, ejecutivas y judiciales transnacionales, institucionalización que trata de imponer, incluso, a las restantes potencias imperialistas. La consolidación de su acción transnacional se manifiesta de forma patente en la aprobación de la ley Helms-Burton, en los procesos de certificación de “buena” o “mala” conducta de naciones soberanas, en la imposición de programas contra el narcotráfico y el “terrorismo” —que incluyen operaciones directas e inconsultas de las fuerzas armadas y los servicios especiales norteamericanos—, en la facultad que el Congreso estadounidense concede a las cortes de ese país para “juzgar” y “sancionar” a gobiernos extranjeros, en las cláusulas de condicionalidad política impuestas en los acuerdos y tratados bilaterales suscritos con otras naciones del hemisferio, en la elaboración de informes sobre la situación de los derechos humanos en otros países, y en la sobresaturación ideológica que conduce a los Estados de los países dependientes a adoptar “voluntariamente” sus legislaciones y “recomendaciones”.

Con relación a América Latina, desde finales del siglo XIX, el imperialismo norteamericano, con gran resistencia por parte, no sólo de las fuerzas patrióticas, progresistas y revolucionarias, sino también de algunos sectores de las burguesías nacionales, había intentado consolidar un sistema de dominación hemisférica como complemento de sus acciones unilaterales de fuerza contra el resto de las repúblicas americanas, lo cual consiguió, con relativo éxito, a través de la creación de la Unión Panamericana en las décadas iniciales del presente siglo. El desenlace de la Segunda Guerra Mundial y la declaración de Guerra Fría crearon las condiciones indispensables para que el imperialismo cumpliera el sueño de su primera infancia: la construcción del llamado sistema interamericano, en cuya red se fueron entretejiendo el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), la Organización de Estados Americanos (OEA), la Junta Interamericana de Defensa (JID) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), todos ellos instrumentos de la Guerra Fría. Sin embargo, sólo a finales de la década de los ochenta logró culminar la acumulación de premisas para la reforma de las relaciones

interamericanas, mediante un proceso que incluyó la intervención militar en Granada, la conversión de la deuda externa en un mecanismo de afianzamiento de la dominación y subordinación de los países de la región, la neutralización de la guerra revolucionaria en América Central y la agresión bélica contra Panamá. La posibilidad de ingreso de América Latina y el Caribe en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), la renegociación de la deuda en los términos establecidos por el “Plan Brady” y el lanzamiento de la “Iniciativa para las Américas”, generaron en las burguesías latinoamericanas y caribeñas la vana ilusión de que contarían con el apoyo de la oligarquía financiera estadounidense para conservar su espacio económico, a pesar del proceso acelerado de transnacionalización de las relaciones capitalistas de producción. Poco a poco, estas burguesías fueron aceptando las nuevas “reglas del juego”. Este proceso alcanzó su expresión más acabada en la Cumbre de las Américas, celebrada en Miami en diciembre de 1994, donde, después de casi un siglo de neocolonialismo —asentado sobre todo en la Cuenca del Caribe—, de los intentos por consolidar la desaparecida Unión Panamericana, de la creación de la OEA y de los sucesivos procesos de reforma a la Carta de la Organización iniciados a raíz del triunfo de la Revolución Cubana, el imperialismo norteamericano logró arrancar a las élites gobernantes en América Latina, el Caribe y Canadá el compromiso con los principios fundamentales de su sistema de dominación transnacional. La expresión ideológica fundamental de este nuevo sistema de dominación es la “defensa colectiva de la democracia representativa”, presentada por la doctrina de la gobernabilidad como una especie de panacea universal. A partir de la reunión de la Asamblea General de la OEA realizada en Santiago de Chile en 1991, esta institución supranacional queda facultada de forma explícita para determinar si un gobierno es “democrático” o no, y para adoptar medidas coercitivas contra cualquier nación latinoamericana y caribeña que no venza las ordalías de su Santa Inquisición. Desde entonces, el imperialismo norteamericano no ha cesado de ejercer presiones bilaterales y multilaterales con el objetivo de que tales conceptos sean refrendados por todos los foros e instituciones en los que participan los gobiernos del subcontinente.

Como complemento de la susodicha defensa colectiva de la democracia representativa, el imperialismo promueve, tanto de forma directa como por conducto de sus subordinados

más dóciles, la creación de una fuerza militar interamericana con fines intervencionistas. No obstante, ante la oposición de varios gobiernos de la región, ha debido contentarse, al menos por el momento, con promocionar la iniciativa del gobierno argentino de crear un cuerpo de “casco blanco” para enfrentar situaciones de emergencia de carácter civil, que tampoco ha conseguido el consenso de los gobiernos del área. El éxito es aún parcial. El imperialismo norteamericano no ha conseguido vencer el rechazo que provocan sus prácticas comerciales discriminatorias, ni hacer aprobar la creación de una fuerza militar interamericana con fines intervencionistas. La reacción generalizada de los gobiernos latinoamericanos y caribeños contra la Ley Helms-Burton, incluida la resolución de la Asamblea General de la OEA aprobada en Panamá en abierto desafío a la delegación de los Estados Unidos, la irritación provocada por la “descertificación” de Colombia, las presiones bilaterales contra México, Brasil, Argentina y otros países, y las tensiones que se suceden en las reuniones de Ministros de Comercio de las Américas, confirman la existencia de fuertes discrepancias

Con respecto al mundo subdesarrollado, podemos hablar, con toda propiedad, de un proceso de *desnacionalización del poder político*, de devaluación de los Estados neocoloniales, de atrofia de sus funciones nacionales y adquisición de funciones transnacionales subordinadas, que amenaza con convertirlos en dependencias del capital monopolista transnacional, en la misma medida en que los capitales y las burguesías nacionales dependientes son absorbidos o destruidos por él.<sup>164</sup> Estos Estados se transforman de manera progresiva en apéndices orgánicos de la maquinaria de poder transnacional, que

---

<sup>164</sup> “...Tengo que decir algunas cosas en las que realmente creo: los Estados desaparecerán, es decir, los Estados nacionales creados en un período de la historia desaparecerán. Están desapareciendo ya, es un parto difícil pero están desapareciendo. La soberanía de los Estados venía desapareciendo ya como una secuela inevitable de la hegemonía del imperialismo norteamericano, del mundo unipolar, del orden y las instituciones que ellos han establecido, que merman y erosionan cada vez más la independencia de los Estados y de los países, en primer lugar de los medianos y pequeños. Pero yo me refería al otro ángulo del proceso: los Estados que desaparecerán simplemente como consecuencia de la necesidad de sobrevivir, como está ocurriendo en Europa, cuyos países durante siglos guerrearon entre sí y marchan hoy en un proceso inexorable hacia la integración y desaparición como Estados nacionales. No tienen otra alternativa. Lo mismo ocurre en otras regiones del mundo. Habrá también desintegraciones, reintegraciones, absorciones, competencias feroces, lucha por los mercados y recursos, guerras económicas, tal vez conflictos sangrientos, acuerdos interregionales y mundiales envueltos a la vez en un proceso indetenible de globalización. ¿Por qué sino por esto, Estados Unidos mantiene, perfecciona e incrementa con nuevas armas la eficiencia de su poderoso aparato militar? Es decir, los Estados nacionales desaparecerán, *es una ley de la historia y un proceso que se acelera*” (la cursiva es nuestra). Fidel Castro Ruz. Comparecencia ante la televisión cubana el 2 de febrero de 1998, *Granma*, 5 de febrero de 1998.

les impone patrones y códigos de conducta de obligatoria observancia: económicos (privatización, convertibilidad del dinero local, supresión de aranceles), políticos (prescripción de normas de organización estatal y de mecanismos “democráticos”, limitación de las funciones estatales a la lucha contra el “terrorismo” y el narcotráfico, el control policíaco y el freno a la emigración), militares (reducción de fuerzas armadas, participación subordinada en sistemas de “seguridad colectiva”), sociales (recorte de gastos en salud, educación, seguridad social), ideológicos (imposición de la dogmática neoliberal, de la mitología de la globalización y de formas discursivas “posmodernas”).

La curva de la dependencia política de las naciones nos muestra casos de “Estados” que constituyen francas sucursales políticas del imperialismo, que son ya, en esencia, piezas de una nueva máquina de poder transnacional. No se trata, por supuesto, de un movimiento histórico uniforme, sino de un proceso cargado de contradicciones extremas: su intensidad y plenitud en los diferentes Estados depende de las más diversas circunstancias históricas concretas, en primer término, del grado de desarrollo del capitalismo en ellos. Al margen de tales gradaciones, resulta evidente que el proceso de transnacionalización política debilita los eslabones nacionales de la cadena del poder burgués, aquellos que reciben de forma directa la formidable presión de las contradicciones socioclasistas generadas y reproducidas por él. En el polo opuesto, el Estado socialista cubano y los Estados socialistas asiáticos constituyen genuinos bastiones de independencia y soberanía nacionales, poderes estatales vigorosos que han conservado y fortalecido sus atributos y funciones. No se equivoca el imperialismo al identificarlos como la más poderosa contratendencia histórica a su dominación transnacional.



## A MODO DE CONCLUSION

Perplejos ante dos transmutaciones de envergadura universal, cada una de las cuales hubiera bastado para alterar el curso de las luchas populares, muchos hombres y mujeres se preguntan cómo “el viejo topo de la historia” logrará indicarles la senda que los conduzca a la emancipación. En la encrucijada marcada por la convergencia del proceso de transnacionalización del capitalismo monopolista de Estado y la bancarrota de la Unión Soviética y los Estados socialistas europeos, la elaboración de proyectos políticos y económicos alternativos al neoliberalismo se ha convertido en el propósito fundamental de una amplia gama de corrientes políticas e ideológicas, que avanza desde la izquierda revolucionaria y los movimientos populares, hasta los crecientes sectores de la burguesía cuyos capitales son expropiados o destruidos por la oligarquía financiera transnacional. El propósito del presente estudio fue mucho más modesto. Nos hemos limitado a presentar un conjunto de elementos que pudieran contribuir a la comprensión teórica del capitalismo contemporáneo, como condición indispensable para la organización de las luchas que conduzcan a su superación histórica.

El debate y la revisión crítica de los resultados preliminares obtenidos, permitirá —y hará necesario— introducir importantes correcciones en el estudio de los problemas aquí planteados e incorporar temas apenas esbozados, tales como el lugar que ocupan en la correlación de fuerzas mundiales los Estados socialistas que han resistido la ofensiva contrarrevolucionaria desatada a raíz de la destrucción de la Unión Soviética; los procesos, contradictorios en apariencia, de fragmentación nacional e integración regional, en su doble condición de contratendencias y peldaños hacia la transnacionalización; la transfiguración operada en el modo de producción espiritual burgués, asociada a la virtual globalización de la ideología capitalista; las transformaciones que tienen lugar en la estructura socioclasista de los países imperialistas y de las neocolonias del capital financiero transnacional; el impacto de la transnacionalización sobre el medio ambiente, y los desafíos y oportunidades que retan la inteligencia, la voluntad y la entereza de las fuerzas revolucionarias.

Una idea, sin embargo, se presenta con meridiana claridad ante nosotros. La frontera económica del modo capitalista de producción es la desaparición de la cuota de ganancia,

asociada a la contracción productiva, la superespeculación financiera y la exclusión del trabajo asalariado; de su fin histórico podemos hablar cuando la burguesía resulte incapaz de seguir garantizando la sumisión de las masas y de evitar la rebelión contra su dominio, rebelión que las convierte en su sepulturero potencial. Con otras palabras, los límites históricos del capitalismo monopolista transnacional —que constituyen el horizonte último del capitalismo en general— son los límites de su capacidad de garantizar la reproducción de las condiciones políticas de su autofagia económica y, en particular, de impedir que destacamentos organizados de revolucionarios le den el golpe de gracia a su organismo vegetativo, parasitario y en descomposición. Sin embargo, durante los últimos años, los debates teóricos y políticos en torno al proceso de transformaciones mundiales en curso han estado dominados por el énfasis en las nuevas dificultades que se presentan ante los sujetos revolucionarios para la conquista del poder político y la construcción del socialismo. Se insiste en el “papel decreciente” de la clase obrera en los procesos productivos, en la “estratificación” del trabajo asalariado, en el desempleo, el subempleo y la “informalización” como obstáculos insuperables para la necesaria unidad de clase; se repite una y otra vez que la fragmentación nacional y social impide la lucha de los pueblos contra los poderes transnacionales, y se afirma que los intereses y motivaciones de los “nuevos sujetos sociales” no encuentran explicación ni lugar en la teoría de la lucha de clases.

En efecto, la transnacionalización del capitalismo monopolista de Estado “relativiza” el concepto de poder político en los límites del Estado nación, introduce cambios importantes en la estructura socioclasista y debilita muchos de los instrumentos políticos y de las formas tradicionales de organización de la izquierda. Sin embargo, *estas transformaciones — incluso si admitiéramos el dudoso criterio de que resultan adversas para las luchas populares—, han de ser analizadas en el contexto del agravamiento de las contradicciones antagónicas del modo de producción capitalista.* Nos referimos a la agudización de la contradicción capital-trabajo, resultante del creciente desempleo, el deterioro de los salarios, la precarización del trabajo y la intensificación de la explotación capitalista; el agravamiento de la contradicción capital-capital, que incrementa las pugnas interimperialistas y la estratificación y fragmentación de la burguesía; la acentuación de los efectos sociales de la ley general de la acumulación capitalista, que genera el crecimiento

vertiginoso de la masa absoluta —y relativa— de la población mundial marginada de la relación capital-trabajo, y pone de manifiesto el agotamiento histórico del modo de producción capitalista; la permanente amenaza de crisis de superproducción y superespeculación, con su singular potencial para generar situaciones revolucionarias; y el cúmulo de obstáculos que se alza ante el burguesía para garantizar los requisitos políticos de su dominación en las condiciones de una rotación transnacional del capital que desborda la jurisdicción del Estado-nación. Esta realidad incontestable va creando las condiciones que hacen posible la unidad de los oprimidos —asalariados, marginados e, incluso, sectores de las burguesías nacionales que van siendo arrastrados a sus filas— en torno a un proyecto emancipador común, construido a partir de la resistencia popular frente a las políticas neoliberales.

Por su propia naturaleza, la lucha contra el neoliberalismo, en tanto expresión política, económica e ideológica del capitalismo transnacional, posee un carácter antimperialista, y, aunque muchos de sus protagonistas aún no tomen conciencia de ello, es también, en esencia, una lucha *anticapitalista*. Es por ello que la creación del más amplio frente antineoliberal constituye una necesidad de la batalla estratégica por la construcción del socialismo. En esta batalla, *el blanco fundamental de las fuerzas revolucionarias ha de ser el imperialismo y, en particular, el imperialismo norteamericano, columna vertebral del proceso de transnacionalización y desnacionalización, que provoca la devaluación acelerada de las instancias nacionales de poder*. La oposición real al imperialismo transnacional sólo puede realizarse desde las posiciones de un *internacionalismo integral* de los explotados y marginados por la oligarquía financiera transnacional, capaz de establecer una relación de interdependencia orgánica entre la lucha nacional, regional y mundial.

Nada más lejos de nuestra intención que sugerir la peregrina idea de que la conquista del poder estatal, incluso del más débil y dependiente, haya dejado de ser una finalidad legítima de las luchas populares. No sólo los gobiernos centrales, también los estatales, departamentales y provinciales, las municipalidades, alcaldías y comunidades, los distritos, barrios, colonias y hasta las universidades, escuelas, hospitales, carreteras y plazas públicas han de constituir un objetivo en la guerra de posiciones contra el imperialismo por afirmar

la independencia y la soberanía nacional, detener y revertir el proceso de transnacionalización desnacionalizadora, e impulsar la cooperación y la integración de Estados nacionales en pie de igualdad. Todas las formas de lucha pueden ser revolucionarias si se utilizan con sentido dialéctico e histórico como momentos de la acumulación de fuerzas para la conquista del poder político y la construcción de un Estado del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

A la capacidad de la izquierda revolucionaria de aunar las luchas de todos los sectores sociales oprimidos por la oligarquía financiera transnacional, en la forma de movimientos políticos orientados hacia un internacionalismo integral, continúa encomendada la misión histórica universal de hacer desaparecer de la faz de la tierra un sistema capitalista en creciente descomposición, y sustituirlo por una sociedad de productores asociados, en la que el libre desarrollo de cada individuo constituya una condición para el libre desarrollo de toda la humanidad.

## BIBLIOGRAFIA

1. Perry Anderson. “El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la izquierda”, en: Renán Vega (Editor). *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y el socialismo*, Ediciones Pensamiento Crítico, Santafé de Bogotá, 1997.
2. Waldo Ansaldi. “Gobernabilidad y Seguridad Democrática”. Ponencia presentada en el Seminario “Gobernabilidad y Seguridad Democrática en América del Sur, Santiago de Chile, 16-18 de agosto de 1990.
3. Paul Bairoch. *Revolución industrial y subdesarrollo*, Siglo XXI Editores, S. A., México D. F., 1967.
4. Ricardo Antunes. “¿Cuál crisis de la sociedad del trabajo?”, en: *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y el socialismo*, Renán Vega Cantor (Editor), Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997.
5. José R. Balaguer Cabrera, Manuel Menéndez Díaz y otros. “El imperialismo actual. Un debate a partir del trabajo: *Transnacionalización y desnacionalización. La metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado*” (presentado por Rafael Cervantes Martínez, Roberto Regalado Alvarez, Felipe Gil Chamizo y Rubén Zardoya Loureda), en: *Cuba Socialista*, N° 10, 1998.
6. Jack Barnes. “La marcha del imperialismo hacia el fascismo y la guerra”, en *Nueva Internacional*, N° 4, 1995.
7. Silvio Baró Herrera. “Globalización y tendencias en las relaciones políticas internacionales”, en: *Cuba Socialista*, N° 3, 1996.
8. Marie-France Baud. “La mundialización de los mercados”, en: *El Correo de la UNESCO*, noviembre de 1996.
9. Oswaldo Bayer. “¡Basuras del mundo, uníos!”), en: *Marx y el siglo XXI. Hacia un marxismo ecológico y crítico del progreso*, en: Renán Vega Cantor (Editor), Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1998.
10. Rodrigo Borja. “Ideologías y partidos políticos”, en: *Los partidos políticos en el Tercer Milenio*, Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, Memorias del Encuentro celebrado en la Ciudad de México el 22 y 23 de febrero de 1996.
11. Dave Broad. “Globalización versus trabajo”, en: *Marx y el siglo XXI. Hacia un marxismo ecológico y crítico del progreso*, Renán Vega Cantor (Editor), Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997.

12. Julia Matilde Campos Alfonso. “Globalización económica: enfoque teórico desde una óptica marxista”, en: *Cuba Socialista*, N° 8, 1997.
13. Fernando Henrique Cardoso. “Gobernabilidad y democracia: desafíos contemporáneos”, en: *Gobernar la globalización*. Ediciones Demos, México D. F., 1997.
14. Alicia Castellanos Guerrero y Gilberto López y Rivas. *El debate de la nación. Cuestión nacional, racismo y autonomía*, Claves Latinoamericanas, S.A. México, 1992.
15. Fidel Castro Ruz. *La crisis económica y social del mundo*, Ediciones del Consejo de Estado, La Habana, 1983.
16. \_\_\_\_\_. *Nada podrá detener la marcha de la historia*, Editora Política, La Habana, 1985.
17. \_\_\_\_\_. Discurso pronunciado en la sesión conmemorativa del Aniversario 50 de la creación del Sistema Multilateral de Comercio”, Palacio de las Naciones, Ginebra, Suiza, el 19 de mayo de 1998, *Granma*, 20 de mayo de 1998.
18. \_\_\_\_\_. Comparecencia ante la televisión cubana el 2 de febrero de 1998, *Granma*, 5 de febrero de 1998.
19. Rafael Cervantes Martínez, Felipe Gil Chamizo, Roberto Regalado Alvarez y Rubén Zardoya Loureda. “La metamorfosis del capitalismo monopolista” (versión en 15 cuartillas), en: *Cuba Socialista*, N° 8, 1997.
20. \_\_\_\_\_. “La metamorfosis del capitalismo monopolista” (versión en 45 cuartillas), en: *América Libre*, N° 12, 1998.
21. \_\_\_\_\_. “Transnacionalización, Estado y Poder Político”, en *Koeyú Latinoamericano*, N° 79, Caracas, 1998.
22. \_\_\_\_\_. “Marxismo y capitalismo contemporáneo”, en: *Debates Americanos*, N° 5, 1998.
23. \_\_\_\_\_. “Globalización: un enfoque lógico e histórico”, en: *La Globalización: un enfoque marxista cubano. Análisis de coyuntura*, N° 1, 1999.
24. \_\_\_\_\_. “Historia Universal y globalización capitalista: cómo se plantea y en qué consiste el problema” (coautor), en *Cuba Socialista*, N° 13, 1999.
25. \_\_\_\_\_. “Globalisierung und Staat”, ISW Report, Nr. 43, München.
26. \_\_\_\_\_. “La especulación financiera transnacional y la crisis integral del modo capitalista de producción”, *Contracorriente*, N° 15-18, 2000.

27. Comisión del Sur. *Desafío para el Sur*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1991.
28. Francois Chesnais. “Contribución al debate sobre la trayectoria del capitalismo a finales del siglo XX”, en: Renán Vega Cantor (Editor), *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y el socialismo*, Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997.
29. Noam Chomsky y Heinz Dieterich. *La Sociedad Global. Educación, mercado y democracia*, Casa Editora Abril, La Habana, 1997.
30. Diálogo Interamericano. *Convergencia y comunidad: las Américas en 1993*, Instituto Aspen, Washington D.C., 1993.
31. *Diccionario de Economía Política*, Editorial Progreso, Moscú, 1981.
32. Lamberto Dini. Conferencia Magistral dictada en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el 10 de junio de 1998 (material entregado a los asistentes).
33. Dudley Dillard. *La teoría económica de John Maynard Keynes*, Instituto del Libro, La Habana, 1969.
34. Federico Engels. “Prefacio a la segunda edición alemana de 1892 de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*”, en: *Obras Escogidas en tres tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 3.
35. Federico Engels. “Principios del comunismo”, en Carlos Marx y Federico Engels. *Obras Escogidas en 3 tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 1.
36. Vivianne Forrester. *El horror económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
37. Jeff Frieden. “The Trilateral Commission: economics and politics in the 1970s”, en: Holly Sklar (editor) *Trilateralism: The Trilateral Commission and Elite Planning for World Management*, South End Press, Boston, 1980.
38. Dan Gallin. “El capitalismo al final del siglo XX: globalización y trabajo”, en: *Marx y el siglo XXI. Hacia un marxismo ecológico y crítico del progreso*, Renán Vega Cantor (Editor), Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997.
39. Luis Javier Garrido. “Nuevas reflexiones sobre el neoliberalismo realmente existente”, Introducción a *La Sociedad Global*, de Noam Chomsky y Heinz Dieterich, Editora Abril, La Habana, 1997.
40. Felipe Gil Chamizo. “Especulación, capitalismo virtual y sociedad burguesa contemporánea”, en: *Cuba Socialista*, N° 9, 1998.

41. G. Gileni. “El problema ambiental y los incentivos fiscales”, en: *Boletín de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales* de Venezuela, N° 129, 1994, p. 132.
42. Pablo González Casanova. “Lo particular y lo universal a fines del siglo XX”, en: *Memoria*, N° 87, 1996.
43. Grupo de Lisboa (bajo la dirección de Ricardo Petrella). *Los límites a la competitividad*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1996.
44. David Harvey. “La Globalización en cuestión”, en: Renán Vega Cantor (Editor). *Marx y el siglo XXI. Una Defensa de la historia y del socialismo*, Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997.
45. Friedrich Hayek. *Camino de servidumbre*. Alianza Editorial, Madrid, 1978.
46. Octavio Ianni. *Teorías de la globalización*, Siglo XXI Editores, México, 1996.
47. Evald Iliénkov. “De ídolos e ideales”, en *Contracorriente*, 1997, N° 10.
48. N. N. Inozemtsev, V. A. Martínov y S. M. Nikitin y otros. *La teoría leninista del imperialismo y la contemporaneidad*, Editorial Misl, Moscú, 1977 (en ruso).
49. Claude Julien. *El imperio norteamericano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
50. Alfred Kosing. *La nación en la historia y la contemporaneidad*, Editorial Progreso, Moscú, 1978 (en ruso).
51. Vladimir Ilich Lenin. “El Estado y la Revolución”, *O.C.*, t. 33, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
52. \_\_\_\_\_. “Acerca del Estado”, *O.C.*, t. 39, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
53. \_\_\_\_\_. “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, *O. C.*, t. 27, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
54. \_\_\_\_\_. Epílogo de 1917 a “El programa agrario de la socialdemocracia en la primera Revolución rusa”, *O. C.*, t.16, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
55. \_\_\_\_\_. “Séptima Conferencia (conferencia de abril) de toda Rusia del POSD (b) R”, *O. C.*, t. 31, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
56. \_\_\_\_\_. “Un viraje en la política mundial”, *O. C.*, t. 30, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
57. \_\_\_\_\_. “Revisión del Programa del Partido”, *O. C.*, t. 34, Editorial Progreso, Moscú, 1986.



58. \_\_\_\_\_ . “La Guerra y la Revolución”. *O. C.*, t. 32, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
59. \_\_\_\_\_ . “La Bancarrota de la II Internacional”, *O. C.*, t. 26. Editorial Progreso, Moscú, 1986.
60. \_\_\_\_\_ . “Por el pan y por la paz”, *O. C.*, t. 35, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
61. \_\_\_\_\_ . “El programa militar de la revolución proletaria”, *O. C.*, t. 30, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
62. \_\_\_\_\_ . “El programa agrario de la socialdemocracia en la primera Revolución rusa”, *O. C.*, t. 6, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
63. \_\_\_\_\_ . “Prefacio al folleto de Bujarin ‘La economía mundial y el imperialismo’”, *O. C.*, t. 27, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
64. \_\_\_\_\_ . “El socialismo y la guerra”, *O. C.*, t. 26, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
65. \_\_\_\_\_ . “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, *O. C.*, t. 26, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
66. \_\_\_\_\_ . “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, *O. C.*, t. 25, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
67. \_\_\_\_\_ . “El imperialismo y la escisión del socialismo”, *O. C.*, t. 30, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
68. \_\_\_\_\_ . “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, t. 37, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
69. \_\_\_\_\_ . “El contenido económico del populismo”, *O. C.*, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
70. \_\_\_\_\_ . “Explicación de la ley de multas”, *O. C.*, t. 2, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
71. \_\_\_\_\_ . “Proyecto y explicación del Programa socialdemócrata”, *O. C.*, t. 2, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
72. \_\_\_\_\_ . “Proyecto de Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia”, *O. C.*, t. 6, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
73. \_\_\_\_\_ . “Proyecto de nueva ley sobre las huelgas”, *O. C.* t. 6, Editorial Progreso, Moscú, 1986.

74. \_\_\_\_\_ . “Materiales para la elaboración del Programa del POSDR”, *O. C.*, t. 6, Editorial Progreso, Moscú, 1986.
75. Pedro Alfonso Leonard. “Capitalismo desarrollado contemporáneo: transformaciones sociales y tecnológicas”, en: *Tecnología y Sociedad*, Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, La Habana, 1997.
76. J. A. Lesourd y C. Gérard. *Historia económica mundial*, Editorial Vicens-Vives, Barcelona, 1964.
77. Soledad Loaeza. “Crisis en los partidos políticos de masas”, en: *Los partidos políticos en el Tercer Milenio*, Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, Memorias del Encuentro celebrado en la Ciudad de México el 22 y 23 de febrero de 1996.
78. J. López (Editor). *Ciencia, tecnología y sociedad*, Editorial Ariel S.A., Barcelona, 1997.
79. “Lo que anunció la caída de la bolsa de valores de 1987” (Resolución aprobada por el congreso de 1988 del Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos), en: *Nueva Internacional*, N° 4, 1995.
80. Rosa Luxemburgo. *La acumulación del capital*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
81. Eduardo del Llano. *El imperialismo: capitalismo monopolista*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1990.
82. Ernest Mandel. “Las ondas largas: ensayo de una explicación marxista”, en: *Marx Ahora*, N°1, 1996.
83. Juan Francisco Martín Seco. “Economía y democracia”, en: Manuel Monereo (Coordinador). *Propuestas desde la izquierda. Los desafíos de la izquierda transformadora para el próximo siglo*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1998.
84. Osvaldo Martínez. “Globalización de la economía mundial: la realidad y el mito”, en: *Cuba Socialista*, N° 2.
85. Osvaldo Martínez, Rafael Cervantes, Roberto Regalado y otros. “Internacionalismo de los oprimidos vs. capitalismo transnacional” (Mesa Redonda), en: *Contracorriente*, N° 8, 1997.
86. Carlos Marx. *El Capital* (en 3 tomos), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

87. \_\_\_\_\_. *Contribución a la crítica de la Economía Política*. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.
88. Carlos Marx. *Fundamentos de la crítica de la Economía Política* (en 2 tomos). Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
89. \_\_\_\_\_. “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”, en: *Obras Escogidas en 3 tomos*, t.1, Editorial Progreso, Moscú, 1973.
90. \_\_\_\_\_. “Trabajo asalariado y capital”, en: *Obras Escogidas en 3 tomos*. Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 1.
91. \_\_\_\_\_. “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, en: *Obras Escogidas en 3 tomos*, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, 1973.
92. Carlos Marx y Federico Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”, en: *Obras Escogidas en 3 tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1973.
93. \_\_\_\_\_. “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista (I Capítulo de *La Ideología Alemana*)”, en: *Obras Escogidas en 3 tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 1.
94. Claude Meillassoux. “Clases y cuerpos sociales”, en: *Marx y el siglo XXI. Una Defensa de la historia y del socialismo*, Renán Vega Cantor (Editor), Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997.
95. R. Merton. “Los imperativos institucionales de la ciencia”, en: Barry Barnes y otros. *Estudios sobre sociología de la ciencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
96. Memorias del Seminario Partidos Políticos y Gestión Estratégica, ILPES-Dolmen Ediciones, Santiago de Chile, 1997.
97. Esteban Morales Domínguez. “USA: la crisis de un liderazgo y el liderazgo de una crisis”, en: *Temas Económicos*, Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1980.
98. Jorge Núñez Jover: *Conocimiento, educación y sociedad*, Universidad de La Habana, 1998 (inédito).
99. H. Pasdermajian. *La Segunda Revolución Industrial*, Editorial Tecnos, S. A., Madrid, 1960.
100. Víctor Perlo. *El imperio de las altas finanzas*, Editorial Platina, Buenos Aires, 1974.
101. Plan de Acción de la “Cumbre Regional para el Desarrollo Político y los Principios Democráticos”, Brasilia, 6 de julio de 1997, en: *Gobernar la globalización*, Ediciones Demos, México D. F., 1997.

102. “Por una alternativa popular para América Latina” (ponencia presentada por la delegación del Partido Comunista de Cuba en el VII Encuentro del Foro de Sao Paulo). *Cuba Socialista*, N° 7, 1997.
103. Jaime Preciado. “Elecciones y democratización en América Latina”, en: *Los partidos políticos en el Tercer Milenio*, Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, Memorias del Encuentro celebrado en la Ciudad de México el 22 y 23 de febrero de 1996.
104. Roberto Regalado Alvarez. “¿Reforma o Revolución?”, en: *Contracorriente*, N° 8, 1997.
105. Eugenio del Río. “La clase obrera como sujeto revolucionario. Reconsideración crítica”, en: *Marx y el siglo XXI. Una Defensa de la historia y del socialismo*, Renán Vega Cantor (Editor), Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997.
106. Rafael Roda Fernández. *Medios de comunicación de masas. Su influencia en la sociedad y en la cultura contemporáneas*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1989.
107. Roberto Rubio Fabián. “Globalización, tecnología y maldesarrollo”, en: *Realidad*, N° 43, 1995.
108. Cuauhtémoc Sandoval. “Partidos políticos y parlamentos”, en: *Los partidos políticos en el Tercer Milenio*, Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, Memorias del Encuentro celebrado en la Ciudad de México el 22 y 23 de febrero de 1996.
109. Eduardo Sartelli. “MERCOSUR y clase obrera”, ponencia distribuida en el Seminario Internacional “Crisis del neoliberalismo y vigencia de las utopías”, organizado por la revista *América Libre* y la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1996.
110. André Siegfried. “Prologo” al libro de H. Pasdermajian *La Segunda Revolución Industrial*, Editorial Tecnos S. A., Madrid, 1960.
111. Holly Sklar. “Trilateralism: managing dependence and democracy –an overview”, en: Holly Sklar (editor) *Trilateralism: The Trilateral Commission and Elite Planning for World Management*, South End Press, Boston, 1980.
112. John Strachey. *Naturaleza de las crisis*, Publicaciones Económicas, La Habana, 1964.
113. Osvaldo Sunkel y Pedro Paz. *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1973.
114. Martín Tanaka. “¿Crisis de los partidos políticos?”, en: *Los partidos políticos en el Tercer Milenio*, Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el

Caribe, Memorias del Encuentro celebrado en la Ciudad de México el 22 y 23 de febrero de 1996.

115. Renán Vega Cantor. *¿... "Fin de la historia" o desorden mundial? Crítica a las ideologías del progreso y reivindicación del socialismo*, Ediciones Antropos Ltda., Santafé de Bogotá, 1997.
116. F. Vercammen. "¿Un Estado supranacional en marcha?", en: *Viento del Sur*, N° 28, 1996.
117. Carlos Vilas. "Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?", en: *Marx y el siglo XXI. Una Defensa de la historia y del socialismo*, Renán Vega Cantor (Editor), Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997.
118. José Woldenberg. "La vigencia de los partidos políticos", en: *Los partidos políticos en el Tercer Milenio*, Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, Memorias del Encuentro celebrado en la Ciudad de México el 22 y 23 de febrero de 1996.
119. Rubén Zardoya Loureda. "¿Qué marxismo está en crisis?", en: *El derrumbe del modelo eurosoviético*, Editorial Félix Varela, La Habana, 1996.